Erich Maria
REMARQUE

EL REGRESO

Cuando los libros de Erlch Maria Remarque fueron arrojados a la pira, en 1933, se hallaba entre ellos la novela titulada «El regreso».

Por extrañas razones, estuvo agotada hasta mucho después de 1945, a pesar de que esta novela es ni más ni menos que la continuación de «Sin novedad en el frente».

En efecto, la obra relata el camino de vuelta a casa, a la vida, a la patria, a la existencia civil, ese camino que hicieron, tras la derrota, miles y miles de personas hambrientas, cansadas, extenuadas, pero contentas de haber podido escapar del infierno.



Erich Maria Remarque

El regreso

Trilogía de la Primera Guerra Mundial 2

ePub r1.2
Titivillus 11.02.2021

Título original: *Der weg zuruck*
Erich Maria Remarque, 1931
Traducción: Ángel Sabrido
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PREÁMBULO

Los supervivientes de la segunda sección están echados en una acribillada trinchera de la retaguardia. Dormitan.

—Qué granadas más raras… —comenta Jupp de repente.

—¿Qué? —pregunta Ferdinand Kosole, incorporándose a medias.

—¡Escucha, hombre! —responde Jupp.

Kosole se pone la mano detrás de la oreja y escucha con atención. También nosotros escuchamos con nuestros cinco sentidos los ruidos de la noche; pero no se oye otra cosa que el fragor sordo del fuego de artillería y el silbido de las granadas. Aparte de esto, sólo llega, desde la derecha, el tableteo de las ametralladoras y de vez en cuando algún que otro grito. Pero hace ya años que conocemos esto, por lo que no hay necesidad de hacer comentario especial alguno al respecto.

Kosole mira a Jupp con ojos críticos.

—Acaba precisamente de terminar —se defiende éste, confuso.

Kosole vuelve a mirarlo con ojos fijos e inquisitivos. Sin embargo, como Jupp permanece tranquilo, vuelve la cabeza y rezonga tan sólo:

—Está silbándote en la barriga el vapor de las coles, ésas son tus granadas. Sería preferible que durmieras un poco.

Mientras dice estas palabras, prepara con tierra un cabezal y se tiende con mucho cuidado para no resbalar, no sea que las botas se metan en el agua.

—Y en casa hay una mujer que espera y una cama de matrimonio —murmura, ya con los ojos cerrados.

—Ya habrá alguno tumbado a su lado —observa Jupp desde su rincón.

Kosole abre un ojo y lanza al otro una mirada cortante, dando la impresión de que pretende levantarse. Pero únicamente gruñe:

—No quisiera aconsejárselo, mochuelo.

Comienza a roncar al instante. Jupp me indica por señas que me acerque a él. Paso por encima de las botas de Adolf Bethke y me siento a su lado. Entonces, tras mirar con precaución al compañero que ronca, dice amargamente:

—Eso no tiene ni pizca de cultura, te lo digo yo.

Antes de la guerra, Jupp había trabajado de pasante en el bufete de un abogado de Colonia. Y aunque lleva ya tres años de soldado, continúa teniendo un espíritu sensible y, por extraña casualidad, da gran valor a continuar siendo aquí un hombre instruido. Claro que ni él mismo sabe tampoco qué significa exactamente lo de ser un hombre culto; pero de todas las palabras que ha oído tiempo atrás, es precisamente la palabra cultura la que se le ha quedado grabada, y se aferra a ella como un náufrago a una tabla de salvación para no ahogarse en el mar. Todo el mundo tiene aquí alguna cosa; uno, su esposa; otro, sus negocios; un tercero, sus botas; Valentin Laher, su aguardiente; y Tjaden el deseo de devorar una vez más gordas judías con tocino. En cambio, a Kosole le irrita el simple sonido de la palabra cultura, que relaciona de algún modo con la idea de un cuello duro. Y ello es suficiente para él. Incluso ahora produce efecto. Sin interrumpir sus ronquidos, dice tan sólo:

—Plumífero de mierda.

Jupp sacude la cabeza con aire resignado y digno. Permanecemos un rato en silencio, sentados muy juntos para calentarnos. La noche es húmeda y fría, pasan las nubes, y llueve en ocasiones. Entonces nos ponemos sobre las cabezas las lonas de las tiendas sobre las que nos acurrucamos.

El relampagueo de los cañonazos ilumina el horizonte, y se tiene la impresión de que hará menos frío en esa parte, así de agradable parece la cosa. Por encima de los relámpagos de la artillería, los cohetes ascienden como flores de plata y de vivos colores. Sobre las ruinas de una granja la luna se desliza grande y roja en la calina.

—¿Crees que iremos a casa? —susurra Jupp.

—Eso dicen —contesto, encogiéndome de hombros.

Jupp suspira con fuerza.

—Una habitación caliente, un sofá y salir por la noche… ¿Puedes imaginártelo todavía?

—Durante mi último permiso, me probé la ropa de paisano —digo, pensativo—, y se me ha quedado demasiado pequeña; tendría que hacerme ropa nueva.

Qué sonido tan extraño tiene aquí todo esto: ropas de paisano, sofá, salir por la noche. Y al mismo tiempo acuden a la memoria recuerdos peregrinos, como el del café negro, cuando a veces sabía demasiado a la lata y el óxido de los cacharros de cocina y lo vomitaba uno entre náuseas, todavía ardiendo.

Jupp, ensimismado, se hurga la nariz con el dedo.

—Escaparates… y cafés… y mujeres… Qué cosas, muchacho.

—Hombre, date por contento si sales alguna vez de esta porquería —le digo mientras me soplo las frías manos.

—Tienes razón. —Jupp tira de la lona para taparse bien los escuálidos y encorvados hombros—. ¿Qué harás cuando estés lejos de aquí?

—¿Yo? —Me echo a reír—. Posiblemente habré de volver de nuevo a la escuela. Yo, Willy y Albert… e incluso Ludwig, que está allí.

Mientras digo estas palabras, señalo a mi espalda, donde alguien está tumbado delante de un acribillado refugio, cubierto con dos capotes.

—¡Caramba! Pero no creo que tengáis que volver, digo yo —opina Jupp.

—No lo sé. Posiblemente sí que tengamos —respondo. Y sin saber el motivo me encolerizo.

Algo se agita debajo de los capotes. Se alza una cara pálida y delgada. El hombre se queja en voz baja. Es en ese lugar donde está echado mi condiscípulo, el teniente Ludwig Breyer, nuestro jefe de sección. Desde hace semanas tiene una diarrea sanguinolenta. No hay duda de que se trata de un caso de disentería, pero no quiere ir al hospital de campaña, prefiere seguir a nuestro lado, pues todos esperamos que llegue la paz, y entonces podríamos llevárnoslo con nosotros inmediatamente. Los

hospitales de campaña rebosan de hombres, nadie se preocupa de verdad de uno; y cuando se llega a la cama de un hospital así, es como si uno ya se hubiera muerto un poquito más. Los hombres revientan en derredor, algo que se contagia cuando se está solo entre ellos, y te llega el turno antes de que te des cuenta. Max Weil, nuestro sanitario, ha procurado a Breyer una especie de yeso líquido que el teniente devora para cementar las tripas y conseguir que se detenga la diarrea. Mas, a pesar de ello, tiene que bajarse los pantalones de veinte a treinta veces cada día.

También tiene que apartarse ahora una vez más. Le ayudo a dar la vuelta a la esquina, y Ludwig se pone en cuclillas. Jupp me hace señas.

—¡Otra vez! ¿Lo oyes?

—¿Qué?

—Las granadas de antes.

Kosole se mueve y bosteza. Se levanta después, contempla con aire significativo su pesado puño, mira de reojo a Jupp y dice:

—Hombre, como hayas vuelto a imaginarte cosas raras, ya puedes ir enviando a casa tus huesos en una mochila.

Escuchamos con nuestros cinco sentidos. El silbido de las invisibles granadas es interrumpido por un sonido ronco, extraño, prolongado, tan raro y nuevo que se me pone piel de gallina.

—¡Granadas de gas! —exclama Willy Homeyer que se pone en pie de un salto.

Todos escuchamos con atención concentrada. Wessling señala hacia el cielo.

—¡Ahí están! ¡Gansos salvajes!

Una línea oscura, una cuña, se desliza por delante del sucio gris de las nubes. La punta se orienta hacia la luna, cuyo rojo disco queda partido ahora en dos trozos. Se pueden ver con claridad las sombras negras, un ángulo formado por muchas alas, un grupo que se pierde en la lejanía entre chillidos broncos, extraños, salvajes.

—Mira qué tranquilamente vuelan —gruñe Willy—. ¡Maldita sea, si uno se pudiera largar también así! Dos alas… ¡y lejos de aquí!

Heinrich Wessling sigue con la mirada el vuelo de los gansos mientras las aves se alejan.

—Ahora llega el invierno —dice despacio. Es un campesino y entiende de esto.

Recostado en el declive, Ludwig Breyer, débil y triste, susurra:

—Es la primera vez que los veo.

Pero Kosole se ha tornado animadísimo de repente. Pide a Wessling que le explique el asunto con rapidez y pregunta, sobre todo, si los gansos salvajes son tan grandes como los de engorde.

—Poco más o menos —contesta Wessling.

—Mi boca otra vez. —A Kosole le tiemblan las mandíbulas por efectos de la excitación—. ¡Ahí tenemos volando quince o veinte asados estupendos!

De nuevo un batir de alas a muy poca altura sobre nuestras cabezas; de nuevo se lanza contra nuestros cráneos, como si fuera un azor, el grito áspero y gutural; y el

ruido del aleteo se mezcla con los largos chillidos y el sonido del viento, que se ha tornado más fuerte, dando como resultado un vivo y súbito concepto de libertad y vida.

Se oye un disparo. Kosole baja el chopo y escudriña el cielo. Ha apuntado al centro de la cuña. Junto a él está Tjaden, preparado, como si fuera un perro de caza, a emprender veloz carrera tan pronto caiga algún ganso. Pero la bandada prosigue su vuelo en cerrada formación.

—Lástima —se lamenta Adolf Bethke—, habría sido el primer disparo sensato de esta piojosa guerra.

Kosole arroja lejos de sí el fusil, decepcionado.

—¡Si dispusiera de un par de cartuchos de perdigones!

Se apodera de él la nostalgia y comienza a abismarse en fantasías sobre todo lo que se habría podido hacer después. Hace movimientos de masticación involuntarios.

—Muy bien —opina Jupp, que lo ha estado observando—, con patatas fritas y compota de manzana, ¿no?

Kosole le mira con ojos furibundos.

—¡Cierra el pico, plumífero!

—Tendrías que haberte hecho piloto —sonríe Jupp irónicamente—, entonces podrías cogerlos con una red.

—¡Hijo de puta! —Kosole remata la discusión, y se dispone de nuevo a dormir.

También es lo mejor. Arrecia la lluvia. Nos sentamos espalda contra espalda y nos echamos por encima la lona de la tienda. Estamos acurrucados en nuestro trozo de trinchera como oscuros montones de tierra. Tierra, uniformes y debajo un poco de vida.

Me despierta un enérgico susurro. «¡Adelante…, adelante!».

—Pero ¿qué ocurre? —pregunto, ebrio de sueño.

—Debemos avanzar —rezonga Kosole, que reúne sus cosas.

—Si precisamente hemos venido de esa dirección —replico asombrado.

—¡Valiente estupidez! —oigo maldecir a Wessling—. Al fin y al cabo, la guerra ha concluido.

—¡En marcha, adelante!

Es Heel en persona, nuestro jefe de compañía, quien nos empuja.

Corre impaciente por las trincheras. Ludwig Breyer se ha levantado ya.

—No tiene remedio, hemos de salir —dice obediente, y coge un par de bombas de mano.

Adolf Bethke lo mira.

—Deberías quedarte aquí, Ludwig. No puedes avanzar con la diarrea que tienes.

Pero Breyer niega con la cabeza. Se oye el ruido áspero de los correajes, el traqueteo de los fusiles. Y de pronto vuelve a ascender de la tierra el desvaído olor de

la muerte. Habíamos tenido la esperanza de haber escapado de él para siempre, pues el pensamiento de la paz se había alzado frente a nosotros como un cohete. Y aunque no lo habíamos creído ni comprendido todavía, la sola esperanza había sido suficiente para que, en los pocos minutos que transcurrieron entre el rumor y su esparcimiento, sintiéramos una transformación más grande que en todos los veinte meses pasados. Hasta ahora, un año de guerra ha sucedido al anterior; un año de desesperanza se sumó al otro. Y cuando se ha pensado después en el tiempo que ha transcurrido, nos hemos asombrado casi por igual de que haya pasado ya tanto tiempo y de que no hayamos tenido conciencia de ello hasta ahora. Pero en este momento, cuando se ha hecho del dominio público que la paz puede hacer acto de presencia cualquier día, cada hora que transcurre tiene un peso mil veces mayor, y cada minuto en medio del fuego se nos antoja casi más duro y largo que todo el tiempo anterior.

El viento gime en los restos de los parapetos, y las nubes se deslizan presurosas por delante de la luna. Luces y sombras cambian continuamente. Avanzamos en fila, muy juntos: un grupo de sombras, una miserable segunda sección cuyos efectivos han quedado reducidos a unos pocos hombres a causa de las bajas (la compañía entera apenas tiene ahora el número de hombres de una sección normal); pero estos restos están cribados. Aún tenemos tres de los catorce hombres veteranos: Bethke, Wessling y Kosole, que están enterados de todo y a veces cuentan de los primeros meses de la guerra de movimientos, como si ello hubiera ocurrido en tiempos de los antiguos germanos.

Cada uno se busca en la posición su agujero, su rincón. Es poco lo que sucede. Balas trazadoras, ametralladoras, ratas. Willy lanza a lo alto una rata con un puntapié certero y la parte en dos, en el aire, con un golpe de pala.

Se oyen disparos aislados. Por la derecha, llega de lejos el ruido de las bombas de mano al estallar.

—Esperemos que las cosas estén tranquilas aquí —dice Wessling.

—Mira tú que todavía llevarse un tiro en la sesera… —Menea Willy la cabeza.

—El que tiene mala suerte puede romperse el dedo mientras se hurga la nariz —rezonga Valentin.

Ludwig está tumbado en la lona de una tienda, realmente podía haberse quedado atrás. Max Weil le da un par de pastillas para que se las tome. Valentin intenta convencerle de que beba un poco de coñac. Ledderhose intenta contar una sabrosa cochinada, pero nadie le escucha. Estamos tumbados por doquier. El tiempo sigue su curso.

Me estremezco de repente y levanto la cabeza. Veo que también Bethke se ha incorporado ya con rapidez. Incluso Tjaden se ha animado. El instinto de años nos informa de algo, nadie sabe de qué, pero no hay duda de que ocurre algo especial. Alargamos con precaución el cuello y escuchamos con nuestros cinco sentidos,

entornados los ojos hasta convertirlos en pequeñas ranuras, en un intento de perforar con las miradas el crepúsculo. Todos están despiertos y vigilantes; los sentidos de los hombres están concentrados al máximo; todos los músculos están dispuestos para hacer frente a lo todavía desconocido, a lo venidero que sólo puede significar peligro. Se oye el leve roce de las bombas de mano con que avanza Willy, quien mejor las arroja. Estamos aplastados contra el suelo, como gatos. Descubro a Ludwig Breyer a mi lado, y en sus tensas facciones no se aprecia nada de la enfermedad. Tiene la misma cara fría, mortalmente seria, que todos los que estamos en este lugar: la cara de la trinchera. Una furiosa tensión la ha inmovilizado, como congelado; tan fuera de lo común es la impresión que el subconsciente nos ha procurado mucho tiempo antes de que nuestros sentido puedan reconocerla.

La niebla vacila y se mueve a impulsos del aire. Y de repente siento qué nos ha tenido como hechizados en estado de máxima alerta; se trata únicamente de que se ha hecho el silencio, un silencio total.

Ningún ruido más de ametralladora, ningún disparo, ningún impacto, ningún silbido de granada. Nada, absolutamente nada, ni un tiro, ni un grito más. Sencillamente, reina el silencio, un silencio completo.

Nos miramos unos a otros, no podernos comprenderlo. Desde que estamos en guerra, es la primera vez que nos ha envuelto un silencio tan grande. Inquietos, husmeamos para descubrir el significado de este silencio. ¿Se estará aproximando traidoramente el gas? No, el viento es contrario, se lo llevaría. ¿Se acerca un ataque? Pero, de ocurrir tal cosa, con este silencio se habría descubierto antes de tiempo. ¿Qué diablos habrá sucedido? Está húmeda la bomba que tengo en la mano, tanto sudo a causa de la excitación. Es como si fueran a romperse los nervios. Cinco minutos, diez minutos.

—Ya ha pasado un cuarto de hora —dice Valentin Laher.

En la niebla su voz tiene un sonido hueco, como si saliera de una tumba. Y sigue sin ocurrir nada: ningún ataque, nada de sombras que saltan de repente, oscureciendo el horizonte. Las manos se aflojan y se cierran con más fuerza. ¡No es posible continuar resistiendo esto! Estamos habituados al ruido del frente, que ahora, cuando ha dejado de pesar sobre nosotros, experimentamos la sensación de tener que estallar, de alzarnos del suelo como globos.

—Atención, muchachos, es la paz —dice Willy de repente, y estas palabras caen como una bomba.

Las caras se relajan, los movimientos se toman inseguros, carentes de meta. ¿Paz? Nos miramos con ojos de incredulidad. ¿Paz? Dejo mis bombas de mano. ¿Paz? Ludwig vuelve a tumbarse despacio en su lona. Bethke tiene en los ojos una expresión como si la cara estuviera a punto de quebrársele. ¿Paz? Wessling está inmóvil como un poste. Y cuando vuelve la cabeza para mirar hacia nosotros, parece como si pretendiera continuar caminando ahora mismo a casa.

De repente, apenas lo hemos notado en el torbellino de nuestra excitación, se rompe el silencio: vuelve a escucharse el ruido sordo de los cañones, y también llega de lejos el tableteo de una ametralladora, como si un pájaro carpintero picoteara en un tronco de árbol. Nos tranquilizamos y casi nos sentimos contentos de oír nuevamente los ruidos familiares de la muerte.

Durante el día tenemos calma. Por la noche, debemos retroceder un poco, como viene sucediendo con frecuencia. Pero los de enfrente no se limitan sencillamente a seguirnos, sino que atacan. Antes de que podamos darnos cuenta, llega del otro lado un fuego graneado. Rojas fontanas brotan con estruendo detrás de nosotros en el crepúsculo. Por lo pronto, todavía hay calma entre nosotros. Willy y Tjaden encuentran casualmente una lata de carne y devoran al instante el contenido. Los otros están tendidos, esperando. Los muchos meses de lucha los han recocido, se muestran casi indiferentes, por cuanto ya no pueden defenderse.

El jefe de la compañía se arrastra hasta nuestro embudo.

—¿Lo tenéis todo? —pregunta entre el ruido.

—¡Muy pocas municiones! —grita Bethke.

Heel se encoge de hombros y ofrece a Bethke un cigarrillo por encima del hombro. El otro hace con la cabeza un signo de aprobación, sin moverse.

—Tenemos que ir tirando así —dice Heel, y salta hacia el siguiente hoyo de tirador.

Sabe que la cosa resultará. Cualquiera de estos veteranos podría ser tan buen jefe de compañía como lo es él.

Oscurece. El fuego nos atrapa. Tenemos poca protección y, con manos y palas, cavamos agujeros para nuestras cabezas en los hoyos de tirador. Albert Trosske, Adolf Bethke y yo estamos como sardinas en lata. Un impacto a veinte metros de nosotros. Para salvar los tímpanos, mantenemos la boca muy abierta mientras se aproxima, silbando, la mala bestia; mas, a pesar de ello, nos quedamos medio sordos. Nos salta a los ojos tierra y suciedad; y el maldito humo de la pólvora y el azufre nos hace sentir picores en la garganta. Llueve la metralla. No hay duda de que ha sido alcanzado alguien, pues, al mismo tiempo que un caliente trozo de metralla, vuela a nuestro hoyo una mano arrancada, que cae precisamente junto a la cabeza de Bethke.

Heel se mete de un salto en nuestro hoyo. Al resplandor de las explosiones, se ve bajo el casco un rostro blanco como la cal a causa de la rabia.

—Un impacto certero —jadea—. Todo deshecho.

Nuevos estallidos, zumbidos, retumba la tierra. Después se alza la cortina, se desliza hacia atrás, y en el mismo instante se levantan hombres chamuscados, negros, las bombas de mano en los puños, hombres al acecho, listos para entrar en acción.

—¡Retroceder despacio! —grita Heel.

El ataque se desarrolla a nuestra izquierda. Se combate por la posesión de uno de nuestros hoyos de tirador. Tabletea la ametralladora; surcan el aire los relámpagos producidos por las bombas de mano al estallar. La ametralladora queda en silencio de repente; se ha encasquillado. Y el nido es atacado por el flanco. Sólo un par de minutos y habrá quedado aislado. Heel lo ve.

—¡Maldición! —Pasa el declive—. ¡Adelante!

Las palabras van acompañadas de munición que llega volando. Willy, Bethke y Heel están rápidamente a distancia de lanzamiento, tumbados en el suelo, y arrojan bombas de mano. Heel, sin embargo, ya está otra vez de pie, está como loco en tales momentos, es un verdadero Satán. Pero el intento resulta bien. Los del hoyo recobran ánimos, la ametralladora comienza de nuevo a funcionar, se consigue el enlace, y saltamos juntos hacia atrás para llegar al bloque de cemento que hay detrás de nosotros. Todo ha sucedido tan de prisa que los americanos no han notado en absoluto en qué forma nos hemos retirado del nido de ametralladoras. Todavía brotan relámpagos del hoyo abandonado.

Ahora hay más calma. Temo por Ludwig. Pero está con nosotros. Luego, a rastras, se aproxima Bethke.

—¿Wessling?

—¿Qué pasa con Wessling? ¿Dónde está? —Las voces de llamada se oyen súbitamente entre el sordo retumbar de los cañones lejanos—. ¡Wessling…, Wessling…!

—¿Qué pasa? —pregunta Heel, que acude en este momento.

—Falta Wessling.

Tjaden había estado tendido junto a él durante la retirada, pero después no ha vuelto a verle más.

—¿Dónde? —inquiere Kosole. Tjaden señala hacia el lugar—. ¡Maldición!

Kosole mira a Bethke y éste a Kosole. Los dos saben que quizá sea ésta su última batalla, pero no vacilan ni un instante.

—Me da igual —gruñe Bethke.

—¡Zumbando! —resopla Kosole.

Y ambos desaparecen en la oscuridad, seguidos inmediatamente por Heel, que salta tras ellos.

Ludwig lo dispone todo para avanzar al instante en el caso de que los tres fueran víctimas de algún ataque. De momento, todo permanece tranquilo, pero súbitamente fulguran las explosiones de las bombas de mano, mezcladas con disparos de revólver. Saltamos al instante, Ludwig a la cabeza, pero en el mismo momento aparecen las sudorosas caras de Bethke y Kosole, arrastrando una lona sobre la que hay alguien.

¿Heel? Es Wessling, que gime. ¿Y Heel? Es el que contiene a los otros, el que ha disparado. Se presenta inmediatamente.

—¡Ha quedado lista toda la banda que había en el hoyo! —grita—. Y dos más con el revólver. —Entonces clava los ojos en Wessling—. Bueno, ¿qué hay?

Wessling no responde. Tiene abierto el vientre, hecho una verdadera carnicería. No se puede apreciar lo hondo de la herida. Se le pone un vendaje de emergencia. El herido gime pidiendo agua, pero no se le da, pues los que tienen heridas en el vientre no deben beber. Entonces pide mantas. Siente frío, ha perdido mucha sangre.

Un enlace llega con la orden de continuar retrocediendo. Nos llevamos a Wessling en la lona de una tienda, atravesada por un fusil hasta que encontremos una camilla. Caminamos en fila, tanteando el terreno con sumo cuidado. Aclara poco a poco. Una niebla plateada en los matorrales. Estamos dejando atrás la zona de combate. Y creemos ya haber dejado atrás todo cuando se oye un silbido suave y el sonido de algo al hacer impacto. Ludwig Breyer se remanga en silencio la manga: ha recibido un balazo en el brazo. Weil le aplica un vendaje.

Retrocedemos sin cesar.

El viento es suave como el vino. Esto no es noviembre, esto es marzo. El cielo, limpísimo, tiene un color azul purísimo. El sol se refleja en los charcos del camino. Caminamos por una carretera bordeada de álamos que se alzan a gran altura, casi intactos. Sólo de vez en cuando falta alguno. Esta zona era antes retaguardia y no está tan desolada como los kilómetros precedentes, que hemos ido cediendo día a día, metro a metro. El sol se posa en la parda lona de la tienda, y mientras caminamos por la amarilla carretera, se desprenden continuamente hojas de los árboles. Bajan balanceándose, y algunas caen sobre la lona.

Todo está lleno cuando llegamos al hospital de campaña. Hay muchos heridos a la puerta y, de momento, dejamos también fuera a Wessling. Un buen número de hombres con heridas en los brazos, en los que se destacan blancos vendajes, forman para marchar. Se está procediendo a la evacuación del hospital de campaña. Un médico que va de un lado para otro examina a los recién llegados. Ordena que entren inmediatamente a un hombre cuya pierna cuelga suelta de la articulación de la rodilla. A Wessling le ponen un vendaje tan sólo, y lo dejan fuera.

Él camarada herido despierta de su modorra y sigue al médico con la mirada.

—¿Por qué se marcha?

—Ya volverá —le contesto.

—Pero tienen que meterme en el hospital, han de operarme. —Se excita de pronto terriblemente y se palpa en busca del vendaje—. Esto habrá que coserlo en seguida, ¿no?

Intentamos tranquilizarlo. Se ha tornado verde y suda a causa del miedo.

—Adolf, corre tras él, que venga.

Bethke vacila un momento. Pero cuando Wessling lo mira, no puede hacer otra cosa, aunque ya sabe que no tiene objeto. Le veo hablar con el médico. Wessling le sigue con la mirada todo lo que puede. Es espantoso ver en qué forma trata de torcer el cuello.

Al regresar, Bethke lo hace de manera que el herido no pueda verlo. Menea la cabeza, expresa con el dedo el número uno y mueve los labios para decir inaudiblemente: «U-na ho-ra».

Ponemos cara de confianza, pero ¡quién puede engañar a un moribundo! Cuando Bethke le dice que le operarán más adelante, que primero ha de sanar un poco la herida, Wessling jadea en voz baja:

—Sí, vosotros…, sanos y salvos… y vais a casa… Y yo…, cuatro años para luego esto…, cuatro años… y luego esto…

—En seguida te meterán en el hospital de campaña, Heinrich —le consuela Bethke.

—Déjalo —contesta con un ademán de rechazo.

A partir de este momento ya no habla mucho. Tampoco quiere que lo metan, sino que desea permanecer fuera. El hospital de campaña está en una pequeña ladera, y se puede divisar desde aquí mucha parte de la carretera por donde hemos venido. Vivos colores con mezcla de oro. La tierra se extiende serena, suave, segura. Hasta se ven campos de labor, pequeñas parcelas pardas, cavadas, que llegan hasta el mismo hospital de campaña. Cuando el viento barre el olor de la sangre y el pus, se puede percibir el acre aroma de los terrones. Es azul la lejanía y hay gran paz por doquier, pues la mirada no va de este lugar hacia el frente: el frente se pierde a la derecha.

Wessling está quieto. Lo contempla todo con atención, con ojos de mirada clara. Es un campesino que comprende la campiña mejor que nosotros y de forma distinta. Sabe que ahora tiene que dejarla. Por ello no quiere perderse un detalle y no aparta los ojos del panorama. Se torna más y más pálido a cada minuto que pasa. Por fin hace un movimiento y susurra:

—Ernst…

Me inclino hacia sus labios.

—Saca mis cosas —dice.

—Siempre hay tiempo para eso, Heinrich…

—No, no. Vamos.

Las pongo delante de él. La cartera de viejo calicó, la navaja, el reloj, el dinero… Poco a poco se va conociendo todo esto. En la cartera está suelta la fotografía de su esposa.

—Enséñamela —pide.

Saco la fotografía y la sostengo de manera que Wessling pueda verla. Un rostro puro, moreno. El hombre contempla esta cara y susurra al cabo de unos momentos:

—Todo esto se acabó ya.

Y le tiemblan los labios. Por fin, vuelve la cabeza hacia otro lado.

—Llévala contigo —ruega. No sé lo que quiere decir, pero yo tampoco quiero seguir haciendo preguntas, y por ello me guardo la fotografía en el bolsillo—. La llevas…

Me mira con ojos extraños, muy abiertos, murmura algo, sacude la cabeza y gime. Intentó desesperadamente entender algo todavía; sin embargo, emite tan sólo sonidos guturales. Se estira, respira con mayor dificultad y lentitud, a intervalos, entrecortadamente. Por fin respira hondo una vez más, suspirando…, y la expresión de sus ojos parece de pronto la de un ciego. Ha muerto.

A la mañana siguiente, vamos por última vez hacia delante. Apenas se oye algún disparo. Ha terminado la guerra, hemos de partir dentro de una hora. Ahora ya no necesitamos volver jamás a este sitio. Cuando nos vayamos, nos iremos para siempre.

Destruimos lo que resta por destruir: bastante poco. Un par de refugios. Luego se recibe la orden de retirada. Es un momento extraño. Estamos de pie, juntos, mirando hacia delante. Se extienden por el suelo ligeros jirones de niebla, se distinguen con claridad las trincheras y las líneas de hoyos de tirador. Cierto que únicamente se trata ya de las últimas líneas, pues éstas de aquí son posiciones de reserva; pero, a pesar de todo, es zona de combate. Con cuánta frecuencia hemos avanzado por estas trincheras, con cuánta frecuencia hemos regresado por ellas, ya en menor número. El monótono paisaje se extiende gris frente a nosotros. A lo lejos, los restos de un bosquecillo, unos cuantos tocones, las ruinas de la aldea. Y, entre todo ello, un muro alto y solitario que se ha mantenido en pie a través de toda la guerra.

—Sí —dice Bethke, pensativo—, cuatro años dentro de esto…

—Maldito que sí —asiente Kosole con la cabeza—. Y ahora fin, así de sencillo.

—Hombre, hombre. —Willy Homeyer se apoya en el parapeto—. Es una cosa extraña, no…

Seguimos de pie, mirando con fijeza. La lejanía, los restos del bosque, las elevaciones, la línea del horizonte al otro lado: fue un mundo terrible y una vida muy dura. Y ahora todo esto queda atrás de plano, sin más ni más. Cuando nuestros pies avancen, todo se irá hundiendo paso a paso detrás de nosotros, y todo habrá terminado en una hora, como si nunca hubiese existido. ¡Quién puede comprenderlo!

Deberíamos reír y gritar de contento. Sin embargo, experimentamos en el estómago una desagradable sensación, como si nos hubiésemos comido una escoba y tuviéramos que vomitarla.

Nadie dice nada. Ludwig Breyer, cansado, apoyado en el borde de la trinchera, alza la mano como si estuviera frente a una persona a la que quisiera hacer señas de despedida.

—Posiblemente no podéis decir adiós, ¿verdad? —dice Heel, apareciendo de repente—. Sí, ahora viene la porquería.

Ledderhose le mira con ojos asombrados.

—Lo que viene ahora es la paz.

—Sí, precisamente la porquería —responde Heel, que se aleja con una cara como si se le hubiese muerto la madre.

—Le falta la «Pour le Mérite» —explica Ledderhose.

—¡Bah!, cierra esa bocaza —le amonesta Albert Trosske.

—Bueno, vamos ya —invita Bethke, pero permanece todavía sin moverse.

—Ahí quedan tendidos muchos de nosotros —dice Ludwig.

—Sí… Brandt, Müller, Kat, Bäumer, Bertinck…

—Sandkuhl, Meinders, los dos Terbrüggen, Hugo, Bernhard…

—Dejadlo ya, hombre…

Son muchos de los nuestros los que han quedado tendidos aquí, pero no lo hemos sentido de esta forma hasta ahora. Al fin y al cabo, hemos continuado juntos, ellos en las tumbas y nosotros en las trincheras, separados tan sólo por un par de puñados de tierra. Lo único es que nos precedieron un poco, pues cada día éramos nosotros menos y ellos más…, y con frecuencia no sabíamos si ya debíamos contar entre ellos o no. Pero las granadas, en ocasiones, nos los traían de nuevo: Huesos lanzados a lo alto, restos de uniformes, cabezas en estado de putrefacción, húmedas, ya terrosas, que en medio del fuego graneado volvían de nuevo a la batalla, sacados de sus fosas. No experimentábamos ninguna sensación de espanto, estábamos demasiado cerca de ellos. Pero ahora nosotros regresamos a la vida, y ellos han de quedarse aquí.

Ludwig, cuyo padre ha caído en este sector del frente, se suena con la mano y se da la vuelta. Le seguimos despacio, pero nos detenemos todavía unas cuantas veces y miramos en torno nuestro. Y volvemos a quedarnos quietos y sentimos de repente que lo que se extiende frente a nosotros, este infierno de terrones, este destrozado rincón de hoyos de tirador, está dentro de nuestro pecho, que… ¡maldición, si no fuera una tontería y no nos hiciera casi echar las tripas…!, que casi parece como si nos hubiésemos familiarizado con todo ello y fuese para nosotros un hogar espantoso, martirizante. Y que nuestro sitio estuviese aquí.

Sacudimos la cabeza al pensar en esto. Pero es que se trata de años perdidos que se quedan aquí; de camaradas tendidos en estos lugares; de la miseria cubierta por esta tierra… Sentimos en nuestras entrañas tanta pena que podríamos romper a llorar a lágrima viva.

Entonces nos ponemos en marcha.

PRIMERA PARTE

Largas discurren las carreteras por la campiña; descansan las aldeas bajo una luz grisácea; susurran los árboles; y las hojas caen incesantes.

Pero, paso a paso, avanzan por estos caminos las grises columnas de hombres con uniformes descoloridos y sucios. Los rostros que asoman por debajo de los cascos de acero, con barbas de varios días, aparecen demacrados por efectos del hambre y la penuria, extenuados, fundidos en las líneas que señalan el espanto, la valentía y la muerte. Marchan en silencio, como ya lo han hecho a lo largo de tantos caminos; lo hacen con la misma expresión que tenían cuando han ido en tantos vagones de mercancías, cuando se han acurrucado en tantos abrigos de trinchera, cuando se han tendido en tantos hoyos de tirador: sin muchas palabras. Así es también como marchan ahora por esta carretera hacia la patria y la paz: sin muchas palabras.

Maduros hombres con barba y delgados jóvenes que todavía no han cumplido veinte años, camaradas todos sin diferencia entre ellos. Y a su lado, sus tenientes, medio niños, pero que han dirigido durante muchas noches las acciones y combates. Y detrás de ellos, el ejército de los muertos. Y así avanzan, paso a paso, enfermos, medio muertos de hambre, sin municiones, en diezmadas compañías, con ojos que aún no pueden comprenderlo: escapados del mundo de los muertos…, el camino de regreso a la vida.

I

La compañía avanza despacio, pues estamos cansados y todavía hay heridos entre nosotros. Por ello, nuestro grupo se va quedando atrás poco a poco. La región es monstruosa. Y cuando la carretera asciende, podemos ver por un lado los restos de nuestras tropas en retirada; y por el otro, las densas e interminables líneas que nos siguen: son los americanos. Sus columnas se deslizan entre las filas de árboles como un ancho río, y sobre ellas se divisa el inquietante brillo de las armas. Pero en torno se extienden los pacíficos campos, y las copas de los árboles emergen serias, ajenas a lo que sucede, con sus colores otoñales entre la marea que avanza.

Hemos pasado la noche en un pueblecito. Detrás de las casas donde hemos dormido, corre un arroyo festoneado de sauces. Un estrecho sendero discurre a lo largo del arroyo. Avanzamos por este camino en fila, Kosole en cabeza. Junto a él corre *Wolf*, el perro de la compañía, que olfatea el morral del pan.

De repente, en el cruce donde el sendero desemboca en el camino principal, Ferdinand salta hacia atrás.

—¡Atención!

Inmediatamente tenemos prestos los fusiles y nos diseminamos. Kosole se ha tumbado en la cuneta, listo para disparar. Jupp y Trosske se agazapan, al acecho, detrás de un seto de saúcos; Willy Homeyer tira del correaje donde lleva las bombas de mano; e incluso nuestros heridos están preparados para la lucha.

Se acercan americanos a lo largo de la carretera. Ríen y charlan entre sí. Es el grupo de avanzadilla que nos ha alcanzado entretanto.

Adolf Bethke es el único de nosotros que ha permanecido de pie. Sale del escondite y da unos cuantos pasos con calma hacia la carretera. Kosole se levanta. Los demás reflexionamos también y, confundidos, ordenamos nuestros correajes y las correas de los fusiles: hace ya unos cuantos días que han cesado los combates.

Los americanos se asombran al descubrirnos, y se interrumpe su conversación. Se acercan despacio. Nos retiramos en dirección a un cobertizo para tener guardada la espalda y permanecemos a la expectativa. Tras un minuto de silencio, un americano muy alto se destaca del grupo y saluda con la mano.

—¡Hola, camarada!

—¡Camarada! —responde Adolf Bethke, quien también levanta la mano.

Cede la tirantez, y los americanos se aproximan. Momentos después nos han rodeado. Tan cerca como ahora, sólo los hemos visto cuando eran cogidos prisioneros o morían en el combate.

Es éste un momento singular. Los miramos en silencio. Forman un semicírculo en torno nuestro. Hombres altos, fuertes, a los que se ve inmediatamente que siempre se han hartado de comer. Todos son jóvenes, ninguno de ellos tiene ni mucho menos la edad de Adolf Bethke o Ferdinand Kosole, a pesar de que éstos no son todavía ni con mucho los más viejos de los nuestros. Pero tampoco ninguno de ellos es tan joven

como Albert Trosske o Karl Bröger, aunque no sean tampoco éstos los más jóvenes entre nosotros.

Llevan uniformes y capotes nuevos, calzan botas del número que les corresponde, sus armas son buenas y tienen los bolsillos llenos de munición. Todos están frescos y sin gastar.

En comparación con estos hombres, somos una auténtica cuadrilla de bandoleros. Nuestros uniformes se han descolorido a causa de la porquería de los años, de las lluvias de la Argona, de la cal de Champagne, de los pantanos de Flandes. Destrozados los capotes por los trozos de metralla, remendados con toscas puntadas, rígidos a causa del barro y, en ocasiones, de la sangre; deshechas las botas, gastadas las armas, casi terminada la munición. Todos estamos igual de sucios, igualmente descuidados, lo mismo de cansados. La guerra ha pasado por encima de nosotros como una apisonadora.

Cada vez se acercan más y más tropas, el lugar está lleno ahora de curiosos. Continuamos aún en el rincón, apilados en torno a nuestros heridos; no porque tengamos miedo, sino porque todos somos uno. Los americanos se dan codazos y señalan nuestras viejas y gastadas cosas. Uno de ellos ofrece a Breyer un trozo de pan blanco, pero Ludwig lo rechaza, a pesar de que puede leerse el hambre en sus ojos.

De repente, alguien, sofocando una exclamación, señala los vendajes de nuestros heridos. Son de papel rizado y están atados con cordeles. Todos miran. Luego se retiran y susurran entre ellos. Su expresión alegre se trueca en una de compasión al darse cuenta de que no tenemos ni siquiera vendas de gasa. El hombre que antes nos ha llamado pone su mano en el hombro de Bethke.

—Alemán…, buen soldado —dice—, soldado valiente…

Los otros asienten vivamente con la cabeza.

No respondemos, pues ahora no podemos responder. Las últimas semanas han sido terribles para nosotros. Tuvimos que entrar en combate una y otra vez, perdiendo hombres sin provecho; pero no hemos preguntado mucho, sino que lo hemos hecho en la misma forma que durante todo el tiempo. Y al terminar, de doscientos de nuestra compañía quedaban únicamente treinta y dos. Hemos salido sin pensar ni sentir otra cosa que la de haber hecho bien lo que nos ha sido encomendado.

Pero ahora, ante las compasivas miradas de los americanos, comprendemos cuán absurdo ha sido todo esto último. Al ver sus interminables columnas, provistas de equipo abundante, nos damos cuenta de con qué superioridad tan gigantesca de hombres y de material hemos tenido que enfrentarnos.

Nos mordemos los labios mientras nos miramos. Bethke retira el hombro donde está posada la mano del americano, Kosole mira con fijeza ante sí, Ludwig Breyer se endereza. Agarramos nuestros fusiles con más fuerza, se tensan nuestros músculos, se endurecen las miradas y no se bajan los ojos. Vemos de nuevo la campiña por donde

hemos venido, nuestras caras no traslucen emoción alguna, y una corriente de calor circula de nuevo por dentro de nosotros; pensamos en todo lo que hemos hecho, en todo lo que hemos sufrido, en todo lo que hemos dejado atrás.

No sabemos lo que nos ocurre. Pero si se oyera en estos momentos una palabra dura, nos arrastraría, quisiéramos o no. Nos lanzaríamos sobre los americanos salvajemente, jadeantes, como locos, desesperados. Y lucharíamos, volveríamos a combatir a pesar de todo.

Se abre camino hacia nosotros un fornido sargento, encendida la cara, e inunda a Kosole, el más cercano a él, con un torrente de palabras en idioma alemán. Ferdinand se estremece, tanto le sorprende esto.

—Si habla exactamente como nosotros —le dice, asombrado, a Bethke—, ¿qué dices tú ahora?

El sargento habla incluso mejor y con más soltura que Kosole. Cuenta que estuvo en Dresde antes de la guerra y que tiene allí muchos amigos.

—¿En Dresde? —pregunta Kosole, cada vez más asombrado—. Allí estuve yo también dos años.

El sargento sonríe como si esto fuera una distinción. A continuación nombra las calles en que ha vivido.

—Ni a cinco minutos de mí —explica Ferdinand, ahora excitado—. ¡Y que no nos hayamos visto nunca! ¿Acaso conoce a la viuda Pohl, que vive en la esquina del callejón de San Juan, una mujer gruesa, con el pelo negro? Es mi patrona.

Claro que el sargento no la conoce, pero, a la vez, cita a Zander, consejero del Tribunal de Cuentas, a quien Kosole no puede recordar, por mucho que piense. Pero ambos se acuerdan del Elba y del palacio, y esto les hace mirarse con ojos radiantes de alegría, como si fueran antiguos amigos. Ferdinand da una palmada en el brazo del sargento.

—¡Hombre, hombre…, habla el alemán como un viejo y ha estado en Dresde! Bueno, en realidad, ¿para qué hemos hecho ambos la guerra?

El sargento se echa a reír, tampoco lo sabe. Entonces saca un paquete de cigarrillos y ofrece a Kosole, quien alarga la mano con rapidez, pues cualquiera de nosotros daría de buen grado su alma a cambio de un cigarrillo. Los nuestros son de hojas de haya y heno; y éstos son los de la mejor clase. Valentin Laher afirma que los más corrientes son de crin vegetal y estiércol de caballo seco. Y Valentin es un entendido en la materia.

Kosole expulsa el humo con voluptuosidad, y nosotros olfateamos con ansia. Laher se torna pálido, le tiemblan las aletas de la nariz.

—Anda, déjame dar una chupada —suplica a Ferdinand.

Pero antes de que pueda coger el cigarrillo, otro americano le ofrece todo un paquete de Virginia. Valentin le mira con ojos de incredulidad, lo coge después y lo

huele. Se le transfigura el rostro. Devuelve el paquete, titubeando. Sin embargo, el otro rechaza y señala vivamente la cucarda prendida en la gorra de campaña de Laher, que asoma en el morral del pan. Pero Valentin no le entiende.

—Quiere cambiar el tabaco por la cucarda —explica el sargento de Dresde.

Esto lo comprende Laher menos aún. Este tabaco de primera clase a cambio de una cucarda de chapa…, el individuo tiene que estar borracho. Valentin no soltaría el paquete de tabaco ni aunque a cambio pudiera conseguir el grado de suboficial o incluso de teniente. Ofrece inmediatamente al otro toda la gorra y prepara, con manos temblorosas por el ansia, la primera pipa.

Hemos comprendido ahora lo que pasa: los americanos quieren hacer cambios. Se nota que no llevan mucho tiempo combatiendo; todavía coleccionan recuerdos: hombreras, cucardas, cierres de cinturón, condecoraciones, botones de los uniformes. A cambio, nos hacemos con tabaco, jabón, chocolate y conservas. Hasta nos ofrecen encima un buen puñado de dinero por nuestro perro, pero ya pueden ofrecer en este sentido lo que quieran, *Wolf* seguirá con nosotros. En cambio, tenemos suerte con nuestros heridos. Un americano que tiene en la boca tal cantidad de oro que la jeta le brilla como si fuera un taller de trabajar latón, desea tener trozos de vendaje ensangrentado para poder demostrar en su patria que tales vendajes son realmente de papel. Ofrece a cambio galletitas de primera clase y, sobre todo, una brazada de vendas. Con mucho cuidado y gran contento se guarda en la cartera los trozos de papel, en particular los de Ludwig Breyer, pues se ha de considerar que se trata en este caso de la sangre de un teniente. Ludwig, utilizando un lápiz, ha de escribir en ellos el lugar, el nombre y la agrupación a que pertenece el herido, para que en América pueda ver todo el mundo en seguida que no se trata de ningún engaño. Cierto que Ludwig no quería aceptar al principió, pero Weil le ha convencido, pues necesitamos muchísimo disponer de buenos vendajes. Además, teniendo en cuenta su diarrea, los bizcochos son para el teniente una verdadera salvación.

Sin embargo, quien obtiene los mejores resultados es Arthur Ledderhose. Arrastra una caja llena de condecoraciones que ha descubierto en una oficina abandonada. Un americano tan arrugado como mi camarada y con la misma cara de limón que él pretende adquirir de una vez toda la caja; pero Ledderhose le mira largamente con ojos de superioridad, semicerrados. El americano sostiene la mirada con la misma inmovilidad y con aire de inocencia. De repente los dos parecen hermanos. Por encima de la guerra y la muerte, surge aquí, de pronto, algo que ha salido victorioso de todo: el espíritu comercial.

El oponente de Ledderhose comprende en seguida que no tiene nada que hacer, pues Arthur no se dejará engañar: su negocio resultará considerablemente más productivo al por menor. E intercambia hasta quedar vacía la caja. A su lado va formándose gradualmente un montón de cosas. Hay hasta mantequilla, seda, huevos y ropa interior, por lo que, cuando concluye su negocio, Ledderhose, con las piernas arqueadas, parece una tienda de ultramarinos.

Nos alejamos. Los americanos dan voces y nos saludan con la mano mientras nos marchamos. Especialmente, el sargento se muestra infatigable. También Kosole está emocionado, en la medida que pueda estarlo un viejo soldado. Gruñe un par de saludos de despedida y hace señas con la mano, aunque bien es verdad que más parece amenazar. Después se dirige a Bethke:

—Unos chicos muy sensatos, ¿verdad?

Adolf dice que sí con la cabeza. Continuamos nuestra marcha en silencio. Ferdinand anda con la cabeza baja, pensando. No lo hace con frecuencia, pero cuando las reflexiones se apoderan de él, entonces se muestra tenaz y da vueltas y más vueltas al asunto. No se le va de la cabeza el sargento de Dresde.

Cuando pasamos por los pueblecitos, la gente nos sigue con ojos fijos. Vemos flores en la ventana de una caseta de guardavías. Una mujer de pechos henchidos da de mamar a un niño. Viste de azul. Nos ladran los perros, y *Wolf* responde a los ladridos. En el camino, un gallo monta a una gallina. Fumamos en silencio.

Marchamos, marchamos. La zona del hospital de campaña; la zona de la intendencia. Un extenso parque de álamos. Debajo de los árboles hay camillas y heridos. Las hojas, al caer, les ponen un manto de rojo y oro.

Un hospital de campaña para gaseados: casos graves que ya no pueden ser transportados. Caras azules, céreas, verdes; ojos muertos, destrozados por los ácidos; moribundos estertorosos, presos de náuseas. Todos quieren irse, pues temen ser hechos prisioneros. Como si no fuera ya un cautiverio el lugar donde están muriendo.

Intentamos consolarles diciéndoles que los americanos les cuidarían mejor, pero no escuchan nuestras palabras. Nos llaman una y otra vez, pidiéndonos que nos los llevemos con nosotros.

Son terribles estas llamadas. Las pálidas caras tienen un aspecto irreal en este aire puro. Pero lo peor es lo de las barbas: extrañamente, viven sólo para ellas, duras, egoístas, creciendo con fuerza sin cesar, recubriendo las mandíbulas con una negra capa fungosa que se nutre más cuanto más se debilitan los hombres.

Muchos de los heridos graves nos tienden como niños sus brazos grises y enflaquecidos. «Llevadnos con vosotros, camaradas —mendigan—, llevadme con vosotros, camaradas».

En las cuencas de sus ojos se agazapan ya sombras profundas, extrañas, donde las pupilas dan la impresión de seres a punto de ahogarse que pugnan desesperadamente por salvarse. Otros heridos permanecen quietos; lo único que hacen es seguirnos con la mirada tanto tiempo como pueden.

Sus llamadas se debilitan poco a poco. Las carreteras van pasando poco a poco también. Son muchas las cosas que llevamos encima, pues, al fin y al cabo, algo hay

que llevar a casa. Hay nubes en el cielo. El sol consigue atravesarlas en el curso de la tarde, y los abedules, ya con pocas hojas encima, se reflejan en los charcos formados por la lluvia en el camino. En las ramas está prendido un vapor suave y azul.

Mientras camino, la mochila a la espalda, baja la cabeza, veo en el borde de la carretera, en los límpidos charcos de lluvia, la imagen de los árboles, claros, sedosos. La imagen reflejada en estos espejos accidentales es más intensa que la real. Dentro del pardo suelo hay un trozo de cielo con árboles, hondura y claridad, y un escalofrío me invade de repente. Por vez primera desde hace largo tiempo, vuelvo a sentir que hay algo hermoso, que esto es, sencillamente, hermoso; esta imagen reflejada en el charco de agua frente a mí. Y mientras me estremezco así, el corazón se me levanta, todo cae por un momento, y lo noto ahora por vez primera: paz, lo veo: paz, lo siento por completo: paz. Remite la presión que hasta ahora no ha dejado que aflore nada, y emprende el vuelo un no sé qué desconocido, un algo nuevo. Gaviotas, blancas gaviotas, paz; un tembloroso horizonte, una esperanza que tiembla, una primera mirada. Presentimiento, esperanza, algo que se inflama, que viene: paz.

Me sobresalto y miro en torno mío. Detrás continúan tendidos en sus camillas los camaradas, que nos llaman todavía. Paz; pero ellos, sin embargo, mueren. Yo, en cambio, tiemblo de alegría y no siento vergüenza de ellos. Es extraño esto.

Quizá sea sólo por esto por lo que hay siempre guerras: porque unos no pueden sentir jamás por completo lo que sufren los otros.

II

Estamos sentados en el patío de una cervecería. Es por la tarde. Nuestro jefe de compañía, el primer teniente Heel, sale de la oficina de la fábrica y nos llama para reunirnos; hay orden de que se elijan soldados rasos de confianza. Esto nos asombra, pues hasta ahora nunca había ocurrido tal cosa.

Es en este momento cuando aparece en el patio Max Weil. Agitando una hoja de periódico, grita:

—Hay revolución en Berlín.

Heel se da la vuelta.

—Estupideces —dice con voz dura—, lo que hay en Berlín son disturbios.

Pero Weil no ha sido derrotado aún.

—El emperador ha huido a Holanda.

Esto nos despierta por completo a todos. Weil tiene que estar loco. Heel se torna rojo como la grana y grita:

—¡Maldito embustero!

Weil le entrega el periódico. Heel lo estruja y clava en Weil unos ojos llenos de rabia. No le puede sufrir, pues Weil es judío, un hombre pacífico que siempre está sentado en cualquier sitio, leyendo. En cambio, Heel es un tipo de rompe y rasga.

—Todo esto no son mas que tonterías —gruñe, y parece como si quisiera devorar a Weil con la mirada.

Max se desabrocha la guerrera y saca una segunda hoja. Heel la mira por encima, la hace trozos después y se marcha a su alojamiento. Weil recompone la hoja rota y nos lee las noticias. Estamos sentados como gallinas borrachas. Esto ya no hay quien lo entienda.

—Se dice que ha querido evitar una guerra civil —explica Weil.

—Estupideces —exclama Kosole—. Si también lo hubiésemos dicho nosotros años atrás… ¡Maldita sea, y para esto hemos estado resistiendo aquí!

—Jupp, tócame, a ver si estoy aquí todavía —pide Bethke, sacudiendo la cabeza. Jupp lo confirma—. Pues entonces tiene que ser verdad —prosigue Bethke—, mas, a pesar de ello, no entiendo nada. Si lo hubiera hecho alguno de nosotros, lo habrían puesto contra el paredón.

—No debo pensar ahora en Wessling ni en Schröder —dice Kosole mientras aprieta los puños— pues, de lo contrario, reventaría en mil pedazos. ¡Küken Schröder, aplastado como una chapa, siendo todavía un niño; y el hombre por quien ha muerto huye! ¡Maldita sea! —Y da fuertes taconazos a un barril de cerveza.

Willy Homeyer hace con la mano un ademán desdeñoso.

—Es preferible que hablemos de otra cosa —propone después—, ese nombre ha quedado definitivamente listo para mí.

Weil explica que, según se dice, han sido constituidos comités de soldados en diversos regimientos, que los oficiales han dejado ya de ser superiores, que a muchos

le han arrancado las hombreras. También quiere formar un comité de soldados en nuestro grupo, pero no encuentra mucho eco, no queremos fundar nada. Lo que deseamos es regresar a casa, y también podremos hacerlo según estamos.

Por fin se elige a tres hombres de confianza; Adolf Bethke, Max Weil y Ludwig Breyer.

Weil pretende que Ludwig se quite las hombreras.

—Aquí… —dice Ludwig con voz cansada, tocándose repetidas veces la frente con la punta del dedo.

Bethke rechaza a Weil.

—Ludwig es uno de los nuestros —dice concisamente.

Breyer llegó voluntario a la compañía y ascendió en ella a teniente. No sólo se tutea con nosotros, con Trosske, Homeyer, Bröger y conmigo, cosa lógica esto último, pues somos condiscípulos de antaño, sino también con sus antiguos camaradas cuando no hay ningún oficial en las inmediaciones. Y esto le es tenido muy en cuenta.

—Pero, Heel… —insiste Weil.

Esto es más fácil de comprender: Con frecuencia ha sido víctima de las triquiñuelas de Heel; por tanto, no es motivo de asombro el hecho de que ahora quiera saborear su triunfo. Pero esto nos trae sin cuidado. Cierto que Heel era duro, pero siempre avanzaba como un Blücher y siempre era el primero en la lucha. Y esto ya distingue al soldado.

—Puedes preguntárselo —opina Bethke.

—Pero lleva contigo el paquete individual de vendaje —le dice Tjaden mientras el otro se aleja.

Sin embargo, la cosa ocurre de manera distinta. Heel sale de la oficina en el preciso momento en que Weil se disponía a entrar. Trae en la mano un par de formularios. Los señala.

—Es verdad —se dirige a Max.

Weil comienza a hablar. Cuando llega el momento de las hombreras, Heel hace un movimiento brusco. Creemos que ahora va a comenzar el jaleo, pero, para nuestro asombro, el jefe de compañía de pronto dice únicamente:

—Tiene razón. —Luego se vuelve hacia Ludwig Breyer y le pone la mano en el hombro—. Posiblemente no lo comprenderá, Breyer, ¿verdad? Guerrera de soldado raso, eso es. Lo otro ya ha quedado atrás.

Ninguno de nosotros dice nada. Este hombre no es ya el Heel que conocíamos, el que iba de patrulla por la noche con sólo un bastón y al que considerábamos inmune a las balas. El Heel de hoy es un hombre que ha de hacer esfuerzos para mantenerse en pie y hablar.

Por la noche, cuando ya estoy durmiendo, me despierta un murmullo. «Tú estás soñando», oigo decir a Kosole. «Es la pura verdad —replica Willy—. Anda, acompáñame».

Se levantan haciendo un esfuerzo y salen al patio. Les sigo. Hay luz en la oficina y se puede ver el interior. Y en ella está Heel, sentado a la mesa. Tiene frente a él la casaca, de la que faltan las hombreras. Tiene puesta ahora una guerrera de soldado raso. Apoyada la cabeza en las manos…, ¡pero eso es completamente imposible…!, avanzo un paso para acercarme más: Heel…, sí, Heel está llorando.

—Hay que ver —susurra Tjaden.

—¡Largo! —ordena Bethke, dando un puntapié a Tjaden.

Retrocedemos sin hacer ruido, muy afectados.

A la mañana siguiente oímos que un comandante del regimiento vecino se ha pegado un tiro al enterarse de la huida del emperador.

Llega Heel, gris el rostro, con expresión de no haber dormido. Da en voz baja las instrucciones necesarias y se vuelve a marchar al instante. Todos nos sentimos terriblemente mal. Nos han arrebatado lo último que teníamos, ahora se ha abierto el suelo a nuestros pies.

—Se siente uno auténticamente traicionado —dice Kosole con semblante hosco.

Es una sección muy distinta a la de ayer la que se forma hoy para comenzar una marcha sombría. Una compañía perdida, un ejército abandonado. Las herramientas de zapador suenan a cada paso con una melodía monótona; en vano,… en vano. El único que está alegre como un ruiseñor es Ledderhose, que vende conservas y azúcar de sus existencias americanas.

Llegamos a Alemania a la tarde siguiente. Ahora, cuando ya no oímos hablar francés en torno nuestro, comenzamos poco a creer de verdad en la paz. Hasta este momento habíamos esperado siempre, en nuestro fuero interno, una orden de dar la vuelta y regresar a las trincheras, pues el soldado desconfía de la bondad, y es mejor contar con lo contrario desde el primer instante. Pero ahora se va apoderando despacio de nosotros una suave fiebre.

Llegamos a un pueblo grande. Cuelgan sobre la carretera un par de guirnaldas. Posiblemente habrán cruzado ya por aquí tantas tropas que no merece la pena hacer algo especial para recibir a los últimos. Por ello hemos de contentarnos con la pálida bienvenida de unos cuantos carteles desdibujados por la lluvia, enmarcados por hojas de roble hechas de papel verde. La gente apenas nos mira cuando pasamos, tanto se han acostumbrado ya al espectáculo. Mas para nosotros resulta nuevo llegar aquí, y estamos hambrientos de un par de palabras y miradas, aunque afirmemos que tal cosa nos importa un rábano. Cuando menos, las muchachas podrían detenerse y saludarnos con la mano. Una y otra vez, Tjaden y Jupp intentan llamar a alguna que otra, pero no consiguen éxito alguno. Probablemente tengamos un aspecto demasiado sucio. Y por fin cejan en sus intentos.

Sólo nos acompañan los niños. Les damos la mano, y corren a nuestro lado. Les regalamos el chocolate de que podemos desprendernos, pues como es natural,

tendremos que llevar también un poco a casa.

Adolf Bethke ha cogido en su brazo a una niñita. Ésta le tira del bigote como si tirara de unas riendas y ríe alborozada, pues Adolf hace muecas. Las manecitas golpean la cara del soldado, que sujeta una de ellas con fuerza, para mostrarme qué pequeñita es.

La niñita comienza a llorar cuando mi camarada deja de hacer muecas. Adolf intenta calmarla, pero sólo consigue que llore con más fuerza, por lo que no tiene más remedio que dejarla en el suelo.

—Parece que nos hemos convertido en auténticos cocos para los niños —rezonga Kosole.

—Lo que pasa es que tienen miedo de la cara de un verdadero hombre de las trincheras. Les resulta inquietante —explica Willy.

—Olemos a sangre, eso es lo que ocurre —tercia Ludwig Breyer.

—Entonces, posiblemente tengamos que bañarnos —opina Jupp—, quizás así las chicas nos presten más atención.

—Bueno, si esto se marchara sólo con un baño… —dice Ludwig, pensativo.

Seguimos nuestro camino, mohínos. Tras los años pasados fuera de Alemania, nos habíamos imaginado de otro modo el regreso a la patria. Habíamos creído que nos esperarían, pero vemos ahora que aquí cada uno se preocupa sólo de sí. Todo ha pasado y sigue pasando, casi como si fuésemos ya superfluos. Claro que este pueblo no es Alemania; pero, a pesar de todo, sentimos enojo. Y nos roza una sombra, se adueña de nosotros un extraño presentimiento.

Pasan coches haciendo ruido, gritan los cocheros; la gente levanta los ojos un instante y luego corre en pos de sus propios pensamientos y preocupaciones. Da la hora el reloj de la torre de la iglesia, y el viento húmedo se desliza, resoplando, sobre nosotros. Sólo una mujer vieja con largas cintas en el sombrero corre infatigable a lo largo de nuestras filas y pregunta con voz tímida por un tal Erhard Schmidt.

Nos alojamos en un gran cobertizo. Pero no estamos cansados ninguno, a pesar de que hemos caminado mucho. Nos dirigimos a la taberna.

Esto es vida. Hay un vino turbio, ya de esta cosecha, que tiene un sabor maravilloso. Pesa en las piernas terriblemente. Y por ello preferimos tomar asiento. El humo del tabaco, como jirones de niebla, va de aquí para allá, y el viento huele a tierra y a verano. Sacamos nuestras conservas, hacemos gruesos bocadillos de carne, clavamos las navajas junto a nosotros en la madera de las amplias mesas, y comemos. El quinqué de petróleo brilla sobre todos nosotros como si fuera una madre.

La noche hace que el mundo sea más hermoso. No en las trincheras, pero sí quizás en la paz. Hoy, después de comer, hemos comenzado la marcha de mal humor, pero ahora resucitamos a la vida. La pequeña orquesta que toca en el rincón es completada en seguida por nuestros hombres. No sólo hay entre nosotros pianistas y virtuosos de la armónica, sino hasta un bávaro que toca la mandolina. Hay que añadir a éstos la actividad de Willy Homeyer, quien improvisa una especie de batería, y, con

tapas de artesón, salpimenta el conjunto con el esplendor y la gloria de los platillos, el bombo y el chinesco.

Pero lo más desacostumbrado son las muchachas, que se nos suben a la cabeza más que el vino. Son distintas a las de primeras horas de la tarde, ríen y se muestran accesibles. ¿O es que realmente son otras? Hace mucho tiempo que no vemos mujeres.

Al comienzo nos mostramos ansiosos y tímidos a la vez, no tenemos confianza en nosotros, pues mientras hemos estado en los campos de batalla hemos olvidado la forma de tratar con ellas. Sin embargo, Ferdinand Kosole está bailando ya con una buena moza de prietas carnes y poderoso parapeto, en el que dispone de buen sitio para poner el fusil. Y los otros le siguen.

El vino, dulce y fuerte, canta agradablemente en la cabeza. Las chicas pasan veloces, suena la música, y estamos sentados en el rincón en torno a Adolf Bethke.

—Muchachos —dice éste—, estaremos de nuevo en casa mañana o pasado mañana. Muchachos, muchachos… Mi mujer… Han pasado ya diez meses…

Me inclino sobre la mesa y converso con Valentin Laher, que examina a las chicas con ojos fríos y de superioridad. Una rubia se sienta a su lado, pero mi camarada le hace poco caso. Mientras me inclino hacia delante, algo que tengo en la guerrera choca contra el borde de la mesa: es el reloj de Wessling. ¡Cuán lejos ha quedado ya eso!

Jupp ha pescado a la dama más gruesa. Danza con ella como un signo de interrogación. Su gran mano toca el piano en la poderosa grupa de la mujer, que, húmedos los labios, le ríe en la cara. Y mi camarada se anima cada vez más. Finalmente, sin dar vueltas, baila con rapidez hacia la puerta del patio y sale del local.

Salgo yo también un par de minutos más tarde en busca del rincón más cercano, pero veo en él a un suboficial que suda con una muchacha. Doy vueltas por el jardín y estoy a punto de comenzar cuando oigo un tremendo ruido detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a Jupp revolcándose con la gorda por el suelo. Se han desplomado con una mesa del jardín. La gorda revienta de risa cuando me ve, luego me saca la lengua. Jupp bufa. Desaparezco con rapidez detrás de los arbustos y en este momento piso a alguien una mano.

—¿No ves donde pisas, pedazo de buey? —brama una voz de bajo.

—¿Cómo podía saber que estás aquí, engendro? —replico con enojo.

Por fin encuentro un rincón tranquilo.

Llega un fresco viento que sienta muy bien después de respirar la humareda del interior. Oscuros aguilones, frondas, silencio y el apacible chapoteo mientras orino. Aparece Albert, que se pone a mi lado. La luna brilla. Es auténtica plata lo que orinamos.

—¿Qué te parece, Ernst, muchacho?

Digo que sí con la cabeza. Contemplamos la luna un rato aún.

—Ya se pasó la porquería, Albert.

—Sí, Ernst…

Se oyen crujidos detrás de nosotros. De los arbustos llegan, sofocados, repentinos gritos de gozo de las muchachas. La noche es como una tormenta cargada febrilmente de vida que se abre paso rompiendo los diques, que se enciende salvaje y presurosa al chocar con otra.

Alguien gime en el jardín, y responde una risa sofocada. Unas sombras descienden del henil. Hay dos en una escalera. El hombre aprieta como un loco su cabeza contra la falda de la chica y tartamudea algo. Ella ríe con una voz ronca que obra como un cepillo en nuestros nervios. Siento escalofríos recorrerme la espalda. Cuán cerca está lo uno de lo otro, el ayer y el hoy, la vida y la muerte.

Tjaden sale de la oscuridad del jardín. Está inundado de sudor y le resplandece la cara.

—Muchachos, ahora vuelve uno a saber que está con vida —afirma, abrochándose la guerrera.

Damos la vuelta en torno a la casa y nos tropezamos con Willy Homeyer. Con maleza que ha traído de un campo de siembra, ha hecho una buena fogata en la que ha metido un par de puñados de patatas que ha cogido por ahí. Ahora, sentado apacible y soñadoramente él solo delante del fuego, espera a que las patatas se asen. Hay a su lado un par de latas de chuletas en conserva americanas. El perro está agazapado a su lado, muy atento.

El vacilante fuego pone reflejos cobrizos en el cabello de Willy. Asciende la niebla desde las praderas. Brillan las estrellas. Nos sentamos a su lado y sacamos del fuego las patatas. Las pieles están negras, quemadas, pero el interior tiene un color amarillo dorado y huele deliciosamente. Agarramos las chuletas con las dos manos y las movemos de un lado para otro como si fueran armónicas. Las acompañamos con coñac que hemos echado en nuestros vasos de aluminio.

¡Cómo saben las patatas! ¿Gira el mundo? ¿Dónde nos hallamos? ¿No volvemos a ser los muchachos que estaban en el campo de labor de Torloxten, el día entero sacando patatas de la olorosa tierra, seguidos por muchachas con cestos, azules y descoloridas las faldas? ¡Hogueras de asar patatas de la juventud! Se deslizaban sobre el campo blancas vaharadas, chisporroteaban las fogatas. Salvo este sonido, el silencio era total. La patata era el último fruto, ya se habían recogido todos los demás productos de la cosecha. Ya sólo quedaba la tierra, el aire limpio, el humo acre, querido, el último otoño. Un humo acre, el acre olor del otoño, hogueras de asar patatas, de la época juvenil… Tremolan los jirones de humo, vuelan, se descomponen; caras de los camaradas; vamos de camino; termina la guerra; todo se funde íntimamente de una forma maravillosa… Vuelven las hogueras para asar patatas. Y el otoño, y la vida.

—Willy, Willy, muchacho…

—Bueno, ¿verdad? —pregunta levantando la vista, llenas de patatas y carne las manos.

—¡Quita allá, melón, me refería a algo muy distinto!

Se ha extinguido la hoguera. Willy se limpia las manos en los pantalones y cierra la navaja. Ladran en la aldea unos cuantos perros, el único ruido que se percibe. Ninguna granada más, ningún chacoloteo de las columnas de municionamiento, ni siquiera el cauteloso chirrido de los autos de Sanidad. Una noche en la que mueren muchísimos menos seres humanos que jamás en el curso de los últimos cuatro años.

Regresamos de nuevo a la taberna, pero no es mucha la animación que hay en ella. Valentin se ha quitado la chaqueta y hecho un par de ejercicios de gimnasia. Las chicas aplauden, pero Valentin no se muestra satisfecho. Dice a Kosole con aire mohíno:

—Antes fui un buen artista, Ferdinand, pero lo que consigo ahora no llega ni para una feria. Todo se ha ido de los huesos. El número del trapecio, ¡eso sí que era antes un número! Pero ahora tengo reumatismo…

—¡Bah!, date por contento con tener todos tus huesos al fin y al cabo —exclama Kosole, dando una palmada en la mesa—. ¡Música, Willy!

Homeyer comienza otra vez de buen grado con el bombo y el chinesco. Se anima de nuevo el ambiente. Pregunto a Jupp qué tal le ha ido con la gorda. Mi camarada señala lejos de sí con ademán despreciativo.

—¡Vaya! —exclamo con asombro—, pues sí que eres rápido en estos asuntos.

Jupp hace una mueca.

—Imaginaba que me quería, ¿comprendes? Pues bien, la zorra de ella me pidió dinero después. Y además, me he dado un golpe con esa mesa del jardín de Satanás, que apenas puedo andar.

Ludwig Breyer está sentado a la mesa, pálido y en silencio. En realidad, tendría que haberse ido a dormir ya hace tiempo, pero no quiere. El brazo se le va curando bien, y la diarrea cede también un poco. Sin embargo, permanece encerrado en sí mismo.

—Ludwig —aconseja Tjaden con lengua pesada—, tendrías que ir tú también al jardín… Es bueno para todo…

Ludwig niega con la cabeza y de repente se torna muy pálido. Me siento a su lado.

—¿Es que no te alegra en absoluto estar en casa? —le pregunto.

Se levanta y se aleja. No lo comprendo. Después lo encuentro fuera, completamente solo. Pero no le hago más preguntas. Regresamos sin despegar los labios.

Al llegar a la puerta, tropezamos con Ledderhose, que en este preciso momento se dispone a desaparecer en unión de la gorda.

—Se llevará un chasco —opina Jupp con sonrisa irónica.

—No, será ella quien se lo lleve —replica Willy—. ¿O acaso crees que Arthur va a soltar ni un céntimo?

Corre vino sobre la mesa, humea el quinqué y vuelan las faldas de las chicas. Detrás de mi frente ondea un templado cansancio. Todo tiene los bordes suaves, como a veces las balas trazadoras en la niebla. La cabeza cae despacio sobre el tablero de la mesa. La noche zumba suave y maravillosa, como un tren expreso que se dirige al hogar; pronto estaremos en casa.

III

Formamos por última vez en él patio del cuartel. Una parte de la compañía tiene su domicilio en los contornos y queda en libertad para dirigirse a sus hogares. El resto tiene que seguir por sus propios medios. Es tan irregular el tráfico ferroviario que ya no podemos ser transportados todos juntos, hemos de separarnos.

El patio, grande y gris, es demasiado amplio para nosotros. Lo barre un desapacible viento de noviembre, que huele a marcha y a muerte. Permanecemos de pie entre la cantina y el cuerpo de guardia, no necesitamos más espacio. La superficie que se extiende a nuestro alrededor, grande y vacía, nos trae a la memoria recuerdos impregnados de tristeza y desesperanza. Ahí están, invisibles, muchas filas en fondo, los muertos.

Heel pasa revista a la compañía: pero con él avanza en silencio el cortejo fantasmal de sus predecesores. El más próximo, todavía sangrando por el cuello, arrancada la barbilla y tristes los ojos, Bertinck, año y medio jefe de la compañía, maestro, casado, cuatro hijos. Junto a él, con el rostro de un color verde negruzco, Möller, diecinueve años de edad, víctima del gas a los tres días de hacerse cargo de la compañía. Luego sigue Redecker, asesor forestal, dos semanas más tarde destrozado por una granada que le alcanzó de lleno. Luego, ya más difuminada, más lejana, la figura de Büttner, capitán, alcanzado en el corazón por un proyectil de ametralladora durante un ataque. Y detrás, como sombras, ya casi sin nombres, pues están muy lejanos, los demás… Siete jefes de compañía en dos años. Y más de quinientos hombres. Son ahora treinta y dos los que forman en el patio del cuartel.

Heel intenta decir unas cuantas palabras de despedida, pero no logra ningún resultado, tiene que dejarlo. Ninguna palabra del mundo podría impresionarme frente a este vacío y solitario patio de cuartel, en donde las pocas filas de supervivientes permanecen mudos, de pie, sintiendo frío a través de sus capotes y botas mientras piensan en sus camaradas.

Heel va de uno a otro y da la mano a todos. Cuando llega al sitio donde está Max Weil, aprieta los labios y dice:

—Ahora comienza su época, Weil.

—Será menos sangrienta —replica Max con calma.

—Y menos heroica —responde Heel.

—Eso no es lo último en la vida —afirma Weil.

—Pero sí lo mejor —opone Heel—. ¿Qué, si no?

Weil vacila un momento y contesta después:

—Algo que hoy suena mal, mi primer teniente: bondad y amor. También hay heroísmo en ello.

—No —replica Heel con rapidez, como si hubiese reflexionado ya largo tiempo sobre ello. Y le tiembla la frente—. Hay sólo martirio, que es algo muy distinto. El heroísmo comienza cuando la razón se rebela: en el desprecio a la vida. Guarda relación con la insensatez, con la embriaguez, con el peligro, para que lo sepa; pero muy poca con el objeto. El objeto, ése es su mundo. Por qué, para qué… Quien pregunta así no sabe nada de ello.

Habla con vehemencia, como si quisiera convencerse a sí mismo. Trabajan los músculos del hundido rostro. En unos cuantos días Heel se ha vuelto un amargado y ha envejecido varios años. Pero Weil ha cambiado con la misma rapidez. Ha sido siempre un hombre que jamás ha llamado la atención, un hombre al que, bien es verdad, nadie era capaz de clasificar. Ahora se ha colocado de repente en primer plano y se muestra más firme a cada instante que pasa. Nadie hubiese supuesto que fuera capaz de hablar como lo hace. Cuanto más nervioso se torna Heel, tanto más tranquilo se muestra Max. Afirma en voz baja, con firmeza:

—El heroísmo de unos pocos resulta demasiado caro si se ha de pagar con la miseria de millones de personas.

Heel se encoge de hombros.

—Demasiado caro…, objeto…, pagar… Ésas son las palabras de usted. Ya veremos hasta dónde llega con ellas.

Weil mira la guerrera de soldado raso que Heel lleva todavía.

—¿Adónde ha llegado usted con las suyas?

Heel enrojece.

—A un recuerdo —responde con dureza—. Cuando menos, a un recuerdo de cosas que no se pueden comprar con dinero.

Weil guarda silencio un rato.

—A un recuerdo… —repite después, y pasea la vista por el vacío patio del cuartel y nuestras pobres filas—. Sí…, y a una responsabilidad terrible…

No comprendemos mucho de todo esto. Sentimos frío y consideramos innecesario hablar. Las palabras no conseguirán que el mundo cambie.

Se deshacen las filas, comienzan las despedidas. Müller, que está a mi lado, se coloca bien la mochila y se pone bajo el brazo su paquete de víveres. Después me tiende la mano.

—Bueno, Ernst, que sigas bien…

—A seguir bien, Felix… —continúa su ronda de despedidas con Willy, con Albert, con Kosole.

Se acerca Gerhard Pohl, el cantante de la compañía, el que, durante las marchas, siempre dejaba oír su poderosa voz de tenor cuando la melodía se alzaba en un gran arco ascendente. Descansaba todo el tiempo restante con objeto de disponer de la potencia adecuada en los pasajes de dos voces. Aparece emocionado el moreno

rostro, donde hay una verruga: acaba precisamente de despedirse de Karl Bröger, con quien ha jugado infinitas partidas a las cartas. Esto le ha llegado a ser difícil.

—Hasta la vista, Ernst…

—Hasta la vista, Gerhard… —Y se marcha.

Weddekamp me da la mano. Era quien hacía las cruces para las tumbas de los caídos.

—Lástima, Ernst —dice—, por desgracia ya no podré hacer ninguna para ti. Hasta hubieses conseguido una de caoba, tenía ya reservada para el caso una hermosa tapa de piano.

—Lo que no ha sucedido puede suceder aún —le contesto—. Cuando llegue el caso, ya te mandaré una postal.

Se echa a reír.

—Ten siempre a punto el oído, muchacho, la guerra no ha terminado aun.

Entonces se aleja trotando, ladeado el hombro.

El primer grupo desaparece ya detrás de la puerta del cuartel. Van en él Scheffler, Fassbender, el pequeño Lucke y August Beckmann. Siguen otros. Nos excitamos. Tiene uno que hacerse primero a la idea de que se marchan para siempre. Hasta ahora siempre fue sólo la muerte, las heridas o el traslado el motivo para que alguien se fuera de la compañía. Pero hay que añadir ahora otro más; la paz.

Resulta peregrino: nos hemos acostumbrado tanto a las trincheras y los hoyos de tirador que de repente sentimos desconfianza frente a la quietud de la campiña donde estamos entrando, como si el silencio fuera sólo un pretexto para atraernos a un terreno secretamente minado.

Y en él se meten corriendo nuestros camaradas, imprudentes, solos, sin fusiles, sin bombas de mano. Uno quisiera correr detrás de ellos, llegar a su lado y decirles: Pero ¿adónde pretendéis ir, qué pensáis hacer ahí fuera tan solos? Vuestro sitio está aquí, entre nosotros; tenemos que seguir juntos. ¿Cómo podríamos vivir de lo contrario?

Una extraña rueda de molino en la cabeza: demasiado tiempo de soldado. El viento de noviembre silba sobre el vacío patio del cuartel. Se marchan más y más camaradas. Cuando transcurra un tiempo, nos volveremos a quedar solos de nuevo.

El resto de nuestra compañía sigue la misma ruta en su regreso al hogar. Acampamos en el vestíbulo de la estación para pillar un tren. El vestíbulo es un campamento militar lleno de cajas, mochilas y planos de tienda.

Pasan dos trenes en el curso de siete horas. Los hombres cuelgan en las puertas como racimos de uvas. En el transcurso de la tarde, conquistamos un sitio próximo a los raíles. Cuando llega la noche, estamos delante de todos, en la mejor de las posiciones. Dormimos de pie.

El primer tren hace su aparición al mediodía siguiente. Es un tren de mercancías que transporta caballos ciegos. Sus torcidas pupilas están salpicadas de rojo y azul

blanquecino. Están muy quietos, estirados los cuellos; sólo hay vida en los resoplantes ollares.

Por la tarde dicen que hoy ya no pasará ningún tren, pero no se va ni una persona, pues un soldado no cree en los anuncios. Y realmente todavía llega uno. La primera mirada aprecia que es el tren que nos conviene: a medio llenar con mucho.

La nave retumba con la preparación de la impedimenta y el violento asalto de las columnas que irrumpen desde las salas de espera, confundiéndose en tumultuoso revoltijo con los que esperan en el vestíbulo.

El tren se desliza por delante. Está abierta una ventana. Albert Trosske, el más ligero de todos nosotros, es izado al tren y trepa como un mono. Instantáneamente se llenan de hombres las puertas. La mayor parte de las ventanas están cerradas, y algunas comienzan ya a saltar en pedazos por efecto de los culatazos dados por quienes desean ir a todo trance, aunque sea con las manos y pies desgarrados. Vuelan mantas sobre los trozos de cristal, y el abordaje comienza ya en algunos lugares.

El tren se detiene. Albert ha ido corriendo por los pasillos y baja la ventana que queda frente a nosotros. Tjaden y el perro son los primeros en entrar volando, seguidos de Bethke y Kosole, con la ayuda de Willy. Los tres se precipitan al instante hacia las puertas del pasillo para bloquear el departamento por ambos lados. Siguen los bultos, con Ludwig y Ledderhose al mismo tiempo; luego, Valentin, yo y Karl Bröger; y el último en subir es Willy, que lo consigue después de desahogarse a fondo abajo una vez más.

—¿Está dentro todo el mundo? —grita Kosole desde el pasillo, donde está sometido a una tremenda presión.

—¡Dentro! —ruge Willy.

Bethke, Kosole y Tjaden retroceden a sus sitios como si hubiesen sido lanzados por un cañón, y la riada de los otros inunda los departamentos, trepa a las redes de equipajes y no deja ni un solo centímetro sin llenar.

La locomotora es tomada al asalto. Hay ya hombres en los topes. Los techos de los vagones están llenos a rebosar.

—¡Abajo, que os vais a aplastar la cabeza!

—¡Cierra el pico, ya tendremos cuidado! —truena la contestación.

Cinco hombres van dentro del retrete, uno de ellos con las posaderas muy fuera de la ventanilla.

El tren inicia la marcha y caen unos cuantos hombres que no se habían agarrado bien. Dos de ellos son arrollados y arrastrados. Y al instante saltan otros a ocupar el sitio vacante. Los estribos están llenos de hombres. El apiñamiento continúa aunque ya está en marcha el tren.

Uno se ha cogido con fuerza a una puerta. Ésta se abre, y el hombre queda colgando en el exterior, frente a la ventana. Willy trepa detrás de él, le coge por el cuello y le iza al interior del departamento.

Nuestro vagón sufre las primeras bajas en el transcurso de la noche: el tren ha pasado por un túnel de techo bajo, y algunos hombres de los que van en el techo de los vagones han sido aplastados y arrastrados al suelo. Posiblemente los otros se hayan dado cuenta, pero no han tenido desde arriba ninguna posibilidad de parar el tren. También el hombre del retrete se ha dormido y caído de la ventanilla.

Los demás vagones han sufrido pérdidas también, por lo que los techos son organizados con calzos, cuerdas y machetes hundidos en la madera. Además se monta un puesto de centinela para que avise en caso de peligro.

Dormimos y dormimos. Lo hacemos de pie, tumbados, sentados, en cuclillas, encorvados sobre mochilas y paquetes. Traquetea el tren. Casas, árboles, huertas, gente que saluda con la mano… Manifestaciones, banderas rojas, cuerpos de guardia en las estaciones, griterío, ediciones extraordinarias de periódicos, revolución… Pero lo primero es dormir, lo demás ya puede venir después. Es ahora cuando se siente hasta qué punto se ha cansado uno durante todo este tiempo pasado. Anochece. Brilla una lucecilla.

El tren avanza despacio, ha de pararse con frecuencia por averías de la locomotora. Se balancean las mochilas; echan nubes de humo las pipas; el perro duerme plácidamente sobre mis rodillas. Adolf Bethke se acerca a mí y acaricia la piel del animal.

—Sí, Ernst, ahora también nos separaremos pronto nosotros —habla al cabo de unos instantes.

Asiento con la cabeza. Es extraño, pero en realidad no puedo imaginarme la vida sin Adolf a mi lado, sin sus ojos despiertos, vigilantes, y su voz tranquila. Nos ha educado a Albert y a mí cuando llegamos al campo de batalla, unos reclutas inocentes. Y creo que, de no ser por él, tampoco estaría yo ahora aquí realmente.

—Tenemos que reunirnos de nuevo —digo—. Con frecuencia, Adolf.

El tacón de una bota me golpea en la cara. Encima de nosotros, en la red de equipajes, está sentado Tjaden, contando afanosamente su dinero: quiere ir directamente a un burdel en cuanto llegue a la estación. Y para animarse, está intercambiando ya sus experiencias con un par de fusileros. Nadie considera esto una marranada. No hay en ello una sola palabra de guerra, ya sólo por eso escuchan los demás.

Un zapador a quien le faltan dos dedos cuenta con orgullo que su mujer ha tenido un sietemesino que, a pesar de ello, ha pesado tres kilos. Ledderhose se le ríe en sus barbas: una cosa así es imposible. El zapador no lo comprende. Cuenta con los dedos los meses transcurridos entre la época de su permiso y el nacimiento del niño.

—Siete —termina—, tiene que ser así.

Ledderhose ríe con sonido gutural y tuerce burlonamente su rostro de limón.

—Pues entonces otro tendrá que haber ocupado tu lugar.

El zapador le mira con ojos absortos.

—¿Qué estás diciendo? —tartamudea.

—Hombre, está bien claro —explica Arthur con voz gangosa mientras se estira zafiamente.

El zapador comienza a sudar a chorros. Cuenta y cuenta, temblorosos los labios. Un gordo soldado de Intendencia que está junto a la ventana se retuerce de risa.

—Asno, pobre asno…

Bethke se yergue.

—¡Cierra la bocaza, gordo!

—¿Por qué? —pregunta el gordo, que luce una barba llena.

—¡Porque sí! —replica Bethke—. Y tú también, Arthur.

El zapador se ha puesto pálido.

—¿Qué puede hacer uno en este caso? —pregunta con expresión de desamparo, asido con fuerza al marco de la ventanilla.

—Uno no debería casarse mientras los hijos no lo estuvieran ganando ya —dice Jupp, pensativo—. Entonces no pueden pasar cosas así.

En el exterior, la noche se desliza por delante del tren. Los bosques están echados en el horizonte como si fueran vacas negras, los campos brillan mortecinos a la pálida luz que el tren arroja por las ventanillas. De repente quedan sólo dos horas para llegar a casa. Bethke se levanta y prepara su mochila. Vive en una aldea que está a unas cuantas estaciones de la ciudad y tiene que bajar antes.

El tren se detiene. Adolf nos da la mano. Tropieza en el pequeño andén y mira en torno suyo con unos ojos que absorben en un segundo toda la campiña circundante, lo mismo que un campo sediento se traga la lluvia. Luego se vuelve de nuevo hacia nosotros, pero ya no oye nada. Ludwig Breyer está asomado a la ventana aunque siente dolores.

—Lárgate ya, Adolf, tu mujer te espera… —dice.

Bethke levanta la mirada hacia nosotros y dice que no con la cabeza.

—Tampoco corre tanta prisa, Ludwig —contesta.

Se le nota que tiran de él con fuerza por detrás, pero Adolf es Adolf y quiere estar con nosotros hasta el último instante. Sin embargo, cuando el tren inicia la marcha, Bethke da una rápida media vuelta y comienza a andar a grandes zancadas.

—Te haremos pronto una visita —mis palabras le siguen mientras se aleja.

Le vemos cruzar los campos. Saluda todavía largo tiempo con la mano. Se deslizan por delante ráfagas de humo de la locomotora. Un par de luces rojizas brillan a lo lejos. El tren describe una gran curva. Adolf se ha tornado ahora muy pequeñito, un punto, una persona diminuta, completamente sola en la llanura grande y oscura, sobre la que se extiende poderoso el cielo de la noche, con claridad de tormenta, amarillo de azufre en el horizonte. No sé por qué (no tiene nada que ver con Adolf), pero me conmueve esta imagen de un hombre que anda solo y de noche por la extensa llanura de los campos, bajo el inmenso cielo.

Después se acercan los árboles con oscuridades más intensas, y pronto no queda sino viaje, cielo y bosques.

Hay gran ruido en el departamento. Aquí dentro hay rincones, bordes, olores, calor, espacio y fronteras: aquí dentro hay caras morenas, curtidas por la intemperie, con las claras manchas de los ojos en ellas; huele aquí dentro a tierra, sudor, sangre y uniformes. Fuera, en cambio, el mundo se desliza, incierto, al compás del traqueteo del tren; y atrás queda, cada vez más lejos, el mundo de las trincheras y los hoyos de tirador, de la oscuridad y el terror, ya es sólo un remolino frente a las ventanillas, un remolino que ya no nos devora.

Alguien comienza a cantar y otros le acompañan. Pronto cantan todos: todo el departamento, también el departamento contiguo, todo el vagón, el tren entero. Cantamos en voz más alta cada vez, con mayor fuerza; enrojecen las frentes, se hinchan las venas. Cantamos viejas canciones militares que sabemos. Y mientras cantamos, estamos de pie, mirándonos unos a otros, brillantes los ojos. Las ruedas contribuyen con su estruendo al ritmo de las canciones. Y nosotros cantamos y cantamos.

Estoy metido a presión entre Ludwig y Kosole y noto el calor de sus cuerpos a través de mi guerrera. Muevo las manos, giro la cabeza, se tensan los músculos y un temblor me asciende desde las rodillas hasta el estómago. Hay en mis huesos un temblor como si corriera por ellos gaseosa, y este temblor me salta a los pulmones, a los labios, a los ojos, hasta tal punto que el departamento se difumina; hay en mí un fragor como el de un poste de telégrafos en una tormenta. Suenan mil hilos, se abren mil calles. Pongo despacio mi mano sobre la de Ludwig y creo que ha de arder; pero cuando mi camarada levanta los ojos, mudo y pálido como siempre, no puede sacar de lo que corre por mi interior otra cosa que unas palabras cansadas, entrecortadas.

—¿Tienes un cigarrillo, Ludwig?

Me da uno. El tren avanza veloz mientras continuamos cantando; pero poco a poco se va mezclando con nuestras canciones un gruñido más profundo que el traqueteo de las ruedas; y durante una pausa, se escucha un poderoso estruendo que avanza rodando por la llanura. Las nubes se han apelotonado más y la tormenta se cierne. Fulguran los rayos como cercanos fogonazos de los cañones. Kosole está de pie junto a la ventanilla y menea la cabeza.

—Todavía hay tormentas en esta época, muchachos —murmura. Acto seguido, saca el cuerpo fuera de la ventanilla. Y exclama de repente—: ¡De prisa, de prisa, aquí está!

Nos apiñamos en la ventanilla. Al fulgor de los relámpagos, se destacan al borde del horizonte elevándose hacia el cielo, las esbeltas torres de la ciudad. Una y otra vez las envuelve la oscuridad entre el estruendo de la tormenta, pero se acercan más y más a cada nuevo relámpago.

Brillan de excitación nuestros ojos. Como un árbol gigantesco, la esperanza crece de pronto entre nosotros, sobre nosotros, dentro de nosotros.

Kosole echa mano de sus pertenencias.

—Quién sabe en qué lugar estaremos sentados dentro de un año, muchachos —dice, estirando los brazos.

—Sobre el trasero —contesta Jupp, nervioso; pero nadie ríe ya.

La ciudad ha saltado sobre nosotros, nos atrae hacia ella. Allí está, respirando casi a una luz salvaje; se aproxima, los brazos muy abiertos. Y nosotros vamos a su encuentro: un tren de soldados, un tren de repatriados que proceden de la nada, un tren rebosante de gigantescas esperanzas. Nos acercamos más y más, corremos como locos hacia ella; los muros se precipitan a nuestro encuentro, tendríamos que estrellarnos contra ellos inmediatamente. Surcan el aire los relámpagos, retumba el trueno. Después, en la estación, una oleada de ruidos y voces a ambos lados del vagón. Llueve con fuerza, el muelle de carga brilla por efecto del agua, y nos adentramos en él de un salto, sin pensarlo dos veces.

El perro salta conmigo desde la puerta. Se aprieta contra mí, y corremos juntos en medio de la lluvia, escaleras abajo.

SEGUNDA PARTE

I

Nos diseminamos frente a la estación como el agua de un cubo al volcarlo sobre el adoquinado. Kosole, con Bröger y Trosske, marcha a paso de carga por la Heinrichstrasse abajo. Con la misma rapidez, Ludwig y yo nos dirigimos a la avenida de la Estación. Ledderhose, sin despedirse siquiera, se ha marchado como una flecha con su tienda de ultramarinos a cuestas. Tjaden pide a Willy que le indique con rapidez el camino para ir al burdel más cercano. Sólo disponen de tiempo todavía Jupp y Valentin. No les espera nadie y de momento se dirigen a la sala de espera despacio para ver cómo anda la cuestión de la comida. Tienen la intención de ir después al cuartel.

Gotean los árboles de la avenida de la Estación. Las nubes, bajas, pasan con rapidez. Unos cuantos soldados de la última quinta vienen a nuestro encuentro. Llevan brazaletes rojos.

—¡Fuera las hombreras! —grita uno de ellos, qué salta hacia Ludwig.

—Cierra el pico, recluta —le increpo, empujándole a un lado.

Se acercan los demás y nos rodean. Ludwig mira con calma al que está en cabeza y continúa su camino. El hombre deja paso pero en este momento se presentan dos marineros y se arrojan sobre mi camarada.

—¡Cerdos! ¿No veis que está herido? —bramo.

Y suelto la mochila para tener libres las manos. Pero Ludwig está ya tendido en el suelo, pues el tiro en el brazo le ha dejado prácticamente indefenso. Los marineros, agrupados en torno a Ludwig, tiran con fuerza del uniforme de éste.

—¡Un teniente! —chilla una voz de mujer—. ¡Matad a ese tirano sanguinario!

Antes de que pueda acudir en socorro suyo, recibo en la cara tal golpe que me hace tambalear.

—¡Bestia maldita! —jadeo, y con todas mis fuerzas doy una patada en el vientre al atacante, que gime y cae; pero al instante se lanzan sobre mí otros tres. El perro salta al cogote de uno de ellos; sin embargo, los restantes consiguen derribarme.

—¡Fuera la luz…, sacad los cuchillos…! —grita de nuevo la mujer.

Entre las piernas que patalean, veo que Ludwig tiene asida con la mano izquierda la garganta de un marinero al que ha conseguido derribar desde el suelo con un golpe en las corvas. No suelta la presa, a pesar de que los otros le golpean terriblemente. Alguien me da entonces un correazo en la cabeza y otro me atiza una patada en la boca. Cierto que *Wolf* le muerde al instante en la rodilla, pero no conseguimos levantarnos. Nos derriban una y otra vez y nos pisotean, intentando convertirnos en papilla. Furioso, intento echar mano del revólver; pero en el mismo instante se oye un fuerte ruido y ya cae de espaldas a mi lado uno de los atacantes. Un segundo chasquido, otro hombre sin sentido, e inmediatamente un tercero: sólo puede ser obra de Willy.

Se ha acercado corriendo a toda velocidad, se ha desprendido de la mochila durante la carrera y ha caído sobre nosotros como un vendaval. Coge a los atacantes de dos en dos por el cogote y les hace entrechocar las cabezas. Pierden inmediatamente el sentido, pues, cuando se pone furioso, Willy es un martillo pilón viviente. Una vez libres, me pongo en pie de un salto, pero los otros se marchan corriendo. Todavía logro pegar con la mochila un golpe en los riñones a uno de ellos; luego me cuido de Ludwig.

Willy ha emprendido la persecución. Ha visto que los dos marineros han sido los que han golpeado a Ludwig. Uno de ellos yace en la reguera, amoratado y gimiendo, con el perro encima, gruñéndole. Willy corre detrás del otro, flameante el cabello, como un huracán rojo.

Fluye la sangre a través del vendaje de Ludwig, pisoteado. Tiene sucia la cara, y una patada le ha producido una herida en la frente. Se sacude con la mano y se pone en pie despacio.

—¿Has recibido mucho? —pregunto.

Ludwig, pálido como un muerto, dice que no con la cabeza.

Willy ha atrapado entretanto al marinero y le trae a rastras como si fuera un saco.

—¡Cerdos malditos —dice, rechinando los dientes—, habéis estado toda la guerra bien fresquitos en vuestros barcos, sin oír un solo tiro…, y ahora pretendéis abrir la bocaza y caer sobre soldados del frente…! ¡Os voy a echar una mano! ¡Ponte de rodillas, cabestro de retaguardia, y pide perdón! —Da un empujón al hombre para hacerle caer delante de Ludwig. Y tiene un aspecto tan terrible en estos momentos, que uno puede llegar a sentir realmente miedo—. Te voy a destrozar —bufa—, voy a hacerte pedazos. ¡Venga, de rodillas!

El marinero gime y lloriquea.

—Déjalo, Willy —dice Ludwig, cogiendo sus cosas.

—¿Qué? —preguntó Willy, asombrado—, ¿estás loco? ¿Después de haberte pisoteado el brazo?

Ludwig continúa ya su camino.

—¡Bah! Déjale que se marche…

Willy permanece asombrado unos instantes sin comprender la reacción de Ludwig. Luego, moviendo la cabeza, suelta al marinero.

—¡Está bien, a correr!

Pero no puede evitar la tentación de darle un puntapié en el mismo instante en que el marinero echa a correr, un puntapié tan fuerte que el hombre da dos vueltas sobre sí mismo.

Seguimos nuestro camino. Willy maldice, pues tiene que hablar cuando está furioso; pero Ludwig no despega los labios.

De repente, al llegar a la esquina de la Bierstrasse, vemos que se aproxima de nuevo el grupo de los huidos, que han buscado refuerzos. Willy se descuelga el fusil.

—Cargar y poner el seguro —ordena, y se le empequeñecen los ojos.

Ludwig saca el revólver, y yo monto también el fusil. Lo de antes ha sido una pelea, pero el asunto ahora es serio. No dejaremos que caigan sobre nosotros por segunda vez.

Nos diseminamos en la calle, guardando una distancia de tres pasos, con objeto de no ofrecer un blanco compacto, y avanzamos. El perro nota en seguida lo que ocurre. Gruñendo, se aplasta junto a nosotros en la reguera, pues en el campo de batalla ha aprendido a permanecer oculto mientras se deslizaba hacia delante sin hacer ruido.

—¡Dispararemos cuando estemos a veinte metros! —anuncia Willy con acento amenazador.

El grupo que se halla frente a nosotros se torna inquieto. Seguimos avanzando. Se alzan fusiles contra nosotros.

Willy da la vuelta a la aleta del seguro y coge del correaje una bomba de mano que tiene todavía encima como existencias de hierro.

—Contaré hasta tres…

Entonces se destaca del grupo un hombre con guerrera de suboficial a la que faltan los galones. El hombre, ya maduro, se planta frente a nosotros y pregunta:

—¿Somos camaradas o no?

Willy tiene que respirar primero, tal es su asombro.

—¡Maldición, eso es lo que os preguntamos nosotros, perros cobardes! —responde rabioso—. ¿Quién ha sido el que ha comenzado aquí a atacar por sorpresa a los heridos?

El otro se estremece.

—¿Habéis hecho eso? —pregunta a los que le siguen.

—No quería quitarse las hombreras —contesta uno de los integrantes del grupo.

El hombre hace un movimiento de enojo. Después se vuelve de nuevo hacia nosotros.

—No deberían haber hecho una cosa así, camaradas; pero parece que no sabéis en absoluto lo que ocurre. ¿De dónde venís en realidad?

—Del frente, ¿de dónde si no? —resopla Willy.

—¿Y adónde queréis ir?

—Adonde habéis estado vosotros toda la guerra: a casa.

—Camarada —replica el hombre, y levanta una manga vacía—, esto no lo he perdido en casa.

—Tanto peor —responde Willy, sin conmoverse—. En tal caso debería darte vergüenza estar con tales imitaciones de soldados.

El suboficial se aproxima.

—Es la revolución —explica con calma—, y quien no está con nosotros está contra nosotros.

Willy se echa a reír.

—¡Bonita revolución, con tu agrupación de arrancadores de hombreras! Si no queréis más… —Y escupe con desprecio.

—¡Claro que si! —responde el manco, que se acerca ahora con rapidez a Willy—. ¡Queremos más! ¡Terminar con la guerra, con que nos azucen, con el asesinato! ¡Queremos ser de nuevo personas y no máquinas de guerra!

Willy desciende la mano que empuña la bomba.

—Pues sí que ha sido un comienzo magnífico —dice, y señala el pisoteado vendaje de Ludwig. Después de unas cuantas zancadas rápidas en dirección al grupo —. ¡Largaos a casa, niños de teta! —grita al montón de hombres, que retroceden—. ¿Y queréis convertiros en hombres? ¡Ni siquiera sois soldados! ¡Viéndoos coger los fusiles, uno siente miedo de que se os rompan las manos!

El grupo se desparrama. Willy se da la vuelta y se planta delante del suboficial.

—¡Bien, y ahora voy a decirte algo! ¡Estamos tan hartos como vosotros de toda la porquería, y alguna vez se ha de terminar con ella, eso está bien claro! ¡Pero no así! ¡Si hacemos algo, lo hacemos por nuestra cuenta, pero no toleramos que nadie nos dé ninguna orden! ¡Y ahora abre bien los ojos! —Entonces se arranca las dos hombreras de dos tirones—. ¡Lo hago porque quiero, y no porque lo queráis vosotros! Esto es asunto mío. Pero ése… —Y señala a Ludwig—, ese hombre es nuestro teniente y las conservará. ¡Y ay del que diga algo en contra!

El manco dice que sí con la cabeza. Se le estremecen los músculos del rostro.

—También he estado en el frente, hombre —balbucea—, también sé cómo son las cosas. Esto… —Y muestra el muñón—. ¡Veinte División de Infantería, Verdún!

—También estuvimos nosotros —contesta Willy lacónicamente—. Así pues…, ¡a seguir bien!

Agarra la mochila y se cuelga el fusil. Continuamos nuestro camino. Cuando Ludwig pasa por delante del suboficial, que luce el brazalete rojo, éste se lleva de pronto la mano a la gorra. Y comprendemos lo que quiere: no saluda al uniforme ni a la guerrera, saluda a los camaradas que llegan de fuera de la patria.

La casa de Willy es la más próxima. Emocionado, saluda con la mano a la pequeña casa.

—Salud, vieja casucha, ahora la reserva descansa. —Tenemos la intención de pararnos aquí, pero Willy se niega—. Primero llevaremos a Ludwig —explica con ánimo de pelea—, ya tendré lo bastante temprano mi ensaladilla de patatas y mis reconvenciones.

Hacemos un alto durante el camino para limpiarnos, con objeto de que nuestros padres no vean que acabamos de salir de una reyerta. Le limpio el rostro a Ludwig y le quitamos el vendaje para ocultar los lugares manchados de sangre, pues de lo contrario su madre se podría asustar con facilidad. De todos modos, tendrá que ir después al hospital militar para que le pongan un nuevo vendaje.

Llegamos tranquilos. Ludwig parece todavía muy afectado.

—No pienses en lo que ha pasado —le recomiendo, dándole la mano.

Willy le pone la zarpa en el hombro.

—Eso le puede ocurrir a cualquiera, viejo. De no haber sido por el tiro, los habrías hecho picadillo.

Ludwig dice que sí con la cabeza y entra en el portal. Lo seguimos con la mirada para comprobar si sube bien las escaleras. Está ya a la mitad, cuando a Willy se le ocurre de pronto algo todavía.

—La próxima vez da patadas, Ludwig —le suplica mientras Ludwig sube—, siempre dar patadas tan sólo, jamás deja que se acerquen en tales casos. —Luego cierra satisfecho la puerta de la casa.

—Me gustaría saber qué le ocurre desde hace un par de semanas —digo.

Willy se rasca la cabeza.

—Tiene que ser la diarrea —opina—, pues de lo contrario, Ludwig… ¿Recuerdas todavía como acabó con aquel tanque en Bixschoote? ¿Completamente solo? No fue tan sencillo, mi querido estudiante. —Se echa la mochila al hombro—. Bueno, que vaya bien, Ernst. Voy a ver ahora qué ha hecho la familia Homeyer en los últimos seis meses. Calculo una hora de enternecimiento, pero entonces comenzaremos de nuevo con la educación. Mi madre…, ¡habría sido un sargento de primera! La vieja tiene un corazón de oro, ¡pero en una envoltura de granito!

Continúo solo, y el mundo se ha transformado de repente. Zumba en mis oídos un ruido fragoroso, como si fluyera por debajo del adoquinado una corriente de agua, y no veo ni oigo nada hasta encontrarme frente a mi casa. Subo despacio. Encima de la puerta hay un letrero que dice: «Bienvenido»; y, junto a él, un ramo de flores. Me han visto llegar y me esperan todos. Por detrás de mis hermanas se ve la sala de estar. Hay comida en la mesa y todo tiene un aspecto solemne.

—Pero ¿qué tonterías son éstas? Flores y todo lo demás… ¿Por qué? Esto no es tan importante al fin y al cabo… ¿Por qué lloras, madre? Ya estoy otra vez aquí…, la guerra ha terminado…, no hay por qué llorar… —Y entonces me doy cuenta del sabor salino de las lágrimas que resbalan hasta mi boca.

II

Hemos comido croquetas de patata con huevos y salchichas: una comida maravillosa. Hace casi dos años que no he vuelto a ver un huevo, por no hablar de las croquetas de patata.

Ahora estamos sentados cómodamente, satisfechos, a la gran mesa de la sala de estar y tomamos café de bellotas con un sustitutivo del azúcar. Arde el quinqué, canta el canario. Incluso está caliente la estufa. Y *Wolf* está tumbado debajo de la mesa, durmiendo. El ambiente es todo lo hermoso que puede ser.

—Bueno, ahora cuéntanos tus experiencias, lo que has vivido, Ernst —dice mi padre.

—¿Vivir…? —respondo. Y reflexiono—. Lo que se dice vivir, nada en realidad. Al fin y al cabo, no había otra cosa que la guerra, continuamente. ¿Qué se puede vivir en tal caso?

A pesar de que me devano los sesos, no se me ocurre nada que valga la pena. No se puede hablar con los paisanos de las cosas ocurridas en el campo de batalla, y otras cosas no las conozco.

—Vosotros sí que habréis vivido aquí seguramente muchas más cosas que yo —termino disculpándome.

Claro que sí. Mis hermanas relatan cómo tenían que afanarse para conseguir alimentos. Los agentes municipales les quitaron dos veces en las estaciones todo lo que traían. La tercera vez trajeron huevos cosidos a los abrigos, escondidas las salchichas dentro de las blusas; y las patatas, en bolsillos debajo de las faldas. Así consiguieron pasar.

Las escucho con aire un poco ausente. Han crecido desde que las vi por última vez. Quizá no prestara entonces mucha atención a esto, y por ello me sorprende tanto más ahora. Ilse tiene que haber cumplido ya los diecisiete años. ¡Cómo pasa el tiempo!

—¿Sabes que ha muerto el consejero gubernamental Pleister? —me pregunta mi padre.

Niego con la cabeza.

—¿Cuándo ha sido?

—En julio, hacia el veinte poco más o menos…

Canta el agua sobre la estufa. Jugueteo con los flecos del mantel. «Vaya, en julio —pienso—. En julio… perdimos treinta y seis hombres en los últimos cinco días». Sin embargo, apenas recuerdo el nombre de tres, tantos fueron los que se sumaron más tarde a éstos.

—¿Qué fue? —pregunto, un poco soñoliento a causa del desacostumbrado calor de la habitación—, ¿metralla o tiro de fusil?

—¡Pero Ernst —replica mi padre, asombrado—, no era ningún soldado! Ha muerto de pulmonía.

—¡Ah! Claro —digo, poniéndome bien en la silla—, también hay eso todavía.

Continúan hablando de lo ocurrido desde mi último permiso. Al carnicero de la esquina casi le mataron a golpes unas mujeres hambrientas. En una ocasión, a últimos de agosto, hubo para cada familia una libra entera de pescado. El perro del doctor Knott ha desaparecido y, probablemente, lo habrán convertido en jabón. La señorita Mentrupp ha tenido un hijo. Las patatas se han encarecido nuevamente. Dicen que acaso se puedan comprar huesos la semana que viene en el matadero. La segunda hija de tía Grete se casó el mes pasado con un flamante capitán de Caballería.

Fuera, la lluvia azota los cristales. Elevo los hombros. Resulta extraño estar sentado de nuevo en una habitación; estar de nuevo en casa…

Mi hermana se interrumpe de pronto.

—Ni siquiera me escuchas, Ernst… —dice, asombrada.

—Claro que sí, claro que sí —le aseguro mientras hago rápidamente un esfuerzo —. Un capitán de Caballería, se ha casado con un capitán de Caballería.

—Sí, imagínate qué suerte —continúa mi hermana con vehemencia—. ¡Y eso que tiene la cara llena de pecas! Bueno, ¿qué dices a esto?

¿Qué puedo decir? Si un capitán de Caballería recibe un metrallazo en la cabeza, quedará tan listo como cualquier otro hombre.

Prosiguen hablando. Sin embargo, no puedo mantener la coherencia en mis pensamientos, que divagan una y otra vez. Me levanto y miro por la ventana. Cuelgan de la cuerda unos calzoncillos, que tremolan grises y perezosos en el crepúsculo. Vacila la penumbra insegura del secadero de la ropa… Y de repente, fantasmal y lejana, se alza detrás otra imagen: ropa interior que ondea, una armónica solitaria en la noche, una marcha de avance entre dos luces…, y muchos negros muertos, con descoloridos capotes azules, reventados los labios y sanguinolentos los ojos… Gas. La imagen permanece muy nítida un momento, pero después vacila y desaparece. Ondean los calzoncillos a través de la visión, de nuevo está presente el secadero de la ropa, y vuelvo a sentir detrás de mí la habitación donde hay padres, calor y seguridad. «Ya pasó», pienso con sensación de alivio y me retiro con rapidez de la ventana.

—Pero ¿por qué estás tan inquieto, Ernst? —inquiere mi padre—. No has estado sentado tranquilo ni un cuarto de hora seguido.

—A lo mejor está demasiado fatigado —opina mi madre.

—No —contesto un poco confuso, reflexionando—, no es eso. Pero estoy a punto de creer que ya no puedo estar sentado mucho tiempo en una silla. En campaña no teníamos ninguna, nos tumbábamos según viniera el caso. Sencillamente, he perdido la costumbre de estar en una silla.

—Curioso —opina mi padre.

Me encojo de hombros y mi madre sonríe.

—¿Has estado ya en tu cuarto? —pregunta.

—Todavía no —contesto, y me dirijo hacia la habitación.

Me late con fuerza y deprisa el corazón cuando abro la puerta y respiro en la oscuridad el olor de los libros. Enciendo la lámpara en seguida y entonces miro a mi alrededor.

—Todo sigue exactamente igual —dice mi hermana detrás de mí.

—Sí, sí —digo, rechazándola, pues preferiría estar solo en estos momentos.

Sin embargo, los otros también han acudido. Se quedan de pie en la puerta y se miran para darme ánimos. Me siento en la butaca y pongo las manos sobre la mesa, lisa y fría al tacto. Sí, todo sigue igual. Incluso continúa en su sitio el pisapapeles de mármol marrón que me regaló Karl Vogt. Como antaño, ocupa su sitio junto a la brújula y el tintero. Pero Karl Vogt ha caído en el Kemmel.

—¿Es que ya no te agrada la habitación? —pregunta mi hermana.

—Claro que sí —respondo, titubeando—, pero es tan pequeña…

Mi padre se echa a reír.

—Pues antes era exactamente igual de grande.

—Sí, eso sí —concedo—, pero tenía la sensación de que era mucho más grande.

—Hace mucho tiempo que no has estado aquí, Ernst —dice mi madre. Asiento con la cabeza—. La cama está todavía sin mudar —prosigue mi madre—, ahora no tienes necesidad de mirar.

Palpo el bolsillo de mi guerrera. Adolf Bethke me ha dado como regalo de despedida un paquetito de cigarros. Y ahora tengo que fumarme uno. Todo lo que me rodea está tan relajado que parece como si experimentara una leve sensación de mareo. Aspiro profundamente el humo y noto que mi estado mejorará en seguida.

—¿Fumas cigarros? —pregunta mi padre, sorprendido y casi con tono de reproche.

Lo miro con asombro.

—Naturalmente —respondo—, eran parte del racionamiento de campaña. Nos correspondían tres o cuatro diarios. ¿Quieres uno?

Coge el cigarro, moviendo la cabeza.

—Antes ni siquiera fumabas.

—Sí, antes… —repito.

Y he de sonreír un poquito al notar cuánta importancia da a esto. Cierto que tampoco hubiese hecho esto antes, pero en las trincheras se ha perdido el miedo a los mayores. Allí todos éramos iguales.

Miro a hurtadillas el reloj. Sólo llevo aquí un par de horas, pero tengo la sensación de que hace ya unas cuantas semanas que no he visto a Willy ni a Ludwig. Mi mayor deseo sería ir corriendo a su lado de nuevo, pues aún no puedo imaginarme que de ahora en adelante he de permanecer en el seno de la familia; todavía experimento la sensación de que mañana, pasado mañana, en algún momento, volveremos a marchar hombro con hombro, maldiciendo, sumisos; pero muy juntos. Finalmente me levanto y cojo el capote, que está en el pasillo.

—¿No te vas a quedar esta noche con nosotros? —pregunta mi madre.

—Tengo que presentarme aún —respondo, pues lo otro no lo entenderían.

Mi madre me acompaña hasta la escalera.

—Espera —recomienda—, está oscuro. Traeré una luz…

Me paro, sorprendido. ¿Una luz? ¿Para los cuatro escalones? Dios mío, a través de cuántos hoyos de tirador llenos de barro no habré tenido que orientarme por la noche durante años en medio de nutridos fuegos, por cuántos caminos no habré tenido que andar de la misma forma… ¿Y ahora una luz para una escalera? ¡Oh, madre! Pero espero con paciencia hasta que llega con una lámpara y me alumbra. Y es como si me acariciase en la oscuridad.

—Ten cuidado, Ernst, que no te ocurra nada —me sigue su voz mientras me alejo.

—Pero ¿qué puede ocurrirme aquí, en la patria, en la paz, madre? —digo, sonriendo, y levanto los ojos hacia ella.

Se inclina sobre la barandilla. La luz de la lámpara tiñe de oro su pequeño rostro, surcado de arrugas. Un juego irreal de sombras y luces oscila detrás de ella, en el portal. Y de repente algo vacila también en mi interior, me invade Una emoción extraña, casi un dolor; como si no hubiese en el mundo otra cosa que esta cara, como si yo fuera de nuevo un niño al que hay que alumbrar la escalera, un muchacho a quien le puede suceder algo en la calle; como si todo lo ocurrido entretanto hubiese sido sólo un sueño.

Pero la luz de la lámpara se refleja vivamente en la hebilla de mi cinturón. Ha desaparecido en un vuelo este instante: no soy un niño, llevo puesto un uniforme, bajo con rapidez, saltando de tres en tres los escalones, y abro con violencia la puerta, ansioso de reunirme con mis camaradas.

Mi primera visita es a la casa de Albert Trosske. Su madre tiene llorosos los ojos, pero tal cosa hoy es normal y no tiene nada de malo. Sin embargo, Albert no es el de siempre: está sentado a la mesa como un perro de aguas mojado. A su lado, está sentado su hermano mayor, a quien no he visto desde hace mucho tiempo, y del que sé únicamente que ha estado en el hospital militar. Está más grueso y tiene unas hermosas mejillas rojas.

—Hola, Hans, ¿vuelves a estar bien? —pregunto alegre—. ¿Qué, cómo va, cómo nos encontramos? Con las dos piernas todavía en las mejores condiciones, ¿verdad?

Murmura algo incomprensible. Frau Trosske traga saliva y se marcha. Albert me hace guiños con los ojos. Miro en torno mío, sin entender qué pasa, y entonces veo que hay unas muletas en el suelo, junto a la silla de Hans.

—¿No estás bien aún del todo? —pregunto.

—Claro que sí —responde—, me dieron de alta en el hospital militar la semana pasada.

Coge entonces las muletas, se apoya en ellas y se aproxima a la estufa en un par de balanceos. Le faltan ambos pies. El derecho ha sido sustituido por una prótesis de

hierro; el izquierdo, por un armazón que va dentro de un zapato.

Me avergüenzo al recordar mis estúpidas preguntas.

—No lo sabía, Hans —me disculpo.

Hans asiente con un movimiento de la cabeza. Los pies se le congelaron en los Cárpatos, después se declaró la gangrena, y finalmente tuvieron que amputárselos.

—¡Gracias a Dios que han sido sólo los pies! —Frau Trosske ha ido a por un cojín, que le pone ahora debajo de las prótesis—. No te preocupes, Hans, ya lo arreglaremos, aprenderás a andar de nuevo —dice la mujer, sentándose junto a su hijo, a quien acaricia las manos.

—Bueno —apunto por decir algo—, al menos todavía conservas las piernas.

—También ya tengo suficiente —contesta él.

Le ofrezco un cigarrillo. ¿Qué se puede hacer en tales momentos? Por muy buenas que sean las intenciones, todo hace daño. Cierto que hablamos un poco, fatigosamente, a trompicones; pero cuando nos levantamos cualquiera de los dos, Albert o yo, notamos cómo Hans nos mira los pies con una expresión torturada, y cómo los ojos de la madre siguen el mismo camino. Siempre sólo los pies, de aquí para allá. Vosotros tenéis pies…, yo no tengo ninguno…

Posiblemente no pueda de momento pensar en otra cosa, y su madre se preocupa sólo de él, sin darse cuenta de que Albert sufre por ello. Se ha vuelto muy tímido en este par de horas.

—Tú, tenemos que presentarnos aún —le digo, buscando un motivo para que Albert pueda salir.

—Sí —dice con rapidez.

Respiramos con sensación de alivio cuando estamos fuera de la casa. La noche se refleja blandamente en el mojado suelo. Los faroles tiemblan a impulsos del aire. Albert mira con fijeza hacia el frente.

—Yo no puedo cambiar nada, Ernst —comienza, titubeando—; pero cuando estoy sentado entre ellos y miro a mi hermano y a mi madre, termino pensando que soy culpable, y siento vergüenza de tener aún los dos pies. Uno se siente un marrano por estar tan sano. Si al menos tuviera un tiro en el brazo, como Ludwig, entonces no estaría tan provocativo entre ellos…

Intento consolarle. Sin embargo, desvía la mirada. No le convenceré, diga lo que diga; pero, cuando menos, es un alivio para mí. Esto es siempre lo que sucede con el consuelo.

Vamos a casa de Willy, cuya habitación parece un campo de batalla. La cama, desarmada, está junto a la pared. Hay que agrandarla, pues Willy ha crecido tanto mientras ha estado cumpliendo el servicio militar que ya no cabe en ella. En el suelo tablas, una sierra y un martillo. Un enorme plato de ensaladilla de patatas resplandece

encima de una silla. Willy no está presente. Nos dice su madre que lleva una hora restregándose en el lavadero. Esperamos.

Frau Homeyer se arrodilla delante de la mochila de nuestro camarada y rebusca el interior. Meneando la cabeza, saca unos cuantos pingajos sucios que antaño fueron un par de calcetines.

—Un puro agujero —murmura mientras nos mira con expresión desaprobadora.

—Artículos de guerra —digo, y me encojo de hombros.

—Artículos de guerra ¿verdad? —responde con enojo—. ¡Anda que no sabéis! ¡Esto era una lana estupenda! Estuve corriendo de un lado a otro ocho días hasta conseguirlos. Y ahora ya no tienen arreglo. Y nuevos no los hay en ningún sitio. —Mira con cara de pena los restos de los calcetines—. Creo que, a pesar de todo, en la guerra habréis tenido tiempo para poneros cada semana un par de calcetines limpios. Cuatro pares se llevó la última vez y sólo ha traído dos. ¡Y éstos, encima así! —Y mete la mano por los agujeros.

Me dispongo a tomar a Willy bajo mi protección cuando precisamente entra como una tromba, gritando con aire de triunfo.

—¡A esto se le llama tener suerte! ¡Un aspirante a la cazuela! ¡Esta noche tendremos estofado de pollo!

Trae en la mano un pollo gordo, como una bandera. Centellean las plumas de la cola, de un dorado verdoso; brilla la cresta con luz púrpura; y del pico cuelgan un par de gotas de sangre. La boca se me hace agua, a pesar de que he comido bien.

Willy balancea el pollo con aire de bienaventurado. Frau Homeyer se endereza y lanza un grito.

—¡Willy! ¿Cómo lo has conseguido?

Willy relata con orgullo que lo acaba de ver detrás del cobertizo. Y tan pronto ha sido verle como cogerle y matarle; todo en dos minutos. Da golpecitos en la espalda a su madre.

—Esto lo hemos aprendido mientras hemos estado fuera. No en vano algunas veces ha sido Willy cocinero suplente.

La madre le mira como si Willy se hubiese tragado una bomba. Entonces llama a su marido. Y gime con voz rota:

—Mira eso, Oscar… ¡Ha matado al gallo de Binding!

—¿Cómo Binding? —pregunta Willy.

—¡El gallo pertenece a Binding, el lechero, que vive al lado nuestro! ¡Dios mío!, ¿cómo has podido hacer una cosa así?

Frau Homeyer se abate sobre una silla.

—No voy a dejar que se escape un asado de esta categoría —dice Willy con asombro—, uno tiene ya práctica en esto.

Frau Homeyer no se puede calmar.

—¡Esto traerá cola! ¡Ese Binding es un energúmeno!

—¿Por quién me tomas? —pregunta Willy, ahora seriamente ofendido—. ¿Acaso crees que me ha visto ni una rata? ¡No soy ningún principiante! Es exactamente el décimo que pillo. ¡Un gallo de jubileo! Podemos comérnoslo con toda tranquilidad, ese Binding no tiene ni la menor sospecha. —Willy sacude al gallo con ternura—. ¡Tienes que saberme bien! ¿Cómo vamos a prepararlo, cocido o asado?

—¿Acaso crees que voy a comer un solo trozo? —replica fuera de sí Frau Homeyer—. ¡Vas a devolverlo ahora mismo!

—No estoy loco ni mucho menos —explica Willy.

—Pero si lo has robado… —se queja la madre, desesperada.

—¿Robado? —prorrumpe Willy en carcajadas—. Ésa sí que es buena. ¡Lo he requisado, me lo he encontrado, me he hecho con él! Pero…, ¿robado? Cuando se coge dinero, entonces sí que se puede hablar de robo; pero no cuando se pilla algo de comer. Entonces habría sido ya mucho lo que hemos robado, ¿no, Ernst?

—Pues claro —le secundo—, el gallo ha salido corriendo a tu encuentro, Willy. Exactamente igual como ocurrió antaño con el del jefe de la batería del segundo, en Staden. ¿Recuerdas todavía cómo hiciste estofado de pollo para toda la compañía? Uno a uno, a pollo por cabeza.

Willy sonríe a causa del elogio y da golpecitos con la punta de los dedos en la placa del fogón.

—Fría —dice, decepcionado. Entonces se vuelve hacia su madre—. ¿Es que no tenéis nada de carbón?

Frau Homeyer ha perdido el habla a causa de la agitación. Lo único que puede hacer es negar con la cabeza. Y Willy hace un ademán para apaciguarla.

—Mañana lo conseguiré también. Mientras tanto podríamos utilizar esta silla vieja, que de cualquier modo no sirve ya para nada.

Frau Homeyer vuelve a mirar de nuevo a su hijo con enorme asombro. Acto seguido le quita primero la silla; luego, el pollo, y a continuación emprende el camino hacia el domicilio del lechero Binding.

Willy está sinceramente enojado.

—Ahí se llevan a uno que no cantará más —dice con aire melancólico—. ¿Lo entiendes, Ernst?

Haciendo un gran esfuerzo, puedo comprender que no nos permitan quemar la silla, a pesar que en campaña hemos quemado un piano entero para ablandar un caballo tordo. Y acaso pueda comprender aún que aquí, en la patria, no debemos ya ceder al involuntario temblor de nuestras manos, aunque, en campaña, todo lo comestible era cuestión de suerte y no de moral. Pero lo que no entiendo y encuentro una estupidez rematada es que sea devuelto el pollo, que al fin y al cabo ya está muerto. Hasta un recluta tiene que saber que esto sólo originará discordias.

—Si esto se pone de moda, todavía pasaremos hambre aquí, tenlo presente —afirma Willy, resuelto—. Si hubiésemos estado entre nosotros, habríamos tenido en

media hora el mejor de los estofados de pollo. Habría preparado una salsa amarilla para acompañarlo.

Sus ojos van del fogón a la puerta y de ésta a aquél, incesantemente.

—Lo mejor será que desaparezcamos —propongo—. Aquí, el ambiente está muy enrarecido.

Pero Frau Homeyer regresa en este momento.

—No estaba en su casa —explica jadeante. Y pretende seguir hablando, excitada, cuando nota que Willy se ha vestido. Olvida todo al instante—. ¿Quieres marcharte ya?

—Un poquito de patrulla, mamá —contesta él, riendo.

La mujer comienza a llorar. Willy le da unos tímidos golpes en la espalda.

—Volveré. Ahora volveremos siempre. Con demasiada frecuencia, tenlo presente…

Caminamos por la Schlossstrasse a grandes zancadas, emparejados, las manos en los bolsillos.

—¿No vamos a recoger a Ludwig? —pregunto.

—Es preferible dejarle que duerma, es lo mejor para él —contesta Willy después de negar con la cabeza.

La ciudad está inquieta. Camiones cargados de marineros corren veloces por las calles. Ondean banderas rojas.

Delante del Ayuntamiento, son descargados paquetes de octavillas que se distribuyen en seguida. La gente se las arranca a los marineros de las manos y las leen ansiosamente. Les brillan los ojos. Los paquetes son alcanzados por un golpe de viento, y las octavillas vuelan hacia lo alto como una bandada de palomas blancas. Las hojas quedan prendidas en las desnudas ramas de los árboles y se quedan colgando en ellas, susurrantes.

—Camaradas —dice a nuestro lado un hombre de edad que lleva puesto un capote gris—, camaradas, ahora iremos mejor. —Le tiembla la boca.

—Caramba, parece ser que aquí ocurre algo —aventuro.

Redoblamos la velocidad de nuestro paso. Cuanto más nos acercamos al lugar, tanto más grande es la aglomeración. La plaza está llena de gente. Un soldado habla desde las escalinatas del teatro. La luz de una lámpara de carburo oscila sobre la cara del hombre. No podemos entender bien lo que dice, pues el viento brama sobre la plaza a grandes ráfagas, irregulares, y trae siempre desde la iglesia un acompañamiento de música de órgano en la que casi se ahoga la débil voz, que llega cortada a nuestros oídos.

Una tensión excitante, incierta, yace sobre la plaza. La muchedumbre está como un muro. Casi todos son soldados, muchos de ellos con sus esposas. Las caras silenciosas, herméticas, tienen la misma expresión que en campaña, cuando, debajo

de los cascos de acero, espiaban los movimientos del enemigo. Pero en las miradas algo ha aparecido repentinamente, algo muy distinto: el presentimiento de un futuro, la esperanza inconcebible de otra clase de vida. Llegan gritos desde el teatro, a los que responde un sordo fragor.

—¡Muchachos, ahora se pone en marcha la cosa! —exclama Willy, entusiasmado. Se alzan los brazos, un tirón estremece a la muchedumbre, y las filas se ponen en movimiento. Resuenan gritos de «¡Adelante, camaradas!». Y el paso de marcha resuena fragoroso, como un aliento poderoso. Sin pensarlo dos veces nos metemos entre la multitud.

A nuestra derecha marcha un soldado de Artillería; delante, uno de Ingenieros. Un grupo se une a otro. Son pocos los que se conocen entre sí. A pesar de ello, nos familiarizamos en seguida. Los soldados no necesitan saber nada los unos de los otros, son camaradas y basta.

—¡Vamos, Otto, ven con nosotros! —grita el de Ingenieros que va delante de nosotros a otro soldado que no se ha movido. Éste vacila. Va con él su esposa, que se le cuelga del brazo y le mira. El hombre sonríe, confuso.

—Después, Franz.

Willy hace una mueca.

—¡Cuando las faldas comienzan a estar de por medio, la camaradería auténtica se va pronto al diablo, tenlo presente!

—¡Bah, tonterías! —replica el de Ingenieros, y le ofrece un cigarrillo—. Las mujeres son la mitad de la vida. Sólo que cada cosa a su tiempo.

Nos ponemos a marcar el paso sin darnos cuenta, pero el modo de marchar es ahora distinto al acostumbrado. Resuena con estruendo el adoquinado, y como un rayo se dispara sobre las columnas una indómita esperanza; como si ahora fuésemos a adentrarnos de lleno en una existencia de libertad y justicia.

Sin embargo, el grupo se detiene al cabo de unos pocos cientos de metros, hace alto frente a la vivienda del alcalde. Un par de obreros golpean la puerta de la casa. Ésta sigue en silencio, pero detrás de las cerradas ventanas se divisa un instante el pálido rostro de una mujer. Los golpes arrecian, y una piedra vuela contra la ventana. Sigue otra. Y el cristal cae con un ruido tintineante al jardín delantero.

Entonces aparece el alcalde en el balcón del primer piso. Le reciben con gritos. Intenta decir algo, pero nadie le escucha.

—¡Venga! ¡Con nosotros! —grita alguien.

El alcalde se encoge de hombros y asiente con la cabeza. Pocos minutos después marcha al frente de la procesión. El siguiente a quien sacan de su domicilio es el director del Departamento de Alimentación. Después le llega el turno a un azorado calvo, de quien se dice que ha hecho chanchullos con la mantequilla. A quien ya no pescamos es a un traficante en cereales, que ha desaparecido a tiempo cuando ha oído que nos acercábamos.

La procesión marcha hacia el patio del Palacio y se apiña frente a la entrada de la Jefatura del distrito. Un soldado sube las escaleras y penetra en el edificio, cuyas ventanas están iluminadas. Esperamos.

Por fin se abre la puerta. Estiramos el cuello. Sale un hombre con una cartera de mano. Extrae unas hojas y comienza a leer un discurso con voz monótona. Escuchamos con toda atención. Willy tiene sus grandes manos en ambos oídos. Y como saca la cabeza a todo el mundo, entiende mejor las frases y las repite; pero las palabras pasan sobre nosotros como pudiera cantar el agua de un arroyo al deslizarse. Suenan y se pierde su sonido; sin embargo, no hacen blanco en nosotros, no nos arrastran, no nos agitan; lo único que hacen es deslizarse susurrando y susurrando.

Nos tornamos inquietos. Esto no lo entendemos. Estamos acostumbrados a actuar. ¡Al fin y a la postre, esto es la revolución y tiene que ocurrir algo! Pero el hombre que está allá arriba no hace otra cosa que hablar y hablar. Recomienda calma y prudencia. Pero da la casualidad de que nadie ha hecho todavía nada imprudente. Por fin se retira.

—¿Quién era ése? —pregunto, decepcionado.

El artillero de nuestro lado está bien al tanto del asunto.

—El presidente del Comité de Obreros y Soldados. Antes era dentista, según creo.

—¡Entendido! —rezonga Willy, que mueve, incómodo, la roja cabeza de un lado a otro—. ¡Valiente tontería! Yo pensaba que iríamos ahora mismo a la estación y después, directamente a Berlín.

Se elevan gritos entre la multitud, propagándose; que hable el alcalde. Es empujado escaleras arriba. Con voz tranquila, el alcalde declara que se investigará todo a fondo. Junto a él tiemblan los dos especuladores, que sudan de miedo. Sin embargo, no les ocurre nada. Bien es verdad que les gritan, pero todos se avergüenzan de alzar la mano contra ellos.

—Bueno —concede Willy—, el alcalde, al menos, tiene valor.

—¡Bah! Está acostumbrado a esto —explica el artillero—, lo sacan cada par de días…

Lo contemplamos con ojos de asombro.

—¿Es que esto ocurre con tanta frecuencia? —pregunta Albert.

El otro afirma que sí con la cabeza.

—Siempre están llegando nuevas tropas que opinan que han de limpiar todo. Pero después la cosa sigue igual…

—Hombre, no lo entiendo —dice Albert.

—Yo tampoco —explica el artillero, que bosteza a placer—, también me lo había imaginado de manera distinta. Bueno, adiós, me largo a mi cajón de pulgas, es lo más sensato.

Le siguen otros. La plaza se va quedando vacía a ojos vistas. Habla ahora un segundo delegado qué también recomienda calma. Según él, los jefes se cuidarán de

todo, están arriba, trabajando ya. Y señala las ventanas iluminadas. Lo mejor sería que nos fuésemos a casa, termina diciendo.

—¡Maldición! ¿Y esto es todo? —exclamo, enojado.

A nuestro modo de ver, casi hemos hecho el ridículo acompañando a esta gente. ¿Qué habíamos pretendido antes?

—¡Me cago…! —exclama Willy, decepcionado.

Nos encogemos de hombros y nos alejamos despacio.

Todavía damos unas cuantas vueltas antes de separarnos, Acompaño a Albert hasta su casa y después regreso solo. Pero ocurre algo singular: ahora que mis camaradas no están a mi lado, todo comienza a oscilar levemente en torno mío y a convertirse en irreal. Hace un instante, todo era lógico y aparecía firme; pero ahora se dispara de repente y todo se presenta tan aterradoramente nuevo y desacostumbrado que ya no sé si todo será tan sólo producto de un sueño. ¿Estoy aquí? ¿Estoy realmente de nuevo aquí y en casa?

Ahí están las calles, pétreas y seguras, lisos y centelleantes los tejados; en ningún sitio se abren agujeros ni embudos de granadas; los muros se alzan intactos en la noche azul; se recortan en ella, oscuras, las siluetas de los balcones y aguilones; por ningún lado han mordido los dientes de la guerra; están sanos todos los cristales de las ventanas; y detrás de las claras nubes de sus visillos vive un mundo quieto, un mundo distinto al ululante de la muerte, al que yo he estado habituado hasta ahora.

Me detengo frente a una casa cuyas ventanas del piso inferior están iluminadas. Sale al exterior una música suave. Las cortinas están corridas sólo a medias y se puede ver el interior.

Una mujer está tocando el piano. Está sola. Sólo la luz de una lámpara de pie cae sobre las blancas hojas de música. El resto de la habitación se difumina en una penumbra de muchos colores. Un sofá y algunas sillas de brazos y asiento acolchado llevan en la habitación una existencia pacífica. Un perro duerme tumbado en un sillón. Tengo clavados los ojos en esta imagen, como hechizado. Sólo cuando la mujer, se levanta y se encamina hacia la mesa con suave paso, retrocedo con rapidez. Me late con fuerza el corazón. Bajo la salvaje luz de los cohetes luminosos y entre las acribilladas ruinas de las aldeas del frente, casi he olvidado que aún existe esto: esta paz de las alfombras, del calor y de las mujeres, encerrada detrás de las paredes de habitaciones. Quisiera abrir la puerta de la casa y penetrar en la habitación; quisiera hacerme un ovillo en el sillón, extender las manos al calor y dejar que éste me inundara; quisiera hablar, bajo los serenos ojos de la mujer, derretir la dureza la violencia, el pasado, y dejarlo atrás; quisiera quitármelo de encima como si se tratara de un traje sucio. Se apaga la luz de la habitación. Sigo mi camino. Pero de repente la noche está llena de oscuras llamadas y voces imprecisas, llena de imágenes y de pasado, llena de preguntas y de respuestas.

Me alejo bastante de la ciudad. Me detengo en la cumbre del monte del Convento. Allá abajo está tendida la ciudad, que parece de plata. La luna se refleja en el río. Suspendidas sobre el suelo están las torres, y la quietud es infinita. Permanezco un rato en este lugar y después regreso otra vez a las calles y las viviendas.

Una vez en mi casa, tanteo suavemente los escalones mientras subo. Mis padres ya duermen. Oigo su respiración; la más suave de mi madre y la más fuerte de mi padre, y siento vergüenza por haber llegado tan tarde.

Enciendo la luz de mi habitación. La cama, abierta, con sábanas blancas, está junto al rincón. Me siento en ella y permanezco así un rato, hasta que siento cansancio. Entonces me estiro mecánicamente y tiro de la manta para taparme. Pero de repente vuelvo a sentarme, pues he olvidado desnudarme. Cuando estábamos en el frente, siempre dormíamos con todo puesto. Me quito despacio el uniforme y las botas, que pongo en un rincón. Mientras hago esto, veo una camisa de dormir a los pies de la cama. Apenas sé ya lo que significa. Me pongo el camisón. Y de pronto, mientras desnudo y sintiendo frío, me pongo la prenda de dormir, se apodera de mí un nuevo sentimiento: toco las mantas y deseo meterme dentro de los cojines, los aprieto contra mí y me aplasto contra ellos, me hundo en el sueño, me hundo de nuevo en la vida, y siento sólo una cosa, nada más que una; ¡estoy aquí…, sí, estoy aquí!

III

Albert y yo estamos sentados en el café «Meyer», junto a la ventana. Frente a nosotros, encima de la redonda mesa de mármol, hay dos tazas cuyo café se ha quedado frío. Llevamos aquí ya tres horas; sin embargo, aún no hemos podido decidirnos a bebernos el amargo caldo. Y eso que nuestra vida en el frente nos ha acostumbrado a todo, pero esto no puede ser otra cosa que carbón de piedra cocido.

Sólo hay ocupadas tres mesas. En una de ellas, unos cuantos especuladores tratan de un vagón de productos alimenticios; a otra se sienta un matrimonio que lee periódicos; en la tercera, nuestros traseros se deslizan zafiamente sobre el rojo terciopelo del sofá.

Están sucias las cortinas, bosteza la camarera, el aire es irrespirable, y, en realidad, posiblemente no sea mucho lo que ocurra aquí; pero, a pesar de ello, sí que ocurre un montón de cosas en nuestro caso: estamos sentados cómodamente, disponemos de un tiempo infinito, suena la música y podemos mirar por la ventana. Hace mucho tiempo que no sabemos lo que es esto. Por tal motivo continuamos sin movernos del café hasta que los tres músicos recogen sus instrumentos y la camarera, de mal humor, va describiendo círculos cada vez más reducidos en torno a la mesa. Pagamos entonces y nos disponemos a callejear por la noche. Resulta maravilloso ir despacio, de escaparate en escaparate, sin tener que preocuparse de nada y sintiéndose hombres libres.

Nos detenemos al llegar a la Stubenstrasse.

—Podríamos entrar en la tienda de Becker —propongo.

—Pues sí —accede Albert—, sí qué podríamos. Se quedará asombrado.

Hemos pasado una parte de nuestros años escolares en la tienda de Becker, donde se podía comprar todo lo imaginable: cuadernos, artículos de dibujo, redes para cazar mariposas, peceras, colecciones de sellos, libros antiguos y folletos con las soluciones de los problemas de álgebra. Permanecíamos horas enteras en la tienda de Becker; allí, a escondidas fumábamos cigarrillos y teníamos nuestros primeros encuentros a hurtadillas con las chicas de la escuela secundaria municipal. Era nuestro gran hombre de confianza.

Entramos. Un par de estudiantes que están en un rincón esconden con rapidez sus cigarrillos en el hueco de la palma de la mano. Sonreímos y nos ponemos un poquito serios. Acude una muchacha a preguntarnos qué deseamos.

—Quisiéramos hablar con Herr Becker —digo.

Titubea la chica.

—¿No puedo servirles yo?

—No, señorita —replicó—, no puede. Avise a Herr Becker.

La chica se marcha. Albert y yo nos miramos y nos metemos las manos en los bolsillos, alegres. ¡Será un buen encuentro!

Se oye el sonido de la puerta del despacho, que conocemos muy bien, y acude Becker: menudo, gris y arrugado, como siempre. Guiña los ojos un momento y nos reconoce.

—Mira quién está ahí —dice—, Birkholz y Trosske. ¿También ya de vuelta?

—Sí —contestamos, pensando que ahora comenzaran las efusiones.

—Estupendo. Bien, ¿qué va a ser? —pregunta—. ¿Cigarrillos?

Nos quedamos asombrados. En realidad, no teníamos la intención de comprar nada, no habíamos pensado en tal cosa.

—Sí, diez cigarrillos —respondo por fin.

Nos da los cigarrillos.

—Bueno, hasta pronto.

Y tras estas palabras, se vuelve, arrastrando los pies. Nosotros todavía continuamos allí unos instantes.

—¿Se ha olvidado algo? —pregunta desde la pequeña escalera.

—No, no —respondemos. Y nos marchamos.

—¿Has visto, Albert? —digo cuando estamos en la calle—, parece haber creído que hemos estado sólo de paseo, ¿verdad?

Albert hace un movimiento malhumorado.

—Camello de paisano…

Seguimos nuestro deambular. Willy se tropieza con nosotros y vamos juntos al cuartel.

En el camino al cuartel, Willy da de pronto un salto y se echa a un lado. Yo me asusto también: se acerca el característico silbido de una granada; pero después nos miramos confundidos y nos echamos a reír. Era sólo el chirrido del tranvía eléctrico.

Jupp y Valentin, un poco desamparados, se acurrucan en un gran cuarto vacío, destinado a las escuadras. Tjaden no se ha presentado todavía, continúa aún en el burdel. Nos saludan los otros dos, contentos de vernos, pues ahora se podrá echar una partida de cartas. En el poco tiempo que llevamos aquí, Jupp ha conseguido entrar en un comité de soldados. Sencillamente, se ha nombrado a sí mismo y así queda, pues es tal la confusión existente en el cuartel que nadie está enterado de nada. Así ha cubierto de momento sus necesidades, pues su empleo civil se ha ido al cuerno. Su abogado de Colonia le ha escrito diciendo qué la mujer qué trabaja ahora en su bufete se ha impuesto muy bien y le resulta más barata. Por lo demás, seguramente Jupp, mientras ha estado en el frente, habrá perdido algo de facultades para hacer frente a las exigencias actuales. El abogado lo lamenta de veras, pero dice que los tiempos son difíciles. Y envía sus mejores deseos para el futuro.

—Bonita porquería —dice Jupp con expresión melancólica— todos estos años uno ha tenido sólo un deseo: lejos de los prusianos. Y ahora se siente uno contento de poder seguir con ellos. Bueno, liquidado de un modo u otro… ¡Dieciocho! —apuesta.

Willy tiene en la mano unas cartas magníficas.

—Veinte —digo por él—. ¿Y tú, Valentin?

—Veinticuatro —contesta, encogiéndose de hombros. Se presenta Karl Bröger en el momento en que Jupp pasa, al subir a cuarenta.

—Quería ver qué estabais haciendo —dice.

—Y por eso has venido a buscarnos aquí, ¿verdad? —sonríe Willy, retrepándose en la silla—. Sí, el cuartel es el verdadero hogar del soldado. ¡Cuarenta y una!

—Cuarenta y seis —resopla Valentin, provocador.

—¡Cuarenta y ocho! —replica Willy con voz de trueno.

Caramba, el juego es alto. Nos acercamos. Willy se recuesta con aire satisfecho en la pared del armario y nos enseña un grande alto como una casa; pero Valentin sonríe de una forma peligrosa: tiene un juego todavía más fuerte en las manos.

Se está maravillosamente cómodo en este cuarto. Hay en la mesa un cabo de vela, cuya luz oscila. Las camas desprenden un brillo mate en las sombras. Devoramos grandes pedazos de queso que Jupp ha conseguido. Utiliza el machete para dar a cada uno su parte.

—¡Cincuenta! —ruge Valentin.

En este momento se abre con violencia la puerta y Tjaden entra como un huracán.

—Se… Se… —tartamudea, y le ataca un hipo terrible por efecto de la excitación. Le hacemos dar vueltas por la habitación, con los brazos alzados.

—¿Te han quitado el dinero las zorras? —inquiere Willy, compasivo.

El otro niega con la cabeza.

—Se… Se…

—¡Firmes! —ordena Willy.

Tjaden se estremece. El hipo desaparece.

—Seelig…, he encontrado a Seelig —explica con expresión de júbilo.

—¡Hombre —brama Willy— como se trate de una mentira, te tiro por la ventana!

Seelig fue el brigada de nuestra compañía, una bestia de primera categoría. Por desgracia fue trasladado dos meses antes de la Revolución, por lo que aún no hemos podido ponerle la mano encima. Tjaden cuenta que es el propietario de la taberna «König Wilhelm» y que tiene una cerveza extraordinaria.

—¡Vamos allá! —exclamo, y salimos de prisa.

—Pero no sin Ferdinand —interviene Willy—. Tiene que ajustar las cuentas a Seelig por lo de Schröder.

Silbamos y hacemos gran ruido frente a la casa de Kosole hasta que éste, en camisa, sale malhumorado a la ventana.

—Qué ocurrencias tenéis —gruñe—. Venir a estas horas de la noche… ¿Es que no sabéis que estoy casado?

—¡Hay tiempo para eso! —grita Willy—. ¡Baja en seguida, hemos encontrado a Seelig!

Ferdinand se anima.

—¿De verdad? —pregunta.

—¡De verdad! —grazna Tjaden.

—¡Bien, ahora mismo bajo —responde—; pero ay de vosotros si me habéis tomado el pelo!

Cinco minutos después ya está en la calle y le explicamos lo que ocurre. Salimos disparados.

Cuando torcemos para entrar en la Hakenstrasse, Willy, que está dominado por la excitación, derriba sin querer a un hombre con quien ha tropezado.

—¡Rinoceronte! —brama desde el suelo el caído mientras Willy se aleja.

Willy se da la vuelta con rapidez y se planta amenazador delante del otro.

—Perdone, ¿decía usted algo? —pregunta, llevándose a la gorra la punta de los dedos.

El otro saca fuerzas de flaqueza y responde gruñendo:

—Que yo sepa, nada.

—Tiene suerte —dice Willy—. Concretamente, no tiene usted la constitución física necesaria para insultar.

Cruzamos un jardín delantero y nos detenemos frente a la taberna «König Wilhelm». Ha sido ya escrito encima otro nombre: ahora se llama «Edelweiss». Willy lleva la mano al picaporte.

—¡Un momento! —advierte Kosole, retirando la manaza del otro—. ¡Willy —suplica a continuación—, si hay que sacudir, sacudiré yo! ¡Venga esa mano!

—De acuerdo —asegura Willy, y abre la puerta violentamente.

Ruido, humareda y luz salen a nuestro encuentro. Tintinean los vasos. Una gramola atruena con la marcha de *La viuda alegre*. Brillan los grifos del mostrador. Un torrente de carcajadas se derrama alrededor del barreño del mostrador, donde enjuagan los vasos dos muchachas. Están rodeadas por un montón de individuos. Restallan chistes. El agua se derrama, y en ella se reflejan los rostros, partidos en trozos. Un artillero pide una ronda de aguardiente y echa mano a las nalgas de una de las chicas.

—Es todavía mercancía de paz, Lina —brama, entusiasmado.

Nos abrimos camino.

—Es verdad, ahí está —dice Willy.

Con las mangas remangadas, abierta la camisa, sudoroso, rojo y mojado el cuello, el tabernero está detrás del mostrador, echando cerveza en los vasos. Debajo de sus gruesos puños, fluyen chorros pardos y dorados que caen en los vasos. Levanta los ojos en este momento. Una amplia sonrisa se extiende por su cara.

—¡Buen provecho! ¿También aquí? ¿Qué va a ser, clara o negra?

—¡Clara, mi brigada! —responde Tjaden con insolencia.

El tabernero nos cuenta con la mirada.

—Siete —dice Willy.

—Siete —repite el tabernero mientras mira a Ferdinand—, seis y Kosole, en verdad.

Ferdinand se acerca al mostrador. Apoya los puños en el borde.

—Dime una cosa, Seelig, ¿tienes también ron?

El dueño del establecimiento manipula detrás de sus barras.

—Naturalmente que tengo ron.

Kosole le mira de arriba abajo.

—Quizá te guste beberlo, ¿verdad?

El tabernero llena de coñac una fila de vasos.

—Naturalmente que me gusta beberlo.

—¿Recuerdas todavía cuándo lo bebiste por última vez?

—No…

—¡Pues yo sí! —brama Kosole, que está delante del mostrador como un toro frente a un seto—. ¿Conoces el apellido Schröder?

—Hay muchos Schröder —contesta superficialmente el tabernero.

Esto es demasiado para Kosole, quien se prepara para dar el salto; pero Willy le sujeta y le hace sentarse a la fuerza en una silla.

—Primero, beber… Siete claras —dice después en dirección al mostrador.

Kosole guarda silencio. Nos sentamos a una mesa. El tabernero en persona nos sirve las jarras de medio litro.

—Salud —desea.

—Salud —contesta Tjaden. Bebemos. Tjaden se echa después hacia atrás en la silla—. Bien, ¿qué os había dicho?

Ferdinand sigue con la mirada al tabernero, que vuelve al mostrador.

—Cuando pienso tan sólo en qué forma apestaba a ron este cabestro mientras enterrábamos a Schröder… —dice, rechinando los dientes. Se interrumpe.

—Nada de ablandarse —opina Tjaden.

Sin embargo, como si las palabras de Kosole hubiesen desgarrado un telón que vacilara y ondeara ya suavemente durante todo este tiempo, parece adueñarse repentinamente de la habitación un yermo gris y fantasmal. Se borran las ventanas, brotan sombras de las grietas del suelo, y el recuerdo se esparce denso por el humeante local.

Kosole y Seelig no podían verse ni en pintura. Pero cuando de verdad se convirtieron en enemigos a muerte fue en agosto de 1918. Estábamos por aquella época en una acribillada trinchera de retaguardia y hubimos de trabajar la noche entera en una fosa común. No pudimos ahondar mucho, pues pronto empezó a manar agua. Terminamos trabajando en medio de un espeso fango.

Bethke, Wessling y Kosole reforzaban las paredes; los demás íbamos recogiendo los cadáveres tendidos en el terreno y los poníamos en una larga fila hasta que estuviera terminada la fosa. Albert Trosske, el suboficial de nuestro grupo, recogía las placas de identificación y las cartillas militares cuando las había.

Algunos de los cadáveres aparecían ya con las caras negras, en estado de descomposición, pues la putrefacción avanzaba con rapidez en los meses húmedos. En cambio, no despedían un hedor tan fuerte como en el verano. Muchos estaban mojados, y el agua los había hinchado hasta convertirlos en esponjas. A uno de ellos le encontramos con los brazos abiertos, tendido en la tierra. Cuando lo levantamos, vimos que apenas había otra cosa que jirones de uniforme, tan destrozado estaba el cadáver. También había desaparecido la placa de identificación. Finalmente, gracias a un cosido de los pantalones descubrimos que se trataba del cabo Glaser. Pesaba muy poco, pues faltaba casi la mitad del cuerpo.

Los brazos, cabezas o piernas que encontrábamos desprendidos y sueltos los echábamos en un plano de tienda. Cuando llevamos a Glaser, dijo Bethke:

—Ya es suficiente. Ya no caben más en la fosa.

Trajimos un par de sacos llenos de cal, que Jupp extendió sobre la fosa con una pala plana. Poco después se presentó Max Weil, que había ido a por cruces. Y, para asombro nuestro, de la oscuridad surgió también Seelig. Oímos que debía pronunciar una oración, pues no había ningún sacerdote en las inmediaciones, y nuestros dos oficiales estaban enfermos. Por ello, estaba de mal humor, pues no podía ver la sangre, a pesar de lo gordo que era. Había que añadir a esto que sufría de hemeralopía y que veía poco. Y esto le tenía tan nervioso que pisó en falso en el borde de la fosa y cayó dentro. Tjaden rompió en carcajadas y exclamó con voz ahogada:

—Tapar…, tapar…

Daba la casualidad de que Kosole se hallaba trabajando en este sitio de la fosa, y Seelig le cayó encima de la cabeza: aproximadamente cien kilos de peso vivo. Ferdinand empezó a maldecir de una forma espantosa. Reconoció después al brigada, pero no por ello cerró la boca, pues era un perro viejo en el frente. Había que considerar que estábamos ya en 1918. El brigada se levantó, vio delante de él a su viejo enemigo, estalló y gritó a Ferdinand, quien gritó también al suboficial. Bethke, que estaba también abajo, intentó separarlos; pero el brigada babeaba de rabia, y Kosole, persuadido de que era víctima de una gran injusticia, no dejaba pasar ni una. Willy bajó de un salto a la fosa en este momento para ponerse al lado de Kosole, y de la fosa ascendió un espantoso griterío.

—¡Silencio! —ordenó alguien de repente.

Aunque la voz no era muy fuerte, la gresca cesó al instante. Seelig trepó y salió de la fosa, resoplando. Tenía blanco el uniforme, lleno de polvo de cal: parecía un ángel mofletudo bañado en azúcar. También salieron de la fosa Kosole y Bethke.

Arriba estaba, apoyado en su bastón de paseo, Ludwig Breyer. Había estado hasta ahora echado delante del refugio, cubierto con dos capotes, pues sufría por aquella

época su primer ataque serio de diarrea.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Los tres intentaron dar una explicación, pero Ludwig la rechazó con ademán de cansancio—. De todos modos da lo mismo.

El brigada afirmaba que Kosole le había golpeado en el pecho. Kosole arremetió de nuevo contra esto, encendiéndose como la grana.

—Silencio —ordenó Ludwig una vez más. Y el silencio se hizo—. ¿Tienes todas las placas de identificación, Albert? —preguntó a continuación.

—Sí —respondió Trosske, quien añadió en voz baja, para que no le oyera Kosole—: también está la de Schröder entre ellas.

Ambos se miraron unos instantes. Ludwig dijo después:

—O sea que no le cogieron prisionero. ¿Dónde está?

Albert le guió a lo largo de la fila. Seguíamos Bröger y yo, pues Schröder había sido condiscípulo nuestro. Trosske se detuvo frente a un cadáver cuya cabeza estaba cubierta con un saco de arena. Breyer se inclinó, pero Albert tiró de él hacia atrás.

—No le destapes, Ludwig —rogó.

Breyer se dio la vuelta.

—Sí, Albert —replicó con calma—, claro que sí.

No era posible reconocer nada del tórax de Schröder; estaba aplastado como un lenguado. El machacado rostro parecía una tabla en la que un negro agujero con una corona de dientes insinuaba la existencia de una boca. Breyer le volvió a tapar en silencio.

—¿Lo sabe? —preguntó mirando hacia donde Kosole trabajaba.

Albert negó con la cabeza.

—Hemos de procurar que desaparezca el brigada, de lo contrario ocurrirá una desgracia.

Kosole y Schröder habían sido muy amigos. Cierto que jamás habíamos conseguido entenderlo, pues este último era delicado y enfermizo, un auténtico niño, y completamente el polo opuesto de Ferdinand; pero éste había protegido a Schröder como una madre.

Alguien resopló detrás de nosotros. Se había acercado Seelig, que miraba con ojos como platos.

—No he visto jamás nada así —tartamudeó—, ¿cómo ha pasado esto?

Nadie contestó, pues, en realidad, Schröder tendría que haber ido de permiso ocho días antes; pero Seelig le había echado a perder el permiso, ya que no podía sufrir a Schröder ni a Kosole. Y ahora Schröder era un cadáver.

Nos alejamos, pues no podíamos ver al brigada en este momento. Ludwig se volvió a agazapar debajo de los capotes. Sólo se quedó Albert. Seelig tenía clavada la vista en el cadáver. La luna salió de detrás de una nube y los bañó con su luz. Inclinado hacia delante el grueso torso, el brigada contemplaba los pálidos rostros, en los que la inconcebible expresión del terror se había congelado en un silencio que casi gritaba.

—Lo mejor será que diga usted ahora una oración y que se marche —apuntó Albert.

El brigada se limpió la frente con la mano.

—No puedo —murmuró.

Le tenía atenazado el terror. Conocíamos esto: no se sentía nada durante semanas; y de repente, en una ocasión inesperada, el sentimiento le abatía a uno. Se alejó tambaleándose, verde la cara.

—Se creía que aquí tiraban bombones —dijo Tjaden con voz seca.

Empezó a llover con más fuerza y nos impacientamos. El brigada no regresaba. Por fin buscamos a Ludwig, a quien sacamos de sus capotes. Rezó en voz baja un padrenuestro.

Fuimos bajando los cadáveres. Weil ayudaba. Noté que temblaba al cogerlos. Y murmuraba casi inaudible: «Seréis vengados». Lo decía una y otra vez. Le contemplé con asombro.

—Pero ¿qué te ocurre? —pregunté—. Al fin y al cabo, no son los primeros que ves. Tendrás que tomar muchas venganzas.

Ya no volvió a abrir la boca.

Cuando hubimos puesto las primeras filas en la fosa, Valentin y Jupp, llegaron tirando de un plano de tienda.

—Éste vive aún —explicó Jupp, abriendo el plano de tienda.

—Pero no por mucho tiempo —contestó Kosole, tras echar una mirada al hombre —. Podemos esperar.

El hombre tendido en el plano de tienda respiraba estertóreamente. Cada espiración iba acompañada de un borbotón de sangre, que le corría por la barbilla.

—¿Lo retiramos? —preguntó Jupp.

—Entonces morirá al instante —dijo Albert, señalando la sangre.

Lo colocamos de lado, Max Weil se ocupó de él. Luego continuamos trabajando. Ahora me ayudaba Valentin. Bajamos a Glaser.

—La mujer…, la mujer… —murmuraba Valentin.

—Cuidado, ahora viene Schröder —exclamó Jupp desde arriba, deslizando el plano de tienda.

—Cierra la boca —silbó Bröger.

Kosole tenía aún el cadáver en sus brazos.

—¿Quién? —preguntó, sin comprender.

—Schröder —respondió Jupp. Creía que Ferdinand ya estaba enterado.

—¡No digas estupideces, animal, a Schröder le han hecho prisionero! —gritó Kosole, furioso.

—Dice la verdad, Ferdinand —explicó Albert Trosske, que estaba de pie a su lado.

Contuvimos la respiración. Sin despegar los labios, Kosole sacó de la fosa común el cadáver y subió detrás. Entonces le alumbró con una linterna de bolsillo. Se inclinó

hasta quedar muy cerca de los restos de la cara, buscando.

—Gracias a Dios que el brigada se ha marchado —susurró Karl.

Esperábamos inmóviles lo que iba a ocurrir. Kosole se irguió.

—Venga una pala —pidió.

Se la di. Esperábamos ahora un homicidio, pero Kosole comenzó a cavar. Cavó una fosa individual para Schröder y no dejó que se acercara nadie: él mismo le enterró. No pensaba en modo alguno en Seelig, tanto le había afectado la muerte de su amigo.

Terminamos las dos fosas al amanecer. El herido había muerto entretanto, por lo que pudimos tenderle junto a los otros. Colocamos en ellas las cruces cuando hubimos apisonado la tierra con los pies. Kosole escribió con lápiz de tinta el apellido de Schröder en una de ellas, aún en blanco, y puso encima de la cruz un casco de acero.

Ludwig se presentó por segunda vez. Nos quitamos los cascos y rezó otro padrenuestro. Albert estaba de pie a su lado, blanco como la cal. Schröder se había sentado a su lado en la escuela; pero era Kosole el que presentaba el peor aspecto: gris, desmoronado, no volvió a decir nada en realidad.

Todavía continuamos de pie un rato. Seguía lloviendo. Después llegaron los que habían ido a por el café y nos sentamos a comer.

Por la mañana, el brigada salió súbitamente de un refugio cercano. Creíamos que se habría marchado ya mucho antes. Olía a ron desde un kilómetro de distancia, y era ahora cuando tenía intención de irse. Kosole dio un aullido al verle. Por suerte, Willy estaba en las inmediaciones. Se lanzó al instante sobre Ferdinand y lo sujetó. Pero fueron necesarias las fuerzas de cuatro hombres para impedir que se soltara de nosotros y estrangulara al brigada. Hubo de transcurrir una hora antes de que fuera dueño de sí y comprendiera que sólo conseguiría atraerse una desgracia si corría detrás del suboficial. Pero, junto a la tumba de Schröder, prometió que algún día le ajustaría las cuentas a Seelig.

Seelig está ahora detrás del mostrador. Kosole, sentado a cinco metros del tabernero; y ambos han dejado ya de ser militares.

De la gramola brota por tercera vez con estruendo la marcha de *La viuda alegre*.

—Tabernero, una nueva ronda de aguardiente —grita Tjaden con brillantes ojillos de cerdo.

—Al instante —responde Seelig, trayendo los vasos.

—¡Salud, camaradas!

Kosole le mira con el ceño fruncido.

—Tú no eres camarada nuestro —gruñe.

Seelig se lleva la botella debajo del brazo.

—Bueno, de acuerdo, pues no lo soy —replica, y regresa al mostrador.

Valentin se bebe de un trago el aguardiente.

—Bebe, Ferdinand, esto es lo único verdadero —dice.

Willy encarga la próxima ronda. Tjaden está ya medio borracho.

—Qué, Seelig, vieja araña de la compañía —vocea—, ya no hay más calambuco para nosotros, ¿verdad? ¡Bebe con nosotros!

Y da a su antiguo superior tal palmada en la espalda que le hace atragantarse. De haber hecho esto un año antes, habría sido puesto delante de un consejo de guerra o internado en un manicomio.

Kosole va con la mirada del mostrador a su vaso y de su vaso al mostrador y a este hombre grueso que se afana junto a los grifos de cerveza. Mueve la cabeza.

—Es una persona completamente distinta, Ernst —me dice.

A mí me ocurre lo mismo: no reconozco a Seelig. Estaba antaño tan fusionado con su uniforme y su libro de notas que apenas podía imaginármelo en mangas de camisa, y mucho menos como dueño de una taberna. Y ahora coge un vaso y se deja tutear y zarandear por Tjaden, que antes era un piojo para el brigada. ¡Caramba, cómo ha cambiado el mundo!

—¿Qué? —pregunta Willy a Kosole, dándole un golpe en las costillas para animarle.

—No lo sé, Willy —responde Ferdinand, confuso—, ¿le debo atizar una en los morros o no? Me lo había imaginado de otra forma. Fíjate, el cagón no para un momento de servir. Así se le quitan a uno las ganas.

Tjaden encarga y encarga: siente un placer enorme al ver a su antiguo superior corriendo a servirle. Seelig ha olvidado ya todo también. Le brilla la cabeza de perro de presa, en parte por efecto del alcohol y, en parte, por la satisfacción de ver que su negocio rinde.

—¿Por qué no nos reconciliamos? —propone—. La casa obsequia con una ronda de ron.

—¿Qué? —exclama Kosole, irguiéndose.

—Ron, tengo todavía una botella en el armario —dice Seelig sin malicia.

Va a buscarla. Kosole se queda desconcertado y le mira con ojos atónitos mientras el otro se aleja.

—Ya no recuerda nada de aquello, Ferdinand —aventura Willy—, de lo contrario no se habría atrevido.

Regresa Seelig, que comienza a llenar los vasos. Kosole le grita:

—¿Ya no recuerdas cómo te emborrachaste de ron a causa del miedo? ¡Podrías hacer de guardián de noche en un depósito de cadáveres!

Seelig hace un ademán conciliador.

—Ha pasado ya mucho tiempo —responde—, y ya tampoco es una cosa tangible.

Ferdinand guarda silencio. Si Seelig respondiera de un modo brusco, se armaría en seguida. Pero esta desacostumbrada forma de ceder asombra a Kosole y le torna

indeciso. Tjaden olfatea y nosotros también alzamos la nariz. El ron es bueno. Kosole vuelca su vaso de un manotazo.

—No admito obsequios.

—¡Hombre —exclama Tjaden—, entonces podrías habérmelo dado! —E intenta salvar con los dedos lo que todavía se puede salvar, que no es mucho.

El local se va quedando vacío poco a poco.

—Hora de cerrar —dice Seelig.

Baja las persianas enrollables. Nos ponemos en pie.

—¿Qué, Ferdinand? —pregunto.

Kosole mueve la cabeza, no ha llegado a una conclusión definitiva; este camarero no es el auténtico Seelig.

El tabernero nos abre la puerta.

—Hasta la vista, señores, que descansen bien.

—Señores —se ríe para dentro Tjaden—, señores…, antes decía cerdos…

Kosole está ya casi en el exterior cuando su mirada baja casualmente hacía el suelo y ve las piernas de Seelig metidas aún dentro de las viejas y bien conocidas polainas. También los pantalones tienen todavía pestaña y corte militar. El hombre es tabernero de cintura para arriba, pero continúa siendo, sin embargo, brigada de cintura para abajo. Y esto resulta decisivo.

Ferdinand se da media vuelta. Seelig retrocede, perseguido por Kosole.

—¡Presta atención —gruñe—, Schröder, Schröder, Schröder! ¿Lo recuerdas aún, perro maldito? ¡Ahí va algo en nombre de Schröder! ¡Los mejores saludos desde la fosa común!

Y le golpea. El tabernero, vacila, corre detrás del mostrador y coge un mazo de madera. Alcanza a Kosole en los hombros y el rostro, pero Ferdinand no retrocede ni un ápice, tan salvaje se ha tornado de repente. Agarra a Seelig, le aprieta la cabeza contra el mostrador, haciendo tintinear los vasos, y abre todos los grifos.

—¡Anda, emborráchate, cabestro lleno de ron! ¡Te vas a ahogar en tu maldita bebida! —rechina.

La cerveza cae a raudales sobre el cogote de Seelig y le corre camisa abajo hasta los pantalones, que pronto se hinchan como un globo. Brama de rabia, pues hoy resulta difícil encontrar de nuevo una cerveza tan buena. Por fin consigue alzarse y coger un vaso, con el que golpea a Kosole desde abajo en la barbilla.

—Una equivocación —observa Willy, que está en la puerta y contempla la escena con interés—, tendría que haberle golpeado con la cabeza y luego tirado de las rodillas.

Ninguno de nosotros interviene, pues éste es un asunto de Kosole única y exclusivamente. No podríamos ayudarle ni aunque sufriera el bochorno de resultar vencido. Estamos únicamente para contener a los demás en caso de que intenten ayudar a Seelig; pero nadie desea ponerse de parte del tabernero, pues Tjaden ha explicado en cuatro palabras el asunto.

La cara de Ferdinand sangra en abundancia. Es ahora cuando se pone rabioso de verdad y acaba con Seelig en un santiamén. Lo derriba con un golpe en la garganta, se arroja sobre él cuando está en el suelo y le estrella la cabeza contra el pavimento unas cuantas veces, hasta que el otro tiene suficiente.

Nos marchamos entonces. Lina, blanca como la cal, está ante su jefe, que emite sólo sonidos guturales.

—Lo mejor será que lo llevéis al hospital —dice Willy mientras nos alejamos—, durará de dos a tres semanas aproximadamente. Allí no se está mal.

En la calle, Kosole, que se ha quitado un peso de encima, sonríe como un niño, pues Schröder ya ha sido vengado.

—Ha sido estupendo —dice, limpiándose la sangre. Después nos da la mano—. Bueno, y ahora tengo que ir a mi casa lo más de prisa posible, pues de lo contrario mi mujer se creerá que he estado enzarzado en una auténtica reyerta.

Nos separamos en la plaza mayor. Jupp y Valentin se dirigen al cuartel. Sus botas tabletean sobre el adoquinado bañado por la luz de la luna.

—Me iría con ellos de buena gana —dice Albert de repente.

—Lo comprendo muy bien —confirma Willy, que quizá piense todavía en su pollo—. La gente de aquí es un poco mezquina, ¿verdad?

Inclino la cabeza en señal de aprobación.

—Ahora quizá tengamos que volver pronto a la escuela…

Nos detenemos, sonriendo con ironía. Tjaden no cabe en sí de gozo al pensar en esto. Y, riendo, echa a correr detrás de Valentin y Jupp. Willy se rasca la cabeza.

—¿Creéis que se alegrarán de vernos? Al fin y al cabo, ya no somos tan dóciles como antes.

—Seguro que les resultaríamos más agradables como héroes que estuvieran lo más lejos posible —opina Karl.

—De verdad que espero con ansia ser testigo del teatro —explica Willy—. Tal y como nos hemos vuelto ahora…, después de endurecernos en el baño de acero…

Levanta algo una pierna y suelta un pedo estruendoso.

—Treinta con cinco —afirma, satisfecho.

IV

Cuando fue disuelta nuestra compañía, tuvimos que llevarnos las armas con instrucciones de entregarlas en el lugar de residencia. Ahora, en el cuartel, entregamos los fusiles, y al mismo tiempo recibimos nuestra soldada de licencia: cincuenta marcos en concepto de paga de licenciamiento y quince en concepto de gastos de viaje cada uno. Además tenemos derecho a un capote, un par de zapatos, ropa interior y un uniforme. Subimos a la buhardilla para que nos entreguen estas prendas. El suboficial encargado del almacén hace un ademán displicente:

—Buscaos algo.

Willy da una vuelta por encima y examina las prendas colgadas.

—Escucha —dice después con tono paternal—, eso puedes hacerlo con los reclutas. Todo eso ha salido del Arca de Noé. ¡Enseña algo nuevo!

—No tengo nada —replica de mal humor el encargado del almacén.

—Hombre —dice Willy, contemplándole un rato. Saca después una pitillera de aluminio—. ¿Fumas?

El otro mueve la calva.

—Vaya, entonces mascarás tabaco, ¿verdad? —Y mete la mano eh el bolsillo de la guerrera.

—No.

—Bien, entonces te gustará echar un trago, ¿no es así?

Willy ha pensado en todo; ahora se lleva la mano a un bulto que tiene en el pecho.

—Tampoco —responde con indiferencia el chupatintas del almacén.

—Entonces no me queda otro remedio que atizarte un par de sopapos en los morros —explica Willy con acento amable—. No nos iremos de aquí sin un equipo nuevo, irreprochable.

Por suerte, Jupp aparece en este momento. Tiene ahora un buen número en el comité de soldados. Guiña un ojo al encargado del almacén.

—¡Paisanos, Heinrich! Antiguos arrastrapiés ¡Muéstrales el salón!

El suboficial encargado del almacén pone un rostro alegre.

—¡Hombre, podríais haber empezado por ahí!

Bajamos con él a un piso inferior. Allí cuelgan prendas sin estrenar. Rápidamente nos despojamos de las ropas viejas y nos cambiamos. Willy explica que necesita dos capotes, pues ha perdido mucha sangre con los prusianos. El encargado del almacén vacila. Jupp le coge del brazo, se lo lleva a un rincón y habla con él sobre alimentos. Cuando ambos regresan, el suboficial aparece tranquilo. Mira de reojo a Tjaden y Willy, que ha engordado considerablemente.

—Bueno, de acuerdo —rezonga—, me da igual. Al fin y al cabo, hay quien no viene a recoger sus cosas, ya están hartos de Ejército. Lo fundamental es que mis existencias concuerden.

Firmamos el recibo.

—¿No dijiste antes algo de fumar? —pregunta el suboficial a Willy.

Willy saca la pitillera con una mueca de irónico asombro.

—¿Y de mascar tabaco? —prosigue el otro.

Willy se lleva la mano al bolsillo de la guerrera.

—Pero de beber, nada, ¿verdad? —se informa mi camarada.

—Claro que sí —replica el suboficial con calma—, incluso hasta me lo ha recomendado el médico. Para que lo sepas, yo también he perdido mucha sangre. Deja el recipiente aquí.

—¡Un segundo!

Willy echa un buen trago para salvar un poco al menos. Después entrega a la asombrada chinche de almacén la botella, llena momentos antes. Ahora queda sólo la mitad del contenido.

Jupp nos acompaña hasta la puerta del cuartel.

—¿Sabéis quién está también aquí? —pregunta—. ¡Max Weil! ¡Es miembro del comité de soldados!

—También es su sitio —explica Kosole—. Un magnifico puesto de presión, ¿no?

—En parte, en parte —opina Jupp—. De momento, la posición la mantenemos Valentin y yo. Si necesitáis algo, billetes de libre circulación o algo por el estilo, estoy en la mismísima fuente.

—Dame uno —le digo—, así podré ir a ver pronto a Adolf.

Saca un bloc y arranca una hoja.

—Rellénalo tú mismo. Naturalmente, irás en segunda clase.

—Hecho.

Willy se abrocha el capote cuando salimos a la calle. Lleva puesto otro debajo.

—Es preferible que lo tenga yo a que después lo lleven a otro sitio —opina, satisfecho—. Ya me lo pueden conceder los prusianos a cambio de mi media docena de trozos de metralla.

Paseamos por la Grosse Strasse. Kosole cuenta que tiene intención de arreglar el palomar esta misma tarde. Antes de la guerra se dedicaba a la cría de palomas mensajeras y de palomas domésticas blanquinegras. Quiere comenzar de nuevo con lo mismo, siempre ha tenido este deseo mientras ha estado en los campos de batalla.

—¿Y si no es posible, Ferdinand? —pregunto.

—Buscaré trabajo —responde sin rodeos—. Ten en cuenta que soy un hombre casado, muchacho. Hay que ganarse los garbanzos.

De pronto se oye el sonido de unos cuantos disparos. Procede de la iglesia de la Virgen María. Prestamos atención.

—Revólveres del Ejército y fusiles del 98 —explica Willy, perito en la materia—. Dos revólveres, creo.

—Bueno, qué importa —se echa a reír Tjaden, que balancea el zapato bajo—, siempre será mucho más pacífico que si se compara con lo de Flandes.

Willy se detiene frente a una tienda de modas de caballero. Se expone en el escaparate un traje de papel y fibra de ortiga. Sin embargo, le interesa poco. En cambio, contempla como fascinado una serie de carteles descoloridos que cuelgan detrás del traje. Señala, excitado, la figura de un elegante caballero con perilla, que está en eterna conversación con un cazador.

—¿Sabéis lo que es eso?

—Una escopeta —responde Kosole, refiriéndose al cazador.

—¡Tonterías —le interrumpe Willy, impaciente— eso es un chaqué! Una cola de golondrina, ¿entiendes? ¡Lo más moderno que hay ahora! ¿Y sabéis lo que se me ha ocurrido? Me haré uno con este capote. Deshacerlo, teñirlo de negro, transformarlo, fuera con los faldones… ¡Daré el golpe, os lo aseguro!

Se entusiasma por momentos con su idea, pero Karl le refrena un poco.

—¿Tienes un pantalón a rayas que haga juego? —pregunta con altanería.

Willy se queda perplejo un instante.

—Se lo cogeré del armario al viejo —decide después—. Y además, un chaleco blanco de boda. ¡Ya veréis qué aspecto tiene Willy entonces! —Nos mira uno a uno, resplandeciente de alegría—. Caramba, chicos, ahora se vive, ¿verdad?

Regreso a casa y entrego a mi madre la mitad de la soldada de licenciamiento.

—Ahí está Ludwig Breyer —me dice—, en tu habitación.

—Si es teniente… —añade mi padre.

—Sí —contesto—, ¿es que no lo sabías?

Ludwig tiene algo mejor aspecto. Mejora de su diarrea. Me sonríe.

—Quisiera que me prestaras un par de libros, Ernst.

—Escoge los que quieras, Ludwig —le ofrezco.

—¿Es que tú no los necesitas?

Muevo la cabeza.

—De momento, no. Ayer intenté leer algo; pero es curioso: no puedo concentrarme ya bien. Cuando he leído un par de páginas, ya estoy pensando en cualquier otra cosa. Como si uno tuviera un tablero delante de la cabeza. ¿Quieres novelas?

—No —dice.

Escoge un par de libros. Miro los títulos.

—¿Una cosa tan pesada, Ludwig? —pregunto—. ¿Qué pretendes sacar con eso?

Sonríe, confuso, y luego contesta titubeando:

—Mientras estábamos fuera, Ernst, pensaba en muchas cosas, pero jamás pude entenderlas bien. Sin embargo, ahora que todo ha pasado, me gustaría saber un montón: cómo son las personas, ¿sabes?, para que pueda haber ocurrido algo así, y cómo llega todo esto. Hay muchas preguntas en este sentido. Incluso preguntas que

hemos de hacernos a nosotros mismos. Antes teníamos de la vida un concepto totalmente distinto. Me gustaría saber mucho, Ludwig…

Señalo los libros.

—¿Crees que encontrarás las respuestas ahí dentro?

—En cualquier caso voy a intentarlo. Ahora me paso leyendo desde la mañana hasta la noche.

Se despide en seguida. Yo me quedo sentado, pensativo: ¿qué he hecho entretanto? Y cojo un libro, avergonzado. Sin embargo, pronto dejo de leer y miro con fijeza por la ventana Es algo que puedo hacer durante horas: tener los ojos clavados en el vacío. Antes era distinto, siempre sabía lo que tenía que hacer.

Mi madre entra en la habitación.

—Ernst, esta tarde irás a casa de tío Karl, ¿verdad?

—Bueno, por mí… —respondo un poco malhumorado.

—Nos ha enviado alimentos con frecuencia —dice mi madre con mucho tiento.

Inclino la cabeza en señal de aprobación. En el exterior, frente a la ventana, comienza a oscurecer. Hay sombras azules en las ramas de los castaños. Me vuelvo.

—¿Habéis ido con frecuencia en el verano al canal de los álamos? —pregunto rápidamente—. Tiene que haber estado hermoso…

—No, Ernst, no hemos ido en todo el año.

—Pero ¿por qué no, madre? —replico, asombrado—. Antes ibais todos los domingos.

—No hemos vuelto a salir de paseo —contesta mi madre en voz baja—, el andar nos hacía siempre sentir hambre. Y no teníamos nada que comer.

—Ah, sí… —digo despacio—. Pero tío Karl sí que tenía bastante, ¿verdad?

—También nos ha enviado algo con frecuencia, Ernst.

De repente me entristezco un poco.

—En realidad, madre, ¿para qué ha sido todo esto? —pregunto.

Mi madre me acaricia la mano.

—Habrá sido para algo, Ernst. Nuestro Señor lo sabrá.

Tío Karl es el familiar de renombre de nuestra familia. Tiene un chalet y ha sido habilitado comandante durante la guerra.

Me acompaña *Wolf*, pero ha de quedarse fuera, pues a mi tía no le agradan los perros. Llamo.

Me abre un hombre vestido de frac. Le saludo, estupefacto. Entonces caigo en la cuenta de que ha de ser un criado. Era algo que había olvidado por completo durante mi permanencia en el Ejército.

El hombre me mira de arriba abajo como si fuera un teniente coronel de paisano. Sonrío, pero no responde a mi sonrisa. Cuando me quito el capote, alza la mano como si pretendiera ayudarme.

—¡Bah! —rechazo, para ganarme su favor—, un viejo soldado como yo sabe hacer estas cosas muy bien sin ayuda de nadie.

Y acto seguido cuelgo el abrigo y la gorra en un gancho de la percha; pero el hombre descuelga las prendas en silencio y las pone en el gancho contiguo. «Cafre», digo para mis adentros mientras voy hacia el interior de la casa.

Tío Karl sale a mi encuentro haciendo sonar las espuelas. Me saluda con disciplina porque soy únicamente soldado raso. Contemplo con asombro su resplandeciente uniforme de gala.

—¿Es que se va a comer hoy asado de caballo? —indago con ánimo de hacer un chiste.

—¿Por qué? —replica, asombrado.

—Porque llevas espuelas para comer —respondo, riendo.

Me mira con enojo. Sin pretenderlo, parece que le he dado en un punto débil. Estos militares de oficina sienten con frecuencia un cariño especial por los sables y las espuelas.

Antes de que pueda explicarle que no tenía intención de ofenderle, llega mi tía, ruidosamente. Está como siempre: lisa como una tabla de planchar; y sus ojillos negros brillan como siempre, como si les hubieran sacado lustre. Mientras me inunda con un torrente de palabras, mira sin cesar con ojos inquisitivos en todas direcciones.

Estoy un poco aturdido. Demasiada gente para mi gusto, demasiadas damas y, sobre todo, demasiada luz. En campaña, teníamos a lo sumo un quinqué de petróleo, pero las arañas de esta casa son implacables como ejecutores de sentencias: no se puede ocultar nada ante ellas. Me rasco la espalda, sintiéndome incómodo.

—Pero ¿qué estás haciendo? —Quiere saber mi tía, que interrumpe su catarata de palabras.

—Posiblemente algún piojo que se haya escapado —respondo—. Teníamos tantos que habrá de transcurrir como mínimo una semana antes de que se vayan todos…

Retrocede, espantada.

—No hay miedo —la tranquilizo—, no pueden saltar. Los piojos no son como las pulgas.

—¡Por el amor de Dios!

Se lleva el dedo a la boca y pone una cara como si hubiese dicho yo alguna porquería terrible. Porque son así: debemos ser héroes, pero, sin embargo, no quieren saber nada de piojos.

Tengo que estrechar la mano de un montón de gente y comienzo a sudar. Las personas que hay en esta casa son muy distintas a como éramos nosotros en campaña, y frente a ellas me veo tan pesado como un tanque. Se comportan como si estuvieran en un escaparate, y hablan como pudieran hacerlo en un teatro. Prudentemente, intento esconder las manos, pues la suciedad de las trincheras continúa incrustada todavía en ellas como si se tratara de veneno. Me las limpio en los pantalones, a escondidas; pero, a pesar de ello, están húmedas siempre que he de estrechar la mano de una dama.

Doy vueltas por la casa y me tropiezo con un grupo donde lleva la voz cantante un consejero del Tribunal de Cuentas.

—Imagínense —se acalora—, ¡un guarnicionero! ¡Un guarnicionero de presidente del Reich! Piensen ustedes en la escena: una recepción de gala en Palacio y un guarnicionero que concede audiencias. ¡Es el colmo! —La excitación le hace toser—. ¿Qué dice usted a esto, joven guerrero? —exclama, y me da una palmada en la espalda.

No me he preocupado todavía de tal cosa. Y me encojo de hombros, confuso.

—A lo mejor entiende algo…

El consejero del Tribunal de Cuentas mantiene clavados sus ojos en mí unos instantes. Luego revienta de placer.

—¡Muy bien! —grazna—, ¡a lo mejor entiende algo! No, amigo mío, eso es innato. ¡Un guarnicionero! ¿Por qué no, entonces, un sastre o un zapatero?

Se vuelve de nuevo hacia los otros. Me disgusta su palabrería, pues me molesta mucho que hable tan desdeñosamente de los zapateros: han sido tan buenos soldados como la gente de posición. Adolf Bethke era también zapatero, y sabía de guerra más que muchos comandantes. Lo que importaba entre nosotros era el hombre, no la profesión. Miro con recelo al consejero del Tribunal de Cuentas, que está ahora soltando citas a diestro y siniestro. Puede que la educación le venga ya de la cuna. Pero si alguien tuviera que sacarme las castañas del fuego, me fiaría mucho más de Adolf Bethke.

Menos mal que por fin nos sentamos a la mesa. Está a mi lado una muchacha que lleva en el cuello una boa de plumas de cisne. Me agrada, pero no sé qué puedo hacer con ella. En su condición de soldado, es poco lo que uno ha hablado. Y a una dama, nada en absoluto. Los otros conversan animadamente. Intento escuchar para obtener algún provecho.

En la cabecera de la mesa, el consejero del Tribunal de Cuentas está diciendo en este preciso momento que podríamos haber ganado la guerra si hubiésemos resistido dos meses más. Casi me pongo malo al oír esta insensatez, pues al fin y al cabo cualquier soldado sabe que no disponíamos de hombres ni municiones. Frente a él, una dama habla de su esposo, caído en la guerra; y se da tanta importancia como si hubiera muerto ella en lugar del marido. En otro lado se habla de acciones y de condiciones de paz. Y, como es natural, todo el mundo está mejor enterado que quienes realmente tienen que ver en el asunto. Un hombre de nariz ganchuda cuenta una historia relacionada con la esposa de un amigo suyo. Y lo hace con una compasión tan hipócrita que de buena gana le estrellaría un vaso en los morros a causa de la alegría del mal ajeno que apenas puede ocultar.

Este parloteo me atonta, y al cabo de poco tiempo soy incapaz de seguir con mente clara el curso de las conversaciones. La muchacha de la boa de plumas de

cisne me pregunta con aire burlón si me he quedado mudo mientras estuve en la guerra.

—No —respondo mientras pienso: «Kosole y Tjaden tendrían que estar sentados aquí; se reirían bonitamente de las cosas sin sustancia que están diciendo y de las que, además, se sienten tan orgullosas». Sin embargo, me roe el gusanillo de no tener a mano una buena ocurrencia para mostrarles lo que pienso.

Gracias a Dios que aparecen en la mesa unas crujientes chuletas. Olfateo, son auténticas chuletas de cerdo fritas con manteca de verdad. La vista de esta delicia me hace llevar con resignación todo lo demás. Cojo una chuleta de buen tamaño y comienzo a hincarle el diente, lleno de placer. Tiene un sabor delicioso. Hace muchísimo tiempo que no como chuletas tiernas. La última vez fue en Flandes. Habíamos atrapado dos cochinillos, que en una noche de verano maravillosamente suave devoramos hasta dejar el esqueleto mondo y lirondo. Vivía aún Katczinsky. ¡Oh, Kat! Y Haie Westhus, unos hombres distintos de lo que encuentro hoy aquí, en la patria. Apoyo los codos en la mesa y olvido todo lo que me rodea, tan cerca están ahora de mí aquellos antiguos camaradas. Los animalitos estaban muy tiernos… Habíamos hecho, además, puré de patata. Y también estaban Leer y Paul Bäumer… Sí, Paul. No oigo ni veo nada de lo que hay en torno mío, me pierdo por completo en el recuerdo…

Me despierta una risa sofocada. Se ha hecho el silencio en la mesa. Tía Lina tiene aspecto de un frasco de ácido sulfúrico. La muchacha que está a mi lado ahoga una risa. Todos están mirándome.

Rompo a sudar de repente. Estoy como antaño en Flandes, ensimismado, los codos apoyados en la mesa, el hueso en la mano, los dedos llenos de grasa, royendo los restos de la chuleta…, mientras que los otros comen limpiamente con cuchillo y tenedor.

Miro por delante de mí, rojo como la grana, y dejo el hueso. ¿Cómo habré podido olvidarme hasta tal punto? Pero es que, al fin y al cabo, no estoy acostumbrado a otra cosa: en campaña siempre hemos comido así. A lo sumo teníamos cuchara o tenedor, pero jamás plato.

Se une a mi vergüenza una rabia repentina. Rabia por este tío Karl que, con voz más alta de lo normal, comienza a hablar de empréstitos de guerra; rabia por todo este mundo de aquí, que sigue viviendo tan tranquilamente con sus pequeñeces, como si jamás hubiesen existido los años monstruosos en los que sólo había una alternativa: vida o muerte, sólo eso.

En silencio y testarudo, me llevo a la boca todo lo que puedo coger: al menos me hartaré de comer. Me marcharé en cuanto sea posible.

El criado vestido de frac está en el guardarropa. Cojo mis cosas y le digo bufando:

—¡Tendrías que haber estado tú también en campaña con nosotros, mono charolado! ¡Tú y toda esta tropa! —Y acto seguido cierro dando un portazo.

Wolf me ha esperado delante de la casa. Salta hacia mí.

—Vamos, *Wolf* —le digo. Y de repente veo con claridad que no ha sido la desgracia ocurrida con la chuleta lo que me ha exasperado tanto, sino ese espíritu de antaño, trasnochado y engreído, que todavía se esponja y da importancia aquí—. Vamos *Wolf* —repito—, esta gente no es para nosotros. Nos habríamos entendido mejor con cualquier *tommy*, con cualquier cerdo de trincheras francés. ¡Ven, vámonos con nuestros camaradas! ¡Se está mejor con ellos, aunque coman con los dedos y eructen! ¡Vamos!

Echamos a correr el perro y yo, corremos todo lo de prisa que podemos, más y más rápidamente cada vez, jadeando, ladrando. Corremos como locos, con ojos llameantes… ¡Puede irse todo al demonio, *Wolf*, nosotros vivimos! ¿Qué te parece?, ¡vivimos!

V

Ludwig Breyer, Albert Trosske y yo vamos hacia la Escuela. Parece ser que van a comenzar las clases. Éramos alumnos de la Escuela Normal del Magisterio, y no ha habido para nosotros ningún examen extraordinario. Los alumnos del Instituto que son excombatientes han tenido más suerte: muchos de ellos pudieron hacer un examen extraordinario, antes de ser llamados a filas o durante el permiso. Cierto que el resto, los que no han hecho este examen, tiene que volver de nuevo a las clases. Karl Bröger es uno de ellos.

Pasamos por delante de la catedral. Las verdosas planchas de cobre de las torres han sido quitadas y sustituidas por cartón piedra gris. Están mohosos y corroídos estos cartones; la iglesia casi parece una fábrica por ello. Las planchas de cobre fueron fundidas y transformadas en granadas.

—Ni el Señor mismo podría haber soñado tal cosa —dice Albert.

La Escuela Normal, un edificio de dos pisos, se levanta en una calleja angulosa, en el lado occidental de la catedral. El Instituto se alza casi enfrente de la Normal. Por detrás corre el río y discurre la muralla con los tilos. Antes de ser llamados a filas, estos edificios eran todo nuestro mundo. Luego lo fueron las trincheras. Y ahora estamos de nuevo aquí; pero éste no es ya nuestro mundo: las trincheras pudieron más.

Frente al Instituto nos encontramos con nuestro camarada de juegos Gerog Rahe. Fue teniente y jefe de compañía, pero durante las vacaciones no ha hecho más que beber sin tasa y andar de un sitio para otro, sin pensar en la reválida. Por esta razón tiene que cursar de nuevo el séptimo, curso que ha repetido ya dos veces.

—¿Es verdad, Georg —pregunto—, que mientras has estado fuera has aprendido un latín de primera clase?

Se echa a reír y se dirige hacia el Instituto con sus largas piernas de cigüeña.

—Ten cuidado de que no te pongan un cero en conducta —dice detrás de mí según nos alejamos.

Fue piloto durante el último medio año y ha derribado a cuatro ingleses, pero no creo que recuerde ya la demostración del teorema de Pitágoras.

Continuamos hacia la Normal. La calleja hormiguea de uniformes. Aparecen rostros casi olvidados, se oyen apellidos que no escuchábamos desde muchos años atrás. Hans Walldorf se acerca cojeando, el Hans que en noviembre del diecisiete arrastramos con la rodilla destrozada. Le han amputado la pierna por el muslo y le han puesto una pesada pierna artificial articulada con charnelas. Da unos tremendos pisotones al andar. Aparece también Kurt Leipold, que hace su presentación riendo: Götz von Berlichingen con el puño de hierro. Tiene artificial el brazo derecho. Después llega alguien procedente de la esquina del portón y dice con sonido gangoso:

—Probablemente no me reconoceréis, ¿verdad?

Contemplo la cara en la medida qué lo es. Cruza la frente una cicatriz ancha y roja que llega hasta el ojo izquierdo. La carne ha crecido en este lugar, por lo que él ojo se ve pequeño y muy hondo; pero existe aún. El derecho es un ojó rígido: es de cristal. Ha desaparecido la nariz, cuyo sitio está cubierto por un trapo negro. La cicatriz que sale por debajo divide la boca en dos partes. Al soldar ambas partes entre sí, la boca ha crecido oblicuamente en forma bulbosa, de ahí la confusa pronunciación. Los dientes son artificiales, viéndose en ellos una grapa. Miro este rostro, indeciso. Y la voz gangosa explica:

—Paul Rademacher.

Entonces lo reconozco. Viste su traje gris, el de rayas.

—Hola, Paul, ¿qué haces?

—Ya lo ves —contesta. Intenta torcer la boca—. Dos golpes de pala. También traigo otro recuerdo —y alza una mano en la que faltan tres dedos. El único ojo parpadea triste mientras él otro, rígido e indiferente a todo, está clavado en el frente —. Si tan sólo supiera si todavía podré llegar a ser maestro… Hablo demasiado mal. ¿Me puedes entender tú?

—Sí, muy bien —respondo—. También se pasa con el tiempo. Y con seguridad que se puede operar.

Se encoge de hombros y guarda silencio, no parece tener muchas esperanzas. De haber sido factible, ya lo habrían operado. Willy se nos une para relatarnos los últimos acontecimientos. Por él nos enteramos de que Borkmann ha muerto por fin de resultas del balazo en los pulmones, complicado con una tisis galopante. Henze se ha pegado un tiro al enterarse de que tendría que estar atado de por vida a la silla de ruedas a causa de su lesión de la médula espinal. Es comprensible: era nuestro mejor futbolista. Meyer ha caído en setiembre; Lichtenfeld, en junio. Lichtenfeld sólo estuvo dos días en el frente.

Nos quedamos parados de repente. Frente a nosotros está una figura achacosa.

—¿No serás Westerholt? —pregunta Willy sin dar crédito a sus ojos.

—El mismo, pelirrojo —contesta el otro.

Willy está asombrado.

—Creí que habías muerto.

—Todavía no —responde Westerholt con aire jovial.

—Pero si lo he leído en el periódico.

—Da la casualidad de que fue un error —sonríe el menudo individuo con aire satisfecho.

—Ya no se puede uno fiar de nadie —dice Willy, meneando la cabeza—. Pensaba que los gusanos te habrían comido ya hace mucho tiempo.

—Después que a ti, Willy —replica Westerholt, vanidoso—, tú te irás antes al otro mundo. Los pelirrojos no viven mucho.

Entramos en la Escuela. El patio donde comíamos nuestros bocadillos a las diez de la mañana; las aulas con sus encerados y bancos; los pasillos con sus filas de ganchos para colgar las gorras… Continúan exactamente lo mismo que antes, pero a nosotros se nos antojan como si fueran de otro mundo. Sólo reconocemos el olor de los locales en penumbra: no es tan fuerte, pero tiene un parecido con el de los cuarteles.

Grande, con cien tubos, brilla el órgano en el aula. A su derecha está el grupo de los profesores. En el pupitre del director han sido colocadas dos macetas, las hojas de cuyas plantas parecen de cuero. Delante cuelga una corona de laurel con un lazo. El director viste levita cruzada, o sea que hay en perspectiva una fiesta de bienvenida. Nos apiñamos en grupo, sin que nadie muestre interés por estar en primera fila. Willy es el único que toma posiciones delante, despreocupadamente. Su cabeza brilla en la penumbra del local como la luz roja de un burdel.

Contemplo al grupo de los profesores. Antaño significaban para nosotros más que otras personas. No sólo porque eran nuestros superiores, sino porque, al fin y al cabo, creíamos en ellos en el fondo, aunque nos riéramos de ellos. Hoy no son para nosotros sino un puñado de hombres mayores a quienes despreciamos tranquilamente.

Ahí están, pretendiendo adoctrinarnos de nuevo. Se les nota que están dispuestos a sacrificar un poco de su dignidad. Pero qué pueden enseñarnos ya… Ahora conocemos la vida mejor que ellos, hemos adquirido otro saber: duro, sangriento, cruel, implacable. Hoy podríamos enseñarles a ellos, pero ¡a quién se le ocurre tal cosa! Si ahora atacaran el aula por sorpresa, se pondrían a saltar de un lado a otro como conejos, llenos de miedo y sin saber qué hacer, mientras que ninguno de nosotros perdería la cabeza. Con tranquilidad y decisión, haríamos primero lo más conveniente: concretamente, encerrarlos para que no nos estorbaran, y después comenzaríamos la defensa.

El director carraspea para iniciar una alocución. Las palabras brotan de su boca redondas y lisas: es un orador extraordinario, hay que admitirlo. Habla de la lucha heroica de las tropas, de victoria, de combate y de valentía. Pero, a pesar de todas las bellas palabras, siento como si me clavaran una espina, quizá precisamente a causa de las hermosas palabras. Lo que ha ocurrido en la guerra no ha sido tan redondo ni tan liso. Miro a Ludwig, quien me devuelve la mirada. Albert, Walldorf, Westerholt, Reinersmann; a ninguno le gusta lo que oye.

El entusiasmo del director se dirige ahora hacia él mismo; no sólo celebra los actos heroicos realizados por los hombres que han luchado en el frente, sino que menciona también la heroicidad callada de los que se quedaron en la patria.

—También en la patria hemos cumplido con nuestro deber, nos hemos impuesto limitaciones y hemos pasado hambre por nuestros soldados, hemos sentido miedo, hemos temblado. Resultó muy duro. Y con frecuencia, esta forma de mantenerse

firmes ha sido casi más dura para nosotros que para nuestros valientes soldados que combatían en los campos de batalla…

—¡Atiza! —exclama Westerholt.

Se oyen murmullos. El viejo nos mira de reojo desde su elevada posición y prosigue:

—Sin embargo, no podemos establecer comparaciones en este sentido. Ustedes han contemplado la muerte cara a cara sin temor y han cumplido con su gigantesco deber. Y aunque la victoria final no le haya sido deparada a nuestras armas, por ello nos uniremos ahora con un cariño tanto más ardiente en torno a nuestra patria, que por tan duras pruebas ha pasado; la reconstruiremos a pesar de todas las potencias enemigas, y lo haremos en el sentido de nuestro patriarca Goethe, cuya rotunda voz atraviesa los siglos para recomendarnos en esta época de confusión: Mantenerse firmes frente a todos los embates.

La voz del viejo desciende un semitono, lleva ahora un crespón y está bañada en carisma. Un estremecimiento sacude al negro grupo de profesores, cuyos serios rostros muestran recogimiento.

—Y vamos a recordar de un modo especial a los alumnos caídos de esta Institución, quienes acudieron presurosos a proteger a la patria y quedaron para siempre en los campos del honor. Son veintiún camaradas los que ya no estarán más entre nosotros, veintiún combatientes que han hallado la gloriosa muerte del campo de batalla, veintiún héroes que descansan para siempre en tierra extraña, acabado ya el estruendo de las batallas, y que duermen su sueño eterno debajo del verde césped…

Se oye en este momento una carcajada breve y estentórea. El director se interrumpe dolorido. La carcajada ha salido de la garganta de Willy, que está plantado en primera fila, macizo como un armario ropero. Tiene la cara de color grana, tal es la cólera que le domina.

—Césped verde…, césped verde… —tartamudea—, sueño eterno… Están dentro de los hoyos de tirador, entre la suciedad, destrozados por los proyectiles, desgarrados, hundidos como sacos en el fango. ¡Césped verde! ¡No estamos ahora aquí en la clase de canto! —Agita los brazos como si fueran aspas de un molino en la tormenta—. ¡Muerte heroica! ¿Cómo se la imaginan? ¿Quieren saber cómo murió el pequeño Hoyer? Estuvo el día entero tendido en la alambrada, gritando, y los intestinos le colgaban del vientre como si fueran macarrones. Un casco de granada le arrancó después los dedos de una mano, y dos horas más tarde un colgajo de una pierna. Pero continuaba viviendo e intentaba sujetarse los intestinos con la otra mano, hasta que por fin quedó listo al llegar la noche. Cuando pudimos llegar hasta él, ya de noche, estaba tan agujereado como un colador. ¡Si tiene usted el coraje suficiente, diga a la madre de Hoyer cómo murió su hijo!

El director se ha tornado pálido, vacila entre mantener la disciplina o apaciguar los ánimos, pero no adopta decisión alguna en ninguno de ambos sentidos.

—Señor director —tercia ahora Trosske—, no hemos venido aquí a oírle decir que hemos cumplido bien con nuestro deber y que, a pesar de ello, por desgracia no hemos podido vencer. Eso nos importa una mierda.

Se estremece el director, y con él todo el profesorado. Vacila el aula y tremola el órgano.

—Les ruego que, al menos en la expresión… —Intenta reconvenirnos, enojado.

—¡Mierda, mierda y, una vez más, mierda! —repite Albert, interrumpiéndole—. ¡Éstas han sido siempre nuestras últimas palabras, para que lo sepa de una vez! Cuando estábamos en campaña y lo pasábamos tan asquerosamente que ya habíamos olvidado por completo todas sus tonterías, apretábamos los dientes y decíamos «mierda», y entonces marchaba de nuevo la cosa. ¡Usted no parece tener la menor sospecha de lo que ocurre! ¡Aquí no hay ya buenos educandos, no hay ya queridos discípulos, aquí hay únicamente soldados!

—Pero, señores… —exclama el viejo, casi suplicante—, una incomprensión…, un lamentable mal entendimiento…

No puede concluir sus palabras. Le interrumpe Helmuth Reinersmann, que, en el Yser, soportó un nutrido fuego para retirar del campo de batalla a su hermano herido, que había muerto ya cuando llegó con él al puesto de socorro.

—No han caído —dice salvajemente— para que se hagan discusiones a su costa. ¡Son nuestros camaradas, se acabó, y no queremos que se digan tonterías sobre ellos!

Se produce una tremenda confusión. El director se queda aterrorizado, completamente desamparado. El profesorado entero da la impresión de una bandada de pollos espantados. Sólo permanecen tranquilos dos de ellos, que han sido soldados.

El viejo intenta apaciguarnos a todo trance. Somos demasiados, y Willy, frente al director, grita con demasiada fuerza. Quién puede saber también lo que se haya de esperar todavía de estos muchachos salvajes; quizás incluso saquen dentro de un instante bombas de mano de los bolsillos. Agita los brazos como un arcángel las alas, pero nadie le escucha.

Sin embargo, el tumulto cesa de repente. Se ha destacado del grupo Ludwig Breyer, y la calma vuelve al recinto.

—Señor director —dice Ludwig con su clara voz—, usted ha visto la guerra a su modo: con banderas ondeantes, con entusiasmos y música de marchas militares; pero no la ha visto más allá de la estación de donde partimos. No es nuestra intención reprenderle por esto, pues todos hemos pensado al fin y al cabo como usted. Pero, entretanto, nosotros hemos visto el reverso de la medalla. Frente a este reverso, la grandilocuencia de 1914 no tardó en convertirse en polvo. Hemos resistido a pesar de ello, pues nos mantenía unidos algo más profundo, algo que comenzó a surgir ya cuando estuvimos en los campos de batalla; una responsabilidad que usted desconoce por completo y de la que no se puede hablar.

Ludwig mira un momento por delante de sí. Después se pasa la mano por la frente y continúa hablando:

—No vamos a pedirles cuentas… Sería una estupidez, pues nadie sabía lo que habría de ocurrir. Pero sí les exigimos que no vuelvan a dictarnos cómo hemos de pensar sobre estas cosas. Salimos plenos de entusiasmo, la palabra patria en los labios…, y hemos vuelto en silencio, el concepto de patria en el corazón. Por eso le rogamos que ahora se calle. Deje las palabras grandilocuentes, ya no valen para nosotros, tampoco para nuestros camaradas muertos. Los hemos visto morir, y el recuerdo está todavía tan fresco que no podemos soportar que se hable de ellos como usted lo hace. Han muerto por algo más que por esto.

Se ha hecho un silencio absoluto. El director aprieta las manos.

—Pero, Breyer —dice en voz baja—, no era ésa mi intención.

Ludwig no despega los labios. Y el director prosigue al cabo de unos instantes.

—Entonces díganme ustedes lo que quieren.

Nos miramos unos a otros. ¿Lo que queremos? Bueno, si fuera tan sencillo resumirlo en una frase… Un fuerte sentimiento se agita incierto en nuestro interior… pero ¿expresarlo al instante con palabras? Todavía no disponemos de palabras para ello. Quizá las encontremos alguna vez más adelante.

No obstante, Westerholt se destaca del grupo al cabo de unos momentos y se planta frente al director.

—Hablemos de cosas prácticas —propone—, eso es ahora lo más necesario. ¿Qué tienen pensado ustedes hacer con nosotros? Hay aquí setenta soldados que deben regresar a los bancos de la escuela otra vez. Y le voy a decir una cosa ahora mismo: casi hemos olvidado todas sus enseñanzas, pero tampoco tenemos ganas de permanecer aquí mucho tiempo.

El director se rehace. Explica que a este respecto no hay todavía ningunas instrucciones oficiales. Por ello, nos hemos de distribuir por el momento en las diversas clases que dejamos cuando nos llamaron a filas. Más adelante se verá qué se puede hacer.

Le responden murmullos y risas.

—Eso quizá no se lo crea ni usted mismo —dice Willy, enfadado—: que nos sentemos en los bancos como niños que no han sido soldados y alcemos la mano como es debido cuando sepamos alguna cosa. Continuaremos juntos.

Ahora es cuando nos damos cuenta con claridad, por vez primera, de cuán cómico es todo esto. Hemos podido disparar y matar durante años, pero lo que parece importar ahora es si antes de ser llamados a filas estábamos en la segunda o en la tercera clase. El uno podía contar ya con dos desconocidos; el otro, con uno. Tales son las diferencias válidas aquí.

El director promete elevar una moción para conseguir cursos especiales para soldados.

—No podemos esperar a eso —responde sin preámbulos Albert Trosske—. Será mejor que lo hagamos nosotros personalmente.

El director no replica nada. Se encamina en silencio hacia la puerta, seguido de los profesores. También salimos nosotros. Antes, sin embargo, Willy, para quien todo ha discurrido con demasiada tranquilidad, coge del pupitre las dos macetas y las estrella contra el suelo.

—De una u otra forma, jamás he podido tragar las verduras —dice con cara de pocos amigos. A continuación plantifica la corona de laurel en la cabeza de Westerholt—. ¡Hazte la sopa con ella!

Los cigarros y pipas desprenden nubes de humo. Estamos sentados con los excombatientes del Instituto, deliberando. En total, más de cien soldados, dieciocho tenientes, treinta suboficiales y aspirantes a oficiales.

Westerholt ha traído un librito que contiene las antiguas ordenanzas de la Escuela y lo lee en voz alta. Va lento pues la terminación de cada párrafo es coreada con carcajadas. No podemos entender que tales disposiciones tuviesen antaño validez para nosotros.

A Westerholt le divierte en particular el hecho de que, antes de la guerra, no pudiésemos estar en la calle a las siete de la tarde sin permiso del profesor. Pero Willy le baja los humos.

—Tranquilo, Alwin —le dice con fuerte voz desde donde está—, tú has puesto en ridículo a tu profesor más que cualquier otro. Dan parte de tu muerte en el combate; consigues que el director, emocionado, pronuncie un discurso para ensalzar tu memoria, te tratan entonces de héroe y de alumno modelo. ¡Y ahora tienes la desvergüenza de regresar vivo! El viejo se ha quedado bonitamente corrido. Tiene que tragarse todo lo que dijo cuando te creía muerto, pues en álgebra y composición eres con toda seguridad tan malo como antes.

Elegimos un comité de discípulos. Es posible que nuestros profesores valgan todavía para meternos en la cabeza un par de cosas antes de los exámenes, pero no permitiremos que nos gobiernen más. Por la Escuela Normal, salen elegidos Ludwig Breyer, Helmuth Reinersmann y Albert Trosske; por el Instituto, Georg Rahe y Karl Bröger. Después designamos tres representantes que mañana irán a la Delegación Provincial y al Ministerio con objeto de imponer nuestra voluntad en lo referente a tiempo de estudios y exámenes. Willy, Westerholt y Albert resultan elegidos para llevar a cabo esta misión. Ludwig no puede acompañarles, pues aún no está lo bastante recuperado para viajar.

A los tres se les provee de pases militares y billetes de libre circulación, de los que tenemos blocs enteros a disposición nuestra. También disponemos de suficientes

comités de soldados y tenientes que firmen los documentos.

Helmuth Reinersmann prepara adecuadamente el asunto también en el aspecto exterior. Exige a Willy que se deje en casa la guerrera nueva, la que ha pillado en el almacén, y que se ponga para el viaje una que tiene remendada y agujereada por los trozos de metralla.

—¿Por qué? —pregunta Willy, consternado.

—Por que surte entre los chupatintas más efecto que cientos de razones —explica Helmuth.

Willy se resiste, pues está orgulloso de su guerrera y le gustaría lucirse con ella en los cafés de la capital.

—Si cuando estemos en el Consejo de Instrucción Pública doy en la mesa un puñetazo como se debe, surtirá también el mismo efecto —opina.

Pero Helmuth no se deja convencer.

—No podemos resolverlo todo a puñetazo limpió, Willy —le reconviene—, da la casualidad de que necesitamos a esa gente. Pero si das un puñetazo en la mesa llevando puesta la guerrera remendada, conseguirás para todos nosotros mucho más que con la nueva. Los angelitos son así, puedes creérmelo.

Willy termina cediendo. Helmuth se vuelve ahora hacia Alwin Westerholt Lo encuentra demasiado pelado, por lo que se le prende en el pecho la condecoración de Ludwig Breyer.

—Resultarás más convincente así cuando hables con un consejero secreto —añade Helmuth.

No es necesario esto en el caso de Albert, que tiene en el pecho chatarra más que suficiente. Los tres están ahora equipados como se debe, y Helmuth revisa el producto de sus esfuerzos.

—Magnífico —dice—. Y ahora, ¡adelante! Decid a esos cerdos comedores de nabos cuantas son dos y dos.

—Puedes estar completamente seguro —responde Willy, que entretanto se ha vuelto a encontrar a sí mismo.

Humean espesamente los cigarros y pipas. Deseos, pensamientos y anhelos chocan entre sí, hirviendo. Dios sabe lo que saldrá de ello. Cien jóvenes soldados, dieciocho tenientes, treinta aspirantes a oficiales y suboficiales que están sentados aquí quieren comenzar a vivir. Todos y cada uno de ellos son capaces de conseguir que una compañía cruce el fuego con el mínimo de pérdidas en la zona de combate más dura; todos y cada uno no dudaría ni un segundo en tomar la decisión acertada cuando de noche, en su trinchera, se oyera resonar el grito de «¡Que vienen!»; cada uno de ellos es un soldado de cuerpo entero, nada más ni nada menos.

Pero ¿y para la paz? ¿Valemos para ella? En realidad, ¿valemos todavía para otra cosa que no sea ser soldados?

TERCERA PARTE

I

Vengo de la estación de ferrocarril para hacer una visita a Adolf Bethke. Reconozco al instante su casa: me la ha descrito con frecuencia más que suficiente cuando hemos estado en campaña.

Un huerto con árboles frutales. Las manzanas no han sido recogidas todas, muchas de ellas están todavía sobre el césped, debajo de los árboles. Un castaño enorme se alza en un lugar despejado que hay frente a la puerta. El suelo que se extiende bajo el árbol está lleno de hojas de color castaño rojizo; y también la mesa de piedra y el banco que hay debajo. Entremedias destella el blanco rojizo de las espinosas cáscaras reventadas y el brillante color oscuro de las castañas caídas del árbol. Cojo un par de ellas y observo la veteada cáscara, que parece de caoba barnizada, y la mancha germinal más clara. Que exista algo así —pienso y miro en torno mío—, que en verdad haya aún todo esto: estos árboles llenos de colorido, los bosques envueltos en una niebla azul… Bosques, ya no tocones de árboles destrozados por las granadas… Este viento sobre los campos, sin humo de pólvora ni hedor de gas; esta tierna roturada, que brilla como si fuera de manteca, con su penetrante olor; los caballos que tiran de los arados —ya no en cabeza de las columnas de municionamiento—; y detrás de los caballos, sin fusil, ya de nuevo en la patria, hombres que aran vestidos con uniformes de soldados.

El sol se ha escondido detrás de las nubes que cubren un bosquecillo, pero se disparan por detrás unos haces luminosos que parecen de plata; muy arriba, en el cielo, se mueven las abigarradas cometas de los niños; respiran los pulmones, penetra en ellos un aire puro; ya no hay cañones, no hay minas, ninguna mochila oprime el pecho, ningún correaje cuelga, pesado, del estómago. Ha quedado atrás la sensación de cautela y acecho que sentías en la nuca; el andar medio de puntillas, que en el próximo instante podía convertirse en la caída, en el terror y en la muerte. Ahora camino libre y erguido, despreocupado, sintiendo la fuerza de este momento; estar aquí y visitar a mi camarada Adolf.

La puerta de la casa se halla entreabierta. La cocina está a la derecha. Llamo con los nudillos. Nadie responde. Doy los buenos días, pero nada se mueve. Avanzo y abro una puerta más. Hay alguien sentado solo a una mesa. El hombre levanta ahora los ojos, embrutecido. Un viejo uniforme, una mirada: Bethke.

—Adolf —le llamo, alegre—, ¿no has oído nada? A lo mejor estabas durmiendo en este preciso instante, ¿verdad?

No cambia de postura. Me da la mano.

—Tenía ganas de hacerte una visita. Adolf.

—Muy amable por tu parte, Ernst —responde con tristeza.

—¿Ocurre algo, Adolf? —pregunto lleno de asombro.

—¡Bah!, déjalo, Ernst…

Me siento a su lado.

—Pero hombre, Adolf, ¿qué tienes?

Hace con la mano un gesto de rechazo.

—Ya está bien, Ernst, déjalo. Menos mal, ¿sabes?, menos mal qué ha venido uno de vosotros. —Se pone en pie—. Uno se vuelve loco de estar tan solo…

Miro en torno mío: la esposa no se deja ver por parte alguna. Bethke permanece callado un rato y repite después:

—Menos mal que has venido tú.

Busca aguardiente y cigarrillos. Bebemos aguardiente de cereales en vaso grueso con el fondo rosa. Frente a la ventana, se extiende la huerta y discurre el camino bordeado de árboles frutales. Rechina la puerta de la huerta. Llega desde un rincón el sonido de las horas dadas por un reloj de pie, de pesas, de color oscuro.

—Salud, Adolf.

—Salud, Ernst.

Un gato se desliza por la habitación. Sube de un salto a la máquina de coser y ronronea. Adolf comienza a hablar al cabo de un rato.

—Vienen los padres, los suegros, hablan y hablan. Y no me entienden ni yo los entiendo a ellos. Como si todos no fuéramos ya las mismas personas. —Apoya la cabeza en las manos—. Tú me entiendes Ernst, y yo te comprendo a ti; pero con ellos es como si se alzara una pared entre nosotros.

Por fin me entero de todo.

Bethke se aproxima a su casa, la mochila en el cogote, un saco lleno de buenos comestibles, café, chocolate; incluso seda para un vestido entero.

Quiere acercarse muy en silencio para sorprender a la esposa, pero el perro ladra como un loco y casi arranca la caseta. Entonces ya no es capaz de aguantar más y corre por el camino de los manzanos…, por su camino, entre sus árboles, hacia su esposa. El corazón le golpea en la garganta como un martillo de forja. Abre la puerta, respira hondo, entra.

—Marie…

Ve a su esposa, su mirada la abraza al instante. Y se siente inundado por las viejas sensaciones: la penumbra, el hogar, el reloj que hace tic tac, la mesa, el gran sillón de orejas, la esposa… Y se dirige hacia ella. Pero la mujer retrocede y le mira con fijeza, como si estuviera frente a una aparición.

Bethke no comprende aún.

—¿Tanto te has asustado? —pregunta riendo.

—Sí —responde ella, angustiada.

—Ya pasará, Marie —responde él, tembloroso de excitación.

Ahora, cuando está en la habitación, todo tiembla en torno del hombre. También ha sido mucho el tiempo que ha estado fuera.

—No sabía que hubieras vuelto, Adolf —dice la esposa.

Ha ido retrocediendo hasta el armario y le mira con ojos muy abiertos. Algo frío se abate un instante sobre el marido, estrujándole los pulmones.

—¿Es que no te alegras? —pregunta él, torpemente.

—Claro que me alegro, Adolf…

—Entonces, ¿es que ha ocurrido algo? —continúa preguntando Bethke, quien lleva todavía en la mano todas las cosas.

Comienzan en este momento los lloros. La mujer apoya la cabeza en el tablero de la mesa. ¿Por qué no debe enterarse él ahora mismo? Al fin y al cabo, ya se lo dirán los demás. Sí, ha tenido algo que ver con otro hombre. Fue algo que se apoderó de ella, no quería hacerlo en modo alguno y sólo pensaba en él. Y ahora debería matarla a palos.

Adolf continúa de pie, sin moverse, hasta que por fin se da cuenta de que lleva todavía la mochila a la espalda. Se la quita, saca el contenido. Tiembla y no para de pensar: «No puede ser cierto, no puede ser cierto». Y continúa sacando cosas. Nada de perder la cabeza ahora, se dice. Le cruje la seda en la mano, tiende el tejido hacia su esposa.

—Esto lo traía para ti.

Y sigue pensando sin cesar: «No puede ser cierto, no puede ser…». Desamparado, continúa con la seda en la mano, ofreciéndosela, sin que todavía haya penetrado en su cabeza nada de lo sucedido.

Pero la mujer llora y no quiere saber nada. El hombre se sienta, reflexiona, y de repente siente un hambre terrible. Aquí hay manzanas, unas hermosas manzanas arrancadas de los árboles de fuera, y las coge y empieza a comer, pues tiene que hacer alguna cosa. Pero las manos pierden entonces la fuerza y el hombre lo comprende. Asciende en su interior una rabia furiosa, quiere golpear, destrozar, y sale corriendo en busca del individuo.

No lo encuentra. Entonces se dirige a la taberna, dónde le reciben con saludos; pero todo el mundo parece andar pisando huevos, la gente mira hacia otro lado y habla con cautela; o sea que ya están enterados. Bethke aparenta no saber nada, pero ¿quién puede aguantar esta situación? Se bebe de un golpe lo que ha pedido y se dispone a marcharse cuando uno le pregunta: «¿Has estado ya en tu casa?». Y hay silencio detrás de él cuando se va de la taberna. Corre de un lado para otro, hasta que se hace tarde, y por fin vuelve a estar delante de su casa. Entra. ¿Qué otra cosa puede hacer? Arde el quinqué, el café está en la mesa, y hay en el fogón una sartén con patatas fritas. Un doloroso abatimiento le golpea: qué hermoso sería todo esto si no hubiese pasado nada. Incluso está puesto en la mesa el blanco mantel. Pero, tal como está la situación, todo esto resulta peor aún.

Allí sigue la mujer, que ha dejado de llorar. Cuando el marido se sienta, le sirve café y le pone en la mesa las patatas y la salchicha. Sin embargo, no pone ningún plato para ella.

Bethke la contempla: está pálida y delgada. Se agitan de nuevo en él los sentimientos, convertidos en una tristeza fría. Ya no quiere saber nada más de todo esto, quiere encerrarse en sí mismo, tenderse en la cama y tornarse una piedra. Humea el café, pero el hombre lo rechaza, así como la sartén. La mujer se aterra: sabe lo que ocurrirá ahora.

Adolf no se levanta; no puede; lo único que hace es sacudir la cabeza y decir:

—Márchate, Marie.

La mujer no replica una sola palabra. Se echa sobre los hombros el chal y empuja de nuevo hacia él la sartén, rogándole con voz tímida:

—Come algo al menos, Adolf…

Se marcha acto seguido. Se marcha, se aleja con pasos suaves, sin hacer ruido. Se cierra la puerta. Fuera, ladra el perro; y el viento silba frente a las ventanas. Bethke está solo.

Y después, la noche.

Unos cuantos días así, solo en la casa, consumen a un hombre que acaba de llegar de las trincheras. Adolf intenta pillar al individuo y molerlo a palos; pero el otro ha notado algo a tiempo y ha escurrido el bulto. Adolf está al acecho y lo busca por todas partes. Sin embargo, no consigue encontrarle, y ello le trastorna por completo.

Entonces se presentan los suegros y le dicen que debería pensárselo; que la mujer había recuperado el buen juicio ya desde hace mucho tiempo; que cuatro años sola no son tampoco ninguna tontería; que el culpable era el otro sujeto; y que en la guerra habían pasado toda clase de cosas.

—Dime, Ernst, ¿qué puedo hacer?

Adolf levanta los ojos.

—¡Maldita sea! —exclamo—. ¡Vaya una porquería!

—¡Fíjate para lo que has venido a casa, Ernst!

Echo aguardiente en los vasos y bebemos. Como Adolf no tiene cigarros en la casa y no quiere ir a la tienda, salgo yo a comprar algunos. Adolf es un fumador empedernido, y las cosas le resultarán más fáciles con un cigarro entre los labios. Por ello compro una caja entera de «Waldfrieden», unos gruesos cigarros pardos, sin capa, que tienen el nombre adecuado. Están hechos de pura hoja de haya, pero siempre son mejor que nada.

Cuando regreso, hay alguien en la casa, y veo en seguida que se trata de la mujer. Se mantiene erguida, pero hay blandura en sus hombros. Hay algo de conmovedor en la nuca de una mujer: siempre tienen algo de niños y posiblemente no pueda uno ser malo del todo con ellas. Naturalmente, haciendo abstracción de las gordas, que tienen el cogote lleno de grasa.

Doy los buenos días y me quito la gorra. La mujer no contesta. Pongo los cigarros delante de Adolf, pero éste no coge ninguno. El reloj hace tic tac. Se arremolinan

delante de la ventana las hojas de los castaños; a veces una roza, murmurando, el cristal, y el viento la aprieta contra él. Cinco terrosas y pardas hojas unidas por sus peciolos a una misma ramita penetran en la casa como una mano extendida, dispuesta a coger algo; la parda mano de muerto del otoño. Adolf se mueve por fin y dice con una voz que no me parece suya:

—Anda, Marie, márchate.

La mujer se levanta obediente como un niño de la escuela, mira delante de sí y se marcha. La suave nuca, los estrechos hombros… ¿cómo puede ser esto posible?

—Así viene todos los días. Se sienta, no dice nada, espera y me mira —explica Adolf, huraño.

Le compadezco, pero ahora también siento compasión por la mujer.

—Vente conmigo a la ciudad, Adolf —le propongo—, no tiene objeto que sigas aquí.

Pero Adolf no acepta. Fuera, el perro ladra de nuevo. La mujer cruza ahora la puerta del huerto, de vuelta a casa de sus padres.

—Así, pues, ¿ella quiere volver contigo? —pregunto.

Adolf contesta que sí con la cabeza. No hago más preguntas, es algo que tiene que decidir por sí solo.

—Deberías venir conmigo —intento una vez más.

—Más tarde, Ernst.

—Enciende al menos un cigarro. —Empujo la caja hacia él y espero hasta que coge uno. Entonces le doy la mano—. Te visitaré de nuevo, Adolf.

Me acompaña hasta la puerta de la finca. Al cabo de un rato me vuelvo y le saludo con la mano. Sigue aún en la verja; y detrás de él vuelve a estar la oscuridad del atardecer, como días atrás, cuando descendió del tren y se alejó de nosotros. Debería haber seguido a nuestro lado. Ahora está solo y es desgraciado, sin que podamos ayudarle, por mucho qué quisiéramos. ¡Ah!, en campaña esto era más sencillo: si uno seguía con vida, todo lo demás no tenía importancia.

II

Estoy tendido en el sofá, las piernas extendidas, la cabeza en el respaldo y cerrados los ojos. Entre sueños, los pensamientos se mezclan de una forma peregrina. La conciencia se difumina entre la vigilia y el sueño, y como una sombra me cruza el cansancio la cabeza. Detrás de esta fatiga, se aproxima, desde una confusa lejanía, el estruendo de los cañones. Se oye un débil silbar de granadas y se acerca el sonido de lata de los gongs, que anuncia un ataque de gas. Pero antes de que pueda tocar mi careta, la oscuridad retrocede en silencio; la tierra contra la que me he apretado se deshace frente a una sensación cálida, más clara: vuelve a ser el revestimiento de terciopelo del sofá, contra el que se aprieta mi mejilla. Y lo noto, confuso y muy hondo: estoy en casa. Y el ruido que anunciaba en la trinchera la llegada de los gases se convierte en el amortiguado tintineo de los utensilios de cocina que mi padre pone con mucho cuidado en la mesa.

Entonces se aproxima de nuevo la oscuridad. Y con ella, el bramido de la artillería. De lejos, como si atravesaran lagos y bosques, llega, como gotas de lluvia, el sonido de palabras que gradualmente van conjuntándose hasta adquirir sentido y penetrar en mi conciencia. «La salchicha es de tío Karl», dice mi madre en medio del débil tronar de los cañones.

Las palabras me alcanzan cuando estoy precisamente a punto de caer en un hoyo de tirador. Y con ellas pasa por delante de mi imaginación una cara arrogante, satisfecha.

—¡Ah! Ése —digo con acento de enojo, y mi voz suena como si tuviera algodón en la boca, tanto sigue dominándome el cansancio—, ése… estúpido… hijo de puta…

Entonces caigo de nuevo, me hundo más y más, y las sombras saltan hacia mí, inundándome con largas olas más y más oscuras.

Pero no me duermo, me falta algo que antes existía: el uniforme y suave sonido metálico. Despacio, vuelvo al mundo de la realidad y abro los ojos. Veo entonces a mi madre, que me mira con fijeza, pálido y aterrorizado el rostro.

—¿Qué te pasa? —exclamo, asustado, poniéndome en pie de un salto—. ¿Estás enferma?

Rechaza con la mano.

—No, no… Pero que puedas decir cosas así…

Reflexiono. ¿Qué podré haber dicho? ¡Ah, sí, lo de tío Karl!

—Bueno, madre, no seas tan susceptible —me echo a reír, aliviado—; tío Karl es un especulador, eso lo sabes tú también.

—No me refiero a eso —contesta en voz baja—. Pero que emplees tales expresiones…

Recuerdo de repente lo que he dicho entre sueños, y siento vergüenza porque esto baya tenido que ocurrir precisamente delante de mi madre.

—Se me ha escapado sin darme cuenta —explico, disculpándome—, realmente tiene que irse acostumbrando uno a que ya no está en campaña. Allí se hablaba con palabras gruesas, madre. Un lenguaje duro, pero cordial.

Me aliso el pelo y me abrocho la guerrera. Luego busco mis cigarrillos. Y mientras lo hago, veo que mi madre sigue contemplándome y que le tiemblan las manos. Me detengo, sorprendido.

—Pero madre —digo con asombro, rodeándole los hombros con el brazo—, realmente no es tan malo, los soldados son así.

—Sí, sí, lo sé —replica ella—, pero que tú…, que también tú…

Me echo a reír. Naturalmente, también yo, estoy a punto de exclamar; pero guardo silencio de repente y me separo de ella, al sentirme afectado por algo. Me siento en el sofá para rehacerme. Está de pie frente a mí la vieja mujer, con su preocupado rostro, que refleja temor. Tiene cruzadas las manos, unas manos cansadas de trabajar, con una suave piel llena de arrugas, en las que se destacan las azuladas venas; manos que ahora están así por mi causa. Antes no había visto nunca esto; en realidad, antes no veía muchas cosas, pues aún era demasiado joven. Pero ahora comprendo por qué soy para esta apesadumbrada mujer completamente distinto a los demás soldados del mundo: soy su hijo.

Lo he sido siempre para ella, también cuando he sido soldado. Ella ha visto la guerra sólo como un montón de bestias peligrosas que intentaban quitar la vida a su amenazado hijo. Pero jamás se le ha ocurrido pensar que este niño en peligro era para las demás madres una bestia igualmente peligrosa.

Mis ojos van de sus manos a las mías. Con ellas maté a un francés en 1917, utilizando la bayoneta. La sangre me corría por los dedos, caliente, repugnante, mientras yo, cegado por el miedo y la rabia, hundía el machete una y otra vez en el cuerpo del enemigo. Tuve después que vomitar, y estuve llorando la noche entera. Por fin, Adolf Bethke pudo consolarme cuando llegó la mañana. Yo tenía entonces dieciocho años y era el primer ataque en que participaba.

Vuelvo despacio las manos con las palmas hacia fuera. Maté con ellas a tres hombres durante el gran intento de rotura del frente de primeros de julio. Sus cuerpos estuvieron tres días colgando en las alambradas. Sus fláccidos brazos oscilaban por efecto de la onda expansiva de las explosiones; y con frecuencia parecía que amenazaban; pero también que suplicaban ayuda. Más tarde arrojé a veinte metros de distancia una bomba de mano que arrancó las piernas a un capitán inglés. Gritaba de una manera espantosa, estirando la cabeza, la boca muy abierta, los brazos apoyados con fuerza sobre el suelo, alzado el cuerpo como si fuera una foca; pero se desangró en seguida. Y ahora estoy sentado delante de mi madre, que está casi a punto de llorar porque no puede comprender que yo me haya embrutecido hasta el punto de utilizar una expresión como ésta.

—Ernst —dice en voz baja—, he querido decírtelo siempre; has cambiado mucho, te has vuelto inquieto.

«Sí —pienso con amargura—, he cambiado. ¿Qué sabes tú cómo soy ahora, madre? Soy para ti sólo un recuerdo, nada más que el recuerdo del romántico y quieto muchacho de antaño. No, no debes saber nada de los últimos años, jamás debes sospechar lo que ha sucedido en realidad y en lo que me he convertido. Una centésima parte de ello te partiría el corazón. A ti, que tiemblas y te avergüenzas a causa de sólo una palabra, porque hace que se estremezca la imagen que tienes de mí».

—Ya irá arreglándose todo —le digo, sintiéndome bastante desamparado. E intento tranquilizarme a mí mismo.

Se sienta a mi lado y me acaricia las manos. Las retiro, y mi madre me mira con ojos de pesar.

—A veces me resultas un completo extraño, Ernst. Cuando te pones así, tienes una cara que jamás te he visto antes.

—Tengo que ir acostumbrándome primero —contesto—, continúo sintiéndome como si estuviera aquí sólo de visita…

Penetra el crepúsculo en la habitación. Mi perro llega procedente del pasillo y se tiende a mis pies. Le brillan los ojos mientras me mira. Todavía está inquieto, tampoco se ha acostumbrado aún.

Mi madre se recuesta en el sofá.

—Gracias a Dios que has vuelto, Ernst…

—Sí, eso es lo principal —respondo, y me pongo en pie.

Ella permanece sentada en su rincón, una menuda figura en la penumbra. Y, en una blandura extraña, noto cómo se han cambiado los papeles de repente: ella es ahora la niña.

La quiero. ¡Oh!, ¿cuándo podría haberla querido más que ahora, sabiendo que jamás podré ir a ella, estar con ella, decirle todo y quizá tranquilizarme? ¿No la he perdido? Noto de repente hasta qué punto me he vuelto un extraño y me he quedado realmente solo.

Mi madre ha cerrado los ojos.

—Voy a vestirme y saldré a dar una vuelta —digo con un susurro para no molestarla.

Contesta que sí con la cabeza.

—Sí, niño mío —dice. Y añade, pasado un momento—: Sí, mi buen hijo.

Siento como una puñalada. Cierro la puerta con sumo cuidado.

III

Están mojadas las praderas, y el agua corre gorgoteante desde los caminos. Llevo conmigo un pequeño tarro de cristal en el bolsillo del capote y camino a lo largo del canal bordeado de álamos. Aquí, en mi niñez, cogía yo mariposas y peces y soñaba tumbado debajo de los árboles.

En la primavera, el canal estaba lleno de freza de ranas y de algas. Claras y verdes matas de elodeas se balanceaban en las pequeñas y claras ondas; patinadores de largas patas se deslizaban zigzagueantes entre los tallos de los cañaverales; y bandadas de espinosos, iluminados por el sol, proyectaban sus apresuradas y estrechas sombras sobre la arena manchada de oro.

El día es húmedo y frío. Los álamos se extienden en larga hilera junto al canal. Están desnudas sus ramas, pero cuelga de ellas un suave soplo azulado. Algún día se tornarán verdes de nuevo y susurrarán, y el sol se posará otra vez cálido y bendito sobre este pedazo de tierra que abarca tantos recuerdos de mi juventud.

Pisoteo el ribazo de la orilla. Unos cuántos peces se escapan apresuradamente. Entonces ya no puedo dominarme. Y en el sitio donde el canal se estrecha hasta tal punto que puedo tener un pie en cada orilla, permanezco al acecho hasta que atrapo en el hueco de las manos dos espinosos. Entonces los echo dentro del tarrito de cristal y los observo.

Se disparan de un lado para otro, graciosamente, menudos y ya hechos, con sus tres espinas en el dorso, el cuerpo pardo y esbelto y las vibrantes aletas pectorales. El agua está clara como el cristal; juguetean en ella los reflejos del vidrio. Y de pronto me quedo sin respiración; tan intensa es mi sensación de esta hermosura, de la belleza de este agua dentro del tarro de cristal, con sus luces y reflejos. Cojo con cuidado el tarro y continúo andando. Lo llevo con precaución y miro con frecuencia su interior, latiéndome con fuerza el corazón, como si hubiera apresado mi juventud dentro del tarrito y la llevase ahora conmigo a casa. Me pongo en cuclillas al borde de los charcos donde nadan gruesas capas de lentejas de agua, y veo azules salamandras que se levantan como pequeñas fogatas, buscando aire. Larvas de frigánidos se arrastran despacio a través del fango; un ditisco rema, perezoso, por el fondo: y desde debajo de una raíz que se pudre me miran con asombro los ojos de una rana inmóvil. Lo veo todo, y hay en ello más de lo que se puede ver; hay dentro de esta imagen todavía el recuerdo la nostalgia y la felicidad del pasado.

Sujeto con cuidado mi tarro de cristal y sigo mi camino buscando, alentando esperanzas. Sopla el viento, y las montañas se alzan azules en el horizonte. Pero un loco espanto me estremece de repente: ¡abajo, abajo, a cubierto, estás completamente descubierto en el campo de visión! Me hace temblar un miedo insensato, extiendo las manos para correr hacia delante y esconderme detrás de un árbol. Tiemblo y jadeo… Después respiro. Ya ha pasado —y miro en torno mío—, nadie me ha visto. Transcurre un instante antes de calmarme por completo. Después me agacho para

coger el tarro, que se me ha caído. Se ha desparramado el agua, pero los peces, sin embargo, todavía dan coletazos en ella. Me inclino hacia el canal y vuelvo a coger agua limpia.

Prosigo mi camino, despacio, absorto en mis pensamientos. El bosque se aproxima. Un gato vagabundea por el camino. La línea férrea cruza los campos hasta perderse en el monte. Ahí podrían construir refugios, pienso, refugios con la hondura correspondiente y techos de cemento armado. Después, la trinchera discurriría a la izquierda, con zapas y puestos de escucha; y, al otro lado, cuatro ametralladoras. No, sólo dos; las otras, en el monte; así quedaría todo el terreno casi bajo un fuego cruzado. Sería necesario talar los álamos para que no sirvieran de orientación a la artillería enemiga. Y además, en la colina, un buen número de lanzaminas. Entonces, ya se pueden acercar cuando quieran…

Pita un tren. Alzo la vista. Pero ¿qué estoy haciendo? He venido a encontrar de nuevo el paisaje de mi juventud… y estoy ahora atravesando trincheras. Pienso que se debe a la costumbre, a que ya no somos capaces de ver paisajes, sino sólo terreno… Terreno donde atacar y defenderse… El viejo molino que se alza en la altura no es un molino, es un punto de apoyo; el bosque no es tal bosque, sino un sitio donde esconder el emplazamiento de las baterías de artillería… Estas sombras fantasmales vuelven a hacer acto de presencia.

Me sacudo de encima estos recuerdos e intento llevar mis pensamientos a épocas anteriores. Sin embargo, no lo consigo del todo. Tampoco estoy tan contento como antes y no tengo ganas de seguir andando. Así que me doy la vuelta.

Veo de lejos una figura solitaria que viene a mi encuentro. Es Georg Rahe.

—Pero ¿qué haces aquí? —pregunta, asombrado.

—¿Y tú?

—Nada.

—Yo tampoco hago nada —respondo.

—¿Y ese tarro de cristal que llevas encima? —inquiere, mirándome con ojos un poco burlones.

Enrojezco.

—No tienes por qué avergonzarte —continúa Georg—. Deseabas de nuevo coger peces, ¿verdad?

Afirmo que sí con la cabeza.

—¿Y bien? —pregunta.

Muevo la cabeza.

—Sí, da la casualidad de que una cosa así no cuadra con el uniforme —dice, pensativo.

Nos sentamos en un montón de leña y fumamos. Rahe se quita la gorra.

—¿Recuerdas aún que intercambiábamos sellos en este lugar?

—Sí, lo recuerdo todavía. Los almacenes de madera en el verano olían intensamente a resina y alquitrán; los álamos centelleaban; y llegaba desde él agua un

viento fresco… Todavía lo recuerdo… Cómo buscábamos ranas verdes; cómo dejábamos los libros; cómo hablábamos del futuro y de la vida que esperaba detrás del horizonte azul, atractiva como una música amortiguada.

—Las cosas discurrieron después de otra manera, ¿verdad, Ernst? —dice Rahe sonriendo. Esa sonrisa que todos tenemos, un poco amargada y un poco cansada—. También pescábamos los peces de otra forma cuando estábamos en guerra: una bomba de mano al agua y al instante aparecían flotando en la superficie, reventadas las vejigas natatorias y blanco el vientre. Era más práctico aquello.

—¿Cómo puede ocurrir, Georg —pregunto—, que uno esté por aquí dando vueltas de un lado para otro y no sepa en realidad lo que hacer?

—Falta algo, Ernst, ¿no?

Inclino la cabeza en señal de aprobación. Y Georg me golpea el pecho con la punta de los dedos.

—Voy a decírtelo. También he reflexionado yo sobre ello. Esto de aquí —señala las praderas qué se extienden frente a nosotros —era la vida, que florecía y crecía, y nosotros a su compás. Y lo que hay detrás de nosotros —entonces mueve la cabeza hacia atrás, a lo lejos— era la muerte, que destruyó y arrancó un poquito de nosotros. —Vuelve a sonreír—. Necesitamos un poco de reparación, muchacho.

—Quizá fuera mejor si estuviésemos en verano —aventuro—; en el verano todo resulta más fácil.

—No se trata de eso —responde, y sopla el humo del cigarro lejos de sí—, creo que es algo completamente distinto.

—¿Qué entonces? —pregunto.

Se encoge de hombros y se levanta.

—Vámonos a casa, Ernst. ¿Quieres que te diga lo que he pensado? —Se inclina hacia mí—. A lo mejor me alisto de nuevo en el Ejército.

—Estás loco —exclamo, turbado.

—En absoluto —responde, mostrándose muy serio al momento—, quizá sea sólo consecuente.

Me detengo.

—Pero hombre, Georg…

Mi amigo sigue andando.

—Al fin y al cabo llevo aquí un par de semanas más que tú —replica, y acto seguido comienza a hablar de otras cosas.

Cuando vemos las primeras casas, cojo el tarro donde están los espinosos y vierto de nuevo el contenido en el canal. Los peces mueven, veloces, la cola y desaparecen al instante. Y yo dejo el tarro de cristal en la orilla.

Me despido de Georg, que avanza despacio por la calle. Me detengo frente a nuestra casa y le sigo con la mirada. Sus palabras me han intranquilizado de una

forma extraña. Algo indefinido se desliza en torno mío, retrocede cuando pretendo asirlo, se disuelve en la nada cuando voy hacia ello; sin embargo, luego vuelve a arrastrarse por detrás de mí y permanece al acecho.

El cielo pende como plomo sobre los bajos arbustos de la Luisenplatz. Están desnudos los árboles. El viento hace sonar una ventana abierta; y en los azotados saúcos de los jardines delanteros de las casas, se agazapa el crepúsculo, húmedo y desconsolador.

Paso la vista por encima. Y de repente experimento la impresión de verlo hoy todo por primera vez. Se ha tornado de pronto tan poco familiar que casi no lo reconozco. Este trozo de césped mojado y sucio que hay frente a mí ¿ha abarcado realmente los años de mi niñez, que tan alegres y luminosos se conservan en mi recuerdo? ¿Es realmente esta plaza vacía y prosaica, con la fábrica delante, el quieto pedazo de mundo que llamábamos patria, lo único que en la marea del terror de los campos de batalla significaba esperanza y salvación, evitando que nos ahogáramos? ¿No era sino esta calle gris, de casas feas, la que entre las breves pausas entre muerte y muerte se alzaba como un ensueño suave y nostálgico? ¿No aparecía mucho más luminosa y bella, mucho más amplia y plena en mis pensamientos? Así, pues, ¿todo esto no era verdad, me ha engañado mi sangre, me ha mentido mi recuerdo? Siento un escalofrío. Todo se ha vuelto distinto sin que haya cambiado. El reloj de la torre de la fábrica de Neubauer continúa marchando igual y da las horas exactamente como antaño, cuando mirábamos con fijeza la esfera para ver cómo se movían las agujas…; aún continúa en el mismo sitio el moro, con su pipa de yeso, en el estanco de al lado, donde Georg Rahe compraba los primeros cigarrillos para nosotros…; y todavía siguen en la tienda de ultramarinos de enfrente los anuncios de jabón en polvo, los ojos de cuyas figuras quemábamos Karl Vogt y yo con cristales de reloj cuando hacía sol. Miro el escaparate: todavía se aprecian las manchas de las quemaduras. Pero entre antaño y hoy se levanta la guerra, y hace ya tiempo que Karl Vogt murió en el Kemmel. No comprendo por qué estoy de pie aquí y no siento ya lo mismo que cuando estaba en los hoyos de tirador y los barracones. ¿Dónde ha quedado la plenitud, el estremecimiento, la claridad, el brillo, lo innombrable? ¿Es que mi recuerdo era más vivo que la realidad? ¿Se ha convertido mi recuerdo en realidad, mientras ésta se retiraba y encogía hasta no quedar de ella otra cosa que un desnudo armazón donde una vez tremolaron gayas banderas? ¿Se han disociado recuerdo y realidad y aquél flota ya únicamente como una nube nostálgica? ¿Han quemado los años transcurridos en los campos de batalla los puentes que nos unían al pasado?

Preguntas, preguntas…, ¡pero ninguna respuesta!

IV

Ya han llegado las disposiciones relacionadas con la asistencia de los excombatientes a la Escuela. Nuestros representantes han conseguido lo que deseábamos: un período de estudios más corto, cursos especiales para soldados y facilidades para el examen.

No ha sido fácil lograrlo, a pesar de que estamos en revolución…, pues todo este vuelco no es sino un poquito de viento que riza la superficie del agua. No cala. Qué utilidad puede tener el hecho de que algunos puestos importantes hayan sido ocupados por otras personas. Todo soldado sabe que un jefe de compañía puede tener las mejores intenciones, pero, a pesar de ellas, se verá impotente si los suboficiales no colaboran. De la misma forma, el más progresista de los ministros tiene que fracasar cuando tiene enfrente un bloque de consejeros secretos reaccionarios. Y los consejeros secretos conservan en Alemania sus puestos. Estos Napoleones de la burocracia son indestructibles.

La primera hora de clase. Estamos en los bancos, casi todos de uniforme. Tres de los alumnos tienen barba llena, y uno está casado.

Descubro en mi sitio mi nombre, grabado limpiamente con el cortaplumas y pintado con tinta. Recuerdo todavía que este trabajo lo realicé durante las horas de clase, Sin embargo, experimento la sensación de que han transcurrido ya cien años desde entonces; es una sensación extraña la de estar de nuevo sentado aquí. La guerra se convierte así en pasado, y el círculo se cierra nuevamente; pero ya no estamos dentro de él.

Hollermann, nuestro profesor de alemán, entra en clase y soluciona de momento lo más necesario: nos vuelve a dar los objetos que teníamos aquí antaño. Posiblemente fueran ya desde hace tiempo una carga para su ordenado espíritu docente. Abre el armario de la clase y saca los objetos: caballetes, tableros de dibujo; y, sobre todo, los gruesos paquetes azules de cuadernos. Composiciones, dictados, trabajos de clase. A su izquierda se forma, en la mesa, un montón muy alto. Se nombran los apellidos, contestamos, y se nos entregan los cuadernos. Es Willy quien los lanza, de tal forma que vuelan las hojas de papel secante.

—¡Breyer!

—¡Presente!

—¡Brücker!

—¡Presente!

—¡Detlefs!

Silencio.

—¡Muerto! —dice Willy.

Detlefs. Pequeño, rubio, las piernas torcidas, repetidor de curso en una ocasión. Cabo, muerto en combate en 1917 en Kemmelberg. El cuaderno va a parar al lado derecho de la mesa del profesor.

—¡Dirker!

—¡Presente!

—¡Dierksmann!

—¡Muerto!

Dierksmann. Hijo de campesinos, un gran jugador de cartas, mal cantante, caído en Yprés. El cuaderno va a la derecha.

—¡Eggers!

—No ha llegado aún —explica Willy. Y Ludwig aclara—: Un balazo en los pulmones. Está en el hospital militar para reservistas de Dortmund, de donde irá tres meses a Lippspringe.

—¡Friederichs!

—¡Presente!

—¡Giesecke!

—¡Desaparecido!

—No es verdad —replica Westerholt.

—Le han dado por desaparecido —dice Reinersmann.

—Cierto —vuelve a replicar Westerholt—, pero está aquí desde hace tres semanas, en el manicomio. Yo lo he visto.

—¡Gehring I!

—¡Muerto!

Gehring I. El primero de la clase. Escribía poesías y daba clases particulares para comprarse libros con el dinero así ganado. Caído en Soissons, junto con su hermano.

—Gehring II —murmura el profesor de alemán, poniendo el cuaderno a la derecha, con los otros—. Escribía unas composiciones realmente buenas —dice después, pensativo, mientras hojea una vez más el cuaderno de Gehring I.

Son varios los cuadernos que todavía van a parar al lado derecho de la mesa. Y cuando han sido citados todos los apellidos, queda en ese lugar un grueso paquete de cuadernos. El profesor Hollermann los contempla indeciso. Posiblemente se rebele su espíritu ordenado, pues no sabe qué podrá hacer con tales cuadernos. Encuentra por fin una salida: se pueden enviar los cuadernos a los padres de los muertos. Pero Willy no está de acuerdo con esta idea.

—¿Cree usted que los padres se alegrarán cuando vean un cuaderno llenó de «insatisfactorio» y «defectuoso»? —pregunta—. Será mejor que lo deje.

Hollermann le mira con las cejas enarcadas.

—Bueno, ¿pero qué otra cosa puedo hacer con los cuadernos?

—Dejarlos donde están —propone Albert.

Hollermann se muestra casi enojado.

—Pero eso no puede ser, de ningún modo, Trosske, estos cuadernos no son propiedad de la escuela, y la escuela no puede sencillamente arrinconarlos.

—¡Dios mío, qué ceremonias! —exclama Willy, pasándose la mano por el cabello—. Denos los cuadernos, ya nos ocuparemos nosotros de ellos.

Hollermann los entrega, titubeando.

—Pero… —dice con miedo, pues se trata al fin y al cabo de una propiedad ajena.

—Sí, sí —asiente Willy—, todo lo que usted quiera: franqueados como se debe, con dirección, puede quedarse tranquilo. Hay que proceder con orden aunque haga daño. —Nos guiña un ojo y señala su frente.

Hojeamos nuestros cuadernos después de la clase. El último tema en que se basó la composición tenía por título: «¿Por qué tiene Alemania que ganar la guerra?». Esto era a comienzos de 1916. Introducción, seis puntos demostrativos y resumen final. El cuarto punto, «por motivos religiosos», no lo he contestado bien. Está escrito en el margen, con tinta roja: «deshilvanado y no convincente». Pero, en su conjunto, el trabajo de siete páginas estaba calificado con un dos, un buen resultado si se compara con las realidades de hoy. Willy lee en voz alta su trabajo de Historia Natural; «Las anémonas y sus raíces». Mira en torno suyo con una mueca de ironía.

—Creo que ya hemos acabado con esto, ¿verdad?

—¡Acabado! —exclama Westerholt.

Sí, acabado, realmente acabado. Hemos olvidado todo, en esto se basa ya la sentencia. En cambió no olvidamos lo que nos han enseñado Bethke y Kosole.

Albert y Ludwig vienen a buscarme por la tarde. Vamos a ver cómo anda nuestro amigo Giesecke. Nos encontramos en el camino a Georg Rahe, quien se nos une, pues también conoce a Giesecke.

Es un día claro. Desde la colina donde se levanta el edificio, la mirada puede extenderse muy lejos sobre los campos. Los locos, con sus blusas a rayas blancas y azules, trabajan aquí en grupos bajo la vigilancia de loqueros uniformados. Oímos el sonido de una canción que llega desde una ventana del ala derecha: «En la sala de una ribera clara»… Tiene que ser un enfermo. Es extraño cómo suena a través de las rejas de hierro: «Y las nubes pasan… por encima…».

Giesecke está en una gran sala con algunos enfermos más. Cuando entramos, uno grita con voz estridente: «¡Ponerse a cubierto, ponerse a cubierto!» y se mete debajo de una mesa. Los otros no se preocupan de esto. Giesecke sale en seguida a nuestro encuentro. Tiene delgado y amarillo el rostro. La puntiaguda barbilla y las orejas despegadas le hacen parecer aún más joven que antes. Lo único viejo en él son los ojos, que se mueven inquietos. Nos lleva aparte antes de que podamos saludarle:

—¿Hay alguna novedad en el campo de batalla? —pregunta.

—No, ninguna —respondo.

—¿Y él frente? ¿Hemos conquistado Verdún por fin?

Nos miramos.

—Hace ya tiempo que ha terminado la guerra —dice Albert para tranquilizarle.

Pero Giesecke se echa a reír: unas carcajadas desagradables, de censura.

—¡Vamos, no os dejéis tomar el pelo! Pretenden que os pongáis tontos y están acechando únicamente a que salgamos. Y entonces, ¡a por ellos y al frente! —Sonríe con aire de misterio—: ¡A mí no me pescan otra vez!

Giesecke nos da la mano. Estamos confusos, pues nos habíamos imaginado que daría volteretas como un mono, que haría muecas, o que, al menos, estaría temblando sin cesar, como los paralíticos que se ven en las esquinas de las calles. En lugar de ello, nos sonríe con una pobre boca torcida y dice:

—Posiblemente no os lo habíais imaginado, ¿verdad?

—Pero si estás completamente sano —le replico—. ¿Qué tienes?

—Dolores de cabeza —responde, y se pasa la mano por la frente—. Como si tuviera un cerco en la nuca. Y luego, Fleury…

Quedó sepultado durante los combates por la posesión de Fleury y permaneció enterrado durante horas junto a otro soldado herido en el vientre, apretándole una viga el rostro contra la cadera del otro, abierta por completo hasta el abdomen. El otro, que tenía fuera la cabeza, gritaba sin cesar. Y a cada grito, una ola de sangre inundaba la cara de Giesecke. Mientras tanto, los intestinos iban saliendo poco a poco por la herida y amenazaban con ahogar a nuestro camarada, que había de apretarlos para poder respirar. Y cada vez que hacía entrar los intestinos del otro en la desgarrada cadera, oía los sordos bramidos del herido.

Relata todo esto tal como sucedió, punto por punto.

—Se presenta cada noche. Me ahogo entonces, y la habitación se llena de sangre y de serpientes blancas, escurridizas.

—Pero, sabiéndolo como lo sabes; ¿no puedes hacer nada contra esto? —pregunta Albert.

Giesecke menea la cabeza.

—No sirve de nada, incluso aunque esté despierto. Se presentan en cuanto oscurece. —Siente frío—. En casa, salté por una ventana y me rompí una pierna. Entonces me trajeron aquí. —Transcurrido un rato, pregunta—: Y vosotros, ¿qué hacéis? ¿Os habéis examinado ya?

—Pronto —contesta Ludwig.

—En mi caso ya no será posible —opina Giesecke, triste—, a uno como yo no se le permite que se le acerquen los niños.

El hombre que antes gritara «Ponerse a cubierto» se desliza por detrás de Albert y le da un empujón en la nuca. Albert se estremece; sin embargo, recuerda donde está y permanece quieto.

—K. v.[1] —ríe ahogadamente—, K. v. —Ríe chillando ahora, pero se torna serio de pronto y se dirige en silencio hacia un rincón.

—¿No podréis escribir quizás al comandante? —pregunta Giesecke.

—¿A qué comandante? —pregunto, asombrado. Ludwig me da un codazo—. ¿Qué debemos decirle? —prosigo al instante.

—Que me deje volver a Fleury —responde Giesecke, excitado—, tengo la seguridad de que tal cosa me serviría de ayuda. No hay duda de que ahora todo estará allí tranquilo, y yo sé cómo todo saltó por los aires. Iría entonces por la Garganta de los muertos, por la Tierra Fría, a Fleury. No se dispararía ni un tiro y todo habría pasado. Entonces tendría que recuperar la tranquilidad, ¿no lo creéis vosotros así también?

—También pasará aquí —dice Ludwig, poniendo su mano en el brazo de Giesecke—. Lo único que tienes que hacer es pensar en ello de una manera normal y aclararte las ideas.

Giesecke mira por delante de sí, triste.

—Escribid al comandante. Me llamo Gerhard Giesecke, con ck. —En sus ojos, que parecen ciegos, hay una mirada terca—. ¿No podréis traerme un poco de compota de manzana? Me gustaría volver a comer compota de manzana.

Le prometemos todo, pero ya no nos escucha, tal es la indiferencia que se ha adueñado de él repentinamente. Cuando nos marchamos, se levanta y saluda militarmente a Ludwig. Luego se sienta de nuevo a la mesa con expresión ausente.

Una vez en la puerta, vuelvo la cabeza para mirarle de nuevo. Giesecke se levanta de pronto, como si despertara de un sueño, y corre hacia donde estamos.

—Llevadme con vosotros —suplica con una voz aguda, extraña—, ya están aquí otra vez.

Se aprieta contra nosotros, lleno de temor. No sabemos qué hacer. En este momento entra un médico, nos mira, y coge cautelosamente a Giesecke por los hombros.

—Vamos al jardín —le dice con voz tranquila, y Giesecke se deja conducir, obediente.

Fuera, el sol crepuscular se extiende sobre los campos. Desde la ventana enrejada sigue llegando todavía el sonido de la canción; «… pero los castillos… han sido destruidos… Las nubes se deslizan… por encima de ellos…».

Caminamos en silencio. Centellean los surcos de los campos de labor. Estrecha y pálida, la luna en menguante cuelga entre las ramas de los árboles.

—Creo que todos tenemos un poco de eso —opina Ludwig al cabo de un rato.

Le miro. El resplandor rojizo del crepúsculo vespertino le ilumina la cara, seria y pensativa. Quiero responderle, pero de repente me recorre la piel un ligero escalofrío, ignoro por qué.

—No deberíamos hablar mas de ello —recomienda Albert.

Continuamos andando. Cede el rojo del crepúsculo y comienza a oscurecer. La hoz de la luna se torna más fuerte, El viento de la noche se levanta de los campos, y en las casas se iluminan las primeras ventanas.

Georg Rahe no ha despegado los labios en todo el camino. Cuando nos detenemos para despedirnos, parece despertar de sus pensamientos.

—¿Habéis oído lo que quería? —pregunta—. A Fleury, volver a Fleury…

No puedo ir todavía a mi casa, ni tampoco Albert. Caminamos despacio a lo largo de las murallas. El río susurra abajo. Nos paramos junto al molino y nos apoyamos en la barandilla del puente.

—Es curioso que uno no quiera nunca estar solo, ¿verdad, Ernst? —observa Albert.

—Sí —asiento—, uno no sabe a ciencia cierta adónde pertenece.

Inclina la cabeza en señal de aprobación.

—Eso es. Pero hay que pertenecer a algún sitio.

—Cuando tengamos por fin una profesión —contesto.

Mi camarada hace con la mano un ademán de rechazo.

—No es eso tampoco. Se tendría que tener algo viviente, Ernst. Una persona, ¿sabes?

—¡Ah una persona! —replico—, eso es lo más inseguro del mundo. Ya hemos visto con frecuencia más que suficiente lo fácilmente que pueden irse al otro mundo. Necesitas tener diez o doce para que te quede siempre alguna cuando pierden la cabeza.

Albert contempla con atención la silueta de la catedral.

—No me refería a eso —aclara—. Me refería a una persona que pertenezca de verdad a uno. A veces lo pienso: una mujer.

—¡Dios bendito! —exclamo, pues tengo que pensar ahora en Bethke.

—No digas tonterías —me ataca Albert de repente—, al fin y al cabo se ha de tener algo en que uno pueda sujetarse, ¿es que no lo comprendes? ¡Quiero que alguien me ame, entonces esa persona me sostendrá y yo la sostendré a ella! ¡De lo contrario, habría para ahorcarse!

Mi camarada tiembla y me vuelve la espalda.

—Pero Albert —le digo en voz baja—, ¿no nos tienes a nosotros?

—Sí, sí, pero es completamente distinto… —Y susurra al cabo de un rato—: Habría que tener hijos…, hijos que no sepan nada de lo ocurrido.

No sé exactamente lo que quiere decir. Pero tampoco quiero seguir haciéndole preguntas.

CUARTA PARTE

Nos hemos imaginado todo de una manera distinta. Hemos creído que comenzaría con poderosos acordes una existencia intensa, fuerte, una alegría llena de la vida recuperada: así queríamos comenzar. Pero los días y las semanas se nos deshacen entre las manos, se van pasando entre cosas sin importancia, superficiales. Y cuando miramos en torno nuestro, nada se ha hecho. Estábamos habituados a pensar y actuar al instante: un minuto después podía haber concluido todo. Por ello, la existencia discurre ahora para nosotros con demasiada lentitud. Saltamos hacia ella, pero antes de que la existencia comience a hablar y a sonar, hemos vuelto a abandonar ya. La muerte fue demasiado tiempo nuestro camarada: era un jugador rápido, y en cada segundo estaba en juego la postura más alta. Esto nos ha dado algo apresurado, impulsivo, de pensado y hecho, un algo que ahora nos deja vacíos, pues ya no cuadra en este nuevo ambiente. Y este vacío nos torna inquietos, pues percibimos que no se nos comprende y que ni siquiera el amor puede sernos de utilidad. Se abre un abismo infranqueable entre los soldados y quienes no lo han sido. Nos hemos de ayudar a nosotros mismos.

Sin embargo, en nuestros días intranquilos todavía murmura y gruñe, con frecuencia de una manera extraña, algo más que se adentra en nuestras sensaciones: como un lejano tronar de cañones, como una sorda recomendación detrás del horizonte; una recomendación que no sabemos interpretar, que no queremos oír, frente a la que volvemos la espalda, siempre sintiendo el extraño temor de desaprovechar algo…, cómo si algo se nos escapara. Con demasiada frecuencia siempre se nos ha escapado ya algo… Y, a muchos de ellos, nada menos que la vida.

I

El cuarto de Karl Bröger presenta un aspecto abigarrado. Están vacías todas las estanterías de los libros. Hay montones de volúmenes encima de las mesas y tirados en el suelo, en cualquier parte.

Karl era antaño un enamorado de los libros: coleccionaba libros como nosotros coleccionábamos mariposas y sellos de correos. Sentía una predilección por Eichendorff, de cuyas obras tiene tres ediciones distintas. Se sabía de memoria muchas poesías de este autor. Pero ahora quiere vender su biblioteca con objeto de reunir dinero para iniciar un negocio de licores. Afirma que se puede ganar mucho dinero con el alcohol. Hasta aquí ha sido únicamente un agente de Ledderhose; sin embargo, ahora quiere actuar por su propia cuenta.

Hojeo el primer tomo de una edición de las obras de Eichendorff, encuadernada en piel, una piel muy suave. El rojo del crepúsculo vespertino, los bosques y los sueños… Noches de verano, anhelos y nostalgias… ¡qué época más hermosa aquélla!

Willy tiene en sus manos el segundo tomo, que contempla pensativo.

—Tendrías que ofrecérselo a un zapatero —propone.

—¿Y eso? —pregunta Ludwig, sonriendo.

—La piel —explica Willy—. En realidad, los zapateros carecen por completo de pieles. Esto —y coge las obras de Goethe—, veinte tomos…, esto dará como mínimo seis pares de magníficos zapatos de piel. Ten la seguridad de que los zapateros te darán más que los libreros. ¡Se vuelven locos por la piel auténtica!

—¿Queréis algo? —pregunta Karl—. Os haré precios inmejorables.

Pero ninguno quiere comprar nada de esto.

—Piénsalo una vez más —dice Ludwig—, después resultará difícil volver a comprarlos.

—No es tan importante —ríe Karl—. Lo primero es vivir, es mejor que leer. También me importa un rábano el examen. ¡Todo eso es pura tontería! Mañana empezaré con las pruebas de licores. Diez marcos de ganancia en una botella de coñac de contrabando… ¡Eso tira, amigo mío! El dinero es lo único que uno necesita, después puedes tener lo que quieras.

Reúne en un montón todos los libros. Pienso en este momento que Karl, años atrás, hubiese preferido no comer antes que vender un solo libro.

—¿Por qué esas caras tan asombradas? —se burla—, ¡hay que ser práctico! ¡Tirar por la borda el lastre viejo y comenzar una vida nueva!

—Tienes razón —concede Willy—, yo también vendería los míos… si tan sólo tuviera alguno.

Karl le da unas palmadas en la espalda.

—Un centímetro de negocio es mejor que un kilómetro de cultura, Willy. Ya he estado bastante tiempo metido en la porquería de las trincheras… ¡Ahora quiero gozar un poco de la vida!

—A decir verdad, tiene razón —opino—, ¿qué hacemos nosotros? Al fin y al cabo, el poquito de escuela no es nada.

—Muchachos, dejadlo también —aconseja Karl—, ¿qué vais a sacar de la escuela?

—¡Señor! —replica Willy—, es verdad que son tonterías, pero al menos estamos juntos. Y además sólo quedan pocos meses para los exámenes. Sería una lástima no participar en ellos. Después se puede ya ver lo que convenga…

Karl corta papel de envolver de un rollo.

—Ten presente una cosa: siempre tendrás por delante unos pocos meses que te dará lástima perder… hasta que termines siendo un viejo.

Una mueca irónica se extiende por el rostro de Willy.

—Esperar y beber té…

Ludwig se pone en pie.

—Y tu padre, ¿qué dice a esto?

Karl se echa a reír.

—Lo que dice la gente mayor llena de miedo. No se puede tomar en serio lo que dicen. Los padres olvidan siempre que uno ha sido soldado.

—¿Qué habrías llegado a ser si no hubieses pasado por la experiencia militar? —le pregunto.

—Probablemente librero…, asno de mí… —responde Karl.

La decisión adoptada por Karl ha impresionado mucho a Willy. Propone abandonar todos los trastos y con energía agarrar las cosas por donde deben cogerse.

La manera más sencilla de satisfacer el goce de la vida consiste en la comida, y por ello nos decidimos a practicar una correría de acaparadores. Las cartillas de racionamiento asignan cada semana, por persona, doscientos cincuenta gramos de carne, veinte de mantequilla, cincuenta de margarina, cien de cebada perlada y algo de pan. Con esto no hay ser humano que se harte.

Los acaparadores se reúnen en la estación a últimas horas de la tarde y por la noche, con objeto de salir para las aldeas muy temprano. Por tal causa hemos de coger el primer tren para que no nos precedan.

Cuando el tren comienza a rodar, despidiendo humo, se acurruca en el departamento una miseria gris, huraña. Escogemos un lugar alejado de la estación y nos distribuimos, siempre de dos en dos, con objeto de explorarlo sistemáticamente. Hemos aprendido muy bien lo que significa ir de patrulla.

Yo voy con Albert. Llegamos a una finca grande. Humea el montón de estiércol; las vacas están en largas filas en el corral; nos recibe el cálido olor del establo y la leche. Cantan los gallos. Los miramos con ansia, pero nos contenemos, pues hay gente en la era. Saludamos; nadie responde. Continuamos inmóviles, hasta que por fin una mujer grita:

—¡Largo del corral, hatajo de mendigos!

La finca siguiente. El campesino se halla precisamente fuera. Viste un largo capote militar, blande el látigo y dice:

—¿Sabéis cuántos han estado ya aquí antes que vosotros? Una docena.

Nos maravillamos, pues al fin y al cabo hemos salido en el primer tren. Posiblemente los otros habrán tenido que llegar la tarde anterior y pasado la noche en un cobertizo o al aire libre.

—¿Sabéis cuántos vienen a veces en un solo día? —sigue con sus preguntas el aldeano—. Alrededor de cien. ¿Qué se puede hacer entonces?

Lo comprendemos. La mirada del hombre queda prendida en el uniforme de Albert.

—¿Flandes? —inquiere.

—Flandes —contesta Albert.

—Yo también —explica el campesino, que entra en la casa y vuelve con dos huevos para cada uno. Sacamos la cartera, pero el hombre hace con la mano un ademán de rechazo—. Dejadlo, seguiré igual.

—Bueno, pues gracias, camarada.

—No hay por qué darlas, pero no lo digáis por ahí. De lo contrario, mañana tendré aquí a media Alemania.

La siguiente casa. En el seto, un letrero: «Prohibido acaparadores. Cuidado con los perros: muerden». Eso resulta práctico. Seguimos adelante. Un robledal y una gran casa de campo. Penetramos hasta la cocina. Hay en el centro un fogón de reciente construcción que podría valer para un hotel. Un piano a la derecha y otro a la izquierda. Frente al hogar, una gran librería con columnas torneadas y volúmenes con cantos dorados. Delante está todavía la vieja mesa y el taburete de madera. El aspecto resulta peregrino. ¡Y dos pianos!

Aparece la campesina.

—¿Tienen hilo? —pregunta—. Pero tiene que ser auténtico.

Nos miramos.

—¿Hilo? No.

—¿O seda? ¿Medias de seda?

Miro las fuertes pantorrillas de la mujer. Vamos comprendiendo poco a poco: quiere intercambiar, no vender.

—No, no tenemos seda —contesto—, pero sí dinero para pagar de buen grado.

Rechaza con un ademán.

—¡Bah! Dinero, papeles sucios. Eso tiene menos valor cada día.

Se aleja arrastrando los pies. Faltan dos botones en la espalda de su blusa de seda, de un rojo restallante.

—¿Nos podría dar al menos un poco de agua? —dice Adolf mientras la mujer se marcha.

Se da la vuelta de mal humor y nos ofrece un tazón lleno de agua.

—Bueno, no puedo andar perdiendo el tiempo —gruñe—. Sería preferible que trabajaran en vez de robar su tiempo a los demás.

Albert coge el tazón y lo estrella contra el suelo: la rabia no le deja hablar. Y hablo yo por él.

—¡Ojalá te cogiera un cáncer, vieja rústica! —grito.

Pero la mujer se dispara y parece de pronto una hojalatería en pleno funcionamiento. Salimos huyendo: una cosa así no es capaz de aguantarla ni el hombre más fuerte.

Continuamos nuestro recorrido, en cuyo transcurso nos tropezamos con enjambres de acaparadores. Dan vueltas en torno a las casas de labor como avispas hambrientas alrededor de un trozo de bollo de ciruelas. Comprendemos ahora el motivo de que los campesinos se vuelvan locos y puedan mostrarse groseros. Sin embargo, y a pesar de ello seguimos nuestro camino. Unas veces nos echan con cajas destempladas: otras, conseguimos algo. Otros acaparadores nos insultan y nosotros les respondemos de la misma forma.

Por la tarde nos reunimos todos en la taberna. No es muy grande el botín: un par de libras de patatas, un poco de harina, algunos huevos, manzanas, algo de col y de carne. El único que suda es Willy. Llega el último, con media cabeza de cerdo bajo el brazo. De los bolsillos sobresalen unos cuantos paquetes. En cambio, ya no lleva el capote: lo ha cambiado, pues tiene todavía uno en su casa y opina que, además, ya llegará alguna vez la primavera.

Disponemos aún de dos horas antes de que salga el tren. Y este tiempo me trae suerte: concretamente, hay en la taberna un piano con el que ejecuto la *Oración de una doncella*, apretando enérgicamente los pedales. La dueña del establecimiento aparece al oírme tocar. Escucha un rato y después me hace seña de que salga. Me escurro al portal y la mujer me explica que es amante de la música; pero que, por desgracia, son muy contadas las ocasiones en que se toca este piano. ¿No podría yo volver? Y, al mismo tiempo, me da media libra de mantequilla y me asegura que la podré obtener con frecuencia. Naturalmente, me muestro de acuerdo y me obligo a tocar dos horas cada vez que venga. A continuación toco lo mejor que puedo la *Tumba en la estepa* y la *Roca orgullosa a orillas del Rin*.

Luego partimos para la estación. Durante el camino nos encontramos con otros muchos acaparadores que tienen la intención de viajar en el mismo tren que nosotros. Pero todos tienen miedo a los municipales. Por fin se reúne un grupo numeroso, que espera a alguna distancia de la estación, en un rincón, ocultos por la ventosa oscuridad, para no dejarse ver antes de que llegue el tren. Después se corre poco peligro. Pero tenemos mala suerte: de pronto aparecen dos policías municipales en bicicleta. Se han aproximado silenciosamente por detrás, dando la vuelta.

—¡Alto, quieto todo el mundo!

Una excitación tremenda. Ruegos y súplicas. «¡Por favor, déjennos marchar, tenemos que coger el tren!».

—El tren no llegará hasta dentro de un cuarto de hora —dice el más gordo de los dos, sin inmutarse—. ¡Que se acerque todo el mundo!

Señala un farol, a cuya luz podrán ver mejor. Uno se cuida de que nadie se escape, mientras el otro revisa. El grupo está formado casi exclusivamente por mujeres, niños y viejos. La mayoría permanecen de pie, en silencio, sumisos; están acostumbrados a que se les trate así; y realmente no han creído del todo en la suerte de poderse llevar a casa, de contrabando, media libra de mantequilla. Contemplo a los municipales. Con sus rojas caras, sus verdes uniformes, sus sables y sus pistoleras, se muestran tan creídos y superiores como antes nosotros en el frente. «El poder —pienso—, siempre el poder, que nos endurece aunque tengamos sólo muy poco».

A una mujer le quitan unos pocos huevos. Y cuando ésta se aleja ya furtivamente, *el Gordo* le ordena volver.

—¡Alto! ¿Qué lleva ahí? —pregunta, señalando la falda—. ¡Sáquelo! —La mujer se queda convertida en piedra y se derrumba—. ¡En seguida! —La mujer saca de debajo de la falda un pedazo de tocino y lo entrega. El municipal lo pone a un lado—. Qué bien le habría venido, ¿verdad?

La mujer no acaba de entender lo ocurrido y pretende adueñarse otra vez del tocino.

—¡Lo he pagado…, me ha costado todo el dinero que tenía!

El municipal aparta la mano de la mujer y hace que otra le entregue una salchicha que escondía en la blusa.

—Está prohibido acaparar, eso lo sabe usted muy bien.

A la mujer no le importa renunciar a los huevos, pero suplica por su tocino…

—Al menos, el tocino. ¿Qué explicación voy a dar cuando vuelva a mi casa? Es para mis hijos.

—Diríjase a la Oficina de Abastecimiento y pida cartillas de racionamiento suplementarias —gruñe el municipal—, ése no es asunto nuestro. El siguiente.

La mujer se hace a un lado, tropieza, vomita y grita:

—¡Y para esto ha muerto mi marido en la guerra, para que mis hijos pasen hambre!

Una chica joven a quien le llega ahora el turno se llena de mantequilla la boca, hace tremendos esfuerzos para tragársela. Llena de grasa la boca, en los ojos una mirada de disimulo, engulle todo lo que puede; al menos así tendrá dentro de ella un poco antes de que se lo quiten. Muy poco…, pues después se sentirá mal y tendrá diarrea.

—El siguiente.

Nadie se mueve. El municipal, que se encuentra agachado, dice de nuevo:

—El siguiente.

Se endereza de mal humor y ve los ojos de Willy. Entonces vuelve a preguntar en tono considerablemente más comedido:

—¿Es usted el siguiente?

—No lo soy en absoluto —responde Willy con cara de pocos amigos.

—¿Qué lleva en el paquete?

—Media cabeza de cerdo —responde Willy con franqueza.

—Tiene que entregarla.

Willy no se mueve. El policía municipal vacila y mira a su compañero, que se pone a su lado. Un error muy grave: los dos parecen tener poca experiencia en estas cuestiones y no estar acostumbrados a tropezar con resistencia, pues el segundo tendría que haberse dado ya cuenta de que vamos juntos aunque no hayamos hablado entre nosotros. Por ello tendría que haberse mantenido a un lado para tenernos dominados con su arma. Cierto que no nos habríamos preocupado mucho… ¡Qué podrá significar una pistola! Pero, en vez de mantenerse apartado, se aproxima a su compañero por si se diera el caso de que Willy se enfureciera. No tardan en mostrarse las consecuencias. Concretamente, Willy entrega la media cabeza de cerdo. El asombrado municipal, al cogerla, se queda prácticamente indefenso, pues tiene ambas manos ocupadas. En el mismo instante, Willy, con toda tranquilidad, le arrea en los morros tal golpe que le hace caer. Antes de que el segundo pueda reaccionar Kosole le da un tremendo cabezazo en la quijada; y Valentin, que está detrás del policía, le aprieta la garganta de tal manera que el agente de la autoridad abre el pico de par en par. Kosole le mete al instante un periódico en la boca. Los dos municipales emiten sonidos guturales, degluten, escupen; pero no les sirve de nada: tienen papel en la garganta. Después, con sus propios cinturones les atamos las manos a la espalda. Esto ha sucedido muy de prisa. Pero… ¿dónde meterlos ahora?

Albert tiene la solución: ha descubierto, a cincuenta pasos de nosotros, una caseta solitaria en cuya puerta hay un corazón grabado: el retrete. Vamos a ese sitio corriendo y encerramos a los dos municipales. La puerta es de roble; los cerrojos, anchos y fuertes: transcurrirá su buena hora antes de que salgan de esta casita. Kosole se comporta decentemente: hasta coloca las bicicletas delante de la puerta.

Los demás acaparadores han asistido a la escena completamente atemorizados.

—Pescad vuestras cosas —sonríe Ferdinand con rostro irónico.

El tren pita ya a lo lejos. Entonces nos miran con temor y no se dejan repetir la orden dos veces; pero una vieja mujer está profundamente consternada.

—¡Dios mío —se lamenta—, han agredido a los policías municipales…, qué desgracia…, qué desgracia!

Parece ser que considera nuestra acción un delito que merece la muerte. También los demás están un poco trastornados a causa de lo ocurrido; el miedo a los uniformes y la Policía está muy dentro de su cuerpo.

Willy sonríe irónicamente.

—No llore, madrecita… ¡No nos habríamos dejado quitar nada aunque estuviéramos delante de un regimiento! Un viejo soldado entregando vituallas…, ¡sí que estaría bueno!

Es una suerte que muchas de las estaciones de los pueblecitos estén lejos de las casas. Nadie ha visto nada. El empleado de la estación sale ahora de su cuarto, bosteza y se rasca la cabeza. Marchamos hacia la barrera, Willy con la media cabeza de cerdo bajo el brazo.

—¡Te iba a dejar yo! —murmura mientras la acaricia amorosamente.

El tren parte. Saludamos desde la ventanilla. El empleado de la estación opina que los saludos van dedicados a él y nos contesta; pero adonde van nuestros saludos es al retrete. Willy saca mucho el cuerpo por la ventanilla y observa la roja gorra del jefe de estación.

—Regresa a su cuartucho —informa con aire de triunfo—. Los gendarmes podrán seguir trabajando todavía mucho tiempo.

La tensión remite en las caras de los acaparadores, que se atreven a hablar de nuevo. La mujer del tocino ríe con lágrimas en los ojos, tal es su agradecimiento. La única que llora con desconsuelo es la chica que devoró la mantequilla. Se precipitó más de la cuenta. Además, comienza a sentirse mal. Entonces entra Kosole en acción: da a la muchacha la mitad de su salchicha, y la chica se la esconde en la media. Por precaución, nos bajamos una estación antes de la ciudad y atravesamos los campos para salir a la carretera. Tenemos la intención de hacer a pie el último trayecto, pero pasa un camión con bidones, cuyo conductor viste un capote militar. Subimos al camión y así atravesamos velozmente la noche. Brillan las estrellas. Nos acurrucamos juntos, y de nuestros paquetes sale un agradable olor a cerdo.

II

La calle principal está cubierta por la niebla de la noche, húmeda y plateada. Grandes halos amarillos en torno a los faroles. Las personas caminan sobre algodón. A izquierda y derecha, los escaparates semejan hogueras misteriosas. *Wolf* emerge de la oscuridad y vuelve a desaparecer. Junto a los faroles, los árboles despiden un brillo negro y húmedo.

Valentin Laher está conmigo. No es que se queje precisamente, pero no puede olvidar su número de trapecio, con el que se presentó en París y Budapest.

—Eso se acabó, Ernst —dice—, los huesos crujen, y también tengo reúma. He probado y probado hasta quedarme roto. Ya no tiene objeto que comience de nuevo.

—¿Qué harás entonces, Valentin? —le pregunto—; en realidad, el Estado tendría que pagarte una pensión como a los oficiales jubilados.

—¡Bah! El Estado… el Estado… —responde Valentin desdeñosamente—, ése da sólo a quienes abren la boca como se debe. Estoy ahora preparándome para ejercitar un par de cosas con una bailarina; un número de espectáculo, ¿sabes? Eso le gusta al público, pero no es mucho; y realmente un artista que se precie tendría que avergonzarse de hacer una cosa así. Pero qué le vamos a hacer, uno tiene que vivir.

Valentin quiere ir al ensayo y me decido a acompañarle. En la esquina de la Hamkenstrasse, pasa por delante de nosotros, a través de la niebla, un sombrero flexible negro, debajo del cual se distingue un impermeable de color amarillo canario y una cartera de mano.

—Arthur… —llamo.

Ledderhose se detiene.

—¡Rayos! —exclama Valentin—, pues, sí que has progresado.

Y observa con ojos de perito en la materia la corbata de Arthur, de seda artificial, con adornos de color lila. Una corbata magnífica.

—Se va tirando, se va tirando —dice Ledderhose, halagado y presuroso.

—Y la preciosa tapadera sabática —se asomaba de nuevo Valentin, contemplando el sombrero flexible.

Ledderhose quiere seguir su camino. Da golpecitos en su cartera de mano.

—Tengo cosas que hacer, tengo que hacer…

—¿Es que ya no tienes el estanco? —le pregunto.

—Sí —responde—, pero ahora sólo comercio al por mayor. ¿No sabéis de algún sitio para oficinas? Pagaré lo que sea.

—No sabemos nada de locales para oficina —dice Valentin—, todavía no hemos llegado a tanto. Pero ¿qué hace tu mujer?

—¿Cómo? —pregunta Ledderhose, reservado.

—Hombre, cuando estábamos en las trincheras te lamentabas más que suficiente a causa de ella. Se había quedado demasiado delgada para tu gusto, y a ti te agradan las de carnes prietas.

Arthur sacude la cabeza.

—Ya no puedo recordarlo —contesta.

Y se marcha. Valentin se echa a reír.

—Cómo pueden cambiar las personas, Ernst, ¿verdad? En las trincheras, era sólo un quejica, y ahora es un hombre de negocios floreciente. ¡Con la cantidad de porquerías que hizo durante la guerra! Y ahora ya no quiere saber nada de nada.

—Pero le parece ir condenadamente bien —digo, pensativo.

Seguimos callejeando. Flota la niebla, y *Wolf* juega con ella. Caras que se aproximan y se alejan. Iluminado por una luz clara, veo de pronto un brillante sombrero rojo, de charol; y debajo, un rostro suavemente empañado por la humedad de la niebla, que presta así a los ojos un resplandor tanto más vivo.

Me detengo, el corazón palpitándome con fuerza. Es Adele. Súbitamente acude a mi memoria el recuerdo de los atardeceres de antaño, cuando, a nuestros dieciséis años, nos escondíamos en la penumbra de las puertas de las salas de gimnasia hasta que salían las chicas, con sus jerseys blancos, para después correr por las calles detrás de ellas, alcanzarlas y, respirando agitados, plantarnos frente a ellas delante de un farol, en silencio, mirándolas con fijeza, hasta que las chicas se alejaban y continuaba de nuevo la caza. Recuerdo también las tardes en que las veíamos en algún sitio, siempre un par de pasos detrás de ellas, demasiado tímidos para dirigirles la palabra, hasta que por fin, cuando entraban en una casa, sacábamos de pronto fuerzas de flaqueza para decirles adiós y salir corriendo.

Valentin mira en torno suyo.

—Da la casualidad de que tengo que volver —dice presuroso—, tengo que hablar con alguien. Ahora mismo regreso.

Y yo vuelvo corriendo en busca del sombrerito rojo, de la roja lucecita en la niebla, de los días de la juventud que precedieron a los del uniforme y las trincheras.

—¡Adele!

La muchacha vuelve la cabeza.

—¡Ernst! ¿Has vuelto?

Paseamos juntos. La niebla se desliza entre nosotros, *Wolf* salta y ladra en torno nuestro, suena la campanilla de los tranvías; el mundo es suave y cálido. De nuevo ha hecho acto de presencia el sentimiento, pleno, tembloroso, vacilante. Se borran todos estos años pasados, Un arco nos lleva hacia los años de la adolescencia, un arco iris, un claro arco que atraviesa la niebla.

No sé de qué hablamos. Tampoco importa, pues lo fundamental es que paseamos el uno al lado del otro y que ha retornado aquella suave música inaudible de años atrás; aquella cascada de presentimiento y anhelo, tras de la cual centellea con brillo de seda el verde de las praderas, detrás de la cual canta el murmullo plateado de los álamos y alborea el suave horizonte de la juventud.

¿Hemos andado mucho? No lo sé. Vuelvo solo, pues Adela se ha despedido; pero la alegría ondea en mí como una bandera grande y policroma. Esperanza y plenitud, mi pequeña habitación, de muchacho, las verdes torres y la gran extensión.

Mientras regreso, me tropiezo con Willy, y ambos nos dirigimos juntos a buscar a Valentin. Le alcanzamos en el momento de precipitarse con grandes muestras de alegría hacia un hombre a quien da una fuerte palmada en la espalda.

—Hombre, Kuckhoff, querido amigo, ¿de dónde sales? —Y tiende la mano al otro para saludarle—. Sí que es una casualidad, ¿verdad? Mira que encontrarnos de nuevo…

El otro le contempla un rato con ojos inquisitivos.

—¡Ah! Laher, ¿no?

—Claro, hombre, estuviste conmigo en el Somme. ¿Recuerdas todavía cómo en medio de la porquería devoramos los bollos de sartén qué me envió Lilly? Georg nos lo envió a las primeras líneas con el correo. Se jugó bonitamente el pellejo en aquella ocasión, ¿verdad?

—Sí, cierto —contesta el otro.

Los recuerdos tienen excitado a Valentin.

—Más tarde le alcanzó una buena —sigue relatando—, pero tú te habías marchado ya. Perdió un brazo, el derecho, algo que no es precisamente agradable para él, siendo cochero. Posiblemente se tendrá que dedicar a otra cosa. ¿Por dónde has andado desde entonces?

El otro responde de una forma vaga y dice después:

—Me alegro de haberle encontrado. ¿Qué tal le va, Laher?

—¿Qué? —replica Valentin, asombrado.

—Que cómo le va. ¿Qué hace usted?

¿Usted?

Valentin no se ha recuperado todavía. Durante unos momentos mira con ojos atónitos al otro, vestido con un abrigo muy elegante. Después deja resbalar su mirada por su propia ropa, se pone rojo como la grana y se aleja.

—¡Mono! —exclama.

Me da lastima Valentin. Probablemente haya pensado ahora por vez primera en la diferencia. Todos éramos soldados hasta hoy. Pero, en este momento, un individuo engreído ha hecho pedazos con sólo un «usted» la desenvoltura de Laher.

—Déjalo, Valentin —le aconsejo—, esa clase de sujetos se sienten orgullosos a causa de los méritos del padre, profesionalmente también.

Willy añade asimismo un par de expresiones enérgicas.

—Bonito camarada, el sujeto ése —dice por fin Valentin con rabia, pero no por ello se quita el mal sabor de boca; el recuerdo de lo ocurrido sigue molestándole.

Por suerte, nos tropezamos con Tjaden, que aparece gris como un trapo de limpiar.

—Oye, tú —le dice Willy—, la guerra ha terminado. Ahora podrías lavarte alguna vez.

—Hoy todavía no —replica Tjaden con acento de importancia—, pero sí el sábado. Entonces hasta me bañaré.

Retrocedemos. ¿Bañarse Tjaden? ¿Le quedará alguna reminiscencia de cuando fue sepultado en agosto? Willy se lleva la mano al oído, con expresión de duda.

—Creo que no te he oído bien. ¿Qué has dicho que ibas a hacer el sábado?

—Bañarme —explica Tjaden con orgullo—. Habéis de saber que el sábado me prometo.

Willy le mira como a un bicho raro. Después le planta la manaza en el hombro y pregunta en tono paternal:

—Dime una cosa, Tjaden; ¿no sientes a veces pinchazos en la nuca? ¿O quizás algún zumbido raro en los oídos?

—Sólo cuando como coles —concede Tjaden—. Entonces siento además un fuego graneado en el estómago. Una sensación repugnante. Pero bueno, volviendo a lo de mi novia: no es que sea una belleza. Tiene los pies torcidos y bizquea un poco; pero, a cambio, tiene buen corazón y su padre es carnicero.

Carnicero. Se nos hace la luz en la cabeza. Tjaden se muestra de buen grado dispuesto a informarnos con todo detalle.

—Se muere por mí. Bueno, y hoy hay que coger las cosas con rapidez. Los tiempos son malos, no hay más remedio que sacrificarse. Un carnicero es el último en morirse de hambre. Y prometerse no significa ni mucho menos estar ya casado.

Willy escucha con interés creciente.

—Tjaden —comienza después—, sabes que siempre hemos sido amigos.

—Hecho, Willy —le interrumpe Tjaden—, podrás conseguir un par de salchichas. Y por mí, alguna chuleta a la parrilla, además. Ven el lunes, que tendremos semana blanca.

—¿Cómo? —pregunto, asombrado—, ¿es que tenéis también un negocio de ropa blanca?

—Eso no, pero mataremos un caballo blanco.

Le prometemos con toda solemnidad no faltar y seguimos nuestro camino.

Valentin dobla la esquina hacia la Altstädter Hof. Es allí donde se reúnen los artistas. Un grupo de liliputienses está cenando en este preciso momento. Hay sobre la mesa nabos con caldo, y cada uno tiene a su lado un trozo de pan.

—Es de suponer que ésos se quedan al menos satisfechos con los nabos —gruñe Willy— al fin y al cabo tienen las panzas más pequeñas.

Carteles y fotografías cuelgan en las paredes. Polícromos pingajos, medio deshechos, con figuras de forzudos, domadoras de leones y payasos. Todos están viejos y amarillentos, pues la trinchera fue durante los últimos años la pista donde trabajaron los levantadores de pesos, los caballistas y los acróbatas. Para eso no tenían necesidad de carteles.

Valentin nos muestra uno de ellos.

—Ése fui yo en tiempos.

Un hombre de pecho abombado da un salto desde el trapecio sito en lo más alto de la carpa de un circo. Pero en esta figura no se puede reconocer a Valentin ni con la mejor voluntad.

Espera ya la bailarina con quien nuestro camarada quiere trabajar. Vamos al pequeño salón del restaurante, en uno de cuyos rincones hay unos cuantos decorados de teatro arrimados a la pared. Son parte del juguete cómico *Vuela, vuela, palomita*, una humorística pieza de la vida de nuestros soldados, con estribillo, que cosechó grandes éxitos durante dos años.

Valentin pone un fonógrafo encima de una silla y escoge unos discos. Una ronca melodía brota graznando de la bocina, la melodía de un disco gastado por el uso; pero todavía con un residuo de lozanía, como la voz gastada de una mujer marchita que antaño fuera hermosa.

—Tango —susurra Willy con aire de entendido en la materia, sin que su rostro muestre la menor señal de que acaba precisamente de leer el título del disco.

Valentin viste pantalones azules y camisa; la mujer, una malla. Practican un tango apache y un número de fantasía en el que la chica termina colgando con las piernas del cuello de Valentin mientras éste gira con toda la rapidez que puede.

Los dos practican en silencio, serias las caras. Sólo de vez en cuando se oye una palabra a media voz. Oscila la pálida luz del quinqué. El gas silba débilmente. Las sombras de los bailarines se deslizan, agrandadas, sobre los decorados de *Palomita*. Willy anda a ciegas como un oso en un intento de dar cuerda al gramófono. Valentin se detiene y Willy aplaude. Valentin rechaza el aplauso con un movimiento de la mano, malhumorado. La chica se cambia de ropa sin prestarnos atención. Lentamente se desata los zapatos de baile bajo la lámpara de gas. Debajo de la descolorida malla, se curva, flexible, la espalda. Después se endereza y alza los brazos para ponerse algo por la cabeza. Luces y sombras se alternan en sus hombros. Tiene unas piernas largas y hermosas.

Willy husmea por la sala y encuentra un texto de *Palomita*, en cuya parte posterior hay unos cuantos anuncios añadidos. Una pastelería ofrece bombas y granadas de chocolate, empaquetadas ya para envío directo a las trincheras. Una firma sajona ofrece abrecartas hecho de trozos de metralla, papel higiénico con frases

de grandes hombres sobre la guerra…, y dos series de tarjetas ilustradas con vistas: «Despedida del soldado» y «Estoy en la oscurísima medianoche».

La bailarina se ha vestido: parece completamente distinta con el abrigo y el sombrero. Hace un momento era un animal de movimiento felinos, pero ahora es una mujer como todas las demás. Apenas se puede creer que sólo ha necesitado ponerse las pocas prendas de ropa para cambiar de tal forma. Es extraño cómo pueden cambiarnos las ropas. Y cuánto más los uniformes.

III

Willy va a «Waldmann» todas las noches. Es un local de excursionistas situado en las cercanías de la ciudad, donde se baila por la tarde y por la noche. Voy yo también, pues Karl Bröger me ha contado que en ocasiones Adele va a este sitio; y me gustaría ver a Adele de nuevo.

Están iluminadas todas las ventanas de la sala del jardín de «Waldmann». Las sombras de los que bailan se deslizan sobre las cortinas corridas. Están ocupadas todas las mesas, no hay ni una silla libre. En los meses que han seguido a la terminación de la guerra se ha desatado una auténtica locura por divertirse.

Veo de repente un vientre blanco, deslumbrante, y un chaqué majestuoso: Willy de etiqueta. Le miro atónito, cegado. El chaqué, negro; el chaleco, blanco: el pelo, rojo: un mástil de bandera viviente.

Willy acepta con aire displicente mi asombro.

—¿Qué, te asombras, eh? —pregunta, y se da la vuelta como un pavo real—, ¡mi chaqué conmemorativo del emperador Guillermo! Lo que se puede hacer con un capote de la mili, ¿verdad? —Me da golpecitos amistosos en la espalda—. Hablando de todo, has venido en buena hora: hoy hay concurso de baile, con premios de primera clase. Empezará dentro de media hora.

O sea que podré practicar hasta entonces. La pareja de Willy es una especie de luchadora de lucha libre, una criatura poderosa, fuerte como un jamelgo de tiro. Practica con ella un *onestep* baile en el que lo más importante es la rapidez. Karl, en cambio, baila con una muchacha de la Oficina de Racionamiento, que lleva encima tantos collares y aros como un caballo de trineo. Así conjunta de la manera más cómoda el negocio y la diversión. Pero Albert…, Albert no está con nosotros a la mesa. Un poco confuso, nos envía un saludo desde un rincón, donde está sentado junto a una muchacha rubia.

—Ya le hemos perdido —asegura Willy, profético.

Yo estoy alerta, intentando pescar una buena pareja de baile, cosa que no resulta tan sencillo, pues muchas de ellas, cuando están sentadas a la mesa, parecen gráciles como corzas; pero después, cuando bailan lo hacen como pesados elefantes. Además, las bailarinas que se mueven con facilidad están muy solicitadas. Pero, a pesar de todo, consigo ponerme de acuerdo con una pequeña costurera.

Se oye un tocata. Alguien que luce un crisantemo en la solapa se adelanta y anuncia que una pareja de bailarines de Berlín presentarán lo más reciente: un foxtrott. Aquí no le conocemos aún, tan sólo hemos oído hablar de este baile.

Nos reunimos, llenos de curiosidad. La orquesta entona una música cortada. Los dos bailarines saltan uno en torno a otro como si fueran corderos. A veces se separan, para después cogerse del brazo y dar vueltas, cojeando.

Willy se estira y pone unos ojos como platos: es éste un baile hecho a su medida.

Es traída la mesa donde están los premios. Nos precipitamos hacia ella. Hay premios para el *onestep*, el boston y el foxtrott; tres para cada especialidad. Descartemos el foxtrott, no sabemos bailarlo; pero atacaremos a los otros dos como Blücher.

Todos los primeros premios consisten en diez huevos de gaviota o una botella de licor. Willy, desconfiado, indaga si los huevos de gaviota son comestibles o no. Vuelve tranquilizado. El segundo premio consiste en seis huevos de gaviota o un pasamontañas de lana. El tercero lo constituyen cuatro huevos o dos cajas de cigarrillos de la marca «Deutschlands Heldenruhm».

—Ésos no los cogemos de ningún modo —dice Karl, que está bien enterado en lo que a este tabaco se refiere.

Comienza el concurso. Hemos previsto a Karl y Albert para el boston; el *onestep* corre a cargo de Willy y de mí. Bien es verdad que tenemos puestas en Willy muy pocas esperanzas; sólo puede ganar si los del jurado son unos humoristas.

En el boston, Karl y Albert llegan con otras tres parejas a la ronda final. Karl lleva ventaja: el alto cuello de su uniforme de los días especiales, sus botas charoladas y los collares y aros de su caballo de trineo producen una impresión de aturdidora elegancia que nadie puede resistir. Es único en su porte y estilo, pero Albert es como mínimo tan bueno en cuanto a armonía se refiere. Los jurados toman nota cómo si estuvieran celebrando en «Waldmann» el concurso de selección para el Juicio Final. Karl resulta vencedor y se decide por los diez huevos de gaviota, pues conoce demasiado bien la marca del licor: él mismo la ha vendido aquí. Nos regala generosamente su botín, él tiene mejores cosas en casa, Albert obtiene el segundo premio. Con una mirada de confusión hacia nosotros, lleva los seis huevos de gaviota a la muchacha rubia. Willy lanza un silbido. Yo me lanzo al *onestep* con la menuda costurera y llego también a la fase final.

Para mi gran asombro, Willy no se ha movido de su asiento, ni siquiera se ha presentado. Me luzco con una variante especial de flexiones hacia delante y de tirones hacia atrás, sin dar vueltas, que antes no he sacado a relucir. La pequeña baila como una pluma y pescamos el segundo premio, que repartimos entre los dos.

Regreso a nuestra mesa, luciendo con orgullo en el pecho el alfiler de plata de la Agrupación del Reich para el Deporte de la Danza.

—Oye, Willy, so tonto —le increpo—, ¿por que no lo has intentado al menos? ¡A lo mejor hubieses conseguido la medalla de bronce!

—Sí, de verdad —se pone Karl de mi parte—, ¿por qué no has participado?

Willy se pone en pie, se estira, se arregla el chaqué, nos mira con altanería y responde sólo con dos palabras:

—¡Por esto!

Es en este momento cuando el hombre del crisantemo en la solapa anuncia la competición de foxtrott. Se presentan pocas parejas. Cuando Willy se dirige a la pista, no es que ande, es que marcha con solemnidad.

—Pero si no tiene la menor idea de esto —revienta de risa Karl.

Esperamos en nuestras sillas con el ánimo en suspenso, a ver qué da de sí esto. La domadora de leones sale al encuentro de Willy, quien le ofrece el brazo con un majestuoso ademán. Comienza la música.

En este momento Willy se transforma en un camello enloquecido. Salta, cojea, da brincos, gira como una peonza, da patadas al aire y arroja a la dama de aquí para allá; después atraviesa la sala a un trote cochinero, pero no llevando a la artista circense delante de él, sino al lado, de manera que la mujer hace flexiones para alzarse a pulso en el brazo derecho de Willy, extendido, mientras éste dispone de completa libertad en el otro lado, sin la preocupación de dar pisotones a la mujer. Inmediatamente después hace un número de tiovivo, con lo que los faldones de su chaqué se desprenden hasta adquirir la horizontalidad; y a continuación comienza a dar por la pista brincos como si fuera un macho cabrío al que le hubieran puesto pimienta debajo del rabo. Parece un trueno, gira como un torbellino, brama, y termina su exhibición con una pirueta inquietante; levanta del suelo a su pareja y la hace girar en el aire.

Ninguno de los que se encuentran en la sala tiene la menor duda de hallarse frente a un maestro, hasta ahora desconocido, del superfoxtrott.

Willy ha visto su oportunidad y la ha aprovechado. Vence con tanta superioridad que, detrás de él, no se presenta de momento nadie. Luego lo hace el segundo premio. Willy levanta en dirección nuestra la botella de licor con aire de triunfo. Bien es verdad que ha sudado de tal modo que se le ha desteñido el chaqué: la camisa y el chaleco se han tornado negros; el chaqué, en cambio, parece casi de color claro en comparación con las otras prendas.

Ha terminado el concurso, pero continúa el baile. Nos sentamos a la mesa y nos bebemos el premio de Willy. Falta sólo Albert: a ése no hay quien le arranque del lado de la chica rubia.

—Oye, ahí está Adele —me dice Willy, dándome un codazo.

—¿Dónde? —pregunto al instante.

Señala con el pulgar en dirección al revoltijo humano de la pista de baile. Es verdad, allí está bailando valses con un individuo alto y moreno.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —indago, pues me agradaría que hubiese sido testigo de nuestros triunfos.

—Ha llegado hace cinco minutos —explica Willy.

—¿Con ese holgazán?

—Con ese holgazán.

Mientras baila, Adele tiene la cabeza un poco echada hacia atrás, y la mano puesta en el hombro del individuo moreno.

Cuando veo el perfil de su rostro, a veces me quedo sin respiración, pues bajo la velada luz de esta sala la encuentro parecidísima a como la recuerdo de las noches anteriores a la guerra; pero, cuando la veo de frente la descubro mas llena; y cuando ríe es completamente distinta.

Bebo un buen trago de la botella de Willy. La menuda costurera pasa bailante por delante de mí en este preciso momento. Es más delgada y pequeña que Adele. Últimamente, cuando vi a Adele en la calle principal, entre la niebla no me di cuenta de cómo es ahora: una mujer hecha y derecha, con henchidos pechos y fuertes piernas. No puedo recordar si ya era así antes de la guerra, posiblemente en aquella época no prestara yo atención a éstas cosas.

—Se ha vuelto una moza de bandera —dice. Willy.

—¡Cierra el pico! —replico, enojado.

Termina el vals. Adele está recostada en la puerta y me acerco a ella. Me saluda; pero mientras tanto sigue charlando y riendo con el individuo moreno qué la acompaña. Permanezco inmóvil, contemplándola. El corazón me late con fuerza, como si estuviera a punto de tomar una decisión importante.

—¿Por qué me miras de ese modo? —pregunta.

—¡Bah! Por nada —respondo—. ¿Bailamos?

—Ahora no, la próxima —contesta, y se encamina hacia la pista de baile con su acompañante.

La espero y bailamos un boston. Lo hago todo lo mejor que puedo, y Adele sonríe con expresión de elogio.

—Sí que has aprendido a bailar en campaña.

—No fue allí precisamente —digo—, pero hace unos instantes hemos conseguido un premio.

Alza la vista al instante.

—Lástima, podríamos haberlo hecho juntos. ¿En qué ha consistido el premio?

—En seis huevos de gaviota y una medalla —replico. Me asciende el calor a la frente. Los violines tocan tan bajo que se oye el sonido de los muchos pies que se arrastran—. Ahora estamos bailando juntos —prosigo—, pero ¿recuerdas todavía cómo por la noche, antes de la guerra, corríamos uno detrás del otro desde la Asociación de Gimnasia?

Inclina la cabeza en señal de aprobación.

—Sí, éramos todavía bastante infantiles por aquel entonces. Mira hacia allá, a la chica del vestido rojo: esas blusas sueltas son ahora lo más moderno. Elegantes, ¿verdad?

Los violines traspasan la melodía al violoncelo. Temblorosos, como un llanto contenido, se estremecen con los tonos pardos dorados.

—Cuando te dirigí la palabra por primera vez —digo—, los dos salimos corriendo cada uno por nuestro lado. Fue en junio, en la muralla de la ciudad, lo recuerdo como si hubiera sido ayer mismo.

Adele hace una seña a alguien y después vuelve de nuevo la cabeza hacia mí.

—Sí, algo muy tonto. ¿Sabes bailar tangos? Aquel moreno de allí los baila de un modo fabuloso.

No respondo. La música se detiene.

—¿No querrás venir a nuestra mesa? —le pregunto.

Adele mira hacia este sitio.

—¿Quién es ese muchacho delgado que lleva botas de charol?

—Karl Bröger —explico.

Adele se sienta con nosotros. Willy le ofrece un vaso y hace un chiste. La muchacha se echa a reír y mira en dirección a Karl. De vez en cuando se posa también en mí la mirada del caballo de trineo de Karl: es la muchacha del vestido moderno.

Examino a Adele con asombro, tanto es lo que ha cambiado. ¿Es que también el recuerdo me ha engañado respecto a ella? ¿Ha ido creciendo y creciendo con exuberancia hasta sobrepasar con esta lozanía la realidad? La muchacha que está sentada ahora a la mesa es un mujer desconocida, algo ruidosa, que habla demasiado. ¿No tiene que haber escondida debajo de esta apariencia una persona distinta a la que conozco mejor? ¿Es que una persona puede cambiar de esta suerte por el simple hecho de ser un poco mayor? Pienso, que habrá de ser cosa de los años, pues ya han transcurrido más de tres. Adele tenía en aquella época dieciséis años y era una niña; ahora ha cumplido los diecinueve y se ha convertido en una mujer. De repente me invade la indecible nostalgia del tiempo: corre y corre y se transforma; y cuando se regresa, ya no se vuelve a encontrar nada. ¡Ah! La despedida es dura, pero el regreso es, quizás en ocasiones, más duro aún.

—¿A qué se debe esa cara tan rara, Ernst? —pregunta Willy—, ¿se te han convertido en aire las coles?

—Es un aburrido —dice Adele riendo—. También antes lo fue siempre. ¡Vamos, muéstrate un poco más suelto! A las chicas le gusta más así que cuando se está sentado como en un velatorio.

Pienso que se ha terminado. No por el hecho de flirtear con el individuo moreno y con Karl Bröger, no porque me encuentre aburrido, no porque ella haya cambiado… No, ahora me doy cuenta de que todo no tiene ningún sentido. Y corriendo y corriendo de un lado para otro, he llamado a todas las puertas de mi juventud, queriendo entrar de nuevo en ella; imaginaba que me acogería de nuevo, pues yo también soy joven todavía y he deseado tanto olvidar… Pero se ha alejado de mí como un espejismo, se ha hecho mil pedazos en silencio, se ha deshecho como la ceniza cuando la he tocado. No podía comprenderlo. Aquí tendría que haber quedado algo cuando menos. Lo he intentado una y otra vez y he sentido tristeza y ridículo… Pero ahora comprendo que también la guerra, una guerra callada y quieta, ha rugido en este panorama del recuerdo, y que no tendría sentido que yo continuara buscando mas. El tiempo se abre entre las dos épocas como un ancho abismo: no puedo

retroceder, ya no hay ningún sitio adonde volver; tengo que ir hacia delante, marchar adonde sea, pues no tengo meta alguna todavía.

Alzo la vista mientras mi mano se cierra con fuerza en torno al vaso de licor. Adele sigue sentada e intenta saber por Karl dónde se pueden conseguir de contrabando medias de seda. Se baila como antes, y la música continúa tocando los mismos valses… mientras yo sigo sentado igual en la silla, respirando y viviendo como antes… ¿No ha caído un rayo que me ha arrancado de aquí; no se ha hundido de repente un panorama en derredor mío; no me he quedado solo y acabo de perderlo todo realmente en este momento?

Adele se pone de pie y se despide de Karl.

—Así, pues, en casa de Meyer y Nickel —dice alegre—, de acuerdo, esa gente comercia a escondidas con toda clase de cosas. Iré mañana. Hasta la vista, Ernst.

—Te acompañaré un poco —le digo.

Me tiende la mano cuando estamos fuera del local.

—No puedes acompañarme más, me esperan.

A mis ojos, soy un tonto sentimental, pero no puedo remediarlo: me quito la gorra y le hago un profundo saludo, como si me despidiera para mucho tiempo no de ella, sino de todo lo anterior. Adele me mira un segundo con ojos interrogantes.

—A veces resultas realmente cómico —dice.

Y se aleja cantando.

Se han retirado las nubes, y la noche se cierne clara sobre la ciudad. La sigo con la vista largo tiempo y después me doy la vuelta.

IV

Celebramos en el salón de Konersmann la primera reunión del Regimiento desde que hemos vuelto de la guerra. Están invitados todos los camaradas, se pretende que la fiesta resulte brillante. Karl, Albert, Jupp y yo llegamos con una hora de anticipación, apenas podemos esperar el momento de ver de nuevo las viejas caras.

Mientras tanto estamos sentados en el cuarto de huéspedes contiguo a la gran sala, esperando a Willy y los demás. Nos disponemos precisamente a jugarnos a los dados una ronda de «Steinhäger», cuando se abre la puerta y se presenta Kosole. Se nos caen los dados de las manos, tanto es lo que nos asombra su aspecto: viene vestido de paisano.

Como casi todos, hasta ahora había seguido vistiendo su viejo uniforme; pero hoy, en honor del día, se ha presentado por primera vez de paisano. Y ahí le tenemos: un abrigo con cuello de terciopelo, sombrero verde y cuello alto, con corbata. Estas prendas le han convertido en una persona por completo distinta.

No nos hemos recuperado aún de nuestro asombro cuando aparece Tjaden. También viste de paisano por vez primera: chaqueta a rayas, zapatos bajos y bastón con empuñadura plateada. Se pasea orgullosamente por el local, alta la cabeza. Al tropezarse con Kosole, se queda asombrado, y Kosole se asombra también: hasta ahora, los dos se habían visto siempre vestidos de uniforme únicamente. Se examinan con atención todavía un segundo, pero acto seguido prorrumpen en estruendosas carcajadas: cada uno encuentra al otro tremendamente ridículo con la ropa de paisano.

—Hombre, Ferdinand, siempre había pensado que eras un hombre fino —sonríe Tjaden con ironía.

—¿Y eso? —inquiere Kosole, dejando de reír.

—Hombre, mira —y Tjaden señala el abrigo de Kosole—, se aprecia perfectamente que ha sido comprado en una ropavejería.

—Animal —rezonga Ferdinand, rabioso, y se vuelve; pero le veo enrojecer poco a poco.

No doy crédito a mis ojos: está de verdad confuso y, cuando cree que nadie le observa, mira a hurtadillas el abrigo objeto de burla. De haber vestido el uniforme, no le hubiese preocupado esto; sin embargo, se limpia con la raída manga unas cuantas manchas y después mantiene clavados largo tiempo los ojos en Karl Bröger, que viste un traje nuevo de primera calidad. No sabe que he estado observándolo. Pasado un rato, me pregunta:

—¿Qué es el padre de Karl?

—Juez de primera instancia —respondo.

—Vaya, juez de primera instancia —repite, pensativo—. ¿Y el de Ludwig?

—Secretario de la Recaudación de Impuestos.

Guarda silencio un rato y dice por fin:

—Bueno, posiblemente no pasará mucho tiempo sin que ya no queráis saber nada de nosotros…

—¡Estás loco, Ferdinand! —replico.

Se encoge de hombros, dubitativo. Ya no siento asombro; no es que solamente se vea a sí mismo cambiado con estas prendas de paisano, es que ha cambiado en realidad. Estas cosas le importaban un comino hasta ahora; pero en este momento se quita el abrigo y lo cuelga en el rincón más oscuro del local.

—Hace demasiado calor aquí —explica con aire de mal humor cuando se da cuenta de que le observo.

Digo que sí con la cabeza. Transcurrido un rato, pregunta de mala gana:

—¿Y tu padre?

—Encuadernador —le explico.

—¿De verdad? —Kosole se anima—. ¿Y el de Albert?

—Murió. Era cerrajero.

—Cerrajero —repite con satisfacción, como si un cerrajero fuera algo así como el Padre Santo—. Cerrajero, eso es algo extraordinario. Yo soy tornero. Hubiésemos sido colegas.

—Lo fuisteis —afirmo.

Veo que la sangre del Kosole militar vuelve de nuevo al Kosole civil. Adquiere de nuevo color y energía.

—Hubiera sido también una lástima —me asegura con énfasis.

Y sin levantarse, acierta con un magnífico puntapié a Tjaden, que pasa por delante en este preciso momento y vuelve a sonreír con ironía. Kosole vuelve a ser el de siempre.

Comienza a sonar la puerta de la gran sala. Llegan los primeros camaradas. Penetramos en el salón. El vacío local, con las guirnaldas de papel y las mesas todavía sin ocupar, produce una sensación desagradable. Algunos hombres forman grupos en los rincones. Descubro a Julius Weddekamp, que lleva puesto su deslucido chaquetón militar, y aparto con rapidez unas cuantas sillas para dirigirme a saludarle.

—¿Cómo estás, Julius? —le pregunto—, ¿recuerdas todavía que me debes una cruz de caoba? ¡Querías hacérmela con una tapa de piano! Puedes dejarla a un lado, amigo.

—Podría haberla usado para mí, Ernst —contesta con tristeza—: ha muerto mi mujer.

—Vaya por Dios, Julius, ¿de qué ha sido?

Se encoge de hombros.

—Posiblemente se haya deshecho de tanto estar haciendo cola delante de las tiendas durante el invierno. Luego se presentó un niño y ya no pudo resistirlo.

—¿Y el niño?

—Muerto también. —Alza los hombros como si tuviera frío—. Sí, Ernst, Scheffler ha muerto también. Lo sabes, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—¿Cómo ha ocurrido?

Weddekamp enciende su pipa.

—¿Recuerdas el tiro en la cabeza que le dieron en el diecisiete? Pues bien, quedó perfectamente curado, pero hace seis semanas comenzó a sentir de repente unas jaquecas tan espantosas que sentía tentaciones de lanzarse de cabeza contra la pared. Tuvimos que juntarnos cuatro hombres para llevarle al hospital. Inflamación o algo por el estilo. Al día siguiente ya había concluido. —Coge una segunda cerilla—. Sí, y ahora a su mujer no quieren ni pagarle una pensión.

—¿Y Gerhard Pohl? —sigo preguntando.

—No puede venir; Fassbender y Fritsch tampoco: están sin trabajo y no tienen dinero ni para comer. Los viejos chicos habrían venido de buena gana.

Entretanto, la sala se ha llenado a medias. Nos tropezamos aún con muchos de nuestros camaradas de compañía, pero resulta extraño: a pesar de ello, no quiere hacer acto de presencia el ambiente adecuado. Y sin embargo, durante semanas hemos tenido puestas en esta reunión nuestras alegrías y esperanzas, en la creencia de que significaría una liberación de muchas presiones, inseguridades y malentendidos. Puede ocurrir que ello se deba a las ropas de paisano de que está salpicado por doquier el conjunto de prendas militares; puede ser que las profesiones, las familias y las posiciones sociales se hayan introducido como cuñas; pero la realidad es que ha desaparecido por completo la antigua camaradería.

Todos los papeles están cambiados. Ahí tenemos a Bosse, el atolondrado de la compañía, a cuya costa siempre nos divertíamos por hacerse continuamente el tonto de tal manera. Mientras estuvimos en campaña, siempre aparecía lleno de suciedad y hecho un pingajo, y más de una vez le pusimos debajo del chorro de la bomba. Y ahora, aquí lo tienes; un magnífico traje de estambre, una perla en la corbata y botines en los pies, un hombre en buena posición económica, que lleva la voz cantante. Y junto a él, Adolf Bethke, que en campaña estaba tan por encima del otro que Bosse se daba por contento cuando aquél le dirigía la palabra tan sólo, es ahora de pronto, un pobre zapatero únicamente, que dispone, además, de algunas tierras de labor. Ludwig Breyer se ha dejado en casa el uniforme de teniente y se ha presentado vestido con el traje de su época de estudiante, ya demasiado pequeño y deslucido, y una corbata de la misma época, que lleva torcida. En cambio, su antiguo ordenanza, sentado cómodamente mientras le da golpecitos en la espalda, vuelve a ser un instalador en grande que posee en la calle comercial un negocio que marcha viento en popa. Debajo del uniforme abierto y roto, Valentin lleva un jersey viejo de color blancoazulado y tiene aspecto de vagabundo; pero era un soldado donde los hubiera… Y a Ledderhose, este perro encorvado, ahí lo tienes sentado con su resplandeciente sombrero, su impermeable de color amarillo canario, dándose importancia y fumando cigarrillos ingleses. Todo está revuelto, pero aun esto podría pasar. Sin embargo, también ha cambiado el tono, y en esto tienen que ver los trajes.

Hombres que antes no eran capaces de decir esta boca es mía hablan ahora con aire de gran importancia. Los que visten buenos trajes llevan dentro de sí algo de protectores; y los que llevan prendas pobres permanecen callados en su mayoría. Un profesor, que fue aspirante a oficial y, además, de los malos, se interesa con aire de superioridad por los exámenes de Karl y Ludwig. Éste debería contestarle volcándole en el cuello su cerveza. Gracias a Dios que la respuesta de Karl es muy desfavorable en lo que a cultura, exámenes y demás se refiere, mientras que, en cambio, dedica grandes elogios al negocio y el comercio.

Me pone enfermo esta charla insustancial. Habría sido preferible que no nos hubiésemos reunido jamás, al menos nos habría quedado el recuerdo. Intento en vano imaginarme que todos estos hombres visten de nuevo uniformes sucios y que este restaurante de Konersmann es una cantina en el acuartelamiento de descanso. No puedo conseguirlo ya, las cosas de aquí tienen más fuerza. Lo desconocido es más fuerte. Ya no es lo común lo que domina, se ha descompuesto en intereses individuales. A veces parece todavía traslucirse algo de la época en que todos vestíamos la misma ropa, pero esta impresión se ha tornado ya imprecisa y ha quedado difuminada. Son todavía nuestros camaradas y al mismo tiempo no lo son, esto es precisamente lo triste. Todo lo demás se ha deshecho en el transcurso de la guerra, pero habíamos creído en la camaradería. Y ahora lo comprobamos: lo que la muerte no ha conseguido ha podido lograrlo la vida: separarnos.

Pero no queremos creerlo. Ludwig, Karl, Adolf, Willy, Valentin y yo estamos sentados en la misma mesa. El ambiente es opresivo.

—Nosotros, al menos, estaremos unidos —dice Albert mientras pasea la mirada por la amplia sala.

Aseguramos que sí y nos estrechamos las manos, mientras en otro lado comienzan a agruparse los trajes buenos. No tomamos parte en esta nueva ordenación de las cosas. Nosotros nos mantendremos alejados de quienes apartan de ellos a los otros.

—Oye, Adolf, tú también —digo a Bethke.

Éste vuelve a sonreír después de no haberlo hecho durante muchísimo tiempo y pone su zarpa sobre nuestras manos.

Permanecemos juntos un rato. Adolf Bethke se ha marchado pronto, tenía mal aspecto. Me hago el propósito de ir a visitarle uno de estos días.

Aparece un camarero, que dice algo a Tjaden, susurrando. Éste rechaza con la mano.

—A las señoras no se les ha perdido nada por aquí.

Alzamos los ojos, sorprendidos. Sí, Tjaden sonríe, halagado. El camarero vuelve. Y detrás de él avanza con paso rápido una real moza. Tjaden se queda asombrado.

Sonreímos irónicamente, pero Tjaden es hombre de recursos. Haciendo un amplio movimiento, dice:

—Mi novia.

Ha solucionado el asunto con estas dos palabras. Willy toma a su cargo continuar las presentaciones. Comienza con Ludwig y termina presentándose a sí mismo. Después ruega a la muchacha que tome asiento con nosotros, a lo que ella accede. Willy se sienta junto a la chica y pone el brazo en el respaldo de la silla donde está sentada la novia de Tjaden.

—He oído que su padre posee la renombrada carnicería caballar de Neuen Graben, ¿no es así?

La muchacha inclina la cabeza en señal de aprobación, Willy se acerca un poco más, cosa que no le preocupa a Tjaden lo más mínimo. Se bebe cómodamente la cerveza. Pronto comienza entre la chica y Willy una conversación ingeniosa e interesante.

—Tenía muchas ganas de conocer a los señores —cuenta ella—. Mi tesoro me ha hablado de ustedes con mucha frecuencia; pero siempre que le he dicho que les trajera, no ha querido nunca.

—¿Qué? —Willy destroza a Tjaden con los ojos—, ¿llevarnos con él? Pues claro que iríamos, con muchísimo gusto, realmente con un gusto extraordinario. El canalla de él no nos ha dicho ni una sola palabra.

Tjaden se ha puesto algo nervioso. Es ahora Kosole el que se inclina hacia delante.

—Vaya, así que el tesoro ha hablado con frecuencia de nosotros, ¿eh? ¿Y qué ha contado?

—Tenemos que marcharnos, Mariechen —interviene Tjaden, levantándose, pero Kosole le obliga a sentarse de nuevo.

—Sigue sentado, mi tesoro. ¿Qué ha contado, señorita?

Mariechen está confiada del todo. Mira a Willy con coquetería.

—¿Es usted Herr Homeyer? —Willy hace una reverencia ante la carnicera—. Entonces ha sido usted a quien ha salvado —continúa ella la charla mientras Tjaden se remueve en la silla como si estuviera sentado encima de un hormiguero—. ¿No lo recuerda ya?

Willy se lleva las manos a la cabeza.

—Quedé sepultado después, y una cosa así ataca a la memoria de una forma terrible. Por desgracia, he olvidado muchas cosas.

—¿Salvado? —inquiere Kosole, la respiración en suspenso.

—Yo me voy, Mariechen, ¿vienes conmigo o no? —dice Tjaden, pero Kosole vuelve a sujetarle.

—Es tan modesto… —explica Marie con risa sofocada, resplandeciente de satisfacción—. Sin embargo, mató a tres negros que intentaban matar con sus hachas a Herr Homeyer. A uno, con el puño…

—Con el puño —repite Kosole sordamente.

—A los demás, con sus mismas hachas. Y después regresó con usted. —Mariechen contempla el metro noventa de estatura de Willy y hace con la cabeza enérgicos movimientos de aprobación mientras mira a su prometido—. Se puede contar con toda tranquilidad, tesoro, lo que fuiste capaz de hacer.

—Realmente —asiente Kosole—, se puede contar.

Willy mira un instante, absorto, los ojos de Mariechen.

—Sí, es un hombre magnífico —concede después. Y a continuación hace a Tjaden una seña con la cabeza—. Haz el favor de salir un momento conmigo.

Tjaden se levanta vacilando, pero no tiene ninguna mala idea en la cabeza. Los dos aparecen al cabo de unos minutos, cogidos del brazo. Willy se inclina hacia Mariechen.

—Bueno, arreglado, iré a hacerle una visita mañana por la noche. Al fin y al cabo, he de mostrar mi agradecimiento por haber sido salvado de los negros. Pero yo también salvé a su prometido en una ocasión.

—¿Sí?

—Quizá se lo cuente alguna vez, más tarde —sonríe Willy irónicamente.

Tjaden, aliviado, se aleja con su novia.

—Habéis de saber una cosa: mañana matan —nos dice Willy, pero nadie le escucha.

Hemos tenido que contenernos demasiado tiempo y chillamos ahora como si se tratara de una cuadra de caballos hambrientos. Kosole está casi a punto de vomitar, tales son las convulsiones que sufre a causa de la risa. Ha de transcurrir un rato antes de que Willy pueda explicarnos las ventajosas condiciones que ha obtenido de Tjaden respecto a la entrega de salchicha de caballo.

—Tengo al muchacho en mis manos —dice después con sonrisa satisfecha.

V

He pasado la tarde en mi casa, intentando hacer alguna cosa, pero no ha resultado en nada, y desde hace una hora camino sin rumbo fijo por las calles. En mi deambular, paso frente al «Holländische Diele», la tercera licorería abierta en el transcurso de tres semanas. Estos locales, con sus polícromos letreros, brotan por doquier como hongos entre las fachadas de las casas. El establecimiento «Holländische Diele» es la licorería más grande y elegante de todas.

Delante de la iluminada puerta de cristal, está el portero, mitad coronel de húsares, y mitad obispo, un fornido individuo que tiene en la mano un bastón con guarniciones doradas. Miro con fijeza a tal individuo, que al instante pierde toda su dignidad. Me da un golpe en el estómago con su imponente bastón y sonríe satisfecho.

—¡Hola, Ernst, viejo espantapájaros! ¿*Comansavá*, como dicen los franceses?

Es Anton Demuth, antiguo aspirante a oficial, que sirvió en nuestra cocina durante la guerra. Le saludo con marcialidad, pues durante la mili nos inculcaron que los saludos iban dirigidos al uniforme, no a la persona que los vestía. Y el fantástico uniforme que tengo delante es de primera clase, digno cuando menos de cuadrarse ante él.

—Salud, Anton —contesto riendo—. Y para hablar ahora mismo de algo sensato, dime una cosa: ¿tienes algo de comer?

—Buen ojo —contesta, asintiendo—. Concretamente, tenemos en esta tienda de jugos a Elstermann Franz. ¡De cocinero!

—¿Cuándo puedo darme una vuelta por aquí? —pregunto, pues este hecho es suficiente para saber a qué atenerse.

Elstermann y Demuth eran los requisadores más grandes de toda Francia.

—Después de la una de la mañana —contesta Anton, guiñándome un ojo—. Hemos conseguido de un inspector de la Oficina de Abastecimientos una docena de gansos, género de matute. ¡Puedes tener la seguridad de que Elstermann Franz amputará antes las patas a un par de ellos! ¿Quien puede afirmar que no hay guerra entre los gansos, siendo así que pueden perder las patas?

—Nadie —confirmo. Y pregunto a continuación—: ¿Hay movimiento aquí?

—Lleno a rebosar todas las noches. Echa un vistazo al interior.

Aparta un poco la cortina y miro él local por una rendija. Una luz suave y cálida ilumina las mesas; el humo azulado de los cigarrillos forma franjas que cruzan el salón; relumbran las alfombras; resplandece la porcelana y brilla la plata. Hay mujeres sentadas a las mesas, rodeadas de camareros; y con ellas hombres que no sudan lo más mínimo ni se muestran tímidos. Dan sus instrucciones con una naturalidad asombrosa.

—Qué, hombre, te gustaría estar alguna vez bien a gusto en la montaña rusa, ¿verdad? —opina Anton, dándome un codazo en las costillas.

No contesto, pues este pedazo de vida lleno de color y niebla me excita de una manera curiosa. Hay en esto algo irreal, casi como si fuera producto de un sueño el hecho de estar yo aquí, en una calle oscura, pisando la embarrada nieve mientras contemplo la imagen a través del resquicio de la puerta. Me fascina esto, sin olvidar que quizá sean sólo especuladores los que se están gastando el dinero dentro del local; pero hemos estado demasiado tiempo en sucios agujeros practicados en la tierra cómo para que a veces no brote en nosotros un ansia violenta y loca de lujo y elegancia, pues lujo equivale a estar bien cuidado y protegido. Y precisamente es esto algo que no conocemos en realidad.

—Bien, hombre, ¿qué te parece? —me pregunta Anton una vez más—. Una vida cómoda, como la de mininos tumbados en la cama, ¿no?

Tengo la impresión de comportarme como un necio, pero en estos momentos no puedo responder acertadamente. Esta manera de hablar, que ha sido también la mía durante años, y a la que no he puesto nunca reparos, se me antoja de pronto burda y repugnante. Por suerte, un automóvil se detiene delante de la puerta y Anton ha vuelto a ser una estatua llena de compostura y dignidad. Desciende una delgada criatura y atraviesa la puerta, un poco inclinada hacia delante, apretándose la piel contra el pecho con una mano, resplandeciente el cabello debajo de un ajustado casco dorado, las rodillas muy juntas, delgados pies y estrecho el rostro. Pasa por delante de mí meciéndose suavemente, envuelta en un aroma lánguido y amargo. Y de repente me invade un loco deseo de atravesar la puerta giratoria con esta mujer-niña y acompañarla hasta las mesas protegidas por la agradable atmósfera de luces y colores; de cruzar a su lado una existencia suave y descuidada, una existencia rodeada por camareros, sirvientes y la capa aislante del dinero; una existencia serena, sin la penuria y la suciedad que son desde hace años el pan nuestro de cada día.

Posiblemente tenga yo todo el aspecto de un muchacho de la escuela, pues Anton Demuth deja salir de entre su barbas un risa glogloteante y me empuja hacia un lado, mirándome de soslayo.

—Aunque se cubran con sedas y terciopelos…, todo es lo mismo en la cama.

—Naturalmente —coincido, y añado una salida puerca para que mi camarada no se dé cuenta de lo que pasa por mi interior—. Entonces, hasta la una, Anton.

—Pupila —responde con dignidad—. O *bonsuar*, como dicen los franceses.

Sigo mi camino, las manos muy metidas en los bolsillos. Cruje la nieve debajo de mis zapatos. La aparto de un puntapié, irritado. ¿Qué podría hacer si de verdad estuviera sentado a una mesa con una mujer así? Sólo mirarla con ojos absortos, sólo eso. Ni siquiera podría comer sin sentirme en apuros. Y pienso que debe resultar muy difícil estar todo el día al lado de una persona de esta clase. Siempre ojo alerta, siempre con cuidado. Y en cuanto a la noche…, en ese aspecto, ni la menor experiencia. Cierto que he tenido algunas experiencias con mujeres, pero lo aprendí

al lado de Jupp y Valentin. Y con damas de esta especie no será eso con seguridad lo adecuado.

La primera vez que estuve con una mujer fue en junio de 1917. Nuestra compañía estaba por aquel entonces alojada en barracones. Era mediodía y corríamos y nos revolcábamos por las praderas con dos perros jóvenes que se nos habían unido. Las orejas enhiestas y brillante la piel, los animales se agitaban como locos entre la alta hierba del verano. Estaba azul el cielo. Y la guerra, lejos.

En este momento, Jupp llegó corriendo desde la oficina. Los perros corrieron también a su encuentro y le rodearon, saltando. Se los quitó de encima y gritó:

—¡Han llegado órdenes, tenemos que partir esta noche!

Sabíamos lo que esto significaba. Desde algunos días antes, el fuego graneado de la gran ofensiva tronaba en el horizonte occidental; desde algunos días antes, veíamos regresar regimientos derrotados, y, cuando hacíamos a alguien preguntas relacionadas con lo sucedido, el interpelado nos contestaba tan sólo con un movimiento de la mano y seguía mirando hacia delante, la mirada rígida, fija; desde días antes, pasaban coches cargados de heridos; desde días antes, hacíamos mañana tras mañana largas filas de tumbas… Nos pusimos en pie. Bethke y Wessling se encaminaron hacia sus mochilas, con ánimo de sacar papel para escribir; Willy y Tjaden se dirigieron a la cocina de campaña; y Franz Wagner y Jupp me convencieron para que los acompañara a un burdel.

—¡Hombre Ernst —dijo Wagner— has de tener una idea de lo que es una moza! Quién sabe si mañana no estaremos ya todos en el otro barrio; dicen que los de enfrente han traído un montón de artillería nueva. Sería una estupidez demasiado gorda que te largaras al otro mundo como una doncella virgen.

El burdel militar estaba en una pequeña población, a una hora de camino poco más o menos. Nos dieron un pase y tuvimos que esperar bastante tiempo, pues también iban al frente otros regimientos, y había muchos que todavía deseaban llevarse con ellos rápidamente todo lo que pudieran de esta vida. Tuvimos que entregar nuestros pases en un pequeño cuarto. Un cabo de Sanidad nos examinó para comprobar si estábamos sanos. Después nos inyectaron unas cuantas gotas de «Protargol» y un sargento nos explicó que costaba tres marcos y que no podía durar la cosa más de diez minutos a causa de la aglomeración existente. Acto seguido nos pusimos en la escalera a esperar nuestro turno.

La fila se movía despacio. Sonaban arriba las puertas. Cada vez que salía uno, se oía inmediatamente: «El siguiente».

—¿Cuántas vacas hay? —preguntó Franz Wagner a uno de Ingenieros.

—Tres —respondió el interpelado—, pero no puedes escoger. Es una lotería… Si tienes suerte, pescarás a una abuela.

Casi me puse malo en la maloliente escalera, donde hervía el calor y la transpiración de los demacrados soldados. Me habría largado de buena gana, pues se me había pasado toda la curiosidad; pero sentía miedo de que los otros se rieran de mí. Y por ello continué esperando.

Me llegó el turno por fin. Mi predecesor tropezó conmigo al salir, y entré en la habitación. Era un cuarto bajo y oscuro, con un olor tan pronunciado a fenol y sudor que se me antojó extraño ver frente a la ventana las ramas de un tilo, en cuyo verde follaje hacía remolinos el viento y brillaba el sol, tal era la sordidez que imperaba en la habitación. Había encima de una silla una palangana con agua de color rosa; y, en un rincón, una especie de catre con un cobertor deshilachado. La gruesa mujer llevaba una camisa corta y transparente. No me miró siquiera, sino que al instante se tendió sin prestarme atención. Por fin, cuando se dio cuenta de que no me acercaba a ella, levantó la vista, con una mirada de impaciencia: su cara de esponja reflejó entonces un destello de comprensión. Vio que yo era todavía muy joven. Sencillamente, no era capaz; me sentía invadido de un horror y un asco que casi me hizo vomitar. La mujer hizo un par de movimientos para animarme, unos gestos groseros y repugnantes; intentó atraerme hacia ella e incluso sonrió en la tentativa, con una sonrisa dulzona y coqueta. Era para tenerle lástima, pues al fin y al cabo no era sino un pobre colchón del Ejército, que día tras día tenía que soportar a veinte, treinta o más individuos. Dejé allí mi dinero y salí de la habitación rápidamente, bajando con la misma rapidez las escaleras.

Jupp me guiñó un ojo.

—¿Qué, como ha ido la cosa?

—De primera —respondí como un viejo entendido en la materia.

Nos dispusimos a marcharnos, pero antes tuvimos que pasar de nuevo por el cabo de Sanidad y recibimos una nueva inyección de «Protargol».

Mientras empaquetábamos nuestras cosas, pensé, desesperado y melancólico, en que si esto era el amor. ¡El amor de que estaban llenos todos los libros qué tenía en casa, un amor del que tanto había esperado en los sueños inconcretos de mi juventud! Enrollé mi capote, empaqueté mi plano de tienda, me entregaron munición y nos marchamos después. Yo, silencioso y triste, pensaba que de todos los elevados sueños de la vida y el amor no había quedado otra cosa que un fusil, una prostituta obesa y el sordo tronar en el horizonte hacia donde marchábamos despacio. Llegó la noche, oscura como boca de lobo, llegaron también las trincheras y la muerte. Franz Wagner cayó aquella noche, y perdimos además veintitrés hombres.

Caen de los árboles gotas de lluvia y me levanto el cuello del capote. Ahora siento con frecuencia ansia de ternura, de palabras tímidas, de afectos grandes, vibrantes; quisiera salir de la espantosa forma de vivir en estos últimos años, susceptible de una sola interpretación. Pero ¿qué sucedería si realmente se lograra…, si de nuevo regresaran la suavidad y la amplitud de antaño, si realmente alguien quisiera ser bueno conmigo, quizás una esbelta y delicada mujer, como aquélla del

casco de oro y las suaves articulaciones? ¿Qué sucedería, incluso aunque realmente la embriaguez de una noche azul y plata descendiera sobre nosotros, infinita y ensimismada? ¿No se interpondría en el último instante la obesa figura de la prostituta; no se oirían las relinchantes voces de los suboficiales de mi cuartel, contando entre carcajadas su porquerías; no desharían y agujerearían todo sentimiento puro los recuerdos, los jirones de conversación, las maneras inequívocas de la mili? Somos todavía casi castos, pero nos han destruido la fantasía sin que nos hayamos dado cuenta. Y antes de que tuviéramos la menor noción del amor, nos examinaban en fila, abiertamente, para comprobar si teníamos o no enfermedades venéreas. La respiración en suspenso, el ímpetu indomable, el viento, la oscuridad; la pregunta…, todo aquello existía cuando, teniendo dieciséis años, corríamos detrás de Adele y las otras chicas bajo la luz de los faroles, que oscilaba a impulsos del viento. Después jamás lo he vuelto a encontrar de nuevo, tampoco cuando estuve con una mujer que no era prostituta y pensé que sería distinto, y la mujer se apretaba con fuerza y el deseo me hacía estremecer. Después estaba siempre triste.

Involuntariamente, ando con más rapidez y respiro más de prisa. Quiero recuperarlo, tengo que recuperarlo; debe volver de nuevo, pues en otro caso la vida no tendrá sentido alguno.

Me dirijo a casa de Ludwig Breyer, en cuya habitación todavía hay luz. Tiro piedras a la ventana. Ludwig baja y me abre la puerta.

Arriba, en la habitación, Georg Rahe está de pie frente a las cajas que contienen la colección de minerales de Ludwig. Tiene en la mano un grueso cristal de roca, al que mueve para que lance destellos.

—Menos mal que te encuentro, Ernst —sonríe—. He estado ya en tu domicilio. Me marcho mañana.

Viste el uniforme.

—Georg —digo, atragantándome la voz—, no irás a…

—¡Claro que sí! —Inclina la cabeza en señal de aprobación—. Ser soldado de nuevo. Es cierto. Ya está solucionado todo. Mañana comienzo.

—¿Lo comprendes? —pregunto a Ludwig.

—Sí —responde éste—, lo comprendo, pero no sirve de nada. —Se vuelve entonces hacia Rahe—. Estás decepcionado, Georg, pero piensa que es una cosa natural. Mientras estuvimos en campaña, nuestros nervios permanecieron siempre tensos hasta el máximo, pues continuamente estaba en juego la vida. Ahora, en cambio, ondean como las velas en medio de una calma del viento, pues aquí se trata de pequeños progresos.

—Cierto —replica Rahe—. Es este pobre revoltijo de comida, ambiciones y unos cuantos ideales cosidos por encima lo que me hace sentir auténtica repugnancia, y precisamente por eso me voy.

—Si es absolutamente necesario que hayas de emprender algo, entonces puedes participar en la revolución —intervengo—, a lo mejor llegas a ministro de la Guerra.

—¡Bah! —exclama Georg, desdeñoso—. Esta revolución se ha hecho con las manos en la costura de los pantalones, por secretarios de partido que ya tienen miedo de su propio coraje. Fíjate cómo entre ellos andan a la greña: socialdemócratas, independientes, espartaquistas, comunistas. Mientras tanto, los otros les deshacen con toda tranquilidad de conciencia las pocas buenas cabezas de que disponen y ni siquiera se dan cuenta.

—No, Georg —replica Ludwig—, no es así. Hemos hecho una revolución con demasiado poco odio, ésa es la verdad, y hemos querido ser justos desde el principio. Y ello ha sido la causa de que todo haya perdido la fuerza. Una revolución tiene que arrasar lo que encuentre a su paso como si fuera un incendio forestal; luego se podrá empezar la siembra más tarde. Pero no queríamos destruir nada; y, sin embargo, pretendíamos renovar. No hemos tenido siquiera fuerzas para odiar, tan cansados y extenuados nos ha dejado la guerra. Uno incluso se puede dormir de cansancio en pleno fuego graneado, como sabéis muy bien. Pero quizá no sea todavía demasiado tarde para lograr por medio del trabajo lo que se ha desperdiciado en el ataque.

—Trabajo —responde Georg con acento desdeñoso, haciendo destellar debajo de la lámpara el cristal de roca—. Podemos combatir, pero no trabajar.

—Tenemos que aprender de nuevo —observa Ludwig con serenidad desde el rincón de su sofá.

—Estamos echados a perder para eso —contradice Georg.

Se hace el silencio unos instantes. Zumba el viento delante de las ventanas. Rahe pasea a grandes zancadas por la pequeña habitación de Ludwig, y se experimenta la sensación de que no encaja ya entre estas paredes llenas de libros, de silencio y de trabajo; como si el enérgico y claro rostro que se alza sobre el uniforme gris fuera todavía algo que sólo perteneciera a las trincheras, la guerra y el combate. Apoya los puños sobre la mesa y se inclina hacia Ludwig. Choca contra las hombreras de su uniforme la luz de la lámpara, y detrás de él centelleaban los pedazos de cuarzo de la colección de minerales.

—Ludwig —dice con tacto—, pero ¿qué hacemos aquí? Mira en torno tuyo y comprueba lo desmadejado y triste que aparece todo. Nos hemos convertido en una carga para nosotros mismos y para los demás. Nuestros ideales están en bancarrota, nuestros sueños han quedado destrozados, y, en este mundo lleno de gente práctica y especuladores, vamos de un lado para otro como unos quijotes derrotados en otro país.

Ludwig le contempla largo tiempo.

—Creo que estamos enfermos, Georg; tenemos aún la guerra metida en nuestros huesos.

Rahe inclina la cabeza en señal de aprobación.

—No nos desprenderemos jamás de ella.

—Al contrario —replica Ludwig—, pues en tal caso todo habría sido en vano.

Rahe se endereza con rapidez y golpea la mesa con los puños.

—¡Ha sido en vano, Ludwig, eso es lo que me pone loco! ¡Qué personas tan distintas éramos cuando iniciamos la marcha en esta tormenta de entusiasmo! ¡Parecía comenzar una época nueva: había sido barrido todo lo viejo, lo enmohecido, lo mediano, lo partidista; éramos una juventud como no había existido antes otra!

Aprieta el trozo de cristal de roca como si fuera una bomba de mano.

—Ludwig —prosigue—, he estado tumbado en muchos abrigos de trinchera, y éramos unos muchachos todos los que nos acurrucábamos en torno a una vela miserable, esperando, mientras rugía sobre nosotros como un terremoto el fuego de contención… Habíamos dejado ya de ser reclutas y sabíamos qué esperábamos, sabíamos lo que se acercaba. Pero Ludwig, en aquellas caras sumidas en la semioscuridad, debajo de tierra, había algo más que comprensión, más que disposición a morir: en aquellas caras duras e inmóviles había la voluntad de un futuro distinto. ¡Y esta voluntad estaba presente cuando nos lanzábamos al asalto, y estaba presente todavía cuando moríamos! Nos fuimos aquietando año tras año, mucho se desprendió de nosotros, pero quedó esta voluntad. Y ahora, Ludwig, ¿dónde está ahora? ¿Comprendes que todo esto se haya podido hundir en este amasijo de orden, deber, mujeres, regularidad, legalidad y como pueda llamarse todo lo que califican aquí de vida? No, fue entonces cuando vivimos; y aunque me digas cien mil veces que odias la guerra, te contesto que fue entonces cuando vivimos de verdad, porque estábamos juntos y porque ardía en nuestro interior algo de más valor que toda esta suciedad de aquí. —Respira agitadamente—. Tiene que haber sido para algo, Ludwig. Una vez, durante un momento, cuando se hablaba de revolución, pensé: Ahora llega la liberación; ahora retrocede la corriente, arrastra todo y cava orillas nuevas… ¡Y bien sabe Dios que habría estado de su parte! Pero la corriente se ha deshecho en miles de pequeños regueros; la revolución fue la manzana de la discordia en la conquista de puestos y puestecillos; se ha filtrado, se ha embadurnado de suciedad, ha sido absorbida por las profesiones, las circunstancias, las familias y los partidos. Y por ahí no paso. Voy hacia un sitio donde encuentre camaradería de nuevo.

Ludwig se pone en pie, roja la frente y ardiente la mirada. Mira muy de cerca a Georg, cara a cara.

—¿Y por qué, Georg, por qué? ¡Porque nos han engañado, porque hemos sido engañados de una forma que al principio apenas podíamos sospechar! ¡Porque han abusado terriblemente de nosotros! Se nos hablaba de la patria y estaban en mente los planes de ocupación de una industria codiciosa: nos hablaban de honor y estaban en mente las disputas y los afanes de poder de un puñado de príncipes y diplomáticos ambiciosos; nos hablaban de nación y estaba en mente el afán de actividad de generales sin ocupación. —Pone las manos en los hombros de Rahe y lo sacude—. ¿Es que no lo comprendes? ¡Metieron en la palabra patriotismo su fraseología, su

manía de gloria, su ansia de poder, su embustero romanticismo, su estupidez, su avidez comercial, y nos lo presentaron como un ideal brillante! ¡Y nosotros creímos que era el toque de trompetas anunciador de un destino nuevo, fuerte, poderoso! ¿No lo entiendes? ¡Hemos guerreado contra nosotros mismos sin saberlo! ¡Y cada disparo que daba en el blanco alcanzaba a uno de nosotros! Óyeme, te lo digo a gritos: ¡La juventud del mundo se ha puesto en pie, y ha sido engañada y se ha abusado de ella en todos los países; en cada país ha combatido por intereses en vez de luchar por ideales; ha sido acribillada en cada país y se ha exterminado mutuamente! ¿Es que no lo comprendes? Sólo existe una clase de lucha: el combate contra la mentira, contra las cosas a medias, contra el compromiso, contra la vejez. Pero nosotros nos dejamos engañar por sus frases y luchamos por ellos en vez de contra ellos. Creíamos que combatíamos por el futuro, pero luchábamos contra él. Está muerto nuestro futuro, pues está muerta la juventud que lo llevaba. Nosotros somos únicamente algunos supervivientes, los residuos. Pero los otros viven; los hartos, los contentos, ¡más hartos y satisfechos que nunca! ¡Pues los descontentos, los que urgían, los que asaltaban, han muerto precisamente para esto! ¡Piénsalo! ¡Ha sido aniquilada una generación! ¡Una generación de esperanza, de fe, de voluntad, de fuerza y de poder ha sido hipnotizada para que se suicide, disparando unos contra otros, a pesar de que perseguía los mismos objetivos en todo el mundo!

Se le quiebra la voz. Sus ojos están preñados de sollozos y de furor. Todos nos hemos puesto en pie de un salto.

—Ludwig —digo, rodeándole el cuello con el brazo.

Rahe coge la gorra y echa el trozo de cuarzo en la caja.

—Hasta la vista, Ludwig, viejo camarada.

Ludwig está de pie frente a Rahe, apretados los labios, salientes las mandíbulas.

—¡Tú te marchas, Georg —balbucea—, pero yo me quedo! ¡No me doy todavía por vencido!

Rahe le contempla largo tiempo, y después dice con calma.

—No hay esperanzas —replica, y se ajusta el cinturón.

Acompaño a Georg escalera abajo. Por la puerta penetra ya el gris plomizo del amanecer. Resuenan los escalones de piedra. Salimos a la calle como si lo hiciéramos de un abrigo de trincheras. La calle, completamente vacía y gris, se extiende a lo lejos. Y Rahe señala:

—Todo son trincheras, Ernst… —señala las casas—, verdaderos abrigos de trincheras… La guerra sigue…, pero una guerra sucia…, unos contra los otros…

Nos estrechamos la mano. No puedo hablar. Pero Rahe sonríe.

—Pero ¿qué te ocurre, Ernst? Ahí, en el Este, ya no existe ningún frente de verdad. Vamos, la cabeza alta, que somos soldados. No es tampoco la primera vez que nos despedimos…

—Al contrario, Georg —replico apresuradamente—, creo que es ahora cuando nos despedimos realmente por primera vez.

Permanece un momento frente a mí, inmóvil. Después inclina despacio la cabeza en señal de aprobación y se marcha calle abajo sin volverse, esbelto, tranquilo. Y cuando ya ha desaparecido, todavía oigo durante un rato el sonido de sus pasos.

QUINTA PARTE

I

Se ha recibido una disposición relativa a los exámenes: tratar con gran indulgencia a los excombatientes. Y así sucede. En consecuencia, aprobamos todos. El curso siguiente, en el que están Ludwig y Albert, será examinado, según dicen, dentro de tres meses. Ambos tendrán que esperar hasta entonces, a pesar de que han sido ellos quienes han escrito los trabajos de cuatro de nosotros.

Pocos días después del examen, se nos asignan con carácter interino plazas de maestro en los pueblecitos circundantes. Estoy contento de que así sea, pues estoy harto de ir de aquí para allí sin meta alguna. Ello me ha llevado únicamente a cavilaciones, tristezas y desenfrenos ruidosos e insensatos. Ahora quiero trabajar.

Hago la maleta y emprendo el viaje en unión de Willy; hemos tenido la suerte de ser vecinos. Nuestras respectivas aldeas están distanciadas entre sí apenas una hora de camino.

Me alojo en una vieja casa campesina. Se alzan robles frente a las ventanas, y de los establos llega el suave balar de las ovejas. La dueña de la casa me obliga a tomar asiento en un alto sillón de brazos y lo primero que hace es preparar la mesa. Tiene el convencimiento de que todos los habitantes de las ciudades están medio muertos de hambre, aunque bien es verdad que está en lo cierto poco más o menos. Con íntimo enternecimiento, veo aparecer en la mesa cosas ya casi olvidadas: un tremendo jamón, salchichas tan largas como el brazo, pan de maíz blanco como la nieve y los bollos de trigo sarraceno tan elogiados por Tjaden, unos bollos de sartén con unos enormes ojos de tocino en el centro. Se podría hartar toda una compañía, tal es el montón de alimentos que se alza frente a mí.

Comienzo a engullir mientras la aldeana, en jarras, las piernas abiertas, me contempla sonriente y alegre. Al cabo de una hora, tengo que dejarlo, gimiendo, por mucho que Mamá Schomacker me inste a seguir comiendo.

En este preciso momento entra Willy, que viene a visitarme.

—Preste atención ahora —digo a la campesina—, verá lo que es bueno. En comparación con éste, yo soy un pobre huérfano.

Willy sabe lo que tiene que hacer un soldado. No vacila sino que actúa con rapidez. Tras dejarse rogar brevemente por Mamá Schomacker, empieza con los bollos. Y cuando llega la hora del queso, la aldeana, recostada en el armario, mira a Willy con ojos de asombro, como si fuera la octava maravilla del mundo. Entusiasmada, pone delante de mi camarada un gran plato de budín, del que Willy también da buena cuenta.

—Bueno —dice éste por fin, resoplando, mientras deja la cuchara—, ahora es cuando empiezo a sentir hambre de verdad. ¿Qué tal si se sirviera ahora una comida como es debido?

Con estas palabras se ha ganado para siempre el corazón de Mamá Schomacker.

Estoy sentado detrás de mi mesa de maestro, tímido y un poco inseguro. Cuarenta niños están sentados frente a mí. Son los más pequeños. Están en ocho bancos, sentados como si los hubiesen colocado con ayuda de una regla. Las pequeñas y gruesas manos se cierran en torno a los pizarrines y las cajitas de plumas, con las pizarras y los cuadernos delante de ellos. Los más pequeños tienen siete años; los mayores, diez. Hay sólo tres clases en la escuela, por lo que en una misma clase están reunidos niños de varias edades.

Se oye el sonido de los zuecos, al restregar el suelo. En la estufa crepita un fuego de turba. Muchos de los niños han tenido que andar dos horas, envueltos en sus bufandas de lana y con los morrales de piel a la espalda, hasta llegar a esta escuela. Se han humedecido sus cosas, que ahora comienzan a desprender vaho al contacto con el seco calor del local.

Me contemplan con fijeza los niños, con sus redondas caras de manzana. Unas cuantas niñas ahogan sus risas. Un muchacho rubio se hurga la nariz con el dedo, ensimismado. Otro, escondido tras la espalda del condiscípulo que tiene delante, se mete entre pecho y espalda un grueso bocadillo. Todos siguen con suma atención el menor de mis movimientos.

Me muevo sin cesar en el sillón, incómodo. Una semana antes, yo estaba sentado en un banco lo mismo que ellos y observaba los ampulosos ademanes de Hollermann mientras el profesor hablaba de los poetas de las guerras de liberación. Hoy me he convertido yo en un Hollermann, al menos para los que tengo delante de mí.

—Niños, ahora vamos a escribir una ele latina mayúscula —digo mientras me acerco a la pizarra—. Diez líneas de ele, cinco líneas la palabra Lina y otras cinco la palabra alondra.

Escribo despacio, con tiza, las palabras en la pizarra. Resuenan detrás de mí susurros y rasguños. Espero que se rían de mí y me doy la vuelta, pero lo único que han hecho ha sido abrir los cuadernos y preparar las pizarras: las cuarenta criaturas están inclinadas sobre su trabajo, obedientes. Casi me llevo una sorpresa al comprobarlo.

Chirrían los pizarrines y rascan las plumas. Mientras tanto, me paseó de un lado para otro entre los bancos.

Cuelgan en la pared un crucifijo, una lechuza disecada y un mapa de Alemania. En el exterior, delante de las ventanas, las nubes, bajas, corren presurosas.

El mapa de Alemania presenta dos colores: verde y marrón. Me paro frente a él. Los límites están marcados con líneas cruzadas rojas que discurren de arriba abajo en extraño zigzag. Colonia-Aquisgrán: los tenues hilos negros de las líneas de ferrocarril… Herbesthal, Lieja, Bruselas, Lille… Me pongo de puntillas: Roubaix, Arras, Ostende… ¿Dónde está el Kemmelberg? No aparece por parte alguna. Pero sí veo después Langemarck, Yprés, Bixschoote, Staden. ¡Qué pequeños resultan en el

mapa! Sólo unos puntos diminutos, silenciosos… Y, sin embargo, tronaba allí el cielo y se estremecía la tierra el 31 de julio, cuando comenzó el gran intento de rotura del frente y perdimos todos los oficiales antes de llegar la noche…

Me doy la vuelta y miro por encima de las rubias y morenas cabezas, inclinadas diligentemente sobre las palabras Lina y Alondra. Es curioso: estos puntos señalados en el mapa no son para ellos otra cosa que simple material de estudio, unos cuantos nombres de localidades y un número de datos que han de aprenderse de memoria para la clase de Historia Universal, igualmente que la Guerra de los Siete Años y la batalla de Teutoburgo.

En la segunda fila se pone en pie un pequeñín que levanta su cuaderno: ha terminado las veinte líneas. Me dirijo hacia él y le digo que ha hecho un poco amplio el lazo inferior de la L, Con sus húmedos ojos azules, me mira de una forma tan radiante que he de bajar la cabeza. Regreso con rapidez a la pizarra y escribo dos palabras que comienzan con otras consonantes: Karl…, vacilo un segundo, pero no puedo remediarlo, pues parece como si una mano invisible moviera la tiza… y Kemmelberg.

—¿Qué es Karl? —pregunto.

Se alzan todos los dedos.

—Un hombre —grita el pequeñín de antes.

—¿Y Kemmelberg? —continúo preguntando después de una breve pausa, casi sofocado.

Guardan silencio. Por fin alza la mano una niña.

—Está en la Biblia —contesta, titubeando.

La contemplo un rato.

—No —digo después—, no has acertado. Has querido decir *Olberg*[2] o Líbano, ¿verdad? —La pequeña dice que sí con la cabeza, atemorizada. Le acaricio el pelo—. Entonces escribiremos la palabra Líbano, que es muy hermosa.

Paseo de nuevo, arriba y abajo entre los bancos, pensativo. De vez en cuando se posa en mí una mirada escrutadora que me examina por encima del borde de un cuaderno. Me detengo al lado de la estufa y contemplo las infantiles caras. La mayoría son del montón, sencillos; algunos son unos taimados, y otros tienen aspecto de tontos; pero en unos cuantos hay un destello de algo claro. A éstos no les parecerá la vida una cosa tan natural y no todo discurrirá sin obstáculos.

Repentinamente se adueña de mí un gran desánimo. Pienso que mañana hablaremos de las preposiciones; que la semana que viene escribiremos un dictado; que dentro de un año se sabrán de memoria cincuenta preguntas del catecismo; que dentro de cuatro años comenzarán con la gran tabla de multiplicar… Y seguirán creciendo, y la vida les cogerá entre sus tenazas; una vida sorda o una desenfrenada, una vida moderada o una de quebrantos. Cada uno correrá su destino, y éste se cebará

en ellos de una forma u otra. ¿Qué ayuda puedo prestarles con mi conjugación o con la enumeración de los ríos de Alemania? Son cuarenta criaturas…, son cuarenta vidas distintas que están detrás de ellas, esperando. Si pudiera ayudarles, ¡de qué buen grado lo haría! Pero ¿quién puede ayudar realmente a los demás en este aspecto? ¿He podido ayudar yo lo más mínimo siquiera a Adolf Bethke?

Suena la campana: ha terminado la primera clase.

Al día siguiente, Willy y yo nos ponemos nuestros chaqués —el mío lo han terminado en el último y preciso momento— y hacemos una visita al pastor. Estamos obligados a ello.

Nos reciben amistosamente, pero con muchas reservas, pues con nuestros alborotos escolares hemos conquistado una fama bastante mala entre los círculos respetables. Por la noche, nos disponemos a visitar también al alcalde, pues es otra de nuestras obligaciones. Sin embargo, nos tropezamos con él ya en la taberna, que es al mismo tiempo la oficina de Correos.

Es un campesino astuto, surcada de arrugas la cara. Su primera medida consiste en ofrecemos un par de grandes copas de aguardiente. Aceptamos. Guiñando el ojo, se acercan ahora otros dos o tres aldeanos que nos saludan y nos invitan igualmente a un vaso. Chocamos nuestros vasos con los suyos, muy corteses. Guiñan los ojos y se miran con fijeza a hurtadillas… ¡pobres pipiolos! No hace falta decir que hemos notado en seguida que tienen la intención de emborracharnos para divertirse a costa nuestra. Parece ser que han probado ya esto en varias ocasiones, pues, con sonrisas de satisfacción, hablan de otros jóvenes maestros que han estado ya aquí con anterioridad. Creen que caeremos al suelo en seguida por tres motivos: primero, porque somos hombres de ciudad y, en opinión suya, resistimos menos que ellos; segundo, porque, siendo maestros, hemos de ser personas cultas y, de antemano, más débiles en cuestiones de beber sin medida; y tercero, porque unos muchachos tan jóvenes no pueden tener todavía ninguna práctica verdadera en tal sentido. Es posible que esto sea lo ocurrido en el caso de los jóvenes maestros de escuela que nos han precedido, pero en nuestro caso no cuentan con una cosa: que hemos sido soldados un par de años y que hemos bebido aguardiente no por vasos, sino por cacerolas. Aceptamos el desafío. Los aldeanos quieren ponernos un poco en ridículo, pero nosotros defendemos un honor triple, lo que eleva nuestra moral de ataque.

El alcalde, el escribiente y un par de aldeanos incultos se sientan enfrente de nosotros. Según parece, son los bebedores más resistentes. Brindan con nosotros, una expresión de suave socarronería aldeana en sus rostros. Willy aparenta estar ya alegre, con lo que las sonrisas socarronas suben de tono. Nosotros invitamos a una ronda de cerveza con aguardiente, y a continuación llueven otras siete rondas más. Los aldeanos creen haber terminado así con nosotros y nos miran un tanto confusos al vernos trasegar con tranquilidad el contenido de los vasos. Un cierto reconocimiento brilla en las miradas con que nos examinan. Willy, inalterable el rostro, encarga una nueva ronda.

—¡Pero nada de cerveza, sólo trago fuerte! —ordena al tabernero.

—¡Demonios! ¿Sólo aguardiente? —pregunta el alcalde.

—Pues claro, de lo contrario estaremos aquí sentados hasta que amanezca —explica Willy con calma—. ¡Lo único que se consigue con la cerveza es serenarse cada vez más!

Crece el asombro en los ojos del alcalde. Uno de los campesinos dice con voz insegura que podríamos irnos a cenar de una maldita vez. Otros dos se levantan en silencio y se marchan. Algunos de nuestros contrincantes intentan ya con disimulo tirar debajo de la mesa el contenido de sus vasos, pero Willy vigila para que nadie se escape. Les obliga a poner las manos sobre la mesa y llevarse los vasos al gaznate. Han cesado las sonrisas socarronas. Estamos ganando terreno.

Al cabo de una hora, la mayoría están tirados por la taberna con las caras del color de la cera o salen haciendo eses a la calle. El grupo de la mesa se ha quedado reducido al alcalde y el escribiente. Y comienza un duelo entre estos dos hombres y nosotros. Cierto que ya vemos doble, pero los otros balbucean hace ya tiempo, y ello nos presta nuevas fuerzas.

Después de media hora, en cuyo transcurso a todos se nos ha puesto la cara roja, Willy echa hacia atrás el brazo para asestar el golpe definitivo.

—¡Cuatro vasos de agua llenos de coñac! —ruge en dirección al mostrador.

El alcalde rebota hacia atrás. Llegan los vasos, y Willy pone dos entre los dedos de nuestros contrincantes.

—¡Salud!

Nos miran con ojos atónitos.

—¡A bebérselos sin dejar gota! —brama Willy, refulgente el rostro—. ¡Vamos, de un golpe!

El escribiente pretende negarse, pero Willy no cede.

—En cuatro tragos —ruega el alcalde, ya muy abatido.

—De un trago —insiste Willy, que se levanta y choca su vaso contra el del escribiente.

Yo también me pongo en pie.

—¡Vamos! ¡Salud! ¡Listos! ¡Salud otra vez! —gritamos a los dos asombrados bebedores.

Nos miran con ojos de terneros que van al matadero y beben un sorbo.

—¡Adelante! ¿Es que van a escurrir el bulto? —chilla Willy—. ¡En pie!

Los hombres se ponen en pie, tambaleándose, y beben. Intentan interrumpirse repetidas veces, pero estamos continuamente encima de ellos, les enseñamos nuestros vasos.

—¡Salud! ¡Hay que apurarlo! ¡A terminarlo! —Y se beben el contenido entero.

Después se deslizan despacio, vidriosos los ojos, para terminar en el santo suelo. Hemos vencido. Quizá nos hubieran derrotado si hubiésemos bebido despacio; pero

nosotros estamos habituados a beber con rapidez y hemos aprovechado nuestra oportunidad, imponiéndoles nuestro ritmo.

Tambaleantes y orgullosos, contemplamos el campo de batalla; somos los únicos que seguimos en pie. El cartero, que es al mismo tiempo el tabernero, tiene la cabeza apoyada en el mostrador y llora por su mujer, que falleció de sobreparto mientras él estaba en el frente.

—Martha, Martha —solloza con una voz extrañamente alta.

La camarera nos cuenta que siempre hace lo mismo a esta hora. El llanto nos pincha en los oídos. Va siendo hora de que nos marchemos.

Willy agarra al alcalde; yo me encargo del escribiente, que pesa menos, y los arrastramos hasta sus domicilios. Es éste nuestro último triunfo. Dejamos tendido al escribiente delante de su casa y llamamos a la puerta hasta que se enciende una luz. Al alcalde, en cambio, le esperan. Su esposa está en la puerta.

—¡Señor Jesús —exclama con voz chillona—, los nuevos maestros! ¡Tan jóvenes y ya tan bebedores! ¡Pues sí que son buenas las perspectivas!

Willy intenta explicarle que se ha tratado de una cuestión de honor, pero se le traba la lengua.

—¿Adónde quiere que lo llevemos? —pregunto por fin.

—Dejen a ese borrachín tirado ahí —decide la mujer.

Lo tumbamos en un sofá. A continuación, Willy, sonriendo como un niño, pide café. La mujer le mira como si estuviera frente a un hotentote.

—Al fin y al cabo, le hemos devuelto a su esposo —manifiesta Willy con expresión radiante.

Incluso la dura vieja capitula ante una inconsciente frescura de tal magnitud. Sacudiendo la cabeza, nos sirve dos grandes tazas de café, que acompaña de buenas reconvenciones. Decimos que sí a todo, es lo mejor que podemos hacer en estos momentos.

A partir de este día, en la aldea nos consideran unos hombres hechos y derechos y nos saludan con respeto.

II

Los días van discurriendo con uniformidad y monotonía. Cuatro horas de clase por la mañana, dos por la tarde; pero, entre las horas de trabajo, el tiempo se hace interminable, yendo de un lado para otro, a solas con uno mismo y con los pensamientos.

Los días peores son los domingos. Si no se pasa uno el tiempo sentado en la taberna, entonces no hay quien lo aguante. El director del grupo escolar, que está en la taberna también, vive aquí desde hace treinta años y en este tiempo se ha hecho un criador de cerdos de primera categoría. Ha ganado muchos premios. Pero apenas se puede hablar con él de otra cosa que no sean sus cerdos. Cuando le contemplo, me entran unas ganas locas de marcharme en seguida, pues me aterra el pensamiento de que yo pueda llegar a convertirme en alguien así. Hay también una maestra, una criatura buena, ya entrada en años, que se estremece cuando oye decir tan sólo «¡maldita sea!». No es precisamente como para animarle a uno.

Willy se adapta mejor a la situación. Asiste como persona de respeto a todos los bautizos y bodas. Cuando los caballos tienen cólico o las vacas no quieren parir, ayuda a los campesinos con consejos y hechos. Y por las noches se sienta con ellos en las tabernas, sacándoles los ojos con las cartas.

Yo, sin embargo, no quiero seguir acudiendo a la taberna, prefiero quedarme en mi habitación. Pero las horas se hacen largas en ella, y con frecuencia salen desde los rincones, arrastrándose, pensamientos extraños. Como manos pálidas que hacen señas y amenazan sombras de un ayer fantasmal peregrinamente cambiado. Recuerdos que ascienden de nuevo; caras grises, incorpóreas; quejas y acusaciones…

Un domingo gris. Me levanto temprano, me visto y me dirijo a la estación con objeto de visitar a Bethke. Es una buena idea; de nuevo podré estar al lado de una persona por la que siento realmente afecto; podré estar sentado a su lado, y cuando esté de regreso habrá concluido el aburrido domingo.

Llego por la tarde. Rechina el portón y ladra el perro en su caseta. Avanzo con rapidez por la avenida sombreada de árboles frutales. Adolf está en casa, y también su esposa. Cuando entro y doy la mano a Adolf, la mujer sale de la casa. Tomo asiento. Y, al cabo de un rato, mi camarada pregunta:

—Posiblemente te habrás quedado asombrado, ¿verdad?

—¿Por qué, Adolf?

—Porque ella está en casa.

—No…, eso lo has de saber tú.

Empuja hacia mí una fuente con fruta.

—¿Quieres una manzana?

Cojo una y le ofrezco a mi vez un cigarro. Después de morder la punta, prosigue:

—Mira, Ernst, he permanecido sentado y me he vuelto medio loco a causa de ello. Cuando uno está solo, la casa tiene un no se sabe qué de espantoso. Cruzas las habitaciones… y ves colgada una blusa de ella, ves su cosas de costura, ves la silla donde se sentaba siempre a coser… Y por la noche, ves la otra cama tan blanca y abandonada a tu lado; estás mirando a cada instante en dirección a ella, das vueltas sin parar y no puedes pegar los ojos… Entonces te pasan muchas ideas por la cabeza, Ernst…

—Lo creo, Adolf…

—Y entonces sales corriendo, te emborrachas y haces tonterías…

Inclino la cabeza en señal de aprobación. El reloj hace tic tac, crepita la estufa. La mujer entra sin hacer ruido y pone pan y mantequilla sobre la mesa, alejándose de nuevo a continuación. Bethke desliza la mano sobre el mantel.

—Sí, Ernst, y eso es también lo que le ha ocurrido a ella al fin y al cabo: ha estado también dando vueltas por la casa, sentada aquí y allá, años y años, sola en la cama, hasta que ha tenido miedo. Y se ha vuelto insegura, ha cavilado y ha escuchado con atención… Y luego ha ocurrido por fin. Seguro que al principio no lo quería en modo alguno, pero cuando se presentó, ya no fue capaz de poner remedio. Y así ha continuado.

La mujer viene, trayendo café. Quiero darle los buenos días; sin embargo, no me mira.

—¿No quieres traer también una taza para ti? —pregunta Adolf.

—Tengo que ir a la cocina —contesta ella.

Tiene suave y grave la voz.

—He permanecido sentado aquí y me he dicho: Has salvado tu honra, la has echado de tu casa. Pero ¿qué es eso de la honra? Es una forma de decir, sólo una palabra. Uno está solo, y con honra o sin ella, esto no mejorará. Entonces he dicho que se podía quedar aquí, que qué importa también todo esto, que uno esta cansado y sólo se viven unos pocos años. Y que si no lo hubiese sabido, la cosa habría quedado igual. Quién sabe lo que haríamos si siempre estuviéramos enterados de todo. —Adolf golpea nervioso el brazo del sillón—. Toma café, Ernst, ahí tienes también mantequilla.

Echo café en las tazas y bebemos los dos.

—Mira, Ernst —continúa en voz baja—, a vosotros os resulta más sencillo, vosotros tenéis vuestros libros y vuestras culturas y otras muchas cosas. Pero yo…, yo no tengo otra cosa que la mujer únicamente…

No hago ninguna observación a este respecto, pues no podría explicárselo. Ya no es el mismo que en campaña…, ni yo tampoco. Al cabo de un rato pregunto:

—¿Y qué dice ella a esto?

Adolf deja caer las manos.

—En realidad, dice poco, no es mucho lo que se le puede sacar. Se sienta y te mira. A lo sumo, llora en ocasiones. Habla poco. —Pone a un lado su taza—. A veces

dice que fue únicamente para que hubiese uno a su lado. Otras, que no lo comprende, que no había sabido que me hacía ningún mal con ello, que había sido como si yo hubiera estado con ella. Pero uno no comprende esto, una cosa así tiene que poder explicársela uno, y ten en cuenta que es una mujer sensata en cualquier aspecto.

Reflexiono.

—A lo mejor quiere decir, Adolf, que no era dueña de sí en aquella época, algo así como si se hubiera tratado simplemente de un sueño.

—Puede ser —replica mi camarada—, pero no lo comprendo, Tampoco ha durado el asunto mucho tiempo.

—¿Entonces no quiere saber ya nada más del otro?

—Dice que su puesto está aquí.

Vuelvo a reflexionar sobre esto. Pero ¿qué puede uno seguir preguntando?

—¿Te sientes ahora mejor, Adolf?

Me mira.

—No del todo, Ernst, creo que puedes imaginártelo, todavía no. Pero ya llegará con el tiempo, ¿no lo crees tú también?

El aspecto de mi amigo no invita a pensar en que él lo crea de verdad.

—Seguro que llegará, Adolf —contesto, y pongo sobre la mesa un par de cigarros que he ahorrado.

Hablamos todavía un poco y me marcho después. En el portal, tropiezo con la mujer, que tiene la intención de alejarse de mí apresuradamente.

—Hasta la vista, Frau Bethke —le deseo mientras le tiendo la mano.

—Hasta la vista —responde.

Y vuelve la cara mientras me estrecha la mano.

Adolf me acompaña hasta la estación. Susurra el viento. Mientras lo miro de perfil, recuerdo cómo en las trincheras sonreía para dentro cuando hablábamos de la paz. ¡Y en lo que se ha convertido todo aquello!

Arranca el tren.

—Adolf —le digo apresuradamente desde la ventanilla—, te comprendo muy bien…, no puedes imaginarte lo bien que te comprendo.

Adolf regresa a su casa, solo, por el campo.

La campanilla anuncia el recreo de las diez. He dado una hora de lección en la clase superior. Los muchachos de catorce años pasan ahora frente a mí en tromba hacia la libertad. Los contemplo desde la ventana. Se transforman por entero en pocos segundos, se quitan de encima la coacción de la escuela, y recuperan el frescor y la despreocupación propios de su edad.

Cuando están sentados en sus bancos, frente a mí, estas criaturas no son las auténticas: llevan en su interior un algo de disimuladores, de ambiciosos, de aduladores o de rebeldes. Siete años de enseñanza han conseguido educarlos así.

Llegaron de sus praderas sin deformar, sinceros e inocentes como animalillos jóvenes, trayendo a la escuela sus juegos y sus sueños —todavía regía entre ellos la ley simple de lo viviente—. Y el más lleno de vida, el más lleno de fuerza era el caudillo a quien los demás seguían. Pero con las porciones semanales de la cultura se les fue inculcando poco a poco otra ley distinta de valoraciones, una ley artificial: el que se tragaba sus porciones como el mejor de los chicos era distinguido y considerado el mejor. Y los otros tenían que imitarle en su celo. No es causa de asombro el hecho de que se rebelaran los más llenos de energía. Pero tenían que adaptarse, pues el buen alumno es el ideal de la escuela. ¡Pero qué clase de ideal es éste! ¡Y de qué ha servido en el mundo ser un buen alumno! Gozaron de una corta existencia aparente en el invernadero de la escuela… Pero con tanta mayor seguridad se hundieron después en la mediocridad y en la intrascendencia de una vida subalterna. El mundo ha avanzado únicamente gracias a los malos alumnos.

Observo a los chicos mientras juegan con movimientos flexibles, llenos de energía, acaudillados por Dammholt, un muchacho de pelo ensortijado que domina todo el lugar con su gran fuerza. Brillan en sus ojos el afán de lucha y el coraje, tiene tensos los músculos y los tendones, y los otros le obedecen sin vacilar. Sin embargo, el mismo chico, cuando se siente en el banco de la clase dentro de diez minutos, se habrá convertido en un muchacho díscolo, incorregible, que nunca se sabe las lecciones y que probablemente será suspendido cuando llegue Pascua. Pondrá cara de santurrón cuando le mire, y en seguida hará muecas de burla en cuanto le dé la espalda. Mentirá sin vacilación cuando le pregunte si ha escrito su composición, y me escupirá al instante en los pantalones o me pondrá alguna chincheta en el sillón tan pronto tenga ocasión para ello. En cambio, el primero de la clase, que ofrece ahora en el patio una imagen lastimosa, se crecerá así que entre en el aula; alzará la mano, seguro de sí, cuando Dammholt no sepa la respuesta y espere con rabia que le ponga un cero. El primero de la clase lo sabe todo, e incluso sabe esto también. Pero prefiero mil veces a Dammholt, a quien en realidad debería castigar, que a este pálido muchacho modelo.

Me encojo de hombros. ¿No ha ocurrido ya una vez algo parecido? ¿No sucedió así durante la reunión del Regimiento en casa «Konersmann»? ¿No perdió de repente el hombre todo su valor y no fue la profesión la que sólo significó todo a partir de ese momento, aunque antes hubiera sido completamente distinto? Muevo la cabeza. ¡Valiente mundo en el que nos volvemos a encontrar!

La voz de Dammholt se extiende, estridente, por la plaza. Reflexiono sobre si quizá serviría de ayuda una postura de camaradería del profesor respecto a los discípulos. Es posible que las circunstancias mejorasen y se pudiesen evitar muchas cosas; sin embargo, en el fondo sería tan sólo un engaño. Lo sé por nuestra propia experiencia: la juventud tiene la vista clara y es insobornable; se mantiene unida y

forma un frente impenetrable ante los adultos. La juventud no es sentimental; los adultos se pueden acercar a ella, pero no entrar dentro. Quienes han sido expulsados del Paraíso no pueden regresar jamás a él. Existe un ley: la de 10 años. Dammholt aprovecharía en beneficio propio una postura mía de camarada, lo haría con sangre fría y ojos bien abiertos y críticos. Quizá hasta llegase a mostrar un cierto afecto; sin embargo, nada le impediría darse cuenta de su ventaja. Los educadores que creen sentir con la juventud son unos ilusos. La juventud no quiere ser comprendida, quiere seguir siendo tal y como es. El adulto que se aproxime a ella con demasiada insistencia resultará a los ojos de la juventud tan ridículo como si vistiera ropitas de niño. Podemos sentir con la juventud, pero la juventud no siente con nosotros; ésta es su salvación.

Suena la campanilla: ha terminado el recreo. Dammholt, titubeando, se pone en fila delante de la puerta.

Deambulo por la aldea, dirigiéndome hacia la campiña. *Wolf* corre delante de mí. De repente, un dogo sale como una flecha de una casa de labor y se lanza contra mi perro, que no ha visto venir al otro. Y por ello, éste consigue derribar a *Wolf* en la primera acometida. En el momento siguiente, todo se ha convertido en un frenético torbellino de polvo, cuerpos que giran el uno en torno al otro, atacando sin cesar, y de furiosos gruñidos.

El campesino llega corriendo con un garrote en la mano.

—¡Por el amor de Dios, maestro —grita desde lejos—, llame a su perro! ¡*Pluto* lo hará pedazos!

Rechazo con un ademán de la mano.

—¡*Pluto*! ¡*Pluto*! ¡Canalla, maldito, ven aquí! —brama el campesino, excitado.

Llega sin aliento e intenta intervenir con el garrote, pero el torbellino de polvo se aleja cien metros entre furiosos ladridos y vuelve a elevarse en el nuevo sitio.

—Está perdido —jadea el campesino, que baja el garrote—. Pero ahora mismo le digo una cosa: ¡yo no pago ni cinco céntimos! ¡Usted podría haberlo llamado!

—¿Quién está perdido? —pregunto.

—Su perro —responde el aldeano con voz resignada—. Ese canalla de dogo ha dejado ya tiesos a una docena de perros.

—Bueno, tratándose de *Wolf*, vamos a ver primero qué ocurre —digo—. No es un perro de pastor corriente, amigo mío. Es un perro de guerra, un viejo soldado, ¡entiéndalo!

Se aleja el polvo. Los dos perros pelean ahora en una pradera. Veo cómo el dogo intenta aplastar a *Wolf* para morderle en los riñones. Si lo consigue, *Wolf* estará perdido, pues el otro le puede partir la espina dorsal. Sin embargo, el perro de pastor se desliza por el suelo como una anguila, a un centímetro de distancia de los

colmillos del dogo, se revuelve al instante y ataca rapidísimamente a su vez. El dogo gruñe y ladra; *Wolf*, sin embargo, pelea sin ruido alguno.

—¡Caramba! —exclama el campesino.

El dogo se sacude, pega un salto, da un mordisco al aire, vuelve a saltar y morder en el vacío; pero parece como si estuviera solo, tan poco es lo que se ve al perro de pastor. *Wolf* vuela como un gato, casi pegado al suelo, pues está acostumbrado a ello por haber actuado de perro mensajero; se desliza entre las patas del dogo y ataca desde abajo al otro, a cuyo alrededor gira sin punto de reposo, hasta que de pronto hace presa en el vientre del enemigo y no retira los dientes.

El dogo aúlla como un loco y se tira al suelo para atrapar así a su contrincante. Pero, más veloz que una sombra, *Wolf* se ha soltado de un tirón y aprovechado la oportunidad para lanzarse a la garganta de su enemigo. Es ahora por vez primera cuando le oigo gruñir sorda, peligrosamente; ahora que tiene cogido a su contrario, al que no suelta, por mucho que el dogo se debata y ruede por el suelo.

—¡Por el amor de Dios, maestro —grita el campesino—, llame a su perro! ¡Va a despedazar a *Pluto*!

—Ya puedo llamarle como sea, que ahora no me hará caso —le contesto—. Y, además, es como debe ser. Primero tiene que dar cuenta de ese *Pluto* de mierda.

El dogo gime y aúlla de un modo lastimero. El campesino levanta el garrote para acudir en ayuda de su perro. Le arranco de las manos el palo, lo cojo de la pechera y le grito:

—¡Maldita sea, ha sido ese bastardo el que ha comenzado!

No falta mucho para que me lance yo también contra el aldeano. Por suerte, la postura en que me hallo me permite ver que *Wolf* ha soltado de repente al dogo y se acerca como un rayo, en la creencia de que me atacan. Y por ello puedo cogerle. De lo contrario, el campesino hubiese tenido necesidad de una nueva chaqueta cuando menos. *Pluto* se ha alejado mientras tanto, el rabo entre las piernas. Doy a *Wolf* unos cuantos golpecitos cariñosos en el cuello y lo tranquilizo.

—Es Satanás en persona —tartamudea el campesino, espantado.

—Sí, señor —proclamo con orgullo—, da la casualidad de que es un viejo militar. Y con ellos no se puede meter nadie.

Seguimos nuestro camino. Detrás de la aldea se extienden unas cuantas praderas, y a continuación comienza el páramo, con sus tumbas prehistóricas entre los enebros. Un rebaño de ovejas pace en las proximidades de un bosquecillo de abedules. Sus lomos lanudos brillan como oro mate al resplandor del sol poniente.

Veo de repente que *Wolf* corre velozmente en dirección al rebaño. Creo que le ha enloquecido la experiencia tenida con el dogo y corro tras el animal para impedir un baño de sangre entre las ovejas.

—¡Atención! ¡Cuidado con el perro! —grito al pastor.

Pero, el hombre se echa a reír.

—¡Pero si es un auténtico perro de pastor! ¡No hará nada!

—¡Sí, sí! —vuelvo a gritar—. ¡No sabe nada de eso! ¡Es un perro de guerra!

—¡Bah! —replica el pastor—. Perro de guerra o no…, no hará nada. ¡Mire…, vea…, no tiene sino que mirar! ¡Bien, perrito, sigue! ¡Tráelas!

No doy crédito a mis ojos. *Wolf*, que jamás ha visto una oveja en toda su vida, reúne ahora el rebaño como si no hubiera hecho otra cosa en su existencia. Dando grandes saltos, corre veloz, ladrando, detrás de dos corderos que se han alejado, y los hace regresar sin demora. Cada vez que intentan escaparse o detenerse, les corta el camino o les mordisquea las patas, por lo que no tienen otro remedio que seguir corriendo, en derechura hacia el rebaño.

—De primera —dice el pastor—, únicamente las pellizca como deber ser, trabaja de una forma irreprochable.

El perro parece transformado. Le brillan los ojos, se estremece la acribillada oreja, rodea al rebaño, vigilante, y veo que se halla excitado de una manera tremenda.

—Se lo compro ahora mismo —propone el pastor—, mi propio perro no sabe hacerlo mejor. ¡Fíjese cómo empuja al rebaño hacia el pueblo! Ese perro no necesita aprender nada.

Ignoro lo que me ocurre.

—*Wolf* —lo llamo—, *Wolf*.

Al verlo así, podría romper a llorar ahora mismo. Ha crecido entre las granadas. Y ahora, sin que nadie le haya enseñado nada, sabe cuál es su misión.

—Cien marcos al contado y una oveja —ofrece el pastor.

Niego con la cabeza.

—Ni por un millón de marcos, hombre —replico. Y es ahora el pastor quien sacude la cabeza.

Me rozan el rostro las duras panojas del brezo común. Las aparto y pongo la cabeza sobre los brazos. El perro respira con calma a mi lado, y llega desde lejos el débil sonar de las esquilas de los rebaños. No hay otro sonido fuera de éste.

Las nubes se deslizan despacio por el cielo vespertino. Se va poniendo el sol. El verde oscuro de los enebros se convierte en un castaño profundo, y noto que el viento de la noche se alza despacio en los lejanos bosques. Hará ondear los abedules dentro de una hora. Los soldados están tan familiarizados con el campo como los campesinos y los guardas forestales. No han pasado su vida entre cuatro paredes. Saben de las horas del viento y del aroma de los empañados atardeceres del color de la canela; conocen las sombras que tiemblan sobre el suelo cuando las nubes interceptan la luz; y conocen también los caminos de la luna…

En Flandes, después del furioso tiroteo de un ataque por sorpresa, transcurrió largo tiempo antes de que llegara ayuda para un herido. Le habíamos puesto todos los paquetes de vendaje que teníamos y habíamos hecho todas las ligaduras que habíamos podido, pero continuaba sangrando; sencillamente, se desangraba. Y

durante todo aquel tiempo estuvo detrás de él una nube gigantesca en el cielo vespertino, una sola nube, pero toda una montaña de blanco, oro y resplandor rojizo. Estaba irreal y deliciosa detrás del acribillado pardo de la campiña; estaba muy quieta y luminosa; y el moribundo estaba tendido en el suelo, muy quieto también y desangrándose. Como si fuesen el uno del otro. Y sin embargo, me resultaba incomprensible que la nube estuviera tan hermosa e indiferente allá arriba, en el cielo, mientras moría un ser humano.

La última luz del sol tiñe el páramo de un color rojo sombrío. Levantan el vuelo las quejumbrosas avefrías. Un alcaraván lanza su llamada desde la laguna. Mis ojos están clavados en la extensa superficie parda y púrpura. Había en Houthoulst un lugar donde crecían tantas amapolas que el campo estaba rojo por completo. Las llamábamos las praderas sangrientas, pues, cuando se desataba una tormenta, tenían el desteñido color de la sangre recién vertida, todavía fresca. Allí enloqueció Köhler cuando, aniquilados y llenos de cansancio, pasamos por delante de ellas en una noche clara. A la insegura luz de la luna, creyó que eran lagos de sangre y quiso saltar para meterse en ellos.

Siento un escalofrío y levanto los ojos. ¿A qué se puede deber esto? ¿Por qué acuden ahora estos recuerdos a mi mente con tanta frecuencia? Y de una forma tan extraña, tan por completo distinta a lo que ocurriera mientras estuve en campaña. ¿Paso solo demasiado tiempo?

Wolf se estremece a mi lado y ladra en sueños, muy abajo. ¿Estará soñando con su rebaño? Le contemplo largo tiempo. Luego lo despierto y regresamos a la aldea.

Es sábado. Me dirijo a ver a Willy y le pregunto si no querrá acompañarme a la ciudad el domingo. Pero rechaza lejos de sí tal pensamiento.

—Mañana tenemos aquí ganso relleno —me explica—, y no le puedo dejar en la estacada en modo alguno. ¿Por qué quieres irte?

—No puedo resistir los domingos aquí —le contesto.

—No lo comprendo —opina Willy—. ¡Con la comida que hay!

Viajo solo. Al anochecer, me encamino hacia Waldmann con una esperanza indefinible. Hay mucha animación. Me paso un rato dando vueltas de un lado para otro, observando al público. Una multitud de muchachos que se han librado de la guerra por los pelos se desliza por la pista de baile. Tienen confianza en sí mismos y saben lo que quieren, su mundo tiene un principio y un fin concretos y claros: el éxito. Están mucho mejor dispuestos que nosotros, a pesar de que son más jóvenes.

Descubro entre las bailarinas a la costurera menuda y mona que ganó conmigo el concurso de *onestep*. La invito a bailar un vals y nos quedamos juntos después. He cobrado mi sueldo hace pocos días y por ello ahora pido un par de botellas de vino tinto dulce. Bebemos despacio, y cuanto más bebo, tanto más se apodera de mí una

melancolía extraña. ¿Qué dijo Albert hace tiempo? ¡Ah! Sí, tener una persona que le pertenezca a uno.

Escucho con aire pensativo la charla de la muchacha, que trina, como un ruiseñor, hablando de sus compañeras, de lo que cobra por cada pieza de ropa blanca, de nuevos bailes y de mil cosas intrascendentes más. Si el precio por prenda lo subieran veinte céntimos, podría ir a comer al restaurante, y con ello sería feliz. Le envidio su vida sencilla, limpia, y le hago más y más preguntas. Quisiera preguntar como vive a cada una de las personas que se ríen y muestran felices en este lugar. Quizás hubiera entre ellas alguna que pudiera decirme algo que me sirviera de ayuda.

Después acompaño al ruiseñor a su casa. Vive en una casa de vecindad grande y gris, debajo del tejado. Nos detenemos delante de la puerta. Siento en mi mano el calor de la suya. Y su rostro rebrilla incierto en la oscuridad. Una cara humana, una mano en la que hay calor y vida…

—Déjame subir —ruego apresuradamente—, déjame subir…

Subimos con cuidado los crujientes escalones. Enciendo una cerilla, pero la chica la apaga al instante, me coge de la mano y tira de mí.

Un cuartito estrecho. Una mesa, un sofá de color castaño, una cama, un par de estampas en la pared. En el rincón, la máquina de coser, un maniquí de caña y un cesto de ropa blanca para coser.

La pequeña saca en seguida un infiernillo de alcohol y prepara té con cáscaras de manzana y hojas de té que han sido cocidas y vueltas a secar ya diez veces. Dos tazas, una cara reidora un poquito taimada, un conmovedor vestidito azul, la amigable pobreza de una habitación, un ruiseñor cuya juventud es su único tesoro… Me siento en el sofá. ¿Comienza así el amor? ¿De una forma tan sencilla y juguetona? Posiblemente haya que saltar por encima de uno mismo.

El ruiseñor, es agradable. Posiblemente forme también parte de su modesta vida que alguien venga, la coja entre sus brazos y se marche de nuevo. Zumba la máquina de coser, llega otro, el ruiseñor ríe, el ruiseñor llora y cose sin cesar… La muchacha pone sobre la máquina de coser un pequeño cobertor de colores vivos, y la máquina, de un animal de trabajo de níquel y acero, se convierte así en una colina de flores de seda rojas y azules. No quiere recordar el día, se echa en mis brazos y charla, murmulla, tararea y canta dentro de su ligero vestido azul; está tan delgada y pálida por causa del hambre y pesa tan poco que se la puede llevar en brazos a la cama, al catre de campaña de hierro. Tiene una dulce expresión de entrega en su modo de rodearme el cuello con sus brazos. Suspira y sonríe. Un niño con los ojos cerrados. Suspira; se estremece y balbucea un poquito; respira profundamente y emite suaves gritos. La contemplo, la miro y la miro sin cesar. Y quiero ser también así y pregunto en silencio: ¿consiste en esto…, consiste en esto? Y el ruiseñor me llama de muchas maneras llenas de colorido, y siente vergüenza y se aprieta contra mí. Y cuándo le pregunto al marcharme: «¿Eres feliz, palomita?», entonces me besa muchas veces y hace muecas y señas de despedida con la mano y dice que sí con la cabeza…

Yo, sin embargo, estoy lleno de asombro mientras bajo por la escalera. La muchacha es feliz… ¡con cuánta rapidez termina esto! No lo comprendo. ¿No continúa siendo todavía otra persona, una vida encerrada en sí misma, en la que yo jamás podré entrar? ¿No seguiría siéndolo ella aunque yo tuviese todos los ardimientos del amor? ¡Oh, amor…! Una antorcha que cae en un abismo y muestra precisamente entonces cuán profundo es.

Me dirijo hacia la estación, atravesando calles. No, no es esto, tampoco es esto. Se queda uno todavía más solo aún que antes…

III

El círculo luminoso de la lámpara ilumina la mesa. Tengo frente a mí montones de cuadernos azules. Al lado, un frasco con tinta roja. Examino los cuadernos, tacho las faltas, aplico el papel secante y los cierro.

Me levanto después. ¿Consiste la vida en esto? ¿En esta monótona uniformidad de los días y las horas? ¡Cuan poca satisfacción encierra en el fondo! Sobra todavía demasiado tiempo para pensar. Yo había esperado que esta uniformidad me tranquilizaría, pero sólo consigue intranquilizarme más. ¡Qué largas se hacen aquí las noches!

Cruzo el patio. Las vacas resoplan y patalean en la semioscuridad. Junto a ellas, sentadas en bajos taburetes, las muchachas las ordeñan. Cada una está sentada como si estuviera sola en un pequeño cuarto, cuyas paredes están formadas a ambos lados por los negros cuerpos de los animales. Pequeñas luces tiemblan sobre ellas en el cálido vaho del establo; los finos chorros de leche caen en los cubos, y los pechos de las mujeres danzan dentro de los azules vestidos lavables. Levantan la cabeza, sonríen, respiran y enseñan unos dientes blancos y sanos. Sus ojos brillan en la oscuridad. Huelo a heno y a ganado.

Permanezco de pie un rato, en la puerta, después me doy la vuelta y regreso a mi habitación. Los cuadernos azules están debajo de la lámpara. Así estarán siempre. ¿Permaneceré yo también siempre sentado de la misma forma hasta irme haciendo viejo poco a poco y terminar muriendo? Voy a acostarme. La luna roja se desliza despacio sobre el tejado del pajar y proyecta sobre el suelo la figura de la ventana: un oblicuo cuadrado con una cruz dentro, que se desplaza incensantemente cuanto más se alza la luna. Una hora después, se arrastra sobre mi cama, y la sombra de la cruz se desliza sobre mi pecho. Acostado en la ancha cama campesina, cubierta con una colcha a cuadros rojos y azules, no puedo conciliar el sueño. A veces se me cierran los ojos y me hundo velozmente en un espacio sin fronteras; pero, en el último instante, un miedo que brota de forma repentina me hace regresar a la vigilia. Y sigo oyendo el sonido de las horas que da el reloj del campanario. Escucho con atención, espero y no paro de dar vueltas en la cama.

Termino levantándome y me visto de nuevo. Después salgo por la ventana, cojo al perro y corro hacia el páramo. Brilla la luna, sopla con fuerza el viento, y frente a mí se extiende, amplia, la llanura, cortada por la oscura línea del terraplén de la vía férrea.

Me siento debajo de un enebro. Después de algún tiempo, veo encenderse en el trayecto de la vía férrea la cadena de faroles señalizadores. Se aproxima el expreso nocturno. Los raíles comienzan a retumbar con un suave sonido metálico. Destellan en el horizonte los faros de la locomotora, que arrojan por delante de ella una veloz onda luminosa. El tren pasa ante mí con rapidez, iluminadas las ventanillas. Por un instante, los departamentos, con sus maletas y destinos, están muy cerca de mí; luego

se alejan veloces, siguiendo su camino; brillan de nuevo los raíles con una luz húmeda. Y de la lejanía, llega ya tan sólo el rojo fijo de la lámpara de cola del tren, que parece un amenazador ojo de fuego.

La luna se torna clara, después amarillea. Y yo corro a través del alba azul de los bosques de abedules. Gotas de lluvia que caen de las ramas me rocían la nuca, tropiezo con ramas y piedras, y la mañana tiene un color gris plomizo cuando regreso. Arde todavía el quinqué…, miro con desesperación en torno mío por la habitación… No, no podré resistir esto. Sería necesario tener veinte años más de edad para poder estar en medio de tanta modestia.

Intento desnudarme, extenuado, pero ya no lo consigo. Mientras me hundo en el sueño, aprieto los puños… No quiero ceder…, todavía no quiero cejar…

Después me hundo de nuevo velozmente en el espacio sin límites.

… Y me deslizo hacia delante con precaución, despacio, centímetro a centímetro. Arde el sol en las pendientes amarillas, la retama florece, el aire es caliente y permanece quieto, globos barreras y blancas nubecillas de la artillería antiaérea cuelgan en el horizonte. Delante de mi casco de acero tiemblan las rojas hojas de una amapola.

Un sonido de algo que se acerca raspando, apenas perceptible, viene a mi encuentro desde detrás de los matorrales. Después se hace el silencio otra vez. Un escarabajo de alas doradas con destellos verdosos trepa frente a mí por el tallo de una mata de manzanilla. Palpa con sus antenas las dentadas hojas. De nuevo interrumpe un leve ruido el silencio del mediodía. Se alza en este momento el borde de un casco por encima del matorral. Debajo, la frente, unos ojos claros, una boca firme… Los ojos examinan el panorama que se extiende frente a ellos y luego se vuelven hacia un bloc de papel blanco. Sin la menor sospecha, el hombre está haciendo un boceto de la granja que está allá lejos.

Cojo la bomba de mano. Pasa largo tiempo hasta que la tengo a mi lado. Tiro de la anilla con la mano izquierda y cuento en silencio. Entonces la lanzo casi horizontalmente contra el zarzal y me deslizo con rapidez hacia mi agujero, me aprieto contra el suelo, aplasto la cara contra la hierba y abro la boca.

El estruendo de la explosión desgarra el aire, se oye el zumbido de los pedazos de metralla. Y se alza un alarido, largo, loco de terror. Tengo la segunda granada en la mano y miro con precaución por encima de mi escondite. El inglés yace tendido en el suelo, totalmente al descubierto, arrancadas las piernas, y la sangre sale a borbotones. Las tiras del uniforme cuelgan desenrolladas detrás de él como cintas sueltas. El hombre está tendido sobre el vientre, se arrastra por la hierba con ayuda de los brazos, mientras grita con la boca muy abierta.

Se da la vuelta y me ve. Entonces se apoya en los brazos y se levanta como una foca, gritándome y sangrando, sangrando… La roja cara se torna pálida entonces y se

contrae, se rompe la mirada, y los ojos y la boca son ya únicamente negros agujeros de un rostro que se hunde, que se inclina lentamente hacia la tierra; una cabeza que se dobla y un cuerpo que se abate sobre las matas de manzanilla. Se acabó.

Me alejo con intención de regresar a nuestras trincheras, deslizándome. Pero antes vuelvo una vez más la cabeza… y el muerto ha vuelto de repente a la vida, se endereza como si quisiera echar a correr tras de mi. Quito la anilla a la segunda bomba de mano y la arrojo. Cae a un metro del enemigo, rueda, se queda quieta… cuento, cuento… Pero ¿por qué no estallará? El muerto está ahora en pie, enseña los dientes, y yo arrojo la siguiente bomba de mano…, que también falla. El otro da ahora unos cuantos pasos, avanza sobre los muñones, con sonrisa sarcástica, estirados hacia mí sus brazos. Lanzo la última bomba de mano, que le da en pleno pecho. Pero la aparta lejos de sí. Doy en este momento un salto para alejarme corriendo, pero me fallan las rodillas, que parecen de mantequilla. Avanzo con lentitud infinita. Parece como si estuviera pegado al suelo. Hago tremendos esfuerzos para despegarme, me arrojo hacia delante…, escucho ya el jadeo de mi perseguidor…, agarro mis flojas rodillas y tiro de ellas; pero dos manos se cierran por detrás sobre mi nuca, me tiran de espaldas, el muerto me aprieta el pecho con las rodillas, coge de la hierba las tiras del uniforme y me rodea el cuello con ellas. Aparto la cabeza, pongo en tensión todos los músculos, me arrojo hacia la derecha para escapar del lazo… De pronto, un tirón, un sofocante dolor en el cuello. El muerto me arrastra hacia delante, hacia la pendiente de la poza de matas de cal. Me empuja, me hace rodar hacia abajo, pierdo el equilibrio e intento agarrarme a los salientes. Resbalo, me deslizo, caigo, caigo, caigo y me hundo más y más, grito, choco con salientes, grito…

En la oscuridad, algo se despedaza entre mis manos, que se aferran como garras; algo me acompaña con estruendo en mi caída; choco contra piedras, esquinas, hierros. De mi garganta, brotan, incontenibles, gritos estridentes que no puedo sofocar. Y entremedias voces, alguien que me agarra de los brazos. Los aparto, golpeando. Alguien tropieza y cae encima de mí. Cojo un fusil, busco a tientas un sitio donde cubrirme, me echo el arma a la cara, aprieto el gatillo sin dejar de gritar. La confusión es atravesada entonces por algo que surca el aire como un cuchillo, *Birkholz*. Y una vez más: *Birkholz*. Me pongo en pie de un salto. Está llegando ayuda, tengo que abrirme camino luchando; me suelto de un tirón, echo a correr, recibo un golpe en la rodilla y caigo al blanco pozo, a una luz deslumbrante. «*Birkholz Birkholz*…». En el espacio se oyen únicamente mis agudos gritos… Y de repente, la pesadilla se interrumpe.

El campesino y su esposa están delante de mí, que me encuentro medio en la cama y medio en el suelo. Junto a mí, el criado se alza del suelo, trastornado. Tengo en la mano, que aprieto convulsivamente, un bastón como si se tratara de un fusil. Y he de sangrar por algún sitio. Después noto que se trata únicamente del perro, que me lame la mano.

—Maestro —pregunta la dueña de la casa, temblando—, ¿qué le ocurre?

No comprendo nada.

—¿Cómo he llegado aquí? —pregunto con voz ronca.

—Pero, maestro…, despierte…, ha estado soñando.

—¿Soñando? —repito—. ¿Sólo se ha tratado de un sueño?

Y me echo a reír de repente. Río con tal fuerza que el cuerpo se estremece; río hasta que siento daño; río… Pero la risa se quiebra de pronto.

—Era el capitán inglés —susurro—, el de antaño…

El criado se frota el desollado brazo.

—Ha estado soñando, maestro, y se ha caído de la cama —explica—. No oía usted nada y casi me ha matado a golpes…

No le comprendo, me siento desmadejado y miserable hasta un punto infinito. Después veo el bastón que hay en mi mano. Le dejo y me siento en la cama. El perro se aprieta contra mis rodillas.

—Deme un vaso de agua, mamá Schomacker —le ruego—, y vuelvan a la cama.

Pero no me acuesto ya, sino que me quedo sentado a la mesa, arropado con una manta. Dejo encendida la lámpara.

Permanezco acurrucado así largo tiempo, quieto y con la mirada ausente, como únicamente puede estar sentado un soldado cuando está solo. Transcurrido algún tiempo me inquieto y experimento la sensación de que hay alguien más en el cuarto. Noto que despacio, sin que me mueva, acude de nuevo a mis ojos la capacidad de mirar y ver. Al alzar un poco los párpados, observo que me hallo sentado frente a un espejo que hay sobre el pequeño lavabo. Desde su cristal levemente ondulado me contempla una cara con sombras y negras órbitas: mi propia cara.

Me levanto, descuelgo el espejo y lo pongo en un rincón, el cristal hacia la pared.

Ha entrado la mañana y me encamino a la escuela. Los pequeños, sentados, tienen cruzadas las manos. Hay todavía en sus grandes ojos todo el asombro tímido de los años infantiles. Me miran tan llenos de confianza y con tanta fe en mí que siento de repente como un latigazo en el corazón.

Heme aquí delante de vosotros, uno de los cientos de miles fracasados a quienes la guerra les ha robado toda fe y casi toda la fuerza. Aquí, frente a vosotros, noto que tenéis una vida más fuerte y estáis más unidos a la existencia que yo… Y aquí, este hombre que está delante de vosotros debe ser quien os enseñe y guíe. ¿Qué os puedo enseñar? ¿Debo deciros que dentro de veinte años estaréis exprimidos, mutilados, disminuidos en vuestros impulsos más libres y que seréis convertidos implacablemente en mercancía a granel? ¿Debo contaros que toda la instrucción, toda la cultura y toda la ciencia no son otra cosa que un espantoso escarnio mientras los hombres luchen entre sí con gases, hierro, pólvora y fuego en nombre de Dios y de la Humanidad? ¿Qué puedo enseñaros, pequeños? ¿Qué puedo enseñar a los únicos que han permanecido puros en estos años espantosos?

Entonces, ¿qué os puedo enseñar? ¿Debo deciros cómo se quitan las anillas de las bombas de mano y cómo se lanzan contra los seres humanos? ¿Debo mostraros cómo se quita a otro la vida con una bayoneta, cómo se le mata a golpes con la culata de un fusil, cómo se le degüella con una pala? ¿Debo explicaros cómo se apunta el cañón del fusil contra una maravilla tan incomprensible como lo es un pecho que respira, un corazón que late, unos pulmones que se agitan? ¿Debo cantaros lo que es una parálisis producida por el tétanos, lo que es una médula espinal desgarrada, lo que es un cráneo arrancado? ¿Debo describiros qué aspecto tiene el cerebro cuando salpica en derredor, el de los huesos astillados, el de los intestinos saliendo de la cavidad abdominal? ¿Debo imitar cómo se gime cuando se recibe un tiro en el vientre, cómo se respira estertóreamente cuando el balazo es en los pulmones, cómo se silba cuando el proyectil da en la cabeza? ¡No sé más, no he aprendido más!

¿Debo llevaros al mapa verde y gris que cuelga en la pared, recorrerlo con el dedo y deciros que aquí fue asesinado el amor? ¿Debo explicaros que los libros que tenéis en las manos no son sino redes con las que vuestras almas inocentes serán arrastradas al matorral de las frases y a las alambradas de los conceptos falseados?

Aquí estoy, frente a vosotros, un hombre mancillado, un hombre culpable, y tendría que rogaros: ¡seguid como sois y no permitáis que se abuse de la cálida luz de la niñez para convertirla en la llama de dardo del odio! Envuelve todavía vuestras frentes el halo de la inocencia…, ¿cómo puedo enseñaros si ya la he perdido? A mí me persiguen aún las sangrientas sombras del pasado…, ¿cómo puedo tener la osadía de interponerme entre vosotros? ¿Antes no debo ser yo de nuevo un ser humano? Siento que me va invadiendo un espasmo, como si me fuera convirtiendo en piedra y tuviera que deshacerme, que desmoronarme. Me hundo despacio en el sillón y comprendo que no puedo seguir más tiempo aquí. Intento coger algo, pero no puedo. Por fin, la rigidez remite después de unos momentos que se me antojan infinitos. Me pongo en pie.

—Niños —digo con un esfuerzo—, podéis marcharos. Hoy no hay escuela.

Los pequeños me miran para estar seguros de que no bromeo. Digo que sí con la cabeza una vez más.

—Sí, es verdad…, id a jugar hoy…, todo el día…, id a jugar al bosque… o con vuestros perros y gatos… No tenéis que volver ya hasta mañana.

Entonces introducen con ruido las cajitas de plumas en los morrales y salen empujándose, alborozados y jadeantes.

Empaqueto mis cosas y me dirijo a la aldea vecina para despedirme de Willy. Lo encuentro en mangas de camisa, recostado en la ventana y practicando *Mayo lo hace todo nuevo* con el violín. Hay en la mesa una comida abundante.

—La tercera que hago hoy —me explica con satisfacción—. Me he dado cuenta de que, si hago acopio, puedo comer como un camello.

Le participo mi intención de marcharme esta misma noche. Willy no es hombre que haga muchas preguntas.

—Voy a decirte una cosa, Ernst —explica pensativo—: desde luego que resulta aburrido permanecer aquí… Pero mientras tenga esta comida —y señala la mesa—, ni diez caballos juntos conseguirían arrancarme de la cuadra de Pestalozzi. —Acto seguido saca de debajo del sofá una caja de botellas de cerveza—. Corriente de alta tensión —dice con sonrisa satisfecha mientras acerca la etiqueta al quinqué.

Le miro largo tiempo.

—De verdad, Willy, me gustaría ser como tú —afirmo después.

—Lo creo —dice con cara de pascuas y hace saltar con ruido el tapón de una botella.

Mientras me encamino a la estación, salen de la casa vecina un par de niñas con las boquitas embadurnadas, oscilando los lazos del pelo al compás de la carrera. Acaban de enterrar en él jardín un topo muerto y han rezado por él. Hacen ahora una leve genuflexión y me tienden la mano:

—Hasta la vista, señor maestro.

SEXTA PARTE

I

—Ernst, tengo que hablar contigo —dice mi padre.

Me imagino perfectamente lo que vendrá ahora. Hace unos cuantos días que me ronda con aire preocupado y lanzándome indirectas. Pero hasta hoy he conseguido escabullirme siempre, pues estoy raras veces en casa.

Vamos a mi habitación. Mi padre se sienta en el sofá; con aire preocupado.

—Nos tiene muy preocupados tu futuro, Ernst.

Cojo del estante de los libros una caja de cigarros y le ofrezco uno. Se le aclara un poco el rostro, pues el cigarro es de buena calidad. Me los ha proporcionado Karl, y éste no es de los que fuman hojas de haya.

—¿Has dejado realmente tu cargo de maestro? —pregunta.

Contesto que sí con la cabeza.

—Pero ¿por qué lo has hecho?

Me encojo de hombros. ¿Cómo podría explicárselo? Somos dos personas distintas por completo y hasta ahora nos hemos entendido muy bien por la precisa razón de que, en realidad, no nos hemos entendido.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —continúa su interrogatorio.

—Cualquier cosa —le contesto—, me da igual.

Me mira espantado y comienza a hablar entonces de una buena posición, de una posición bien vista, de avanzar en la vida y de conquistar un puesto en ella. Le escucho entre emocionado y aburrido mientras pienso cuán extraño es que el hombre sentado en el sofá sea mi padre, que años atrás mandaba sobre mi existencia. Pero no ha podido protegerme durante los años que he permanecido en el campo de batalla, no ha podido protegerme ni siquiera en el cuartel, donde cualquier suboficial era más fuerte que él. He tenido que hacerlo todo yo solito, y era indiferente que mi padre existiera o no.

Le sirvo un coñac cuando termina de hablar.

—Mira, padre —le digo, sentándome a su lado—, puede que tengas razón; pero he aprendido a vivir en un agujero abierto en la tierra, con un pedazo de pan y una sopa que no era más que agua teñida. Y cuando daba la casualidad de que no había tiroteo, ya me daba por satisfecho. Un barracón viejo me parecía ya un lujo, y un saco de paja en el cuartel de descanso era el Paraíso. Por tanto, has de comprender que de momento me basta el hecho de seguir con vida y que ya no se dispare más. Ya me las arreglaré para conseguir el poquito de comida y bebida que necesito. Y para todo lo demás tengo todavía una vida entera por delante.

—Sí, pero… —replica—, eso no es vivir. Eso de ir a lo que salga…

—Según y conforme —opino—. Yo creo que no es vivir si alguna vez puedo decir más tarde que he ido durante treinta años a la misma escuela o a la misma oficina.

Mi padre responde, asombrado.

—Yo hace veinte años que voy a la cartonería y, a pesar de ello, he conseguido llegar a ser un maestro independiente.

—Yo no pretendo llegar a ser nada, padre, yo sólo quiero vivir.

—Yo también he vivido honradamente —contesta con un asomo de orgullo—, no en vano me han elegido miembro de la Cámara de Artesanos.

—Puedes estar contento de haberlo tenido todo tan sencillo —le replico.

—Pero, al fin y al cabo, algo tendrás que hacer —se lamenta.

—Puedo trabajar de momento en el negocio de un camarada de guerra —le digo para tranquilizarle—. Ganaré en él lo que necesite.

Menea la cabeza.

—¿Y abandonas a cambio de eso tu preciosa posición de funcionario público?

—He tenido que abandonar ya cosas con frecuencia, padre.

Chupa del cigarro, apenado.

—Y hasta te jubilarías con una pensión.

—¡Bah! —replico—, ¿qué soldado de nosotros va a llegar a los sesenta años? Tenemos tanto dentro del cuerpo, que ya irán saliendo los achaques con el tiempo… De seguro que estiraremos la pata antes.

Ni con la mejor voluntad puedo imaginarme que llegaré a tener sesenta años: he visto morir demasiadas personas a los veinte. Fumo, pensativo, y contemplo a mi padre. Continúo sintiendo que es mi padre… Sin embargo, es también un buen hombre ya entrado en años, cauteloso, y pedante, cuyas opiniones ya no tienen a mis ojos importancia alguna. Puedo imaginarme muy bien cómo habría sido en campaña: siempre debería haberse tenido un poco de cuidado con él, y seguro que no habría llegado jamás a suboficial.

Visito a Ludwig por la tarde. Está sentado en medio de un montón de folletos y libros. Me gustaría hablar con él de muchas cosas que me interesan grandemente, pues tengo la sensación de que quizá sea él quien pueda mostrarme el camino. Pero hoy es él también quien se encuentra inquieto y excitado. Hablamos un rato de cosas intrascendentes y luego me dice:

—Ahora tengo que ir al médico.

—¿Todavía a causa de la diarrea?

—No…, se trata de otra cosa.

—¿Pues qué tienes, Ludwig? —pregunto, asombrado.

Guarda silencio un rato, temblorosos los labios, y responde por fin:

—No lo sé.

—¿Quieres que te acompañe? De cualquier modo, no tenía ningún proyecto.

Ludwig coge la gorra.

—Sí, acompáñame.

Mientras nos dirigimos a la consulta, me mira a veces de soslayo, a hurtadillas. Está triste y silencioso de un modo extraño. Torcemos para entrar en la Lindenstrasse y nos encaminamos hacia una casa que tiene delante un pobre y pequeño jardín donde crecen arbustos. Leo el rótulo esmaltado de la puerta: «Doctor Med. Friedrich Schultz, especialista de piel, vías urinarias y venéreo». Me paro.

—Pero ¿qué ocurre, Ludwig?

—Todavía nada, Ernst —contesta, pálido el rostro—. Algún absceso que se me ha presentado. Desapareció, pero ahora ha vuelto.

—Si no es más que eso, Ludwig —respiro con sensación de alivio—, ¡menudos diviesos he tenido yo! Como cabezas de niño. Eso se debe a la mala comida.

Llamamos. Nos abre la puerta una enfermera vestida de blanco. Los dos sentimos una timidez enorme y nos dirigimos a la sala de espera con las caras como la grana. Menos mal que, gracias a Dios, estamos solos en el cuarto. Hay sobre la mesa un montón de números de *Woche*. Los hojeamos. Se está precisamente en la Paz de Brest-Litowsk.

Viene el médico, cuyas gafas lanzan destellos. Detrás de él, está entornada la puerta de acceso al consultorio. Se puede ver en el interior una silla de tubo niquelado y piel, práctica y deprimente hasta un extremo que acongoja.

Es curioso que tantos médicos gusten de tratar a sus pacientes como si fueran niños pequeños. Esto es asignatura de estudio cuando se trata de los sacamuelas, pero también parece ser el caso en el médico de ahora.

—Bueno, Herr Breyer —dice con acento arrullador la serpiente de anteojos—, de ahora en adelante tendremos que ser un poquito amigos.

Ludwig, que parece un fantasma, traga saliva.

—¿Es que…?

El médico hace con la cabeza un movimiento de aprobación e intenta levantarle el ánimo.

—Sí, ya sé el resultado del análisis de sangre: positivo. Ahora tendremos que atacar con energía a los canallas.

—Positivo —balbucea Ludwig—, eso significa que…

—Sí —afirma el médico—, tendremos que hacer una pequeña cura.

—¿O sea que tengo sífilis?

—Sí.

Un moscardón zumba por el cuarto y choca contra la ventana. El tiempo se detiene. El aire encerrado entre estas paredes se pega como una medusa. Se ha transformado el mundo: un miedo terrible se ha convertido en una espantosa realidad.

—¿No puede ser una equivocación? —inquiere Ludwig—. ¿No se podría hacer otro análisis de sangre?

El médico niega con la cabeza.

—Lo mejor será comenzar en seguida la cura. La enfermedad ha llegado a una fase secundaria.

Ludwig hace un esfuerzo para tragar saliva.

—¿Es curable?

El médico se anima. Su cara muestra la alegría que presta la confianza.

—Por completo. Vea estos tubitos. De momento, inyectar durante medio año. Después, ya veremos. Quizás entonces ya no sea necesario apenas nada. La lúes se cura perfectamente hoy.

Lúes… ¡qué palabra tan repugnante! Suena como si sé tratara de una serpiente delgada y negra.

—¿La ha contraído mientras ha estado en campaña? —pregunta el doctor.

Ludwig contesta que sí con la cabeza.

—¿Por qué no se ha sometido inmediatamente a tratamiento?

—No sabía lo que era. Antes, jamás nos dijo nadie nada de estas cosas. También se presentó ya tarde y tenía un aspecto inofensivo. Desapareció sin intervención alguna.

El médico mueve la cabeza.

—Sí, éste es el reverso de la medalla —dice con ligereza.

De buena gana le estrellaría una silla en la cabeza. ¿Qué idea tiene este sujeto de lo que significa disponer de tres días de permiso para ir a Bruselas y se aleja uno de los hoyos de tirador, de la porquería, de los vómitos y la sangre para llegar en el tren de la noche a una ciudad con calles, faroles, luces, tiendas y mujeres; con auténticas habitaciones de hotel y blancas bañeras en las que se puede chapotear y fregarse uno hasta arrancarse la costra de la suciedad; con música suave, terrazas y un vino frío y fuerte? ¿Qué idea tiene de lo que supone el encanto mágico del vapor azul del crepúsculo durante el breve momento que transcurre entre dos terrores? Es como un desgarrón en las nubes, como un salvaje alarido de vida en la breve pausa entre muerte y muerte. Quién sabe si uno no estará dentro de un par de días colgando en la alambrada, con los huesos destrozados, y estire la pata entre gritos, muerto de sed. Un trago más del fuerte vino, todavía una alentada y una mirada a este mundo irreal de colores que se deslizan; de sueños, de mujeres y de excitante susurrar de palabras; entre los cuales la sangre se torna como una negra fontana; entre los cuales se funden los años de suciedad, de rabia y de desesperanza para convertirse en un torbellino dulce y cantarín de recuerdo y esperanza. Mañana se aproximará de nuevo la muerte, veloz, con sus cañones, sus bombas de mano, sus lanzallamas, su muerte y su destrucción… Hoy, en cambio, está todavía esta piel suave, que desprende aromas y llama como la vida misma, que atrae de una manera indecible. Turbadoras sombras en la nuca, brazos suaves. Cruje, relampaguea, se vuelcan las nubes y el agua corre a raudales. Arde el cielo. ¿Quién puede pensar entonces que entre estos susurros que atraen, entre este aroma, detrás de esta piel se agazapa lo otro, al acecho, escondido, esperando: Lúes? ¿Quién lo sabe y quién quiere saberlo, quién piensa en realidad en él mañana? Quizá mañana haya concluido todo… Maldita guerra que nos enseñó únicamente a aprovechar el momento percibido.

—¿Y ahora? —pregunta Ludwig.

—Comenzar lo más pronto posible.

—Pues entonces, ahora mismo —responde Ludwig con calma.

Penetra con el médico en el consultorio.

Espero en la sala y destrozo un par de números de *Woche*, donde hay un centelleo de desfiles, victorias y palabras enjundiosas de pastores entusiasmados con la guerra.

Regresa Ludwig, Y le digo en voz baja:

—Ve a que te visite otro médico, de seguro que éste no tiene ni la menor idea, no sabe nada.

Mi camarada hace un gesto de cansancio y bajamos en silencio las escaleras. Ya abajo, dice de repente, volviendo la cara:

—Bueno, hasta la vista.

Alzo los ojos. Recostado en la barandilla, hace esfuerzos convulsivos para mantener las manos metidas en los bolsillos de los pantalones.

—Pero ¿qué pasa? —pregunto espantado.

—Me marcho ya —responde.

—Entonces dame al menos la pata —le digo, asombrado.

Pero replica, temblorosos los labios:

—Quizás ahora no me debas tocar más…

Tímido, delgado, está en la barandilla de la escalera en la misma posición que adoptaba siempre al apoyarse sobre el declive de la trinchera, con ojos tristes y los ojos bajos.

—¡Ay, Ludwig, Ludwig! ¿Qué nos están haciendo aquí? No tocarte yo más, so cafre, so animal… Pues claro que te cogeré, cien veces te abrazaré…

Siento una opresión en el pecho. ¡Maldita sea! Estoy a punto de llorar a moco tendido, asno de mí. Y entonces le cojo por los hombros, le aprieto contra mí y noto cómo se estremece y tiembla.

—¡Bah, Ludwig! Todo esto no son más que tonterías, y a lo mejor hasta lo tengo yo también. Tranquilízate, la serpiente de anteojos esa de ahí arriba lo volverá a poner bien todo…

Y Ludwig tiembla y tiembla, y yo le aprieto con fuerza contra mi pecho.

II

En la ciudad se han anunciado manifestaciones durante la tarde. Los precios suben por doquier desde hace meses, y la penuria es mayor todavía que en el transcurso de la guerra. Los jornales no alcanzan a cubrir las necesidades más imprescindibles; e incluso aunque se tenga dinero no es tan sencillo adquirir cosas con él. En cambio, cada día hay más licorerías y salas de baile y aumenta de manera continua la especulación y la estafa.

Circulan por las calles grupos de trabajadores en huelga. De vez en cuando se producen aglomeraciones repentinas. Corre el rumor de que los militares han sido concentrados en los cuarteles, pero todavía no se ha visto nada en tal sentido.

Se oyen gritos de «Arriba» y «Abajo». Alguien pronuncia una arenga en una esquina. Sin embargo, todo se queda de repente en silencio.

Se acerca despacio una procesión de hombres que visten los descoloridos uniformes del frente. Van formados en grupos siempre de cuatro en fondo. Portan pancartas: «¿Dónde está el agradecimiento de la patria?». «Los mutilados de guerra pasan hambre».

Son los mancos quienes llevan estas pancartas. Vuelven con frecuencia la cabeza para comprobar si los demás grupos les siguen convenientemente, pues los portadores de las pancartas son los que avanzan más de prisa.

A éstos les siguen hombres con perros de pastor sujetos con cortas correas. Los animales llevan la cruz roja de los ciegos en el arnés y marchan atentos junto a sus dueños. Cuando la procesión se detiene, los animales se sientan al instante, y los ciegos hacen alto. A veces se precipitan hacia la columna, ladrando y meneando la cola, perros callejeros con intenciones de jugar con los mastines que hacen de lazarillos; pero lo único que hacen éstos es volver la cabeza, sin preocuparse de ladridos ni olfateos. Bien es verdad que mantienen enhiestas las orejas en señal de que prestan atención a lo que ocurre en derredor suyo y reluce la vivacidad en sus ojos; pero los lazarillos andan como si no quisieran ya más saltar y correr, como si comprendieran en que consiste ahora su misión. Sé distinguen de sus camaradas de raza como puede diferenciarse una compasiva enfermera de una alegre dependienta. Tampoco los otros perros insisten mucho tiempo en sus tentativas; cejan a los pocos minutos y se marchan trotando de prisa, produciendo la impresión de que huyen de algo. Sólo un poderoso alano permanece sin alejarse, muy abiertas las patas delanteras; y ladra despacio, con un ladrido profundo y lastimero, hasta que la procesión termina de pasar por delante del animal.

Es extraño. Estos hombres han perdido la vista a causa de las heridas sufridas durante la guerra, por lo que se mueven de una forma distinta a como lo hacen los ciegos de nacimiento. Son más impetuosos y, al mismo tiempo, muestran más cautela en los ademanes, ya que no tienen aún detrás de sí la seguridad de muchos años de tinieblas. Todavía alienta en ellos el recuerdo de los colores, del cielo, de la tierra, del

crepúsculo. Se mueven como si tuvieran ojos; levantan involuntariamente las cabezas y las vuelven para mirar al que habla con ellos. Algunos se tapan los ojos con negros parches o bandas, pero la mayoría no los llevan, como si de esta forma pudieran estar un poco más cerca de los colores y la luz. El pálido rojo del atardecer centellea detrás de sus gachas cabezas. Comienzan a encenderse las primeras lámparas en los escaparates. Pero ellos apenas sienten en sus frentes el aire suave y tierno del crepúsculo… Con sus pesadas botas, avanzan despacio a lo largo de una oscuridad eterna que se ha extendido en torno suyo como una nube; y con tenacidad y tristeza barajan en sus pensamientos las pequeñas cifras que deberían tener para pan, para cuidarse y para vivir, y que, sin embargo, no pueden conseguir. Perezosamente se agitan el hambre y la penuria en las apagadas cámaras de sus cerebros. Desamparados y llenos de sorda angustia, sienten la proximidad de estas calamidades. Sin embargo, no pueden verlas y no pueden hacer, contra ellas, otra cosa que marchar despacio por las calles, juntos, y alzar desde la oscuridad a la luz las muertas caras, con un mudo ruego dirigido a los demás; a los que todavía pueden ver; que vean éstos y se den cuenta.

Detrás de los ciegos marchan los tuertos, las destrozadas caras de los heridas en la cabeza: bocas torcidas, hinchadas, caras sin nariz y sin mandíbula inferior, sólo una gran cicatriz roja la cara entera, con un par de agujeros donde estuvieron antes la nariz y la boca. Y sobre esta desolación, unos ojos tristes que preguntan en silencio.

Marchan a continuación largas filas de hombres con las piernas amputadas. Muchos llevan ya puestas las extremidades artificiales, que avanzan oblicuamente al caminar y golpean el suelo de la calle con sonido metálico, como si la persona entera fuese artificial, de hierro con charnelas.

Vienen después los paralíticos. Les tiemblan las manos, las cabezas, los trajes, los cuerpos, como si continuaran todavía temblando de terror. Ya no tienen dominio alguno sobre su cuerpo; se ha extinguido su voluntad; los músculos y los nervios se han rebelado contra el cerebro; los ojos se han apagado y tienen una mirada impotente.

Los tuertos y los mancos empujan pequeños carritos de mimbre cubiertos con hule encerado donde van los mutilados graves, los que sólo pueden continuar su vida en la silla de ruedas. Entre ellos, unos cuantos tiran de un carretón plano, como el utilizado por los carpinteros para el transporte de armaduras de cama y ataúdes. Hay un tronco humano en este carro, el tronco de un hombre vigoroso que carece de piernas. El hombre tiene un cuello fuerte y una cara ancha, de hombre de bien, con un espeso bigote: podría haber sido un mozo de cuerda. Junto a él, un cartel con letras inclinadas, dibujadas por él mismo probablemente, proclama un deseo; «También preferiría andar, camarada». El rostro es grave. Sólo de vez en cuando se apoya en los brazos y se balancea un poquito para cambiar de postura.

El cortejo discurre lentamente por las calles. Se hace el silencio en los lugares por donde pasa. Tiene que detenerse largo tiempo una vez, en la esquina de la

Hakenstrasse. Están construyendo aquí un nuevo salón de baile, muy grande, y la calle se encuentra obstruida por montones de arena, vehículos con cemento y armaduras. Entre las vigas tendidas sobre la entrada del local arde ya un rojo letrero luminoso con un nombre: «Astoria, café cantante y licorería». El carretón que transporta el tronco humano está exactamente debajo y espera hasta que se quitan unas cuantas barras de hierro. El oscuro fuego del rótulo derrama su luz sobre el hombre y tiñe el rostro, que mira en silencio, de un color rojo sombrío, como si se adueñara de él una terrible pasión y estallara de pronto, ahora mismo, en un grito espantoso.

Pero, cuando se eliminan los obstáculos, la procesión sigue su marcha. Y es sólo la cara del mozo de cuerda, pálida a causa de su permanencia en el hospital militar, la que sonríe con agradecimiento en el pálido crepúsculo cuando un camarada le pone un cigarrillo entre los labios. Los grupos se deslizan en silencio por las calles, sin voces, sin enojos. Sólo un lamento, sin acusar… Saben que no puede esperar mucha ayuda quien ya no puede disparar. Irán al Ayuntamiento y permanecerán allí un rato; cualquier secretario les dirigirá unas palabras; después se disolverán y regresarán uno a uno a sus habitaciones, a sus angostas viviendas, a sus pálidos hijos y a la miseria gris, sin mucha esperanza… Prisioneros de un destino que otros desataron…

Cuanto más tarde se hace, tanto más inquieta se torna la ciudad. Deambulo por las calles con Albert. Hay grupos de personas en todas las esquinas. Circulan rumores; se dice que las tropas han tenido ya un encuentro con una manifestación de obreros.

De la zona de la iglesia de Santa María llega de repente el sonido de disparos de fusil; primero, aislados; después, una descarga cerrada. Albert y yo nos miramos; después, sin decir una palabra, salimos al instante hacia el lugar de donde procede el sonido de los disparos.

Cada vez nos tropezamos con mayor número de personas que corren en dirección opuesta a la nuestra. «¡Buscad armas, esa colección de canallas está disparando!», gritan. Apresuramos nuestro paso, avanzamos sorteando los grupos, nos deslizamos hacia delante, corriendo ya. Nos impulsa hacia la iglesia una dura y peligrosa excitación. Jadeamos. El crepitar aumenta.

—¡Ludwig! —llamo.

Ludwig corre a nuestro lado. Tiene apretados los labios, se le destacan las mandíbulas, hay en sus ojos una mirada fría y tensa: de nuevo el rostro de las trincheras. Albert también lo tiene. Y yo. Corremos en dirección a los disparos de fusil como hacia una señal inquietante que tirara de nosotros.

Delante de nosotros, la multitud retrocede, gritando. Nos abrimos camino. Las mujeres se alejan corriendo, tapándose los ojos con los mandiles. Se alza un rugido de rabia. Arrastran a un herido para alejarlo de este sitio.

Llegamos a la plaza principal, donde la Reichswehr se ha atrincherado en el Ayuntamiento. Los cascos de acero despiden un brillo pálido. Delante de las escalinatas hay una ametralladora preparada para disparar. La plaza está vacía. Las personas se agolpan únicamente en las calles que dan a ella. Sería una locura seguir adelante; la ametralladora domina la plaza.

Pero se destaca un hombre, que avanza solo. Detrás de él, sale de las callejuelas una multitud hirviente, se mueve como una marea en torno a las casas y se junta y aproxima en una masa negra. Pero el hombre precede en una gran distancia a la multitud. Cuando llega al centro de la plaza, sale de la protección de las sombras de la iglesia a la zona iluminada por la luna. Una voz clara y acerada grita:

—¡Atrás!

El hombre levanta las manos. Es tan fuerte la luz de la luna que se ven brillar blancos los dientes en el oscuro agujero de la boca cuando comienza a hablar.

—¡Camaradas…!

Se hace el silencio. La voz está sola entre la iglesia, el macizo del Ayuntamiento y las sombras, está sola en la plaza, es una paloma que aletea.

—¡Camaradas, arrojad las armas! ¿Vais a disparar contra vuestros hermanos? ¡Dejad las armas y uníos a nosotros!

Jamás he visto una luna tan clara. Los uniformes que están en las escalinatas del Ayuntamiento parecen de tiza. Centellean las ventanas. La mitad iluminada de la torre de la iglesia parece un espejo de seda verde. Los caballeros de piedra que guardan la puerta se destacan con sus yelmos y viseras, centelleando, de la pared en sombras.

—¡Atrás o se disparará! —Llega, fría, la voz de antes.

Vuelvo la cabeza en dirección a Ludwig y Albert: ¡El jefe de nuestra compañía! ¡Esta voz es la de Heel! Se apodera de mí una tensión que me hace sentir náuseas, como si tuviera que asistir a una ejecución. Estoy seguro: Heel dará orden de disparar.

La oscura masa humana se mueve en la sombra de las casas, vacila y murmura. Transcurre una eternidad. Entonces se destacan de las escalinatas dos soldados armados de fusil y se dirigen hacia el hombre que está solo en medio de la plaza. Se tiene la impresión de que pasa un tiempo infinito hasta que se acercan al hombre; parecen pisar en un lodazal gris sin moverse del sitio, cabrilleantes muñecos de trapo con fusiles montados, apuntando hacia abajo. El hombre los espera con calma. Y cuando han llegado adonde está él, dice de nuevo:

—Camaradas…

Le cogen por los sobacos y tiran de él. El hombre no se defiende. Los soldados lo arrastran con tanta rapidez que le hacen tropezar. Resuenan entonces gritos estridentes, la masa se pone en movimiento, una calle avanza despacio, irregularmente… Y la voz clara ordena:

—¡Tráelo rápido! ¡Voy a dar la orden de fuego!

Una ráfaga al aire para asustar a la multitud. El hombre se suelta de repente; pero, en vez de ponerse a salvo, se dirige oblicuamente hacia la ametralladora, corriendo:

—¡No disparar, camaradas!

No ha ocurrido nada aún, pero cuando la multitud ve avanzar corriendo al hombre sin armas avanza ella también. Ondea en un estrecho cordón a lo largo de la iglesia. Una voz de mando vuela al instante sobre la plaza; el tonante tableteo de la ametralladora se rompe en múltiples ecos, y las balas rebotan en el adoquinado, silbando.

Nos hemos protegido con la rapidez del rayo detrás del saliente de una casa. En el primer instante se ha apoderado de mí un miedo paralizante, ruin, por completo distinto al que jamás sintiera en el frente. Luego se transforma en rabia. He visto cómo el hombre que avanzaba solo se daba la vuelta y caía hacia delante. Saco un poco la cabeza y miro con precaución desde la esquina. Intenta levantarse en este preciso momento, pero no lo consigue. Le cuelgan lentamente los brazos, se le hunde la cabeza y resbala sobre el pavimento como si estuviera cansado hasta un extremo infinito. Se desata entonces el nudo que tengo en la garganta.

—¡No! —grito—. ¡No!

El grito se alza estridente entre las paredes de las casas. Entonces noto que me apartan a un lado. Ludwig Breyer se yergue y avanza por la plaza en dirección al oscuro montón de muerte.

—¡Ludwig! —le llamo.

Pero continúa andando, avanzando. Mis ojos le siguen aterrorizados.

—¡Atrás! —Llega de nuevo la orden desde la escalinata del Ayuntamiento.

Ludwig se detiene un momento.

—Ya puede ordenar que sigan disparando, teniente Heel; —grita en dirección al Ayuntamiento.

Dichas estas palabras, continúa su camino y se inclina hacia el cuerpo tendido en el suelo.

Vemos que un oficial se destaca de entre las tropas. Sin darnos cuenta clara de lo que hacemos, nos encontramos de pronto al lado de Ludwig y esperamos al hombre que se acerca, armado únicamente con un bastón. No vacila ni un instante, a pesar de que ahora somos tres los que estamos frente a él y podríamos arrastrarle con nosotros si quisiéramos, pues sus soldados no se atreverían a disparar por miedo a herirle.

Ludwig se endereza.

—Mi enhorabuena, teniente Heel: el hombre está muerto.

Por debajo de la guerrera mana un reguero de sangre que se filtra entre los adoquines. Junto a la mano derecha, que sale, delgada y amarilla, de la manga de la guerrera, forma un charco la sangre, que despide destellos negros a la luz de la luna.

—Breyer —dice Heel.

—¿Sabe usted quién es?

Heel mira al cadáver y niega con un movimiento de la cabeza.

—Max Weil.

—Quería dejarle marchar —explica Heel al cabo de unos momentos, pensativo.

—Está muerto —replica Ludwig.

Heel se encoge de hombros.

—Era un camarada nuestro —prosigue Ludwig. Heel no responde, y Ludwig le mira con ojos fríos—. ¡Una profesión limpia!

Heel se estremece al oír estas palabras.

—No es eso lo que importa —replica con voz tranquila—, sino únicamente el objetivo: la paz y el orden.

—Objetivo… —contesta Ludwig con aire despreciativo—, ¿desde cuando ofrece usted disculpas? ¡Objetivo! Lo que usted necesita es tener una ocupación…, eso es todo. ¡Retírese con sus hombres para evitar que se siga disparando!

Heel hace un movimiento de impaciencia.

—Mis hombres continuarán donde están. Si retrocedieran, mañana serían atacados por una multitud diez veces más numerosa que la de hoy. Eso lo sabe usted perfectamente. Ocuparé dentro de cinco minutos las salidas de las calles a la plaza, hasta entonces dispone de tiempo para llevarse el cadáver.

—Echad una mano —nos dice Ludwig. Después se vuelve a Heel una vez más—. Si se retira ahora, nadie le atacará. Si permanece aquí, entonces habrá nuevos muertos. ¡Por culpa de usted! ¿Lo sabe?

—Lo sé —responde Heel con frialdad.

Permanecemos todavía un segundo frente a frente. Heel nos mira uno a uno. Es un momento extraño. Algo se rompe.

Después cogemos el cuerpo de Max Weil que se dobla, y nos lo llevamos. Las calles vuelven a estar llenas de gente. Se abre un amplio pasillo delante de nosotros y brotan gritos:

—¡Perros! ¡Policía sanguinaria! ¡Asesinos!

La sangre gotea de la espalda de Max Weil, cuyo cadáver llevamos al «Hollandische Diele». En el local ya hay un par de sanitarios, vendando a dos personas que están tendidas en la pista de baile. Una mujer cuyo delantal está manchado de sangre gime y dice una y otra vez que se quiere marchar a su casa. Cuesta trabajo retenerla hasta que se consigue una camilla y llega un médico. Tiene un tiro en el vientre. Junto a ella está tendido un hombre que todavía viste la vieja cazadora. Los proyectiles le han atravesado ambas rodillas. Su mujer, arrodillada junto a él, se queja en tono lastimero:

—¡Pero si no ha hecho nada! ¡Tan sólo le traía la comida! —Y muestra la cacerola gris, esmaltada—. Sólo la comida…

Las bailarinas del «Hollandische Diele» se han agrupado en un rincón. El encargado del establecimiento se mueve, excitado, de un lado para otro con rapidez y pregunta si no se puede llevar a los heridos a otro sitio. Dice que será la ruina de su negocio si se corre por ahí la voz de lo sucedido, que ya no habría cliente alguno que

quisiera bailar aquí. Anton Demuth, que viste su áureo uniforme de portero, ha ido a buscar una botella de coñac y se la pone en los labios al herido. El encargado del local mira con ojos de terror la escena y hace señas al portero, pero Anton no se preocupa.

—¿Crees que conservaré las piernas? —pregunta el herido—. Soy chófer.

Llegan las camillas. De nuevo llega desde el exterior ruido de disparos. Nos ponemos en pie de un salto. Voces, gritos y el sonido de cristales rotos. Salimos corriendo.

—¡Levantad los adoquines! —exclama alguien, y una piqueta golpea contra las piedras.

Se arrojan desde arriba colchones, sillas, hasta un cochecito de niño. Relámpagos de disparos procedentes de la plaza. Y ahora responden desde los tejados.

—¡Fuera faroles!

Un hombre salta hacia delante y lanza un ladrillo contra un poste del alumbrado. La oscuridad se adueña de pronto del lugar.

—¡Kosole! —grita Albert.

Ha sido Kosole, con quien está Valentin. Los disparos han atraído a todos como si hubieran sido un remolino.

—¡Por aquí! ¡Ernst, Ludwig, Albert! —brama Kosole—. ¡Esos cerdos están disparando contra las mujeres!

Estamos tumbados en las entradas de las casas. Chasquidos de disparos, seres humanos que gritan. La marea humana nos arrastra, nos arrolla, loca de odio. La sangre salpica el pavimento. Volvemos a ser soldados. La guerra se ha vuelto a apoderar de nosotros, rugiendo, furiosa, sobre nuestras cabezas, entre nosotros, dentro de nosotros… Se acabó todo. La camaradería ha sido perforada por las ametralladoras. Soldados que disparan contra soldados, camaradas que tiran contra camaradas. Es el fin, el fin…

III

Adolf Bethke ha vendido su casa y se ha mudado a la ciudad.

Todo marchó bien una temporada después de admitir de nuevo a su mujer en su casa. Él hacía su trabajo; ella, el suyo; y parecía que por fin se irían arreglando poco a poco las cosas. Sin embargo, la aldea comenzó a murmurar. Cuando la mujer iba de noche por la calle, le gritaban por detrás; los muchachos que se encontraban con ella se reían desvergonzadamente en su propia cara; y las mujeres se apartaban las faldas con un gesto inequívoco. La mujer no decía a Adolf nada de todo esto, pero se iba consumiendo y se tornaba más y más pálida cada día.

Algo similar le ocurría a Adolf. Las conversaciones enmudecían cuando entraba en una taberna. Cuando se dirigía a alguien, notaba un silencio tímido, y poco a poco comenzaban a salir con atrevimiento preguntas escondidas. Se oían groseras alusiones en los momentos de gran consumo de bebida y a veces estallaban a su espalda carcajadas de burla. Bethke no sabía qué hacer para contrarrestar esta actitud, pues cómo iba a hablar a toda la aldea de una cosa que sólo le afectaba a él y que ni siquiera comprendía el pastor, quien le miraba malhumorado desde detrás de las doradas gafas cuando pasaba por delante del clérigo. Todo esto le torturaba, pero jamás decía una sola palabra a su mujer. Así continuaron viviendo juntos una temporada hasta que, un día, la noche de un domingo, la jauría se tornó más osada y dijeron algo a la mujer en presencia del marido. Adolf se encendió, pero la mujer le puso la mano en el brazo.

—Déjalo, lo hacen tan a menudo que ya ni los oigo.

—¿A menudo? —preguntó Adolf, quien comprendió de repente la causa de que ella se hubiese tornado tan apagada.

Colérico, dio un salto para coger a uno de los que habían gritado, pero desaparecieron detrás de las espaldas de sus amigos, que formaban una pared.

Regresaron a su casa y se acostaron en silencio. Adolf miraba con fijeza al frente. De pronto oyó un sonido suave, ahogado; la mujer lloraba debajo de la colcha. Quizás hubiera estado así con mucha frecuencia mientras él dormía.

—Tranquilízate, Marie —dijo Adolf en voz baja— déjales que digan lo que quieran.

Pero la esposa continuó llorando, y el hombre se sintió desamparado y solo. La noche permanecía hostil detrás de las ventanas, y los árboles murmuraban como viejas chismosas. Adolf puso delicadamente la mano en el hombro de la mujer, que le miró con el rostro inundado de lágrimas.

—Deja que me marche, Adolf, así terminarán…

Marie se levantó. Ardía aún la vela, y la sombra de la mujer, muy grande, vacilaba por la habitación, deslizándose por las paredes. En cambio, la mujer aparecía muy pequeña y débil a la pobre luz de la vela. Sentada en el borde de la cama, cogió las medias y la blusa. Extraña y gigantesca, la sombra hizo los mismos movimientos,

como un destino silencioso que, acechando en la oscuridad del exterior, hubiese penetrado subrepticiamente y participara ahora en todos los movimientos, grotesca, desfigurada y burlona, como si fuera a saltar inmediatamente sobre su presa para arrastrarla con violencia a la rumorosa oscuridad. Adolf se levantó de un salto y corrió los blancos visillos de la ventana, como si con ellos pudiera proteger el bajo cuarto contra la noche, que miraba con fijeza con ojos de búho por los negros orificios cuadrados.

La mujer, tras haberse puesto las medias, llevó ahora la mano hacia la faja. Adolf estaba de pie, a su lado.

—Pero Marie…

La esposa alzó los ojos y dejó caer las manos. La faja cayó al suelo. Adolf vio la pena en los ojos de su mujer, la pena de la criatura, la pena de un animal vencido, la pena sin consuelo de quienes no pueden defenderse. Cogió a su esposa por los hombros. ¡Qué suave y cálida era! ¿Cómo podían tirarle piedras? ¿No tenían los dos buena voluntad? ¿Por qué los perseguían de manera tan cruel? La atrajo hacia si, y ella cedió, le echó los brazos al cuello y reclinó la cabeza en el pecho del hombre. Estaban de pie, sintiendo frío dentro de sus camisones de dormir. Y sintiendo también cada uno el cuerpo del otro, deseaban consolarse con el calor mutuo. Se acurrucaron en el borde de la cama, hablando poco. Y cuando las sombras comenzaron a vacilar de nuevo en la pared porque el cabo de vela se había inclinado y la luz estaba a punto de extinguirse, Adolf tiró suavemente de la esposa para entrarla de nuevo en la cama, con un delicado movimiento que daba a entender: continuaremos juntos, lo intentaremos de nuevo. Y dijo el marido:

—Nos marcharemos de aquí, Marie.

Ésta era la salida.

—¡Sí, Adolf, marchémonos!

Entonces se estrechó contra él y fue en éste momento cuando empezó a llorar con fuerza, dando rienda suelta a su dolor. El hombre la sujetaba con fuerza y repetía sin cesar:

—Mañana buscaremos un comprador… Mañana mismo.

Y en medio de un torbellino de propósitos, esperanzas, rabia y tristeza, la hizo suya. La desesperación se tornó fuego, hasta que ella enmudeció y el llanto se hizo más débil, como el de un niño. Y finalmente cesó para dejar paso al agotamiento y a una respiración placentera. Se había apagado la vela, marchado las sombras, y dormía la mujer; pero Adolf permaneció despierto largo tiempo, cavilando. Ya avanzada la noche, despertó la esposa y notó que tenía aún las medias, que se había puesto cuando quiso marcharse. Se las quitó y las acarició antes de ponerlas encima de una silla al lado de la cama.

Adolf Bethke vendió dos días más tarde su casa y su taller, encontrando poco después una vivienda en la ciudad. Se cargaron los muebles, pero tuvo que ser dejado el perro. Sin embargo, lo más duro para Adolf fue despedirse de su huerto. No

resultaba fácil marcharse así, y Adolf no sabía lo que habría de ser de este terreno. Pero la mujer estaba tranquila y pronta.

La casa de la ciudad es húmeda y sombría, está sucia la barandilla de la escalera y llena del olor de los lavaderos; el aire está enrarecido por el odio de los vecinos y las habitaciones sin ventilar. El trabajo es poco, y por ello hay tanto más tiempo para cavilar. Ninguno de los dos está contento; es como si todo les hubiera seguido, Adolf, acurrucado en la cocina, no comprende que las cosas no cambien. Cuando, por la noche, se sientan frente a frente, cuando han leído los periódicos y han quitado los platos de la mesa, se produce de nuevo el hueco de la nostalgia de la casa, y el hombre se marea de tanto escuchar y reflexionar. La mujer trajina, limpia el fogón, y, cuando el marido dice; «Ven, Marie», deja los trapos y el esmeril. Y al tirar de ella hacia abajo y susurrar, sólo por compasión; «Ya lo conseguiremos», entonces ella dice que sí con la cabeza; pero permanece quieta y calla, no se muestra alegre como él quisiera. Adolf ignora que él tiene tanta culpa como ella, que sus vidas se han distanciado en el transcurso de los cuatro años que no han estado juntos, y que el uno es ahora un peso para el otro.

—¡Haz el favor de decir algo! —Se excita el marido.

Ella se estremece de temor y, obediente, dice cualquier cosa. ¿De qué puede hablar? De lo que ha ocurrido hoy en esta casa, en su cocina… Y cuando dos personas tienen que hablar por necesidad, entonces nunca podrán hablar lo bastante para poner la situación en regla. Hablar es bueno cuando hay felicidad detrás de las palabras, cuando éstas fluyen sueltas y llenas de vida; pero de qué remedio puede servir algo tan voluble y sujeto a malentendidos como la palabra cuando se está en medio de la desgracia. Lo único que logran es empeorar la situación.

Adolf sigue con los ojos los movimientos de la mujer y ve detrás de ella una mujer distinta, joven, alegre, la mujer de sus recuerdos, que no puede olvidar. Brota de nuevo la sospecha, y Adolf pregunta, excitado:

—Posiblemente estés pensando todavía en ese sujeto, ¿no? —Y cuando ella le mira con los ojos muy abiertos y él se da cuenta de que ha cometido una injusticia, prosigue ahondando por la misma razón—: ¡Tiene que ser así, pues antes eras distinta! Entonces, ¿por qué has vuelto? ¡Podrías haberte quedado con él!

Cada palabra que dice le duele pero no por ello se calla. Continúa hablando y hablando hasta que la mujer está junto al sumidero, donde no da la luz, y llora de nuevo como un niño extraviado. ¡Ah! Todos somos niños, unos niños necios, perdidos y nuestra casa está siempre envuelta en las sombras de la noche.

El marido no lo soporta. Se marcha y camina sin rumbo por la ciudad. Se detiene delante de los escaparates, pero sin ver nada; sus pasos le llevan hacia donde hay luz. Suenan las campanillas de los tranvías eléctricos, pitan automóviles al pasar por delante, choca con otros; y las prostitutas esperan debajo de los amarillentos nimbos de los faroles. Mueven las poderosas nalgas, se cogen del brazo de Adolf, ríen. Y él pregunta; «¿Quieres?». Entonces se va con ellas, contento de ver y oír algo distinto.

Pero luego vuelve a caminar sin rumbo. No quiere volver a casa aunque le gustaría regresar. Y así va de taberna en taberna hasta emborracharse. Así es como lo encuentro, lo escucho y lo contemplo: sentado, turbia la mirada, balbuceando y bebiendo. Adolf Bethke, el mejor de los soldados, el más considerado, el más leal de los camaradas, que ayudó a muchos y tantas cosas ha salvado. Con frecuencia fue para mí el consuelo y la protección, madre y hermano mientras estuvimos en el frente, cuando vacilaban las pantallas fluorescentes y los nervios estaban rotos por el ataque y la muerte… Hemos dormido juntos en mojadas galerías de mina, y él me arropaba cuando yo estaba enfermo. Lo podía todo, siempre tenía el consejo oportuno; pero aquí cuelga ahora en la alambrada, destrozándose la cara y las manos, y los ojos se le han enturbiado ya.

—Ojalá hubiésemos continuado en el frente, Ernst —dice con voz desamparada—, al menos habríamos estado juntos.

No respondo. Tan sólo me contemplo las mangas de la guerrera, en la que hay unas cuantas manchas de sangre descolorida: la sangre de Weil, fusilado por orden de Heel. A tanto hemos llegado entretanto: truena de nuevo la guerra, pero ha dejado de existir la camaradería.

IV

Tjaden contrae hoy matrimonio con la carnicería caballar. El negocio se ha convertido en una auténtica mina de oro, y el afecto de Tjaden hacia Mariechen ha crecido en la misma medida.

Por la mañana, los novios se dirigen a la ceremonia del enlace matrimonial en una carroza negra forrada de seda blanca, tirada, como es natural, por cuatro caballos, según corresponde a una empresa que vive de estos animales. Willy y Kosole serán padrinos de boda. Willy se ha comprado para esta ocasión un par de guantes blancos de algodón auténtico, lo que ha costado mucho trabajo. Karl tuvo que preparar ante todo media docena de vales y luego comenzó la búsqueda, que duró dos días, pues ningún establecimiento tenía guantes del tamaño de las manos de Willy. Sin embargo el esfuerzo se ha visto recompensado. Los sacos, blancos como la cal, que ha conseguido pillar, contrastan grandemente con la levita recién teñida. Tjaden viste de chaqué, Mariechen lleva un vestido de novia con cola y, en la cabeza, una corona de mirto.

Se produce un incidente poco antes de partir para el Registro Civil. Kosole se acerca, ve a Tjaden de chaqué y estalla en carcajadas convulsivas. Apenas se ha dominado un poco cuando mira de nuevo hacia el lugar donde se halla Tjaden, cuyas salientes orejas brillan sobre el cuello alto, y vuelve a prorrumpir en iguales carcajadas. No hay remedio; estallaría de risa en la iglesia y pondría en peligro la ceremonia. Y por ello tengo que actuar de testigo de boda en el último instante.

La entera carnicería caballar está adornada como corresponde a una fiesta. Hay en la entrada jóvenes abedules y flores. Y, hasta en el local de los carniceros, hay una guirnalda de ramas de abeto en la que Willy, entre grandes aplausos, coloca un cartel que dice: «Cordial bienvenida».

Como es lógico, no se ve un solo trozo de carne de caballo en la mesa: en las fuentes humea una carne de cerdo inmejorable y está cortado, frente a nosotros, un gigantesco asado de ternera.

Después del asado de ternera, Tjaden se quita el chaqué y se despoja del cuello alto. Esto permite a Kosole devorar con más tranquilidad, pues hasta ahora no podía mirar al lado sin correr peligro de atragantarse. Seguimos el ejemplo de Tjaden y nos ponemos a gusto.

Por la tarde, el suegro lee un documento que convierte a Tjaden en copropietario de la carnicería. Le felicitamos. Willy, con sus blancos guantes, presenta nuestro regalo de boda; una bandeja de latón con doce copas de licor de cristal tallado, acompañadas de tres botellas de coñac de las existencias de Karl.

Ludwig se presenta un momento a últimas horas de la tarde. Accediendo a las súplicas de Tjaden, viene de uniforme, pues Tjaden quiere mostrar a su gente que uno de sus amigos es un teniente de verdad. Pero Ludwig se marcha en seguida. Los

demás nos quedamos hasta que sobre la mesa no hay otra cosa que huesos y botellas vacías.

Es ya medianoche cuando salimos a la calle. Albert nos propone ir al café «Gräger».

—Hace ya mucho tiempo que está todo cerrado —dice Willy.

—Podríamos entrar por detrás —insiste Albert—, Karl sabe cómo.

Ninguno de nosotros tiene muchas ganas de ir, pero Albert nos importuna tanto que terminamos cediendo. Me asombra esto, pues Albert siempre es el primero en retirarse.

Aunque todo está oscuro y silencioso en la parte delantera del establecimiento de Gräger, nos tropezamos con un gran movimiento al entrar por la parte de atrás, después de dar la vuelta a la casa. «Gräger» es el local donde se reúnen los especuladores, y el movimiento no termina hasta llegar la mañana.

Una parte del local está formada por pequeños departamentos con cortinas de terciopelo rojo: es la parte destinada al vino. Cosí todas las cortinas están corridas. En su interior, chillidos y carcajadas. La irónica sonrisa de Willy se extiende de oreja a oreja.

—El burdel particular de «Gräger» —explica.

Tomamos asiento un poco mas adelante. El establecimiento está abarrotado. A la derecha, las mesas de las prostitutas: la alegría de vivir florece donde hay negocios. Y por ello, doce mujeres no son muchas en este local, aunque bien es verdad que tienen competencia. Karl nos muestra a Frau Nickel, una exuberante cabeza de chorlito cuyo marido es un especulador ocasional que se moriría de hambre de no ser por la esposa. Ayuda al marido a base de permanecer habitualmente media hora a solas con la otra parte en el domicilio de éstos. Hay por todas las mesas un excitado ir y venir. Murmullos, susurros, cuchicheos y alborotos. Hombres con trajes ingleses y sombreros nuevos son llevados a los rincones por otros con cazadoras sin cuello. Misteriosamente, se sacan de los bolsillos paquetitos y muestras; se examinan, se rechazan, se ofrecen de nuevo; aparecen libros de notas, se ponen lapiceros en movimiento; de vez en cuando alguien se precipita hacia el teléfono o hacia el exterior. Y el movimiento es sólo una confusión de vagones, kilos, mantequilla, arenques, tocino, botellas, dólares, guldens, nombres de acciones y cifras. Muy cerca de nosotros se discute vivamente sobre un vagón de carbón, pero Karl hace un gesto de rechazo.

—Todos éstos son sólo negocios en el aire. El uno ha oído algo en algún sitio, un segundo lo transmite, un tercero interesa a un cuarto, corren en círculo y se dan importancia; pero casi nunca hay nada detrás. Son únicamente acompañantes en la carrera, a quien les gustaría atrapar una provisión. Los auténticos príncipes de la especulación hacen sus negocios a lo sumo con uno o dos intermediarios conocidos de ellos. El gordo de allí compró ayer en Polonia dos vagones de huevos. Van consignados supuestamente a Holanda, pero en el camino son declarados de otra

forma y vuelven entonces como si fueran huevos holandeses frescos, a precio triple. Los de ahí delante trafican en cocaína; como es natural, sus ganancias son fabulosas. A la izquierda, está sentado Diederichs, que negocia sólo con tocino; pero también muy bien.

—Y a causa de estos cerdos tenemos que comer coles únicamente —gruñe Willy.

—Sería lo mismo sin ellos —replica Karl—. La semana pasada fueron vendidos diez barriles de mantequilla del Estado porque se habían estropeado por completo a causa del tiempo que llevaban almacenados. Y con el grano pasa lo mismo, Bartscher ha comprado últimamente por cuatro perras un par de carretadas porque el Estado tenía almacenado el grano en un cobertizo ruinoso y se llenó de hongos a consecuencia de la lluvia.

—¿Cómo has dicho que se llama? —pregunta Albert.

—Bartscher. Julius Bartscher.

—¿Viene a este lugar con frecuencia?

—Creo que sí —responde Karl—, ¿quieres hacer algún negoció con él?

—¿Tiene dinero? —vuelve a preguntar Albert después de negar con la cabeza.

—A montones —contesta Karl con cierto respeto.

—¡Mirad quién viene, Arthur! —exclama Willy, riendo.

Aparece en la puerta trasera el impermeable de color amarillo canario. Un par de hombres se ponen en pie y salen de prisa a su encuentro. Ledderhose los aparta, saluda con aire protector a éste o aquél y avanza entre las mesas como un general. Veo con asombro que expresión tan dura y desagradable ha adquirido su rostro, una expresión que no desaparece aunque Ledderhose ría.

Nos saluda con displicencia.

—Toma asiento, Arthur —sonríe Willy con satisfacción.

Ledderhose vacila, pero no puede resistir la tentación de mostrarnos aquí, en su campo, la clase de hombre que ha llegado a ser.

—Sólo un momento —accede, y se sienta en la silla de Albert, que en este preciso momento recorre el local como si buscara a alguien.

Me entran ganas de seguirle, pero luego lo olvido, pues creo que tiene necesidad de salir al patio, eso es todo.

Ledderhose pide coñac y comienza a hablar de diez mil botas militares y veinte vagones de material viejo con un hombre cuyos dedos brillan a fuerza de brillantes. De vez en cuando, Arthur nos mira para cerciorarse de si estamos escuchando o no.

Pero Albert no ha salido al patio, va avanzando por delante de los departamentos. Alguien le ha contado algo que no quiere creer y que, sin embargo, le martillea la cabeza todo el día. Cuando espía por la rendija del penúltimo departamento, parece como si un hacha gigantesca descendiera veloz hacia él. Se tambalea un instante y después, con rabia, descorre completamente la cortina.

Hay en la mesa copas de champán. Junto a ellas, un ramillete de rosas. El mantel ha sido desplazado y cuelga casi hasta dar en el suelo. Detrás de la mesa, una criatura

rubia está acurrucada en un sillón. Tiene bajado el vestido, alborotado el pelo, y todavía los pechos al aire. La muchacha, de espaldas a Albert, tararea una canción y se peina frente a un pequeño espejo.

—Lucie —dice con voz ronca.

La mujer se da la vuelta con rapidez y le mira como si estuviera viendo a un aparecido. Intenta sonreír, convulsa, pero las contracciones, de su rostro mueren cuando se da cuenta de que la mirada de Albert está prendida en sus pechos desnudos. Ya no puede seguir mintiendo. Y llena de miedo, se refugia detrás del sillón.

—Albert —tartamudea— no ha sido culpa mía… Él… él ha sido… —y de repente parlotea con rapidez—: Me ha emborrachado, Albert, yo no he querido de ninguna manera; pero me ha ido dando cada vez más. Ya no sabía lo que hacía. Te juro…

—Bueno, ¿qué pasa aquí? —pregunta alguien detrás de Albert. Bartscher ha regresado del patio y se mece sobre los pies. Echa a Albert en la cara el humo de su cigarro—. Viviendo un poquito a costa ajena, ¿eh? ¡Vamos, largo de aquí!

Albert permanece frente a él un instante como paralizado. Con monstruosa claridad se le graban en el cerebro el abultado vientre del otro, el dibujo a cuadros del traje marrón, la cadena de oro del reloj y la cara ancha y roja.

Willy, que en este momento alza de nuestra mesa la vista por casualidad, se levanta al instante con rapidez, derriba a un par de personas que se interponen en su camino y corre por el local; pero es demasiado tarde; antes de que llegue al sitio donde está Albert, éste ha sacado el revólver y disparado. Corremos hacia el lugar.

Bartscher ha intentado cubrirse con una silla, pero sólo ha conseguido alzarla hasta la altura de los ojos, y el disparo de Albert le ha alcanzado dos centímetros por encima, en plena frente. Apenas ha apuntado. Siempre fue el mejor tirador de la compañía y desde hace años sabe cómo manejar un revólver.

Bartscher cae como un fardo. Sus pies se estremecen convulsivamente. El disparo ha sido mortal. Chilla la muchacha.

—¡Fuera! —grita Willy a los parroquianos que acuden en tropel, manteniéndoles en jaque.

Tiramos con fuerza de Albert, que permanece inmóvil, clavados los ojos en la muchacha, y le arrastramos por el patio hacia la calle. Doblamos unas cuantas esquinas hasta llegar a un rincón oscuro donde hay dos carros de trasladar muebles. Willy corre detrás de nosotros.

—¡Tienes que desaparecer en seguida, esta misma noche! —jadea.

Albert le mira como si despertara en este momento. Y entonces se suelta.

—Déjalo, Willy —responde pesadamente—, sé lo que debo hacer ahora.

—¿Estás loco? —resopla Kosole.

Albert se tambalea un poco y le sostenemos, pero vuelve a rechazarnos.

—No, Ferdinand —replica en voz baja, como si estuviera cansado—, el que hace una cosa tiene que hacer también la otra.

Y comienza a caminar despacio hacia la calle. Willy corre tras él e intenta disuadirle, pero Albert contesta únicamente con movimientos negativos de la cabeza mientras se dirige hacia la Mühlenstrasse, seguido de Willy.

—¡Tendremos que emplear la fuerza para disuadirle —clama Kosole—, va a ponerse en manos de la Policía!

—Creo que no servirá de nada, Ferdinand —explica Karl, contristado—, conozco bien a Albert.

—¡Pero el muerto no va a recuperar la vida por ello! —grita Ferdinand—. ¿Qué provecho puede sacar? ¡Albert tiene que marcharse!

Nos sentamos en silencio y esperamos el regreso de Willy.

—Tenía mucho cariño a esa muchacha —digo.

Willy regresa solo. Ferdinand se pone en pie de un salto.

—¿Se ha marchado?

Willy vuelve la cabeza.

—Se ha presentado a la Policía. No hubo nada que hacer. Casi estuvo a punto de disparar sobre mí cuando intenté llevármelo a la fuerza.

—¡Maldición!

Kosole reclina la cabeza sobre la lanza del carro, Willy se deja caer en la hierba, Karl y yo nos apoyamos en los costados del vehículo.

Kosole, Ferdinand Kosole solloza como un niño.

V

Se ha disparado un tiro, se ha soltado una piedra, una oscura mano se ha metido entre nosotros. Hemos corrido por delante de una sombra, pero hemos corrido en círculo y la sombra nos ha alcanzado.

Hemos hecho ruido y buscado, nos hemos endurecido y entregado, nos hemos agazapado y saltado, nos hemos extraviado y hemos continuado corriendo; pero siempre hemos sentido en la nuca la sombra y queríamos escapar de ella. Habíamos creído que la sombra corría detrás de nosotros y no hemos sabido que la hemos llevado con nosotros continuamente; que la sombra, estuviéramos donde fuese, estaba allí, silenciosa; que no corría detrás de nosotros, sino que estaba dentro de nosotros.

Hemos querido construir casas, sentíamos nostalgia de jardines y terrazas, pues queríamos ver el mar y sentir el viento; pero no hemos pensado en que las casas necesitan de cimientos. Éramos como los desiertos campos de hoyos de tirador en Francia: aparecen tan serenos como los campos de cultivo que los rodean, pero encierran todavía munición sin estallar. Y el arado será un peligro y estos campos serán un peligro para el arado mientras no se excaven y se limpien de municiones.

Continuamos siendo soldados sin haber tenido conciencia de ello. Si la juventud de Albert hubiera transcurrido pacífica y sin rupturas, muchas cosas hubiesen crecido con él cálida y familiarmente, que le habrían sostenido y guardado. Pero se rompió todo y ya no le quedaba nada al regresar. Toda su juventud reprimida, toda su estrangulada añoranza y su necesidad de hogar y ternuras se volcaron ciegamente sobre esa persona a la que creía amar. Y cuando todo se destrozó, no supo hacer otra cosa que disparar, pues era lo único que había aprendido. De no haber sido un soldado, hubiese tenido ante sí otros muchos caminos. Pero como era un soldado, su mano no vaciló siquiera: estaba acostumbrado desde años atrás a dar en el blanco.

En Albert, el muchacho soñador; en Albert, el amante tímido; en este Albert estaba encerrado aún el otro Albert, el soldado.

La vieja y arrugada mujer no lo comprende.

—Pero ¿cómo ha podido hacer una cosa así? ¡Siempre ha sido un niño tan quieto! —Tiemblan las cintas de su sombrero de vieja, tiembla el pañuelo, tiembla el negro manto: la mujer entera es sólo un tembloroso montoncito de dolor—. Quizás haya ocurrido porque no tenía padre. Tenía sólo cuatro años cuando murió su padre. Albert fue siempre un niño tan callado, tan bueno…

—Lo es todavía, Frau Trosske —le digo.

La mujer se aferra a esto y comienza a hablar de la niñez de Albert. Tiene que hablar, no lo resiste más. Han estado los vecinos, los conocidos, también dos maestros, nadie lo comprende.

—Lo que deberían hacer es callar la boca —observo—, todos tienen su parte de culpa.

La madre de Albert me mira perpleja, pero después sigue relatando: cómo aprendió Albert a andar, que jamás gritó como los demás niños, que casi era demasiado callado para ser un muchacho… Y ahora, una cosa así. ¿Cómo habrá podido hacerlo?

La miro con asombro: no sabe nada de Albert. Quizás a mi madre le sucedería lo mismo conmigo. Posiblemente las madres sólo puedan amar, ésa es su única comprensión.

—Piense una cosa, Frau Trosske —digo con mucho cuidado—: al fin y al cabo, Albert ha estado en la guerra.

—Sí —responde la mujer—, sí…, sí… —No capta la relación que existe—. Ese Bartscher será un mal hombre, ¿verdad?, —pregunta después en voz baja.

—Era un canalla —contesto sin rodeos, pues tal cosa no debe importarme en modo alguno.

La mujer asiente con la cabeza, llenos de lágrimas los ojos.

—En otro caso, no podría habérmelo imaginado. Jamás ha hecho daño ni a una mosca. Hans les arrancaba las alas; pero Albert, nunca. ¿Qué le harán ahora?

—No le puede pasar mucho —la tranquilizo—. Estaba muy excitado, y eso es casi obrar en legítima defensa.

—Gracias a Dios —suspira—. El sastre que vive encima de nosotros ha dicho que le ajusticiarán.

—Ese sastre está loco —replico.

—Sí, ha dicho también que Albert es un asesino. —Rompe a llorar—. ¡Y no lo es ni lo será nunca, no lo será jamás!

—Ya me las entenderé yo con ese sastre —digo, colérico.

—Ya no me atrevo a salir de casa —solloza—, siempre está delante.

—La acompañaré, señora Trosske.

Llegamos a la casa de la madre de Albert.

—Ahí vuelve a estar —susurra la vieja mujer con miedo, señalando la puerta de la casa.

Pongo cara de pocos amigos. Si dice ahora esta boca es mía, le haré papilla aunque me cueste diez años de cárcel. Pero se aparta de nuestro camino, así como dos mujeres que curiosean junto a él.

Una vez en la casa, la madre de Albert me enseña una fotografía de Hans y él, cuando eran niños. Comienza entonces a llorar de nuevo, pero cesa al instante, como avergonzada. Las mujeres viejas son en este aspecto como los niños: tienen prontas las lágrimas, pero también se secan en seguida. En el pasillo, me pregunta:

—¿Tendrá bastante comida quizás?

—Seguramente que sí —respondo—, ya se ocupará de ello Kart Bröger. Puede recibir lo suficiente.

—Me queda todavía algo de bollo, que tanto le gusta. ¿Me permitirán que se lo lleve?

—Inténtelo. Y si se lo permiten, entonces dígale tan sólo; Albert, sé que no eres culpable. No le diga más.

La mujer afirma con la cabeza.

—Quizá no me haya preocupado de él lo bastante. Pero es que Hans no tiene pies…

La consuelo.

—El pobre muchacho —dice la madre—. Encerrado ahora, completamente solo…

Le doy la mano.

—Ahora le diré cuatro cosas al sastre, ya verá cómo la deja tranquila de aquí en adelante.

El hombre permanece aún delante de la puerta de la casa. Una aplanada y estúpida cara de burgués. Me mira con ojos maliciosos, pronta la boca a chismorrear a espaldas mías. Lo cojo de la chaqueta.

—¡Maldito cabrón, si dice una sola palabra a esa vieja de ahí arriba, entonces le haré pedazos, téngalo presente, atleta de la aguja, mujerzuela! —Le sacudo como a un saco de trapos viejos y le empujo contra la puerta, clavándosele el pestillo en los riñones—. Volveré, te haré trizas los huesos, piojoso cagón de planchar, maldito asqueroso. —Y al decir estas últimas palabras, le atizo a derecha e izquierda unos furiosos sopapos.

Estoy ya bastante lejos cuando oigo que chilla, siguiéndome.

—¡Esto irá al Juzgado, le costará lo menos cien marcos!

Me doy la vuelta y me dirijo hacia él, que desaparece.

Georg Rahe está en la habitación de Ludwig sucio y con ojos de haber pasado la noche sin dormir. Ha leído en los periódicos la noticia relacionada con Albert y ha venido al instante.

—Tenemos que sacarle —afirma.

Ludwig levanta la mirada.

—La cosa resultaría si dispusiéramos de media docena de individuos sensatos y un automóvil —prosigue Rahe—. El momento más apropiado sería cuando le condujeran a la sala de la Audiencia. Saltamos en medio, causamos un tumulto, y dos de los nuestros corren con Albert hacia el auto.

Ludwig ha prestado atención un momento, después niega con la cabeza.

—No puede ser, Georg, lo único que conseguiríamos sería causar daño a Albert si saliera mal el asunto. Tal como están las cosas, tiene la esperanza, al menos, de salir bien parado hasta cierto punto. Sin embargo, esto sería lo de menos…, yo estaría al instante con vosotros… Pero Albert…, no nos haríamos con Albert: no quiere.

—Entonces tendremos que emplear la violencia con él también —explica Rahe al cabo de un instante—. Tiene que salir… aunque me cueste el pellejo.

Ludwig no replica.

—Yo creo también que no servirá de nada, Georg —digo—. Incluso aunque le sacáramos, regresaría en seguida. Casi estuvo a punto de disparar contra Willy cuando quiso llevárselo.

Rahe apoya la cabeza eh las manos. El aspecto de Ludwig es el de un hombre deshecho.

—Creo que todos estamos perdidos —observa, desconsolado.

Nadie responde. El silencio y las preocupaciones penden como muertos sobre la habitación.

Posteriormente, permanezco largo tiempo a solas con Ludwig en su habitación. Tiene la cabeza apoyada en las manos.

—Todo es en vano, Ernst. Estamos destrozados, pero el mundo sigue como si la guerra no hubiese existido. No pasará mucho tiempo sin que nuestros sucesores escuchen con oído atento y ojos ansiosos el relato de la guerra y, a causa del aburrimiento de la escuela, sientan deseos de haber estado también en la lucha. Ahora corren ya hacia los cuerpos de voluntarios…, y muchachos de apenas diecisiete años cometen asesinatos políticos. Estoy tan cansado, Ernst.

—Ludwig…

Me siento junto a él y le rodeo con el brazo los estrechos hombros.

Sonríe, desconsolado. Luego dice en voz baja:

—Antaño, antes de la guerra, tuve uno de esos amores de estudiante, Ernst. Hace un par de semanas que me he tropezado con la muchacha y me pareció que todavía se había vuelto más hermosa. Fue como si la época de antaño hubiera vuelto a vivir de nuevo en una persona. Después nos hemos visto con frecuencia…, y de repente me he dado cuenta… —Ludwig reclina la cabeza en el tablero de la mesa. Cuando levanta de nuevo los ojos, tiene muerta la mirada a causa del martirio—. Esto ya no es más para mí, Ernst, estoy enfermo.

Se pone en pie y abre la ventana. En el exterior, la cálida noche resplandece con múltiples estrellas. Miro con fijeza por delante de mí, apesadumbrado. Ludwig permanece largo tiempo mirando por la ventana. Después se da la vuelta y dice:

—¿Recuerdas todavía cuando anduvimos de noche por los bosques con una banda de Eichendorff?

—Sí, Ludwig —asiento al instante, contento de que piense de otra forma—, fue a finales de verano. Una vez cazamos un erizo.

Se relajan sus facciones.

—Y creíamos entonces que se trataba de una aventura con coches de postas, cuernos de caza y estrellas. ¿Recuerdas que queríamos marcharnos a Italia?

—Sí, pero no llegó el coche de postas que habría de llevarnos. Y no teníamos ningún dinero para el ferrocarril.

El rostro de Ludwig se torna más claro. Lo que ocurre parece misterioso, tan alegre se encuentra.

—Y después leímos el *Werther*… —dice.

—Y bebimos vino… —Le recuerdo.

—Y leímos el *Grünen Heinrich* —sonríe—. ¿Recuerdas cómo cuchicheábamos al hablar de Judith?

Digo que sí con la cabeza.

—Pero después preferías a Hölderlin a todos los demás.

Ha descendido sobre Ludwig una paz extraña. Habla en voz baja, blandamente.

—Cuántos proyectos teníamos en aquella época y cuán nobles y buenos queríamos llegar a ser. Pero después, en realidad, nos hemos convertido en unos pobres perros, Ernst…

—Sí —contesto, pensativo—, hay que ver en lo que se ha quedado todo.

Estamos apoyados en el alféizar de la ventana, juntos. El viento mueve suavemente los cerezos. Cruza el cielo una estrella fugaz. Dan las doce.

—Vámonos a dormir. —Ludwig me da la mano—. Buenas noches, Ernst.

—Que duermas bien, Ludwig.

Alguien golpea reiteradamente y con fuerza la puerta de mi habitación. Me estremezco, trastornado.

—¿Quién es?

—¡Soy yo, Karl! ¡Abre!

Salto de la cama. Karl entra como una tromba.

—Ludwig…

Me precipito a su encuentro.

—¿Qué pasa con Ludwig?

—Muerto…

La habitación da vueltas. Caigo en la cama.

—¡Buscad a un médico!

Karl estrella una silla contra el suelo.

—Está muerto, Ernst… Se ha cortado las muñecas…

No sé cómo me he vestido ni cómo he llegado. Me veo de repente en una habitación inundada de luz. Sangre, el brillo insoportable de los trozos de cuarzo y el pedernal. Y delante, en un sillón, una figura infinitamente cansada, delgada, hundida; una cara espantosamente pálida y afilada, con ojos sin vida, semicerrados.

No sé lo que sucede. Está presente su madre, también Karl. Hay ruido. Alguien me habla. Entiendo que debo quedarme; entiendo que quieren ir a buscar a alguien.

Digo que sí con la cabeza, me acurruco en el sofá, crujen puertas. No puedo moverme, no puedo hablar. De repente, estoy solo con Ludwig y le miro.

Karl fue el último que estuvo con él. Lo halló tranquilo y casi alegre. Cuando Karl se hubo marchado, Ludwig puso en orden sus cuatro cosas y escribió un rato. Después acercó una silla a la ventana y puso al lado, sobre la mesa, una palangana con agua caliente. Cerró la puerta, se sentó en el sillón y se cortó las muñecas dentro del agua. Sintió poco dolor. Vio correr la sangre, una imagen en la que había pensado con frecuencia: dejar que esta sangre odiosa y envenenada saliera como un torrente de su cuerpo.

Se le hizo muy patente la habitación. Veía cada libro, cada clavo, cada reflejo de la colección de minerales, la policromía, los colores. Lo sintió: su habitación. Las sensaciones se acercaron, entraron en su respiración y se soldaron con ella. Luego volvieron a alejarse, se hicieron imprecisas. Su juventud comenzó con imágenes. Eichendorff, los bosques, la nostalgia. Reconciliado, sin dolor. Detrás de los bosques, se alzaba el alambre de espino, las blancas nubecillas de los obuses, el impacto de las granadas de grueso calibre. Sin embargo, ya no le asustaban; se habían amortiguado, casi parecían campanas. Las campanas sonaron más fuertes, pero los bosques permanecieron. Sonaban dentro de su cabeza con tal fuerza que parecía que habría de estallarle. También se hizo más oscuro al mismo tiempo. Después, todo se tornó más débil, y la noche ascendió por la ventana. Las nubes se acercaron, flotando, y se extendieron bajo sus pies. A Ludwig le hubiera gustado ver una vez flamencos; ahora lo sabía: éstos eran flamencos, con grandes alas de color gris rosáceo. Muchos, una bandada en forma de cuña… ¿No volaron una vez los patos salvajes, formando una cuña, hacia la roja luna, roja como una amapola, en Flandes? La campiña se extendía más y más, los bosques se sumieron en la hondura mientras brotaban ríos brillantes como plata. E islas. Las alas de color gris rosáceo ascendían más y más, y el horizonte se tornaba cada vez más claro… El mar… Sin embargo, de pronto, ardiente, un negro grito pugnó por brotar de su garganta, y un último pensamiento corrió desde el cerebro hasta la conciencia que ya se extinguía: miedo, vendar, salvación… Intentó, tambaleándose, levantar la mano. Se estremeció el cuerpo convulsivamente, pero ya estaba demasiado débil. Todo dio giros y más giros, desapareció después, y el gigantesco pájaro de negras alas se aproximó aleteando despacio y se abatió sobre Ludwig en silencio.

Una mano me aparta. Vuelve a haber personas. Cogen a Ludwig. Aparto con violencia al primero, pues nadie debe tocarle; pero entonces veo de repente su rostro muy claro y frío, cambiado, severo, desconocido… Ya no le reconozco. Y retrocedo tambaleándome. Salgo.

No sé cómo he llegado a mi habitación. Tengo vacío el cuerpo, y mis brazos se apoyan sin fuerza en los del sillón.

No quiero continuar, Ludwig; tampoco quiero seguir. ¿Qué me resta por hacer aquí? Ninguno de nosotros pertenecemos ya a este mundo. Estamos desarraigados, calcinados, cansados… ¿Por qué te has marchado solo?

Me levanto. Me arden las manos y los ojos, me doy cuenta de que tengo fiebre. Mi pensamiento se torna confuso, ya no sé lo que hago.

—Venid a por mí —susurro—, venid a por mí también.

El frío me hace castañetear los dientes. Me tambaleo hacia delante. Grandes círculos negros centellean frente a mis ojos.

Me quedo rígido de repente. ¿No se ha abierto una puerta, no ha sonado una ventana? Un escalofrío me recorre el cuerpo. Por la puerta abierta de mí habitación, veo, a la luz de la luna, mi vieja guerrera, colgada junto al violín en la pared. Avanzo con cautela hacia ella, de puntillas, para que no lo note; me deslizo como una serpiente hacia esa guerrera gris que lo ha destrozado todo, que ha destruido nuestra juventud y nuestra vida. Tiro de ella hacia abajo e intento arrojarla lejos de mí; pero de repente me la pongo y noto cómo a través de mi piel toma posesión de mi cuerpo. Siento frío, el corazón se me sube a la garganta, latiendo locamente. Un sonido desgarra en este momento el silencio. Me estremezco, me doy la vuelta, me asusto; y lleno de terror, me aplasto contra la pared.

Pues hay una sombra en la pálida luz de la puerta abierta. Una sombra que vacila y ondea, que se acerca y hace señas, una sombra que se convierte en una figura, en un rostro de oscuras cuencas orbitarias entre las que se abre una ancha hendidura, una boca que habla con voz apagada… ¿No es…? «Walter…» susurro, Walter Willenbrock, caído en Paschendaele en agosto del diecisiete. Entonces, ¿es que estoy loco?, ¿estoy sufriendo?, ¿enfermo? Pero detrás de éste se acerca ya y entra en la habitación otro hombre pálido, encorvado: Friedrich Tonberge, a quien un trozo de metralla destrozó en Soissons la espalda cuando estaba sentado en uno de los escalones del abrigo de trinchera. Y ahora, con los ojos muertos, grises y fantasmales, entran en mi habitación un grupo de sombras que han regresado para llenarla: Franz Kemmerich, amputado a los dieciocho años y muerto tres días después; Stanislaus Katczinsky, arrastrando los pies y baja la cabeza, del que corre un hilo oscuro y fino; Gerhrard Feldkampf, destrozado por una mina en Yprés; Paul Bäumer, caído en octubre del dieciocho; Heinrich Wessling, Anton Heinzmann, Haie Westhus, Otto Matthes, Franz Wagner… sombras, sombras, una larga procesión, una serie interminable… Entran como soplos, se acurrucan en los libros, trepan a la ventana, llenan la habitación…

Pero el terror y el asombro desgarran de repente mi interior, pues se ha alzado lentamente una sombra más fuerte; se arrastra por la puerta, apoyándose en los

brazos. Se torna viva, se forman huesos dentro de ella, se arrastra detrás un cuerpo; brillan los blanquísimos dientes en la negra cara, ahora despiden también chispas unos ojos aparecidos en las cuencas. Se desliza hacía mí como una foca espantada… Es el capitán inglés… Detrás de él, se deslizan, haciendo ruido, las tiras del uniforme. Se eleva con un suave tirón y avanza hacia mí unas manos como garras. «¡Ludwig, Ludwig —grito—, ayúdame, Ludwig!».

Cojo libros y los arrojo contra las manos que se me acercan. «¡Bombas de mano, Ludwig!», gimo. Cojo la pecera con rabia y la tiro contra la puerta, donde se hace pedazos con estrépito; pero el capitán sonríe con sarcasmo y se aproxima más y más. Entonces lanzo contra él la caja de la colección de mariposas, el violín; cojo una silla y golpeo la cara de sonrisa sardónica mientras grito: «¡Ludwig, Ludwig!». Me precipito contra él, atravieso la puerta; cruje la silla. Me alejo, corriendo como un desesperado, perseguido por voces angustiadas; pero el jadeo que me sigue se torna más fuerte, se acerca más, corre veloz en persecución mía. Bajo la escalera como una tromba, y el capitán inglés me persigue con estruendo. Salgo a la calle, siento en mi nuca su respiración ansiosa. Corro, las casas vacilan. «¡Socorro, socorro!». Plazas, árboles, una garra en mi hombro, que tira de mí. Doy alaridos, tropiezo. Uniformes, puños, lucha furiosa, relámpagos y el sordo tronar de las blandas hachas que me golpean hasta dar con mi cuerpo en el suelo.

SÉPTIMA PARTE

I

¿Han transcurrido años? ¿O han sido únicamente semanas? Como una niebla, como una tormenta lejana, se cierne el pasado en el horizonte. He estado enfermo largo tiempo y siempre estuvo a mi lado la preocupada cara de mi madre. Pero luego se adueñó de mí un cansancio muy grande que se llevó lejos toda la dureza; un dormir despierto en el que se disolvían todos los pensamientos; una blanda entrega al suave cantar de la sangre y al calor del sol.

Brillan las praderas con el esplendor de las postrimerías del verano. Estar tumbado en la pradera… Los tallos de la hierba son más altos que la cara. Se doblan, son el mundo, ya no hay más que las suaves oscilaciones a compás del viento. En los lugares donde sólo crece hierba, el viento se desliza con un leve sonido de susurro, como el que pudiera hacer una guadaña a lo lejos; el sonido es más sordo y profundo en los sitios donde crecen acederas. Hay que estar quieto largo tiempo y escuchar con atención para percibir el sonido; pero el silencio adquiere vida entonces. Moscas diminutas con alas negras punteadas de rojo se agolpan en los racimos de flores de las acederas y se mueven en los tallos al compás del viento. Como pequeños aviones, zumban los abejorros sobre el trébol; y una mariquita trepa, solitaria y terca, hasta el punto más alto de una planta de mostaza silvestre. Una hormiga llega hasta mi muñeca y desaparece en el túnel de la manga. Arrastra un trocito de hierba mucho más grande que ella. Noto en mi piel el suave cosquilleo y no sé si es la hormiga o el trocito de hierba lo que lleva a lo largo de mi brazo este delicado roce de vida y me produce leves escalofríos. Pero entonces sopla muy suave el viento sobre la manga de mi chaqueta y noto una sensación: cualquier roce de amor ha de ser grosero en comparación con este leve soplo en la piel.

Vacilan las mariposas, tan entregadas al dominio del viento como si nadaran en él, velas blancas y doradas en el aire suave. Se posan en las flores. Y de repente, cuando alzo de nuevo los ojos, veo posadas a dos de ellas, quietas, en mi pecho; una parece una hoja amarilla con puntos rojos; en las alas de la otra, extendidas, hay ojos de pavo real de color violeta que se destacan en un pardo aterciopelado muy oscuro. Las condecoraciones del verano. Respiro muy hondo y despacio. Sin embargo, mi respiración mueve sus alas, pero no se alejan de mí. El claro cielo parece flotar detrás de las hierbas, y una rumorosa libélula se mueve sobre mis zapatos. Blancos hilos de la Virgen, telas de araña, centelleantes hebras se mecen en el aire. Cuelgan de los tallos y las hojas, las acerca el viento, caen sobre mis manos, mi traje, mi cara, mis ojos: me cubren. Mi cuerpo, que en este momento parece que comienza a abandonarme, se funde con la pradera. Se difuminan sus límites, ya no es un todo aparte. La luz apaga sus contornos y empieza a tornarse impreciso en los bordes.

El hálito de la hierba sube por la piel de los zapatos; penetra la respiración de la tierra en los poros de lana del traje; y atraviesa mi pelo un cielo movido: el viento. Y la sangre golpea contra la piel, levantándose contra lo que intenta penetrar en mi

cuerpo; se aprestan a la defensa las terminaciones nerviosas, que tiemblan: siento ya en mi pecho las patas de las mariposas, y el paso de las hormigas resuena en los cóncavos espacios de mis venas. Luego se torna más fuerte la onda, se deshace la última resistencia, y soy únicamente ya una colina sin nombre, pradera, tierra.

Las silenciosas corrientes de la tierra giran hacia arriba y hacia abajo, y mi sangre gira con ellas, es arrastrada por ellas y participa en todo. A través de la cálida oscuridad de la tierra, fluye con las voces de los cristales y los cuarzos; está en el sonido misterioso de la pesantez con que las gotas se hunden y penetran entre las raíces para reunirse y formar finos regueros que buscan su camino hacia las fuentes. Vuelve a brotar del suelo con ellas, está en los arroyos y los ríos, en el esplendor de las orillas, en la inmensidad del mar y en el húmedo vapor plateado que el sol levanta para formar nubes. Gira y gira, coge más parte de mí a cada instante y la arrastra a la tierra y a las corrientes subterráneas. El cuerpo desaparece despacio y sin dolor, se ha ido lejos, quedan sólo tejidos y envoltura; se ha convertido en el agua que se filtra para formar fuentes subterráneas, en la conversación de las hierbas, en el viento que sopla, en el follaje que murmura, en un cielo que suena en silencio. La pradera se aproxima, crecen por doquier las flores, oscilan sobre ella las florecillas. Estoy hundido, olvidado, convertido en una corriente debajo de las amapolas y amarillas caltas sobre las que se deslizan mariposas y libélulas. Un movimiento suavísimo, un temblor suavísimo. ¿Es el último movimiento de balanceo antes del final? ¿Son las flores de amapola y las hierbas? ¿Es el fluir entre las raíces de los árboles?

Pero el movimiento adquiere más fuerza. Se torna más regular, pasa a la respiración y al pulso, vuela a oleadas desde los ríos, los árboles, el follaje y la tierra. Comienza de nuevo el girar, pero no se lleva nada consigo. Todo se acerca a mí y permanece sin alejarse, se torna un escalofrío. Sensaciones, tacto, manos, cuerpo. La envoltura ya no está vacía. Suelto, liviano y alado brota mi cuerpo nuevamente de la tierra. Abro los ojos.

¿Dónde estoy? ¿Dónde estuve? ¿He estado durmiendo? ¿Aún continúa la misteriosa sensación de íntima armonía? Escucho con atención y no me atrevo a moverme. Pero la sensación de íntima armonía perdura, y cada vez se torna más fuerte la felicidad y la ligereza, lo flotante, lo esplendoroso. Estoy tendido en la pradera, las mariposas se han ido lejos, se mece la acedera, y la mariquita ha alcanzado su cumbre. Los hilos de la Virgen cuelgan de mis ropas, permanece la sensación de elevarse en el aire, que me asciende al pecho, a los ojos. Muevo las manos. ¡Qué felicidad! Levanto la rodilla, me siento, tengo húmedo el rostro… Y entonces me doy cuenta por vez primera de que estoy llorando, de que lloro sin poderme contener, como si todo hubiera quedado atrás.

Permanezco sentado un rato hasta que me tranquilizo. Entonces me pongo en pie y tomo la dirección del cementerio, donde no he estado todavía. Es hoy el primer día

que me han dejado salir solo después de la muerte de Ludwig.

Una mujer vieja me acompaña para enseñarme el lugar de la tumba de Ludwig. Está detrás de un seto de hayas, adornada con siemprevivas. La tierra está hueca todavía y forma una pequeña elevación en la que descansan algunas coronas marchitas. Han perdido el color las dedicatorias doradas de los lazos, ya no se pueden leer.

He sentido siempre un poco de miedo de venir a este sitio, pero no hay espanto en este silencio. El viento se desliza sobre las tumbas, el cielo de setiembre parece oro detrás de las cruces, y un mirlo canta en las frondas de la avenida festoneada de álamos.

¡Ah, Ludwig! Hoy he sentido por vez primera algo así como hogar y paz, y tú ya no estás conmigo. Aún no me atrevo a creerlo, lo considero todavía debilidad y cansancio; pero quizá se convierta en entrega alguna vez, quizá tan sólo tengamos que esperar en silencio, y entonces vendrá a nosotros espontáneamente. Quizás es lo único que nos ha abandonado, realmente sólo nuestros cuerpos y la tierra, y quizá no necesitemos hacer otra cosa sino escuchar con atención y seguirles.

¡Ah, Ludwig! Hemos buscado y buscado, nos hemos extraviado y hemos caído al abismo; hemos querido encontrar metas y hemos tropezado con nosotros mismos; no hemos descubierto lo que deseábamos y tú te has derrumbado… ¿Y ahora debe ser un soplo de viento sobre la hierba, el canto de un mirlo en la noche, lo que nos conmueva y nos lleve de vuelta al hogar? ¿Es que una nube en el horizonte, un árbol en el verano, tienen más fuerza que tanto desear y querer?

No lo sé, Ludwig. No lo puedo creer todavía, pues ya había perdido yo toda esperanza. Pero tampoco sabemos lo que significa entregarse y no conocemos su fuerza; conocemos únicamente la violencia.

Pero, de haber un camino, Ludwig… ¿De qué me serviría… sin ti…?

La noche asciende lentamente detrás de los árboles, trayendo con ella la inquietud y la tristeza. Miro la tumba con fijeza. Cruje la arena bajo el peso de unos pies y levanto los ojos: es Georg Rahe. Me mira preocupado y me persuade para que regrese a casa.

—Hace mucho tiempo que no te veía, Georg —le digo—, ¿dónde has estado?

Hace un ademán impreciso.

—He intentado un montón de profesiones…

—¿Ya no estás en el Ejército? —pregunto.

—No —responde con voz dura.

Dos mujeres vestidas de luto se acercan por el camino bordeado de álamos. Traen pequeñas regaderas de color verde y comienzan a regar las flores de una vieja tumba. Y llega hasta nosotros el aroma dulce de los alhelíes amarillos y las resedas.

Rahe alza los ojos.

—Creí que encontraría en el Ejercito un resto de camaradería, Ernst; pero he hallado tan sólo un embrutecido sentimiento de unidad, una caricatura fantasmal de la

guerra. Gente que creía poder salvar a la patria si escondía unas cuantas docenas de fusiles; oficiales sin empleo que no sabían hacer otra cosa sino estar metidos en todos los disturbios; los eternos lansquenetes que habían perdido toda unión con los demás y sentían auténtico miedo de regresar a la vida civil: la última escoria de la guerra, los peores. Y, en medio de todos éstos, unos cuantos idealistas y un montón de muchachos llenos de curiosidad y de afán aventurero. Y todo esto, azuzado, amargado, desesperado y utilizado de mala manera para luchar unos contra otros. Sí, y después…

Se interrumpe y guarda silencio un rato, la vista fija al frente. Contemplo su cara de perfil. Se ha vuelto inquieto, tiene rotos los nervios, y los ojos se hunden dentro de negras sombras. Entonces. Por fin hace un esfuerzo para hablar.

—¿Por qué no voy a decírtelo, Ernst? Ya he estado rumiándolo más que suficiente. Un día tuvimos un combate, se decía que contra los comunistas; pero cuando vi después a los muertos, obreros, algunos de ellos todavía con sus antiguas botas militares y sus guerreras del frente, antiguos camaradas, algo se derrumbó en mi interior. En una ocasión acabé desde mi aparato con media compañía de ingleses, pero no sentí nada, la guerra era la guerra. Pero estos camaradas muertos en Alemania…, muertos a tiros por antiguos camaradas… ¡se acabó, Ernst!

He de pensar en Weil y Heel y hago con la cabeza un movimiento de aprobación.

Un pinzón comienza a cantar por encima de nosotros. Él sol se torna vespertino y dorado. Rahe muerde un cigarrillo, destrozándolo.

—Sí, y después… después faltaron de repente dos hombres. Al parecer, habían pretendido descubrir a otros el sitio de un almacén de armas. Sin investigación ninguna, los camaradas les habían matado por la noche a culatazos. Calificaron a esto de tribunal secreto. Uno de los muertos estuvo conmigo en campaña como aspirante a oficial. Un bendito de Dios. Y entonces lo eché todo a rodar. —Mira en torno suyo—. En esto se ha convertido todo. Y antaño…, antaño, cuando salimos, ¡qué voluntad y qué ánimos! —Arroja lejos de sí el cigarrillo—. ¡Maldita sea, adónde habrá ido a parar todo! —Luego, al cabo de un rato, prosigue en voz baja—: Me gustaría saberlo, Ernst. Cómo de aquello pudo salir algo como esto…

Nos levantamos y avanzamos por la avenida bordeada de álamos en dirección a la salida. El sol juguetea con las hojas y cabrillea en nuestras rostros. Todo parece irreal: lo que hablamos, el suave aire cálido de las postrimerías del verano, el canto de los mirlos y el frío soplo del recuerdo.

—Bueno, y ahora, ¿qué haces, Georg? —le pregunto.

Mientras camina, descabeza con el bastón los lanudos penachos de los cardos.

—He echado un vistazo a todo, Ernst: profesiones, política, ideales… Pero ya no encajo dentro de este funcionamiento. ¿Qué es lo que hay? Por todas partes, especulación, desconfianza, indiferencia y un egoísmo sin límites.

Estoy un poco fatigado de andar y nos sentamos.

Brillan verdes las torres de la ciudad, despiden humo los tejados, y el vapor que sale de las chimeneas parece de plata, Georg señala hacia abajo:

—Acechan como arañas allá abajo, en sus oficinas, en sus negocios, en sus profesiones, todos dispuestos a chupar la sangre a los demás. Y luego, lo que se extiende por encima de ellos: familias, asociaciones, autoridades, dependencias oficiales, leyes, Estado. Una tela de araña sobre la otra. Cierto que a esto se le puede llamar vida y estar orgulloso de arrastrarse debajo de esta tela de un lado para otro durante cuarenta años. Pero he aprendido en campaña que el tiempo no sirve para medir la vida. Por tanto, ¿para qué descender cuarenta años? Durante años me lo he jugado todo a una sola carta, y la apuesta era siempre la vida; ahora no puedo jugar para ganar sólo unos céntimos y algún pequeño progreso.

—El último año no lo pasaste en las trincheras, Georg —observo—, es posible que las cosas fueran de otro modo entre los pilotos. Pero nosotros no vimos con frecuencia durante meses ni un solo enemigo, éramos sólo carne de cañón. No había nada que jugarse, sólo quedaba esperar hasta conseguir tu balazo.

—No hablo de la guerra, Ernst, hablo de la juventud y de la camaradería.

—Sí, eso ha quedado atrás ya.

—Hemos vivido como en un invernadero —explica Georg con aire pensativo—. Hoy somos unos viejos. Pero resulta beneficioso conseguir claridad. No lamento nada, tan sólo tiro una raya por debajo. Tengo cerrados todos los caminos, sólo queda vegetar; pero no quiero vivir así, quiero continuar libre.

—¡Ah, Georg —exclamo—, lo que dices es un final! ¡Pero también ha de haber para nosotros un comienzo! Lo he sentido hoy, Ludwig sabía cuál era el camino, pero estaba demasiado enfermo.

Me rodea los hombros con el brazo…

—Sí, sí…, vuélvete útil, Ernst…

Me apoyo en él.

—Al decirlo tú así, tiene un sonido feo. Pero tiene que esconderse detrás una camaradería de la que no sabemos nada aún.

Quisiera de buen grado expresar algo de lo que sentí antes en la pradera; pero no lo puedo traducir a palabras. Permanecemos sentados juntos.

—Entonces, ¿qué pretendes hacer en definitiva, Georg? —pregunto de nuevo al cabo de un rato.

Mi camarada sonríe, pensativo.

—¿Yo, Ernst? Yo no he caído por un descuido… Y esto me hace un poco ridículo.

Aparto su mano y le miro con fijeza. Me tranquiliza.

—De momento me marcharé algún tiempo. —Juguetea con el bastón y mira largo tiempo por delante de él—. ¿Recuerdas todavía lo que Giesecke dijo en una ocasión? En el establecimiento de allí. Quería ir a Fleury. Regresar, ¿sabes? Creía que le sería de ayuda.

Comienza a soplar suavemente el viento. Miramos la ciudad y la larga fila de álamos, debajo de los que antaño montábamos tiendas y jugábamos a los indios. Georg era siempre el cabecilla. Y yo le quería como sólo pueden querer los muchachos que no sospechan nada de esto.

Nuestras miradas se encuentran.

—Old Shatterhand —dice Georg en voz baja, y sonríe.

—Winnetou —contesto yo, igualmente en voz baja.

II

Cuanto más se aproxima el día de la vista, tanto más pienso en Albert. Y, de repente, veo un día, de forma clara y precisa, una pared de adobes delante de mí, una diana, un fusil con mira telescópica y, detrás, una cara tensa, fría, al acecho: Bruno Mückenhaupt, el mejor tirador del batallón, un hombre que siempre daba en el blanco.

Me levanto de un golpe. Tengo que ver lo que hace y cómo ha terminado con todo esto.

Un edificio alto con muchas viviendas. La escalera chorrea a consecuencia de la humedad. Es sábado, y por doquier hay cubos, fregonas y mujeres con las faldas recogidas.

Un llamador estridente, demasiado ruidoso para esta puerta. Alguien abre titubeando. Pregunto por Bruno, y la mujer me abre la puerta y me invita a pasar. Mückenhaupt, en mangas de camisa, está sentado en el suelo y juega con su hija, una niña de aproximadamente cinco años, el pelo del color de la paja, con un gran lazo azul en él. El hombre ha hecho sobre la alfombra un río con papel de estaño y ha puesto encima barquitos de papel. Algunos de ellos tienen pedacitos de guata —son los vapores— y tienen dentro muñequitos de celuloide. Bruno fuma plácidamente una pipa de mediana longitud. En la cazoleta, de porcelana, se puede ver la figura de un soldado arrodillado con la siguiente inscripción alrededor; «Ejercita el ojo y la mano en bien de la patria».

—Hola, Ernst —dice Bruno.

Da a la pequeña una palmada y la deja que continúe sola el juego. Nos dirigimos a un cuarto bien dispuesto: sofá y sillas de terciopelo rojo, tapetes de ganchillo para proteger los respaldos, y el suelo está encerado con tal esmero que resbalo en él. Todo está muy limpio y colocado en su sitio: conchas, chucherías y fotografías encima de la cómoda; y entre todo esto, en el centro, sobre terciopelo rojo y debajo de una tapa de cristal, la condecoración de Bruno. Hablamos de la época de la guerra.

—¿Conservas aún tu lista de blancos? —le pregunto.

—¡Pero, hombre! —replica con acento de reproche—, ¡está en un sitio de honor!

La saca de la cómoda y la hojea con expresión de placer.

—Naturalmente, el verano fue siempre la mejor época para mí, pues la tarde era muy larga. Aquí… espera… 18 de junio, cuatro tiros en la cabeza; el 19, tres; el 20, uno; el 21, dos; el 22, uno; el 23, ninguno, fallé. Concretamente, los cerdos aquellos se habían olido algo y se habían vuelto más cautelosos… Pero aquí…, atiende: día 26, acababa de llegar el relevo, que no tenía ni la menor noticia de Bruno todavía. Nueve tiros en la cabeza. ¿Qué dices a esto? —Me mira con expresión radiante—. ¡En dos horas! Era curioso, no sé si se debía quizás a que los atizaba desde abajo, en la barbilla, pero el caso era que saltaban en la trinchera como machos cabríos, hasta la altura del pecho, uno detrás de otro. Y ahora mira aquí: 29 de junio, 10,02 de la

noche, tiro en la cabeza. Nada de bromas, Ernst, ya ves que tuve testigos, ahí lo tienes: confirmado, subsargento Schlie. A las diez de la noche, casi a oscuras. Un magnífico resultado, ¿no? ¡Qué tiempos aquellos, hombre!

—Dime una cosa, Bruno —pregunto—: el resultado fue magnífico, pero ahora… ¿no te dan pena a veces los pobres muchachos?

—¿Qué? —responde, asombrado.

Repito lo dicho antes.

—En aquella época estábamos metidos de lleno en el asunto, Bruno…, pero hoy todo se ha vuelto distinto.

Bruno echa la silla hacia atrás.

—¡Hombre! A lo mejor te has vuelto bolchevique, ¿eh? ¡No era sino nuestro deber! ¡Órdenes! Mira que… —Y, ofendido, vuelve a guardar su cuaderno de blancos en el papel de seda.

Le tranquilizo con un buen cigarro. Reconciliado conmigo, da un par de chupadas y me habla de su asociación de tiro, que se reúne todos los sábados.

—Hace poco celebramos un baile. De primera, te lo aseguro. Y muy pronto habrá un concurso de bolos. Tienes que venir alguna vez, Ernst. Sirven en el local una cerveza como no la he bebido nunca de bien puesta. Y diez *pfenning* más barata la jarra que en cualquier otro sitio, lo que significa bastante por noche. Lo pasamos muy a gusto allí. Mira —y me señala una cadena chapada en oro—, ¡he llegado a ser el rey de los tiradores! ¡Bruno Primero! Bueno, ¿verdad?

Entra la niña. Se ha roto un barquito de papel. Bruno lo arregla con sumo cuidado y acaricia el cabello de la pequeña. Crepita el lazo azul. Después me lleva a un aparador colmado de todas las cosas imaginables. Las ha ganado en la feria, en las casetas de tiro al blanco. Tres disparos cuestan unas perras, y quien acierta un número determinado de anillas puede escoger un premio. A Bruno no había quien le apartara en todo el día de las casetas de tiro. Ha reunido a fuerza de disparos todo un montón de ositos de peluche, platos de cristal, copas, jarras de cerveza, cafeteras, ceniceros, pelotas y hasta dos sillones de mimbre.

—A última hora no me permitían tirar en ningún sitio —ríe con placer—, habría hecho quebrar a tiro limpio a toda la feria. Sí, lo aprendido, aprendido queda.

Camino por la oscura calle. Sale luz y agua de fregar por las puertas de las casas. Bruno jugará de nuevo con su niña. Después, la esposa servirá la cena, y luego, el marido se irá a sus cervezas. Los domingos hace una excursión con la familia. Es un hombre bondadoso, un buen padre, un ciudadano que goza de estimación. ¿Y Albert? ¿Y nosotros?

Estamos en el pasillo de la Audiencia ya una hora antes de comenzar la vista contra Albert. Por fin son llamados los testigos. Penetramos en la sala con el corazón latiéndonos con fuerza, Albert está en el banquillo, pálido, mirando delante de sí.

Queremos decirle con los ojos: ¡Ánimo, Albert! ¡No te dejaremos abandonado! Pero no levanta la vista.

Después de haber sido leídos en voz alta nuestros nombres, tenemos que abandonar la sala de nuevo. Al salir, vemos en primera fila de los asistentes a Tjaden y Valentin, que nos guiñan el ojo.

Los testigos vuelven a entrar en la sala uno detrás de otro. La duración es particularmente larga en el caso de Willy. Luego me toca el turno. Una mirada rápida a Valentin, un imperceptible sacudimiento de la cabeza, indicando negación, o sea que Albert ha renunciado a declarar. Ya me lo había imaginado. Está sentado con expresión ausente al lado de su defensor. Willy, sin embargo, tiene roja la cabeza. Observa al fiscal con ojos vigilantes, como los de un perro de carnicero. Parece ser que ha habido una disputa entre ambos.

Me toman juramento y el presidente comienza después a interrogarme. Quiere saber si Albert había hablado ya de jugarle una mala pasada a Bartscher.

Al contestar con una negativa, dice que a varios testigos les chocó el hecho de que Albert se hubiera mostrado extrañamente tranquilo y reflexivo.

—Es siempre así —replico.

—¿Reflexivo? —interviene como un rayo el fiscal.

—Tranquilo —contesto.

El presidente se inclina hacia delante.

—¿También en una situación como ésta?

—Naturalmente —digo—, siempre ha permanecido tranquilo en situaciones completamente distintas.

—¿Qué otras situaciones? —inquiere el fiscal, cuyo dedo índice, extendido, se dispara con rapidez hacia mí.

—En caso de fuego graneado.

El fiscal retira el dedo y Willy gruñe con satisfacción. El fiscal le mira con ojos coléricos.

—Así, pues, ¿estaba tranquilo? —pregunta una vez más el presidente.

—Tan tranquilo como en este momento —respondo con enfado—. ¿Es que no ve usted que, aunque ciertamente esté tranquilo, está hirviendo en su interior? ¡Era un soldado! Ha aprendido, cuando estaba en situaciones críticas, a no andar saltando de un lado para otro y alzar, desesperado, los brazos al cielo. ¡Sepa una cosa: si los hubiera levantado, ya no tendría ninguno!

El defensor toma notas. El presidente del Tribunal me mira unos instantes.

—Entonces, ¿por qué tuvo que disparar instantáneamente? —pregunta—. Al fin y al cabo, no era una cosa tan terrible que la muchacha estuviera en el café con otra persona.

—Fue para él algo peor que un balazo en el estómago.

—¿Por qué?

—Porque la muchacha era lo único que él tenía.

—También tiene todavía a su madre —tercia el fiscal.

—Pero no se puede casar con ella —le replico.

—¿Por qué tenía que casarse imprescindiblemente con ella? —pregunta el presidente—. ¿No es demasiado joven aún para eso?

—También era demasiado joven para ser soldado —replico—. Y si se quería casar, era porque había quedado desorientado después de la guerra, porque tenía miedo de sí mismo y de sus recuerdos y buscaba un asidero. Y el asidero para él era esta muchacha.

El presidente se dirige a Albert:

—Acusado, ¿quiere contestar por fin de una vez? ¿Es verdad lo que ha afirmado el testigo?

Albert vacila un instante. Willy y yo le miramos con fijeza.

—Sí —contesta, por fin de mala gana.

—¿Quiere decirnos también por qué razón llevaba encima el revólver?

Albert guarda silencio.

—Lo llevaba siempre encima —intervengo.

—¿Siempre? —pregunta el presidente.

—Pues claro —replico—, exactamente igual que el pañuelo y el reloj.

El presidente me mira con ojos de asombro.

—Pero un revólver es algo muy distinto a un pañuelo.

—Cierto —admito—, el pañuelo no lo necesita tanto. Más de una vez no lo ha llevado encima.

—¿Y el revólver…?

—Le ha salvado la vida en un par de ocasiones. Lo lleva siempre encima desde hace tres años. Es una costumbre adquirida durante la campaña.

—Pero ahora ya no lo necesita; al fin y al cabo, tenemos paz.

—Todavía no nos hemos hecho del todo a la idea —contesto, encogiéndome de hombros.

El presidente se dirige a Albert de nuevo.

—Acusado, ¿no quiere descargar de una vez su conciencia? ¿Es que no se arrepiente de su acción?

—No —contesta Albert con voz sorda.

Se hace el silencio. Los miembros del jurado escuchan con atención. El fiscal se inclina hacia delante, y Willy pone una cara como si quisiera lanzarse contra el acusado. Yo le miro con desesperación.

—Pero es que usted ha matado a una persona —dice el presidente en tono patético.

—He matado ya a muchas —replica Albert.

El fiscal se pone en pie de golpe. El miembro del jurado que está al lado de la puerta deja de morderse las uñas.

—¿Qué ha hecho? —pregunta el presidente, atónito.

—Durante la guerra —tercio con rapidez.

—Bueno, eso es una cosa totalmente distinta —opina, decepcionado, el fiscal.

Albert levanta en este momento la cabeza.

—¿Cómo que es una cosa totalmente distinta?

El fiscal se levanta.

—¿Es que acaso pretende comparar la lucha por la patria con este hecho que ha cometido?

—No —responde Albert—, las personas a quienes maté antaño no me habían hecho nada.

—Inaudito —exclama el fiscal, asqueado, y se vuelve hacia él presidente—. Dispense usted, pero…

Sin embargo, el presidente se muestra más tranquilo.

—¡Adónde iríamos a parar si todos los soldados pensaran como usted! —dice.

—Tiene razón —intervengo—, pero nosotros no somos los responsables de ello. Si a ése —y señalo a Albert— no se le hubiese enseñado a disparar contra otras personas, entonces tampoco lo habría hecho ahora.

El fiscal se torna rojo como la grana.

—Realmente, no se puede tolerar que los testigos, por iniciativa propia, sin que se les pregunte…

El presidente le apacigua.

—Creo que en este caso nos podremos apartar por una vez de las reglas.

Termina mi declaración y es llamada la muchacha. Albert se estremece y aprieta los labios. La muchacha viste un vestido negro, de seda, y tiene recién ondulado el cabello. Avanza segura de sí. Se le nota cuán importante se siente.

Él juez le pregunta por sus relaciones con Albert y Bartscher. La mujer describe al primero como una persona insoportable; en cambio, el retrato que hace de Bartscher es el de un hombre agradable. Afirma que jamás había pensado en casarse con Albert; al contrario, era prácticamente la prometida de Bartscher.

—Herr Trosske es demasiado joven para casarse —opina, meciéndose en las caderas.

La frente de Albert sé perla de sudor, pero no se mueve. Willy se retuerce las manos. Apenas podemos contenemos.

El presidente pregunta por la clase de relaciones que mantenía con Albert.

—Completamente inocentes —contesta ella—, éramos conocidos tan sólo.

—¿Estaba excitado el acusado en aquel momento?

—Naturalmente —responde ella con viveza.

Parece sentirse halagada.

—¿Cómo se explica eso?

—Bueno, es que… —sonríe y se vuelve un poquitín—, estaba muy enamorado de mí.

Willy emite un gemido sordo y el fiscal le mira con fijeza a través de los quevedos.

—¡Guarra! —Se oye de repente en la sala.

Todo él mundo se estremece.

—¿Quién ha gritado? —inquiere el presidente.

Tjaden se levanta con orgullo. Se le impone una multa de cincuenta marcos por alteración del orden.

—Barato —opina. Y saca la cartera—. ¿Debo pagar ahora mismo?

Esto le cuesta otros cincuenta marcos de multa y la expulsión de la sala. La muchacha, entretanto, se ha ido tornando mucho más modesta.

—¿Qué ocurrió entre usted y Bartscher aquella noche? —prosigue su interrogatorio el presidente.

—Nada —responde, insegura—, estábamos juntos tan sólo.

El juez se dirige a Albert:

—¿Tiene algo que decir al respecto?

Le atravieso con la mirada. Pero Albert dice en voz baja:

—No.

—Así, pues, ¿es verdad lo que declara?

Albert sonríe con amargura, ceniciento el rostro. La muchacha tiene clavados los ojos en el Cristo que cuelga en la pared por encima del presidente.

—Es posible que sea verdad —responde Albert—, es hoy la primera vez que oigo esas declaraciones. Por tanto, me he equivocado.

La muchacha respira con sensación de alivio, pero demasiado pronto, pues Willy interviene con ímpetu.

—¡Mentira! —grita—. ¡Miente como una puerca! ¡Estaba puteando con el individuo, estaba todavía medio desnuda cuando salió!

Tumulto. El fiscal pone el grito en el cielo, y el presidente amonesta a Willy; pero es imposible contenerle ya, a pesar de que Albert le mira con desesperación tremenda.

—¡Y aunque me lo pidieras de rodillas, tengo que decirlo —truena en dirección a nuestro camarada—, estaba puteando, y cuando se vio delante de él le dijo que Bartscher la había emborrachado; entonces se volvió loco y disparó!

El defensor aprovecha el momento para atacar. La muchacha chilla, confusa:

—¡Sí, también lo hizo…, también lo hizo!

El fiscal mueve los brazos como las aspas de un molino.

—La dignidad del Tribunal exige…

Willy se revuelve contra él como un toro.

—¡No se dé tanto pisto, leguleyo! ¿O piensa que vamos a mantener cerrada la boca por miedo a su monería de toga? ¡Intente expulsarnos! ¿Qué sabe usted en definitiva de nosotros? Ése de ahí era un muchacho quieto y pacífico, ¡no tiene sino que preguntárselo a su madre! Pero hoy dispara como antes tiraba piedras.

¡Arrepentimiento, arrepentimiento! ¿Cómo puede arrepentirse de haber acabado con alguien que le ha destrozado y arruinado la vida? La única falta que ha cometido ha sido haberse equivocado de blanco: ¡tenía que haber disparado sobre la mujer! ¿Acaso creen ustedes que cuatro años de matar se pueden borrar del cerebro con esa necia palabra paz, como si fuera una esponja húmeda? Sabemos muy bien que no podemos matar a nuestros enemigos particulares porque nos dé la gana. ¡Pero cuando la cólera le domina a uno y todo se hace un lío y la sangre nos nubla la vista, piensen entonces en dónde está el origen de ello!

Se ha producido una tremenda confusión. El presidente intenta en vano poner orden en la sala.

Formamos un grupo compacto. Willy tiene un aspecto terrible, Kosole ha cerrado los puños. De momento no disponen de ningún medio para enfrentarse con nosotros, somos demasiado peligrosos. Uno de los guindillas se atreve a aproximarse a donde nos encontramos. Doy un salto y me planto frente al banco donde están sentados los miembros del jurado.

—¡Se ventila la suerte de nuestro camarada —clamo—, no lo condenen! ¡No quería volverse tan indiferente frente a la vida y la muerte, ninguno de nosotros lo queríamos; pero perdimos todo sentido de la proporción mientras estuvimos en la guerra, y nadie nos ha ayudado después! ¡Patriotismo, deber, patria! ¡Esto era lo que nos repetíamos una y otra vez para resistirlo y para justificarlo! ¡Pero eran sólo conceptos, se vertió en campaña mucha sangre y los arrastró lejos!

De repente Willy está a mi lado.

—Hace sólo un año, ése de ahí —señala a Albert— estaba solo con dos camaradas en un nido de ametralladoras, el único que quedaba en todo el sector. Y se produjo un ataque. Pero los tres permanecieron muy tranquilos. Apuntaron, esperaron y no dispararon demasiado pronto. Apuntaron exactamente a la altura del vientre. Y cuando las columnas que tenían enfrente creían que estaba el campo libre, entonces fue cuando empezaron a disparar y siguieron disparando contra los asaltantes hasta que llegaron refuerzos. El ataque fue rechazado. Después pudimos recoger a los que había despachado la ametralladora: veintisiete magníficos disparos en el vientre, cada uno tan perfecto como el otro, o sea mortales todos, por no hablar de los disparos en piernas, testículos, estómagos, pulmones y cabezas. Ése de ahí —y señala a Albert de nuevo—, junto con sus dos camaradas, había abastecido todo un hospital de campaña; bien es verdad que la mayoría de los heridos en el vientre no necesitaron ir. Por ello fue condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase y elogiado por el coronel. ¿Pueden comprender ahora por qué este hombre no puede estar sujeto a sus artículos del código y sus tribunales civiles? ¡No pueden juzgarle en absoluto! ¡Es un soldado, es de los nuestros, y nosotros le declaramos libre!

Pero él fiscal consigue ahora por fin hacerse oír.

—Este salvajismo fatal… —jadea, y grita al municipal para que detenga a Willy.

Nuevo tumulto. Willy mantiene en jaque a todos. Y yo salto de nuevo:

—¿Salvajismo? ¿Quién tiene la culpa? ¡Ustedes! ¡Todos ustedes tendrían que ser juzgados por nosotros! ¡Eso es lo que han hecho de nosotros con su guerra! ¡Enciérrennos a todos juntos ahora mismo, será lo mejor! ¿Qué han hecho por nosotros cuando hemos regresado? ¡Nada! ¡Nada! ¡Se han peleado por las victorias, han levantado monumentos a los combatientes, han hablado de heroísmo y han eludido las responsabilidades! ¡Tendrían que habernos ayudado! ¡Pero nos han dejado solos en la época más dura, cuando teníamos que rehacer nuestra vida! Tendrían que haber predicado desde todos los púlpitos, tendrían que habérnoslo dicho una y otra vez: «¡Nos hemos equivocado de una forma espantosa! ¡Rehagamos la existencia todos juntos! ¡Tengan valor! ¡Lo más duro ha sido para vosotros, porque no habéis dejado detrás nada que os pueda abrir los brazos de nuevo! ¡Tened paciencia! ¡Tendrían que habernos enseñado de nuevo a vivir!». ¡Pero nos han dejado en la estacada! ¡Nos han abandonado! ¡Tendrían que habernos enseñado a creer de nuevo en la bondad, el orden, en la reconstrucción y el amor! Pero, en vez de ello, han comenzado de nuevo a ser falsos, a azuzar a unos contra otros y a poner en movimiento sus artículos del código. ¡Uno de nosotros se ha derrumbado a consecuencia de ello! ¡Y ahí está el segundo!

Estamos fuera de nosotros. Brota de nosotros, como de una olla en ebullición, toda la cólera, toda la amargura, toda la decepción sufrida. Se ha adueñado de la sala una confusión terrible. Transcurre largo tiempo antes de que impere hasta cierto punto la calma. Nos imponen a todos un día de arresto por conducta irrespetuosa ante el Tribunal y tenemos que salir de la sala en seguida. Incluso ahora podríamos deshacernos con facilidad del municipal, pero no queremos: nuestro deseo es ir con Albert a la prisión. Pasamos muy cerca de él para demostrarle que todos estamos a su lado. Posteriormente nos enteramos de que ha sido condenado a tres años de prisión y que ha escuchado la sentencia sin despegar los labios.

III

Georg Rahe ha conseguido hacerse con el pasaporte de un extranjero y cruzar con él la frontera. Le guía un pensamiento fijo: quiere enfrentarse una vez más cara a cara con su pasado. Atraviesa ciudades y pueblos, anda por estaciones grandes y pequeñas. Y, a últimas horas de la tarde, ha llegado por fin adonde quería.

Sin detenerse, atraviesa la ciudad, camina hacia las afueras, en dirección a las alturas. Se encuentra con trabajadores que regresan al hogar. Los niños juegan en los charquitos de luz de las farolas. Pasan, resoplando, un par de automóviles. Luego, el silencio.

La luz del crepúsculo es todavía lo bastante clara como para poder ver. Además, los ojos de Rahe están acostumbrados a la oscuridad. Abandona el camino y marcha a campo traviesa. Tropieza al cabo de un rato. El alambre oxidado le ha enganchado los pantalones y le ha hecho un desgarrón. Se agacha para desprenderse del alambre: es el alambre de espino de una alambrada que se extiende a lo largo de una acribillada trinchera. Rahe se endereza. Están frente a él los pelados campos de batalla.

Bajo la incierta luz del anochecer, estos campos son un mar revuelto y rígido, una tormenta petrificada. Rahe percibe el pálido vaho de la sangre, la pólvora y la tierra; el olor salvaje de la muerte, que continúa todavía en este campo y tiene dominio sobre él.

Encoge involuntariamente la cabeza, alza los hombros, los brazos cuelgan hacia delante, sueltos, las manos están prontas a echarse a tierra. Éste no es ya el paso del hombre de la ciudad, vuelve a ser el agazapado y cauteloso deslizarse del animal, el caminar acechante del soldado que se asegura de lo que hay en torno suyo.

Se detiene y observa el terreno. Hace una hora le era extraño aún, pero ahora vuelve a reconocer cada cota, cada pliegue del suelo, cada valle. Es como si nunca se hubiese marchado de este lugar. Los meses se contraen como papel apretado al encenderse el recuerdo, se queman y desaparecen como el humo. Vuelve a estar aquí el teniente Georg Rahe, patrullando durante la noche, y no ha existido nada entre el ayer y el hoy. Alrededor suyo, sólo el silencio de la noche y el débil sonido del viento que agita la hierba; pero en los oídos del hombre ruge de nuevo la batalla, ve los veloces relámpagos de las explosiones; pantallas lumínicas penden como gigantescos arcos voltaicos sobre la destrucción; el cielo hierve, negro y rojo; y la tierra se alza atronadora de horizonte a horizonte en fontanas y cráteres de azufre.

Rahe aprieta los dientes. No es ningún iluso, pero no puede resistirse: el recuerdo se precipita sobre él como un torbellino; aquí no existe aún paz alguna, no existe la paz aparente del mundo restante; aquí prosiguen todavía el combate y la guerra; aquí sigue causando estragos una destrucción espectral; y sus remolinos se pierden en las nubes.

Le coge la tierra, le agarra como si tuviera manos; el barro amarillento, espeso, se le pega a los zapatos y le hace difícil el camino; como si los muertos, con sordas

voces, quisieran tirar hacia ellos de los supervivientes.

Rahe corre por los negros campos de hoyos de tirador. El viento se torna más fuerte, se deslizan las nubes, y la luna derrama a veces su pálida luz sobre el paisaje. El hombre se detiene de vez en cuando con el corazón atenazado, se tumba y se aprieta contra el suelo, inmóvil. Sabe que no ocurre nada, pero cuando se detiene la próxima vez vuelve a saltar espantado al interior de un hoyo. Consciente de lo que hace, obedece a la ley de este terreno, por el que no se puede caminar erguido.

La luna se ha convertido en una gigantesca pantalla lumínica. Los tocones del bosquecillo se levantan, negros, frente a la rubia luz. Detrás de las ruinas de la granja se extiende la garganta por la que nunca llegó ningún ataque. Rahe se acurruca en una trinchera. Hay en ella trozos de un correaje, unos cuantos cacharros de cocina, una cuchara, bombas de mano llenas de suciedad, cartucheras; y al lado, un tejido verde grisáceo, mojado, casi convertido en fango: los restos de un soldado.

Se tumba en la tierra cuan largo es, la cara pegada al suelo, y el silencio comienza a hablar. Hay en la tierra un sordo y monstruoso bramido, una respiración entrecortada, estampidos. Y de nuevo, bramidos y ruidos de choques metálicos. Clava los dedos en la tierra y aprieta contra ella la cabeza. Cree oír voces y llamadas, quisiera preguntar, hablar, gritar. Escucha con oído atento y espera una respuesta, una respuesta a su vida.

Pero tan sólo el viento, que arrecia. Las nubes corren más veloces y bajas, y las sombras se persiguen unas a otras por el campo. Rahe se endereza y continúa su camino, sin dirección, durante largo tiempo, hasta verse delante de las cruces negras dispuestas en largas filas, como una Compañía, un Batallón, un Regimiento, un Ejército.

Y de repente ve todo con claridad. Frente a estas cruces se derrumba el entero edificio de las palabras y conceptos grandilocuentes. Es aquí solamente donde continúa la guerra aún, ya no en las mentes y en los arrinconados recuerdos de los que escaparon con vida. Están aquí los años perdidos —los años que han quedado vacíos—, como una niebla fantasmal sobre las trincheras; grita aquí la vida no vivida, que no halla paz ninguna, en un estruendoso silencio que se eleva hacia el cielo; aquí, como una monstruosa queja que atraviesa la noche, brota a raudales la fuerza y la voluntad de una juventud que murió antes de que pudiera empezar a vivir.

Escalofríos le recorren el cuerpo. Como si la mente fuera iluminada por un relámpago, ve de golpe su equivocación heroica, el vacío abismo donde se han hundido la lealtad, la valentía y la vida de una generación. Y esto le hace estremecerse y sentir náuseas.

—¡Camaradas! —grita al viento y a la noche—, ¡camaradas, nos han traicionado! ¡Tenemos que marchar de nuevo! ¡Contra esto! ¡Contra esto…, camaradas!

Está de pie frente a las cruces. La luna atraviesa la capa de nubes y Rahe ve brillar las cruces, que se alzan de la tierra con los brazos extendidos. Se oye ahora el

estruendo de su paso. El hombre se pone a la cabeza del Ejército de cruces y marcha inmediatamente. Hace con la mano un movimiento hacia delante:

—¡Camaradas, de frente, marchen!

Entonces se mete la mano en el bolsillo y luego alza de nuevo el brazo.

Un estampido solitario, cansado, que es recogido y arrastrado por los golpes de viento. Luego, Rahe se tambalea, hinca una rodilla en tierra, se apoya sobre los brazos y se vuelve hacia las cruces con un último esfuerzo. Las ve marchar, están en movimiento, pisando con estruendo; marchan despacio y su camino es largo. Habrá de transcurrir largo tiempo, pero avanzan, llegarán y lucharán su último combate, el combate por la vida. Marchan en silencio, un Ejército oscuro, para recorrer el camino más largo, el camino que conduce a los corazones. Habrán de pasar muchos años, pero ¿qué significa el tiempo para ellas? Se han puesto en marcha, avanzan.

Se le inclina la cabeza, todo se oscurece en torno suyo, cae hacia delante, marcha con la procesión de cruces. Yace en la tierra como uno que hubiera encontrado tarde su hogar, extendidos los brazos, los ojos ya vidriosos, encogida una rodilla. El cuerpo se estremece una vez más, pero luego todo es sueño ya. Y es sólo el viento el que permanece sobre la extensión desierta y oscura. Sopla y sopla sobre las nubes y el cielo, los campos y las llanuras infinitas con sus trincheras, sus hoyos de tirador y sus cruces.

CONCLUSIÓN

I

Huele la tierra a marzo y a violetas. Brotan las prímulas entre el húmedo follaje. Los surcos de los campos de labor brillan con un centelleo violeta.

Avanzamos por un sendero de bosque. Delante, Willy y Kosole; detrás, Valentin y yo. Nos hemos vuelto a reunir por primera vez desde hace mucho tiempo. Ahora nos vemos en muy raras ocasiones.

Karl nos ha dejado su nuevo coche para el día entero, pero no ha venido con nosotros, dispone de demasiado poco tiempo. Hace algunos meses que está ganando muchísimo dinero, pues el marco pierde valor, y ello favorece sus negocios. Su chófer es quien guía el automóvil.

—¿Qué haces en realidad, Valentin? —pregunto.

—Doy vueltas por las ferias con unos columpios.

Le miro con asombro.

—Pero ¿desde cuándo?

—Desde hace bastante tiempo. La pareja que tenía antes me abandonó, baila ahora en un cabaret. Foxtrots y tangos, que es lo que se pide hoy cada vez más. Y un viejo tullido de la mili no es lo bastante fino para esta clase de trabajo, ¿sabes?

—¿Qué tal rinden los columpios?

—¡Bah! —Y hace con la mano una señal de rechazo—. Muy poco para vivir y demasiado para morirse. ¡Y ese andar siempre de un lado para otro! Mañana vuelvo a la brecha, esta vez a Krefeld. ¡Una hermosa manera de arruinarse, Ernst! Y, hablando de todo, ¿dónde está Jupp?

Me encojo de hombros.

—Se ha marchado, lo mismo que Adolf. No hemos vuelto a saber de ellos.

—¿Y Arthur?

—No tardará en hacerse millonario.

—Ése ha sabido entenderlo —dice Valentin, contristado, haciendo con la cabeza un movimiento de aprobación.

Kosole se detiene y abre los brazos.

—Muchachos, pasear es una cosa hermosísima…, si no estuviera uno al mismo tiempo sin trabajo.

—¿No crees que volverás pronto a encontrar algo? —pregunta Willy.

Ferdinand negó con la cabeza.

—No será fácil, estoy en la lista negra, no soy lo bastante dócil. Bueno, al menos está uno sano, y de momento doy sablazos a Tjaden, que está en muy buena posición.

Hacemos alto al llegar a un claro. Willy saca una caja de cigarrillos que le ha dado Karl. El rostro de Valentin se alegra. Nos sentamos a fumar.

Crujen suavemente las copas de los árboles. Trinan unos cuantos pájaros. El sol, ya fuerte, calienta. Willy bosteza a sus anchas y se tiende sobre el abrigo. Kosole se

fabrica una especie de almohada de musgo y se tumba también. Valentin permanece sentado, pensativo, en el tronco de un haya.

Contemplo estos rostros familiares, y durante un instante todo vacila de un modo peregrino: estamos acurrucados juntos, como tantas veces lo estuviéramos antaño, aunque sólo muy pocos. Pero ¿todavía estamos juntos realmente?

Kosole escucha de repente con atención: llega de lejos el sonido de voces. Voces juveniles. Serán excursionistas que aprovechan este día de plata para hacer su primera salida, con sus bandas y ruidos. También lo hicimos nosotros antes de la guerra: Ludwig Breyer, Georg Rahe y yo.

Me recuesto y pienso en el ayer, en los atardeceres junto al fuego de campamento, en las canciones populares, en las guitarras y en las festivas noches pasadas delante de la tienda. Así era nuestra juventud.

En aquellos años que precedieron a la guerra, anidaba en el romanticismo del excursionista el entusiasmo por un futuro nuevo y libre, que todavía alzó sus llamas una temporada en las trincheras y se derrumbó en 1917, en el espanto de las batallas de desgaste.

Las voces se aproximan. Me apoyo en los codos y levanto la cabeza para ver cómo pasa el grupo de excursionistas. Es extraño. Hace pocos años éramos unos más de éstos, y ahora se tiene la impresión de haber transcurrido toda una generación. Una generación que sigue a la nuestra y puede recoger lo que nosotros hubimos de dejar.

Se oyen voces. Todo un clamor, casi un coro. Luego, sólo una voz. Pero todavía no se puede entender lo que dicen. Se oye el ruido de ramas tronchadas, y el suelo resuena sordamente con el golpeteo de muchos pasos. De nuevo, una voz. De nuevo, pasos, ramas que se tronchan, silencio. Después, clara y distinta, una orden:

—Caballería por la derecha… Hacia la derecha por grupos… ¡Marchen! ¡Marchen!

Kosole se pone en pie de un salto. Yo también. Nos miramos. ¿Hay por aquí fantasmas tomándonos el pelo? ¿Qué significa esto?

Pero ya en este momento alguien irrumpe de los matorrales que tenemos delante, corre hasta la linde del bosque y se arroja al suelo.

—¡Alza a cuatrocientos! —ordena la áspera voz de antes—. ¡Fuego de fusilería!

Se oye el ruido que imita el disparo de fusiles. Una larga fila de muchachos de quince a diecisiete años está desplegada en la linde del bosque. Visten trincheras que se ciñen con cinturones de piel, como si fueran los del correaje militar. Todos visten igual: trincheras grises, vendas en las piernas y gorras con distintivos. Una uniformidad acentuada a propósito. Cada uno lleva un bastón cuyo extremo está provisto de punta para andar por la montaña, y con este bastón golpean los árboles para imitar el sonido de los fusiles.

Pero debajo de las gorras se ven caras de niño, caras de mejillas rojas. Atentos y excitados, buscan con la vista la caballería que se aproxima por la derecha. No tienen ojos para la delicada maravilla de las violetas que florecen debajo del pardo follaje,

para el vaho violeta que se extiende sobre los campos de labor, para la piel, semejante a plumón, de los lebratos que saltan entre los surcos. Pero sí, a las liebres sí que las ven…; pero sólo para apuntar después hacia ellas sus bastones y golpear a continuación los árboles. Va detrás de los muchachos un hombre fuerte, con un poco de vientre, asimismo con trinchera y vendas en las piernas, que da órdenes con energía.

—¡Disparad con calma! ¡Alza a doscientos!

Tiene unos gemelos de campaña con los que observa los movimientos del enemigo.

—¡Dios bendito! —exclamo, estremecido.

Kosole se ha recobrado de su asombro.

—Pero ¿qué clase de maldita estupidez es ésta? —dice, colérico.

Pero es mal acogido El jefe, al que se unen otros dos, despiden rayos y truenos. El suave aire primaveral se llena de jugosos palabras:

—¡Cierra el pico, emboscado! ¡Enemigos de la patria! ¡Cuadrilla de traidores sin sangre!

Los muchachos le secundan vivamente. Uno blande el pequeño puño.

—¡Posiblemente tengamos que daros una lección!, ¿verdad? —grita con una voz clara.

—¡Cobardes! —salta otro.

—¡Pacifistas! —increpa un tercero.

—¡Tenemos que acabar con todos estos bolcheviques! ¡Mientras no lo hagamos, Alemania no conseguirá la libertad! —recita otro con rapidez la bien aprendida lección.

—¡Muy bien! —El cabecilla le da un golpecito en el hombro y avanza hacia nosotros—. ¡Echadlos de aquí, muchachos!

Willy se despierta en este momento. Ha estado durmiendo hasta ahora. Continúa siendo en este aspecto el viejo soldado; se duerme en cuanto se tumba. Willy se levanta y el cabecilla se detiene al instante. Nuestro camarada les mira con ojos muy abiertos y después prorrumpe en carcajadas.

—¿Qué, es esto, un baile de máscaras? —pregunta. Entonces comprende la situación—. Ya está bien —gruñe en dirección al cabecilla— realmente os hemos vuelto a echar en falta desde hace mucho tiempo. Sí, sí, la patria… Sólo vosotros la tenéis en herencia, ¿verdad? Todos los demás no son más que traidores, ¿eh? ¡Qué raro que las tres cuartas partes del Ejército alemán fueran unos traidores! ¡Largo de aquí, fantasmas! ¿Es que no podéis dejar a los muchachos los pocos años que les quedan sin saber todavía nada de esto?

El jefe ha retirado a su Ejército, pero nos ha echado a perder la placidez del bosque. Regresamos a la aldea. Detrás de nosotros se oye un sonsonete rítmico y cortado; «¡Viva el frente! ¡Viva el frente! ¡Viva el frente!».

Willy se mesa los cabellos.

—¿Viva el frente? ¡Si le hubieran dicho eso en campaña a un soldado…!

—Sí —observa Kosole con enfado—, ya empieza la cosa de nuevo.

Antes de llegar a la aldea, encontramos un pequeño merendero donde hay unas cuantas mesas en el exterior. Aunque Valentin ha de volver de nuevo con sus columpios dentro de una hora, nos sentamos para aprovechar con rapidez el tiempo que nos queda aún. Quién sabe cuándo podremos reunirnos otra vez.

Un pálido rojo crepuscular tiñe el cielo. No se me aparta del pensamiento la escena de hace unos momentos en el bosque.

—¡Dios mío, Willy! —exclamo—. Vivimos todavía los que estuvimos peleando hace cuatro días, como quien dice… ¿Cómo es posible que haya gente que esté ya actuando de esa forma?

—Siempre la habrá —responde Willy, desacostumbradamente serio y pensativo—, pero nosotros existimos todavía también, y hay una enorme masa de personas que piensa como nosotros. La inmensa mayoría, podéis creerme. Desde que sucedió aquello, ya sabéis, desde lo de Ludwig y Albert, me han pasado muchas cosa por la cabeza. Y creo que cada uno puede hacer algo a su manera, incluso aunque tenga una calabaza por cabeza. La semana que viene terminan mis vacaciones y tendré que regresar a la aldea a mi labor de maestro, de lo cual me alegro de verdad. Pretendo enseñar a mis muchachos en qué consiste realmente la patria; concretamente, su tierra natal, no un partido político. Su patria son los árboles, los campos dé labor, la tierra, no las consignas grandilocuentes. He reflexionado largo tiempo sobre este asunto y he descubierto que somos lo bastante mayores para tener una misión. Ésa es la mía. Concedo que la mía no es muy grande, pero es suficiente para mí. Al fin y al cabo, tampoco soy ningún Goethe.

Asiento con un movimiento de cabeza y le miro durante un rato. Después nos ponemos en marcha.

El chófer nos está esperando. El coche se desliza suavemente por la oscuridad que comienza poco a poco.

Estamos ya cerca de la ciudad y se están encendiendo las primeras luces cuando se mezcla con el zumbido de las ruedas del auto un sonido gutural, ronco, prolongado… Una bandada en forma de cuña cruza el cielo de la noche en dirección Este, una bandada de gansos salvajes.

Nos miramos unos a otros. Kosole quiere decir algo, pero guarda silencio. Todos pensamos lo mismo.

Llega la ciudad con sus calles y sus ruidos. Desciende Valentin, luego lo hace Willy, y después baja Kosole.

II

Estuve el día entero en el bosque. De vuelta, he llegado cansado a una pequeña posada, donde he pedido habitación para pasar la noche. Está hecha ya la cama, pero no tengo deseos de acostarme aún. Me siento a la ventana y escucho con atención los sonidos de la noche primaveral.

Vuelan las sombras entre los árboles y llegan voces desde el bosque, como si hubiera heridos tendidos en él. Miro con calma y serenidad la negrura, pues ya he perdido el miedo al pasado. Miro los apagados ojos del pasado sin volver la cabeza. Incluso voy en busca suya; mis pensamientos se dirigen hacia los abrigos de trinchera y los hoyos de tirador; pero, cuando regresan, ya no traen consigo ningún miedo ni terror más, sino fuerza y voluntad.

He estado esperando una tormenta que tuviera que salvarme y arrastrarme con ella furiosamente. Sin embargo, ha llegado con suavidad, sin que me haya dado cuenta. Pero está ahí. Mientras desesperaba y creía haberlo perdido todo, la nueva vida ha ido alzándose en silencio. Creía yo que la despedida implicaba siempre un final, pero hoy lo sé: también crecer significa dejar atrás. Y no hay ningún final.

Una parte de mi existencia ha estado al servicio de la destrucción; ha pertenecido al odio, a la hostilidad, a la muerte; pero me ha quedado la vida. Y ésta es casi una misión y un camino, Quiero laborar en mí y prepararme para estar dispuesto, quiero mover mis manos y mis pensamientos, no quiero darme importancia, sino continuar el camino, aunque en ocasiones quisiera detenerme. Hay mucho que reconstruir y se ha de reparar casi todo; hay que trabajar y desenterrar lo que fue derramado en los años de las granadas y las ametralladoras. No todo el mundo necesita ser un zapador, también se necesitará de manos más débiles y de fuerzas menores. Y es ahí donde quiero buscar mi puesto. Entonces guardarán silencio los muertos, y el pasado ya no me perseguirá más, sino que me ayudará.

¡Qué sencillo es todo esto, pero cuánto tiempo ha sido necesario para encontrarlo! Y quizá me hubiese extraviado aún en la zona neutra y sido víctima de los lazos de las alambradas de espino y las cápsulas explosivas si la muerte de Ludwig no hubiera ascendido delante de nosotros como un cohete para mostrarnos el camino. Nos sentíamos desesperados al ver que la corriente de nuestra comunidad, la voluntad de una vida tremendamente sencilla, reconquistada al borde de la muerte, no barría las formas, que habían sobrevivido, de la verdad a medias y del egoísmo y caminaba en busca de nuevas orillas sino que se hundía poco a poco en los pantanos del olvido; que era desviada hacia las ciénagas de las frases; que se filtraba gota a gota en las tumbas de las relaciones, las circunstancias, los cuidados y las profesiones. Hoy sé que todo en la vida sea quizá sólo un prepararse y un actuar en solitario, en muchas células, en muchos canales, cada uno por sí. Y en la misma forma que las células y los vasos de un árbol sólo necesitan recibir y transmitir la savia que asciende por

ellos, posiblemente también llegue el día en que mis propósitos sean un follaje rumoroso y soleado, cumbre y libertad. Quiero empezar.

No será la culminación de los sueños que alentamos en nuestra juventud y que esperábamos después de los años transcurridos en el campo de batalla. Será un camino como los demás, un camino con piedras y con buenos trayectos, con lugares intransitables, con aldeas y campos de labor; un camino del trabajo. Estaré solo. Quizás encuentre a veces a alguien que me acompañe un rato, pero posiblemente no todo el camino. Y puede ocurrir que tenga que soltar todavía con frecuencia la mochila cuando se me cansen los hombros. Y quizá con frecuencia vacilaré en las encrucijadas y lindes, tendré que dejar atrás algo, tendré que tropezar y caer; pero me he hecho el propósito de levantarme de nuevo y no quedarme tendido, quiero seguir avanzando sin dar la vuelta. Quizá no pueda ser ya nunca feliz del todo, quizá la guerra haya destruido esta posibilidad; y estaré siempre un poco ausente y no me sentiré del todo en mi casa en ningún sitio; pero quizá tampoco sea nunca desgraciado por completo, pues siempre existirá algo en qué sujetarme, aunque sólo sean mis manos, un árbol o la tierra que respira.

La savia asciende por los troncos, estallan las yemas con leve ruido, y la oscuridad está llena del murmullo del crecimiento. La noche está en la habitación y en la luna, la vida está en la habitación. Crujen los muebles, restalla la mesa y rechina el armario. Los árboles fueron abatidos y cortados en tablas hace años; luego las maderas fueron cepilladas y encoladas para convertirlas en objetos útiles, en sillas y camas. Pero cada primavera, en las noches de savia, vuelven a agitarse rumores dentro de ellas. Despiertan, se desperezan, dejan de ser muebles, sillas, objetos útiles; participan de nuevo en la corriente y el fluir de la vida del exterior. El entarimado cruje y se mueve bajo mis pies; la madera del alféizar de la ventana estalla bajo mis manos; y, al borde del camino que pasa frente a la puerta, el tronco astillado y podrido de un tilo da gruesas yemas pardas. Dentro de pocas semanas, también habrá en este tronco unas hojitas verdes y sedosas, exactamente igual que en las extendidas ramas de los álamos que le tapan con su sombra.

FIN



ERICH MARIA REMARQUE (Osnabrück, Alemania, 22 de junio de 1898 - Locarno, Suiza, 25 de septiembre de 1970) es el seudónimo del escritor alemán Erich Paul Remark. Es un autor alemán de posguerra, que cuenta los horrores de la Primera Guerra Mundial.

Participó en la Primera Guerra Mundial, hecho en el cual se inspiró para escribir su máxima obra literaria, *Sin novedad en el frente* (1929), historia en la que describe con implacable claridad y cálida compasión el sufrimiento provocado por dicha guerra.

En 1932, Remarque abandonó Alemania y se instaló en un principio en el cantón del Tesino, Suiza. En 1939 emigró a los Estados Unidos, junto con su primera esposa Ilsa Jeanne Zamboui, con la que se casó y divorció dos veces. Ambos se naturalizaron ciudadanos de Estados Unidos en 1947. Al año siguiente regresó a Europa. En 1958 se casó con la actriz de Hollywood Paulette Goddard y permaneció casado hasta su muerte en 1970.

Se considera a Erich Maria Remarque como uno de los más famosos enemigos del nazismo. En 1933, obras suyas fueron destruidas durante las quemas públicas de libros que llevaron a cabo los nazis en Alemania entre el 10 de mayo y el 21 de junio.

Notas

[1] K. v.: Abreviatura de «apto para servicio en el frente». <<

[2] Monte de los Olivos. <<